Antología de narrativa

Archivo literario y artístico
HEREDEROS DEL KAOS

Susana Medina, Daniel Frini, Alberto Jiménez Ure, Nieves Jurado, Milton Ordóñez, Shabely Botello, Wafi Salih, Pablo López, Roberto Garcés Marrero, Leopoldo Reinhard Resch, José Alberto Capaverde, Francisco J. Barata Bausach, Adrián "fino" Sosa, David Crauley, Jordi Tauler Vaillet, José Luis Regojo, Federico Ambesi, Juan Benítez, Alex Armega, Sebastián Trujillo,, Gabriel Valdovinos Vázquez, Juan Luis Henares, Miguel Ángel Acquesta, Juan Carlos Vásquez, Ludim Cervantes, Rita Morrigan, Carlos Almira Picazo, J.R. Spinoza, Moisés Cárdenas, Jacqueline Campos, Mario Flores, Eduardo Omar Honey, Claude Nogueras, Alberto Quero, Pilar Rezzano, Mirza Patricia Mendoza, Caroline Cruz, Alberto Juárez Vivas, Rodrigo Miguel Quintero, Montserrat López Alsina, Luna del Castillo, Guillermo Martínez, Víctor C. Drax, Lucía Scosceria de Cañellas, Everardo Gómez, Edinson Martínez, Mario Andrés Arcos, Rolando Revagliatti, Sebastián Abdala, Alina Kummerfeld, Magdalena Páez Amador.

2006-2023 VOLUMEN I HD. KAOS

ANTOLOGÍA DE NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

HD. KAOS
ARCHIVO LITERARIO
Y ARTÍSTICO
(2006-2023)
Volumen I

Créditos

Título original: Antología de Narrativa contemporánea.
Compilación: 2006-2023
Autores: Susana Medina, Daniel Frini, Alberto Jiménez Ure, Nieves Jurado, Milton Ordóñez, Shabely Botello, Wafi Salih, Pablo López, Roberto Garcés Marrero, Leopoldo Reinhard Resch, José Alberto Capaverde, Francisco J. Barata Bausach, Adrián "fino" Sosa, David Crauley, Jordi Tauler Vaillet, José Luis Regojo, Federico Ambesi, Juan Benítez, Alex Armega, Sebastián Trujillo,, Gabriel Valdovinos Vázquez, Juan Luis Henares, Miguel Ángel Acquesta, Juan Carlos Vásquez, Ludim Cervantes, Rita Morrigan, Carlos Almira Picazo, J.R. Spinoza, Moisés Cárdenas, Jacqueline Campos, Mario Flores, Eduardo Omar Honey, Claude Nogueras, Alberto Quero, Pilar Rezzano, Mirza Patricia Mendoza, Caroline Cruz, Alberto Juárez Vivas, Rodrigo Miguel Quintero, Montserrat López Alsina, Luna del Castillo, Guillermo Martínez, Víctor C. Drax, Lucía Scosceria de Cañellas, Everardo Gómez, Edinson Martínez, Mario Andrés Arcos, Rolando Revagliatti, Sebastián Abdala, Alina Kummerfeldt, Magdalena Páez Amador.
Antología de narrativa contemporánea: Es un publicación sin fines de lucro. Este libro fue creado con el propósito de compartir historias y fomentar la cultura literaria. Su distribución a través de terceros es completamente libre, siempre y cuando no se haga un uso comercial del libro y se citen correctamente sus fuentes."
Ilustración de cubierta: Juan Carlos Vásquez
Site: Herederos del Kaos - Arte y literatura
Email: herederosdelkaos@gmail.com

Índice

Créditos
Prólogo
**
Medinaciones
Susana Medina
El rincón de un juego enajenado
Daniel Frini
Salida honrosa
Álbum tabú
Alberto Jiménez Ure
La muerte de mamá
Nieves Jurado
Cuando era niño
Tres Jackelines en una sola pieza
Milton Ordoñez
Cromosoma
Shabely Botello
Metáfora del vuelo
Discípula de Jung
Wafi Salih
Un Momento de Tranquilidad
Pablo López Albadalejo
San Sebastián. Génesis
Experimentum crucis
Roberto Garcés Marrero
La noche del tropiezo
Leopold Reinhard Resch
Tripolar
Jose Alberto Capaverde
El galope del caballo
Francisco J. Barata Bausach
En el lugar equivocado
Adrián "fino" Sosa

Gozosos y sufrientes

David Crauley

Cuatro letras

Jordi Tauler Vaillet

Leia

José Luis Regojo

Cosas que pasan

Karina Androvich

Conejo Negro

Federico Ambesi

Plamear

Juan Benítez

La otra noche de los sueños

Alex Armega

De donde viene su rostro

Sebastián Trujillo

El ausente

Gabriel Valdovinos Vázquez

Pájaros de metal

Juan Luis Henares

Esperándola

Miguel Ángel Acquesta

Saltar juntos

El árbol de la felicidad

Juan Carlos Vásquez

Yo soy el bosque

Ludim Cervantes

¿Locos o cuerdos?

Historia de una foto

Rita Morrigan

El origen del universo

Carlos Almira Picazo

El domador

J.R. Spinoza

Perseguidos

Moisés Cárdenas

Contaminada

El pozo del mago

Jacqueline Campos

Los pequeños mares

Claude Nogueras

Su voz, tu voz

Eduardo Omar Honey

Bestias tropicales tomando el sol

Mario Flores

El cliente asiduo del bar

Mirza Patricia Mendoza

La vida de nuestras marionetas

Pilar Rezzano

Un jour, un amour

Alberto Quero

Giuseppe Adami, 57

Caroline Cruz

Más allá de la razón

Alberto Juárez Vivas

¡Arrivederci Roma!

Rodrigo Miguel Quintero

Un cuento fantástico

Montserrat López Alsina

¡Ay, virgencita!

Luna del Castillo

Maleza

Guillermo Martínez

Yo soy el escritor

Víctor C. Drax

La burbuja de cristal

Lucía Scosceria de Cañellas

Miedo a los alacranes

Everardo Gómez

Desde mi ventana

Edinson Martínez

Sol de los venados

Fotografías

Desencuentro

Mario Andrés Arcos

Habla Gloria

Rolando Revagliatti

Verdad

Notas

Sebastián Abdala

Ser inmigrante

Alina Kummerfeldt

He sido buena madre

Magdalena Páez Amador

Prólogo

Desde que se inició esta travesía literaria en 2006, Hd. Kaos se ha convertido en un archivo literario que ha dado cabida a una constelación de voces de más de 50 países. Es con gran entusiasmo que presentamos esta primera selección en forma de antología, una compilación que abarca diecisiete años de arduo trabajo, originalidad y valentía literaria.

"Antología de narrativa" es más que una mera recopilación de textos; es el reflejo de una comunidad literaria vibrante y diversa que trasciende fronteras y culturas. Aquí, autores noveles y profesionales de distintos rincones del mundo se han congregado para compartir sus universos imaginarios y sus emociones más profundas.

A lo largo de estas páginas, encontrarás obras que se aventuran en terrenos inexplorados, desafiando las convenciones y forjando nuevos caminos narrativos. La originalidad es el guía que orienta a estos escritores, cuyas plumas audaces exploran temas, géneros y estilos.

Desde los confines de la literatura fantástica hasta las profundidades de la ficción especulativa, esta antología celebra la amplia gama de formas que han encontrado su hogar en nuestro archivo. La literatura es, sin duda, un espejo de la sociedad, y en estas páginas, cada autor ha contribuido con una reflexión única y valiosa que añade matices al retrato del mundo que habitamos.

Es importante destacar que esta antología es solo el inicio de una emocionante travesía literaria. Esta es la primera selección. Nuestro compromiso con la originalidad y el riesgo continúa, y estamos entusiasmados de que en el futuro podamos presentar una nueva colección de obras que vuelvan a capturar la evolución a lo largo del tiempo.

Agradecemos a todos los autores cuyas obras han dejado una marca indeleble en nuestro espacio y en la literatura en

general. Gracias por desafiar las expectativas, por explorar lo desconocido y por compartir con nosotros la esencia misma de la creatividad humana.

Medinaciones

Susana Medina

Porque ... ¿Lanzar fealdad al mundo, tiene un efecto reverberante?

¿La fealdad produce un efecto vivificante, un poco como la muerte o tal vez como la violencia, como si la fealdad fuera una violencia visual?

¿Qué diferencia hay entre la fealdad y la repugnancia ante la fealdad?

La fealdad es siempre social, no existe en la naturaleza. Es posible que la fealdad sea una versión del miedo a lo desconocido.

Y todos sabemos que llevamos un mono feo dentro y que la seda sólo lo hace más grotesco. Y que más que vestirlo de seda hay que seducirlo.

¿Seducir al enemigo es nuestro último recurso?

Las sillas eléctricas son cada vez más humanas, los anuncios son cada vez más oníricos, los propios sueños cada vez más razonables, las leyes cada vez más bárbaras.

Para que el pensamiento crezca, se tiene que especializar. Pero entonces ya no es pensamiento, es reflexión. Una hilacha de pensamiento tiene el encanto de lo imprevisible; la reflexión, el efecto estimulante del paseo medio planeado. Hay que apreciar al dios en cada cosa.

¿Dónde acaba una intuición insistente y dónde empieza el error? Dicen que el error puede ser una dimensión interesante retrospectivamente. Sin lugar a dudas, algunas intuiciones son hijas del diablo.

La visión que cada uno tiene del mundo no es sino una ficción conveniente para justificar cobardías, maldades, envidias, inseguridades, tu posición en el mundo.

Nunca intentes organizar una orgía cuando tienes hipo: no

funciona.
Existe cierta esperanza en la superficialidad, como si al sólo rozar las cosas no se pudieran romper.
Cuando estás en una ciudad extranjera y empiezas a sentir su monotonía, es una monotonía diferente, una monotonía extranjera.
Las personas son crucigramas con el número de recuadros equivocado, las pistas con erratas inevitables, la fe de erratas a menudo tardía, el momento deldescubrimiento desencajado, pero lo más inesperado es que las respuestas invertidas son preguntas.
Mentir: existe algún tipo de placer en la mentira sobre todo si es una gran mentira como un burro volando. ¿Por qué no mentimos más a menudo? ¿Por que esa gran obsesión con la verdad, es decir con lo que nos creemos que es la verdad? Pero también está el placer malvado de la mentira miniatura. Claro que, la apariencia de verdad tiene un poder estabilizante sobre la realidad.
Hay que sospechar de cualquier verdad marmórea. Si es marmórea es que está un poco muerta, pero a veces las cosas no son ni de un reino ni del otro.
Si todo el mundo se pusiera en huelga por la humanidad … por volver al ideal de la humanidad. Si la idea de la humanidad es un mito, una mentira que el hombre se contó a sí mismo y se quedó encantado con una mentira tan fragante, tan bonita como una ilusión cósmica, es porque hay algo verdadero en el impulso utópico.
Queda muy bien decir soy amoral. Pero cuando empiezas a joder a la gentecomo efecto secundario de tu filosofía, entonces no sólo estás creando un mundo peor, sino que estás perpetuando ese mal contemporáneo, la muerte delafecto.
¿Una inyección de espiritualidad haría que el mundo existiera de nuevo comouna naranja? ¿El mundo ha existido alguna vez así? ¿Cuál sería la dosis adecuada? ¿Y por qué una inyección? ¿Por qué no algo menos invasivo? ¿Tal vez algo como un

hálito?
Cuando se escribe con pluma la tinta fresca brilla en un principio y se va secando poco a poco hasta volverse mate. Son estos detalles, los que le dan tridimensionalidad al mundo.
¿Qué queda de un libro? Una sensación. Tal vez algunas frases. Tal vez una energía, una sonrisa, el recuerdo de un itinerario. Y a veces nada. Y a veces la sospecha de una ligera tomadura de pelo.
Es mejor, por si acaso, no releer a algunos autores queridos.
A veces la escritura es un accidente: a veces salen textos ilesos, perfectos. Otras veces, salen textos mutilados, hechos polvo, cubiertos de heridas, incurables: los pobres.
Aspiramos a la perfección: el arte, la escritura deben de ser un acto de perfección. Deberíamos aprender a amar lo imperfecto, el pan de todos los días,como unas tostadas absolutamente quemadas. Hay belleza en unas tostadas absolutamente quemadas. El problema es que no son nutritivas. Y que también existe una jerarquía de lo imperfecto.
Toda obra de ficción es un artificio: en el fragmento queda algún vestigio de naturalidad, algo minúsculo, imperfecto, no forzado, humano.
Aunque a veces cree una confusión temporal, para entender, para meterse en los huesos del otro, para escribir, es necesario cautivar y cultivar en los propios huesos sensaciones, emociones, estados de ánimo, situaciones enrarecidas. Digamos que crea un poso inolvidable. En todo caso, es siempre una tarea contra el tiempo, e incluso crea fantasmas útiles.
El escritor se crea un puzzle en el que acaba por sentirse atrapado. Pase lo que pase es imposible abandonar la escritura porque el escritor se ve rodeado de piezas que tiene que ir conectando. Además es un puzzle extraño porque cubre la extensión de toda una vida.
Escribir lentamente para no consumirse de golpe, para disolverse poco a poco.

El punto ciego forma parte de la visión. Nuestra visión es siempre parcial, aunque parece ser que hay visiones más parciales que otras.

En el fondo, sólo puedes hablar sobre tu experiencia, la experiencia del vecino es mera conjetura. La empatía se aproxima más a los hechos que la indiferencia. Pero la empatía no está exenta de peligros.

Aceptamos la locura sublimada en la representación. Sólo aceptamos la locura si nos permite una mirada oblicua, nunca frontal. La locura en tiempo real está prohibida, un poco como la desnudez en público, que sólo se permite en el arte de los museos y galerías.

El pasado nunca ha existido. Lo que existe es una transformación y desvirtuación conveniente y actualizada de un espectro que vuelve con invitación o sin ella.

No es que el amor sea antidemocrático, elitista, exclusivo. Es que el miedo le da ese viraje.

Hay algún tipo de ansiedad en el dinero. El dinero es simultáneamente cura y enfermedad, liberación y cárcel, euforia y pesar recurrente.

¿Qué diferencia hay entre lo útil y lo inútil ante una tumba abandonada? ¿Y ante una tumba cuidada?

Un dicho inglés: deja de apuñalarte la espalda.

¿El mundo es un misterio policiaco todavía sin resolver y la muerte el momento relajante de la resolución del suspense?

Es mejor vivir la vida como un thriller que como un teorema.

La dureza como estilo siempre exuda la pátina del miedo.

La identificación con el político se da al nivel de la incompetencia. Sin embargo con el tiempo se convierte en una cuestión de grado. Cansa presenciar tantadestreza en el error.

A mayor ambición, mayor indiferencia hacia la realidad del otro (a no ser que le puedas sacar algo).

Y es cuando te buscas la vida, cuando no la encuentras.

Los niños vienen al mundo crueles. Esa crueldad se va

domesticando hasta que forma un tumor en el cerebro que se va acomodando poco a poco. La supresión de la crueldad (en vez de su integración en el juego) lleva a un sadismo sutil que conforma el estado de las cosas. Se completa más que un círculo, un cuadrado, un cuadrado vicioso.

La humanidad no puede soportar la realidad por mucho tiempo. Por eso ha inventado la magia, la religión, el arte y el karaoke.

Un amor perfecto nunca puede ser vencido.

Un beso puede convertirse en un fenómeno luminoso. Esos son los besos que necesitamos (de vez en cuando).

También es necesario aprender a hablar en los sueños y en las pesadillas. Contanta acción extraña, solemos adoptar una actitud un tanto silenciosa.

Hay que aprender a dialogar con la voluntad kamikaze, a negociar, a domesticarla de forma que pueda seguir siendo.

Los únicos que no tienen problemas son los muertos, así es que no deberíamos quejarnos.

La oscuridad siempre reproduce oscuridades. Pero a veces se da el caso raro de encontrar una iridiscencia al final de una oscuridad.

La publicidad estaría mejor (a veces es como un poema visual) si no estuviera al servicio de un sistema totalitario.

Es eso lo que quieren nuestros sentidos cuando no están dañados por el clima, entregarse a la intensidad y dejarse de tonterías.

Defender pequeñas trivialidades puede parecer mezquino, pero si no se empieza por lo pequeño, ¿cómo se va a llegar a lo grande?

La inercia no es estática, no es un reposo. Es una cinta transportadora que te lleva hacia atrás, en sentido contrario, hacia un baño de agua tibia.

Si el lenguaje no existiera ¿Cómo esconderíamos los pensamientos? El lenguaje siempre es doble, triple, cuádruple, ilimitado, incluso insuficiente.

Lo malo de ir dejando las cosas para la próxima reencarnación es que en nada ya la tienes llena.
Los que han sido inmortales varias veces, dicen que no les ha servido para nada. Hay que ser inmortal todas las veces para tener una visión aproximativa delconjunto. En todo caso, la ventaja de ser inmortal es que puedes perder el tiempo infinitamente.
A menudo se confunde la coherencia con la homogeneidad. Para ser coherente, el arte debería disparar en todas las direcciones.
Cuando se da la convergencia de fragilidad, oscuridad y tristeza en una bola caótica, no hay más remedio que tragársela y hacer glub.
La creatividad es una actitud hacia todo. Pobres los que la utilizan para crear una obra y descuidan su vida. Vivir la vida en tiempo real -no siempre es posible, pero como con todo hay que luchar por ello- es una de las mejores obras a las que podemos aspirar.
Una palabra, el sonido de una palabra, puede ponernos en contacto misterioso con el circuito neuronal del éxtasis.
Cuando a alguien le sale humo de la cabeza hay que apagar el incendio a fuego lento.
Estamos aquí para atravesar todo el espectro de colores: para ser niños y niñas, hombres y mujeres, para explorar estados todavía sin nombre, para ser animales y también objetos. También para no ser nada. Si no, tendremos que continuar volviendo.
A veces uno no se puede fiar ni de los sueños.
Las estructuras de pensamiento, de vivir la vida de cierta manera, normalizan el fracaso. Es posible que el ciudadano ideal sea un ciudadano ideal en cuanto se alista como voluntario al fracaso, en cuanto lo consiente.
Todo el mundo sabe que lo del fracaso es relativo. Sin embargo, en la medida que la gente fracasa, no se la condena si es un fracaso normal. Es cuando alguien pone un pie fuera

de la norma y fracasa, cuando salta la condena. El fracaso también tiene sus normas.

¿Cómo va a existir la verdad si nuestra visión de la realidad está hecha a la medida de nuestras necesidades?

La verdad y la utilidad están siempre íntimamente relacionadas, es decir, la verdad siempre tiene su lado pragmático.

Sin lugar a dudas, la felicidad es mejor que la desgracia. ¿Por qué hay tantos escritores que cantan la desgracia? Sin lugar a dudas, tienen que justificar su vida. Son los devoradores de rayos de luz. La vida es compleja y heterogénea. Las visiones negras de la vida ignoran la heterogeneidad del mundo. Sin lugar a dudas, a veces no hay nada como el sabor de las propias lágrimas. O el olor de la propia mierda.

¿Por qué el efecto de la desgracia es más impactante que el de la felicidad? ¿Incluso más memorable? ¿Es porque la felicidad es difusa mientras que la desgracia es puntiaguda?

Porque todo es endiabladamente complejo, a veces es necesario simplificar. Porque a veces las cosas son demasiado simples, incluso crudas, es necesario rodearlas del aura de la complejidad.

Todo puede ser criticado: la flor por no ser pez, el pez por no ser volcán, el volcán por ser imprevisible. Cuando el espíritu crítico degenera puede convertirse en hijo del retorcimiento, es decir, es una mera sublimación sádica.

Algunas cosas se mueren, otras se suicidan, a otras las tenemos que matar y aún así no hay forma de que desaparezan.

Siempre y cuando sea posible hay que aprender a mantener una relación elegante con el propio ego.

¿La pasión es esa forma de escupir el dentífrico contra la pila? ¿Se trataría entonces estríctamente de la pasión masculina?

¿Algunas desavenencias con la realidad se pueden curar con el efecto alucinatorio de la televisión? Es decir, esos colores tan fuertes de la televisión le pueden prestar a la realidad un

aspecto más interesante.
Si se finge desapego e incluso modestia, esa distancia se convierte en distancia real momentáneamente. No hay nada como fingir para darse cuenta no sólo de la relatividad de toda percepción, sino de la riqueza del conjunto.
Es difícil ver lo que hay dentro de uno. Se necesita un endoscopio, una pantalla exterior y un experto.
El lamento es un verdadero tabú contemporáneo.
Los juguetes son las primeras obras de arte que conocemos: el arte es un sustituto de la intensidad del juguete. En el juego se encuentran los primeros impulsos creativos y destructivos y el juguete es el primer objeto con el que mantenemos una relación de fascinación.
El juguete es el primer objeto que sufre la transmutación que sufre el arte: un chupete es una teta pero también un objeto repugnante y lanzable que censura la expresión del llanto.
Cuando vienen al mundo los niños y las niñas lloran: lloran de rabia, de furor, de angustia, de dolor, de pena, de cólera. Lloran porque intuyen que no quieren estar aquí, lloran porque saben que más tarde no podrán llorar.
Las lágrimas que lloran los niños son las lágrimas que los adultos no pueden llorar: sólo a los niños les está permitido llorar en todas partes, a todas horas, son los guardianes del llanto, los que nos recuerdan que deberíamos llorar hasta la disecación. Llorar en público es un tabú que sólo los niños pueden transgredir. Cuando un niño llora en público sin motivo aparente a todos se les crispan los nervios. Cuando un adulto llora en público sin motivo aparente, se lo considera un acto impúdico que se castiga con empatía inquieta.
Los niños también lloran por el placer de ejercitar los pulmones. Por eso todavía lloramos por la belleza.

Susana Medina nació en Inglaterra (Hampshire) en 1966. De madre alemana de origen checo y padre español, tras vivir unos meses en Alemania, su familia se trasladó a España (Valencia) en 1968, donde se educó. Al leer en las cubiertas de

libros que los escritores a menudo viven en otros países, cuando tenía 19 años se fue a Londres. Fascinada por el 'multi-culturalismo' y las subculturas de esta ciudad, estudió Historia del Arte e Italiano en University College y vivió durante un año en Venecia y Bolonia donde estudió en el DAMS con Umberto Eco y Dario Fo.

Aunque más o menos residente en Londres desde 1987, hasta hace poco tiempo ha escrito en español, su lengua materna. Trozos de Una, una anti-novela escrita cuando tenía 25 años, recibió una Beca Creativa de la Generalitat de Valencia. Otras aventuras narrativas incluyen Red Tales Cuentos rojos (edición bilingüe, Araña Editorial, 2012) que incluye el Premio Internacional de Cuentos Max Aub y Souvenirs del Accidente (Germanía, 2004), que reúne poemas, aforismos y textos. Philosophical Toys (Dalkey Archive Press, 2014) es su primera novela en inglés, de la cual proviene el corto cinematográfico Buñuel's Philosophical Toys (24 mins), que se ha mostrado internacionalmente, así como Leather-bound Stories (30 mins), que presentó en el Museo de Freud con Richard Marshall y que 3:AM Magazine califica de: 'Unmissable, mesmerising, totally unique … a wonderfully delicate but zesty film.' Medina representará a España en la prestigiosa antología estadounidense Best European Fiction, 2014 de Dalkey Archive.

Siempre ha escrito en una diversidad de medios interdisciplinarios, fascinada sobre todo por los huecos existentes entre las artes, los géneros y las disciplinas, lo lúdico y lo mortalmente serio. ("A menudo se confunde la coherencia con la homogeneidad. Para ser coherente, el arte debería disparar en todas direcciones", dice en Souvenirs del Accidente). En 1992 y 1993 recuperó una serie de espacios abandonados para organizar varias exposiciones internacionales que gozaron de buena acogida por parte de la crítica y la prensa, en especial Space International y Reproducciones, en conjunción con el video-artista Derek

Ogbourne y John Russell (editor de Frozen Tears). Ha colaborado con artistas, y revistas sobre arte, así como publicado y dado una serie de ensayos y conferencias sobre arte, literatura, cine y fotografía. Su obra literaria se ha publicado en numerosas antologías y revistas y ha sido traducida a varias lenguas. Es traductora voluntaria para PEN, en el Programa de Escritores Encarcelados.

Actualmente está inmersa en Slumberville (una novela sobre sueños). En junio 2006 obtuvo su doctorado, Borgesland (sobre espacios imaginarios en la obra de Jorge Luis Borges), que realizó en Birkbeck University de Londres, donde originalmente cursó su MA en Estudios Hispánicos. Enseña en la Open University, Londres.

Otros honores incluyen la beca de investigación 'Arts and Humanities Research Board', el premio 'The Snowdon Award' y una beca de escritura del Arts Council (febrero 2008), para su novela, Días giratorios de la noche. Website.

El rincón de un juego enajenado

Daniel Frini

—Matalo —dijo la Voz Uno, que al niño se le antojaba la de una muchacha hermosa como princesa, cabello oscuro, piel morena y ojos gigantes.
—Hacele caso, matalo —dijo la Voz Dos, que era dura y rasposa, como la de un hombre gastado de alcohol y cigarros; no tan viejo en años, pero sí en atravesar la vida rebotando madrugadas en antros roñosos.
El niño no dudó. No había razón para hacerlo. Al fin y al cabo, las dos voces siempre habían estado allí dentro, en algún lugar de su cabeza, guiándolo y enseñándole.
Las escuchaba de otra manera; distinta a como se oían los demás y todos los sonidos de su mundo —a través de sus oídos—; sino que llegaban, no sabía adónde, como vibraciones claras e identificables, distintas a sus propios pensamientos, a los que no podía ponerles timbre ni entonación que los distinguieran. Las voces de Ella y Él —nunca supo, ni necesitó, ponerles nombre— eran firmes, reconocibles, únicas. Representaban, además, su primer acercamiento a un mundo sonoro, preexistente al exterior —aunque a esto no podía saberlo—, porque ya estaban cuando a sus oídos llegaban sólo los ruidos del cuerpo de su madre y voces difusas de un mundo extraño, atenuadas por un océano de líquido amniótico. Y, más importante aún, las voces de Ella y Él estaban siempre presentes; más que su padre, su madre, su abuela, sus maestros o sus amigos; calmándolo cuando las luces de la habitación se apagaban, defendiéndolo de monstruos, transmitiéndole tranquilidad en las noches de tormenta. No tenía, en su memoria, registros de un solo momento en que hubiese estado solo. Podía ocurrir que, durante días, alguno de los dos se callase; pero jamás había

ocurrido, ni ocurriría —se lo habían prometido— que se fueran los dos.
—Matalo.
—Matalo.
El niño se acercó con una sonrisa en su rostro y la mano extendida. El animalito desconfió, pero venció su aprensión y, con sigilo, se acercó y lamió los dedos. El niño tomó al animal de sus patas traseras, lo levantó como si fuese un palo; y con él golpeó la piedra, que se tiñó de rojo.
—Gracias —dijo la Voz Uno.
—Gracias, pibe —dijo la Voz Dos.
—Dale unos metros de ventaja, pibe —dijo la Voz Dos; y el muchacho, ahora de unos diecisiete años, detuvo el puño en el aire.
El pobre hombre, flaco y andrajoso, entrevió una salida; sacudió su brazo para soltarse de la mano que lo tomaba, e intentó correr, sobreponiéndose al dolor de su pierna ulcerada.
—Dejalo que se escape. Me gusta cuando corren y creen que tienen alguna esperanza —dijo la Voz Uno.
Cuando el hombre estaba a unos cincuenta metros, la Voz Dos dijo:
—Dale, pibe.
Ella y Él experimentaban el mundo a través de los sentidos del muchacho. Olían lo que él, saboreaban lo que él. Cuando el muchacho tocaba algo caliente, eran tres los que decían «¡Quema!». Cuando cerraba los ojos, los tres pensaban «negro». Cuando descargaba su rabia —que era rabia de los tres— sobre la humanidad de alguien, eran tres los que se sentían satisfechos.
Con el tiempo, el muchacho había comprendido que Voz Uno y Voz Dos aprendieron todo junto con él. Se explicó que, quizá porque ambos tuvieron siempre voces de adultos, él los creyó, como los mayores del mundo exterior, dotados del conocimiento de todas las cosas que él ignoraba; pero no era así. Cada nueva experiencia de él, lo era, también, para Voz Uno

y Voz Dos.
—Alcanzalo.
—Alcanzalo.
El muchacho inició un trote cansino para seguir al pordiosero. Sacó la navaja jerezana de su bolsillo —recuerdo de un tatarabuelo, venido desde España, después de la Guerra Civil—, y la abrió cuando estaba a sólo unos pasos del hombre.
—Dale ahora —dijo la Voz Dos.
—¡Ahora! —acució la Voz Uno.
El muchacho aceleró la carrera y clavo la navaja, una y otra vez, en el cuello del hombre.
—¡Ah! —exclamó la Voz Uno, satisfecha.
—Eso estuvo bien, pibe —dijo la Voz Dos.
Conoció a la mujer en el colectivo, de ida al trabajo. Salieron algunas veces, sin plantearse compromisos y sin esperar demasiado. Decidieron convivir en el departamento minúsculo que ella alquilaba.
Dos meses después, llegó la plaga. Avanzó rápido. El aislamiento, también; y se extendió por días interminables. Después, vinieron la estrechez económica, el hastío, las discusiones por nimiedades y el fastidio. La convivencia larga y obligada, en un lugar tan pequeño, no resultó.
—Pibe, no te merece —ahora era un hombre, aunque la Voz Dos todavía lo llamaba «pibe».
—Siempre está contradiciéndote —acotó la Voz Uno.
—Se cree que es tu madre.
—No te quiere.
—¿Qué falta te hace, si nos tenés a nosotros?
Era curioso, pero Ella y Él nunca habían estado en desacuerdo. Si alguna situación confundía al hombre, ambos opinaban en el mismo sentido; transmitiéndole seguridad y actuando como referencias para él. Nunca se había percatado de eso.
—Es una puta —sentenció la Voz Uno.
—Tampoco merece vivir —atacó, dura, la Voz Dos.
—¡Matala! ¡Matala! ¡Matala! —recitó la Voz Uno, como si se

tratase de un mantra.
El hombre entro al baño, despacio y en silencio. La mujer estaba en la ducha y su silueta se insinuaba detrás de la cortina. El hombre llevó la escopeta a su cintura. El sonido del agua disimuló el doble «click», cuando amartilló ambos caños. Como al descuido, apretó un gatillo y, un segundo después, el otro. Aunque aturdido por las explosiones, escuchó las voces:
—¡Qué bien! —dijo la Voz Uno.
—Fantástico, pibe —dijo la Voz Dos.
Luego, el hombre encendió un cigarrillo, cerró con llave la puerta del departamento, bajó los tres pisos por la escalera y, sin soltar el arma, salió a la calle.
Los vecinos escuchaban a la pareja discutiendo todos los días. Pero había gritos en todas las casas. Sin embargo, disparos de escopeta era algo distinto. Alguien llamó al nueve once.
Los controles de la cuarentena eran estrictos y los móviles policiales recorrían las calles con una cadencia machacona, así que, antes de los dos minutos, estuvieron allí.
El hombre caminaba, lento, por la vereda, con la mirada perdida y el cigarro en la boca.
—¡Ah! ¡Qué bien se siente! —dijo la Voz Uno.
—Qué placer, pibe —dijo la Voz Dos.
Una tercera voz, que venía de afuera, gritó:
—¡Alto! ¡Policía! ¡Soltá el arma!
—No lo escuches —dijo la Voz Uno.
—Matalo a ese también, pibe —susurró la Voz Dos.
El hombre se detuvo y abrió los caños de la escopeta. Como en sueños, escuchó que eran varios los que ahora gritaban «¡Alto!, ¡alto!». Buscó los dos cartuchos en los bolsillos del jean y los cargó. Cerró los caños, levantó el arma y apuntó al primer policía. Escuchó varias detonaciones y sintió golpes en el pecho, la espalda, las piernas. Mientras caía, apretó los dos gatillos, pero ya no vio nada. Todo se oscureció.
—¿Pibe? —preguntó la Voz Dos. Sonó extraña, sin reverberación, sin ecos.

—Tengo miedo —dijo la Voz Uno, que aún seguía siendo la de una mujer joven.
—¿Estás ahí? —insistió la Voz Dos.
—No te veo —acotó la Voz Uno—. ¿Qué pasó?
—Lo mataron
—¿A quién?
—¡Al pibe! —respondió la Voz Dos.
—¿Por eso estamos en la oscuridad? ¿Por eso todo está en silencio? —interrogó la Voz Uno, con temor.
—Supongo que sí. Él era nuestro cuerpo —intentó explicar la Voz Dos.
—¿Y qué vamos a hacer?
—No sé.
—¡No quiero estar acá!
Voz Dos suspiró con resignación que más parecía congoja.
—¡Hacé algo! —dijo la Voz Uno
—¿Qué? ¿Qué te parece que podemos hacer?
Voz Uno lanzó un gemido. Se hizo un largo silencio.
—Tengo miedo —insistió la Voz Uno.
La Voz Dos no respondió. Hubo un silencio aún más prolongado que el anterior.
—Hablame —acució la Voz Uno, en un susurro.
—¡Qué querés que diga! —gritó la Voz Dos, con odio.
—No sé. No quiero estar acá.
—¡Yo tampoco!
—¿Y qué hacemos?
—¡No sé! Esto...es... un confinamiento.
Un tercer silencio duró más que los anteriores.
—¿Y cuánto va a durar? —interrogó la Voz Uno.
—Supongo —dijo la Voz Dos, entrecortada—, supongo que toda la eternidad.

Daniel Frini nació el 29 de octubre de 1963, en Berrotarán, Córdoba, República Argentina. Reside en Villa Ballester, San Martín, Buenos Aires. Es Ingeniero Mecánico Electricista por la Universidad Nacional de Río Cuarto (UNRC) y Diplomado en

Dirección General Economía y Negocios para Pequeñas y Medianas Empresas por la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), escritor y artista visual. Desde 2018 es Columnista de la revista “Educación Alternativa Un Vistazo” (Oaxaca, México). Desde 2019 es profesor en la Escuela de Escritores del Círculo Literario de General San Martín. 1er Premio en el III Concurso de Microrrelato Ilustrado Universidad de Jaén / Microrrelato, con el microrrelato y la obra visual “Bonjour tristesse” (Jaén, España; 2019).

Salida honrosa

Alberto Jiménez Ure

—Por haberme indebidamente apropiado de dineros del Tesoro Nacional y en descargo de mi culpa, me cortaré la mano izquierda —anunció, avergonzado, el Ministro de las Finanzas Públicas Abel Hidroito ante el Comisario Contralor Supremo y los demás integrantes del Poder Ejecutivo.

Con un fortísimo y preciso golpe de hacha que —sin vacilación— se infligió, separó su mano del brazo.

Trémula y sangrante, quedó encima de la Mesa Redonda para Reuniones. En actitud respetuosa y de admiración, uno de sus colegas se quitó su cinturón y se lo extendió para que se hiciera un torniquete y detuviese la hemorragia.

En silencio, todos esperaban que igual hablase el Presidente de la República: también imputado por haberse agavillado con Hidroito para cometer el mismo crimen contra la República.

—En pro de mi preservación física, declino y abandono esta Junta de Idiotas —adujo, cínicamente, Séptimo Toro.

Luego abrió su sobretodo de piel de cocodrilo, lo explayó y advirtió a los presentes que su chaleco antibalas reglamentario estaba cubierto con explosivos de gran poder destructivo y prosiguió con su discurso:

—Bastará que alguno de ustedes intente impedir mi huida para que desaparezca el Palacio de Gobierno, las casas y edificaciones en un radio de dos kilómetros cuadrados.

El álbum tabú

Cuando la encantadora Lucy Track descendió del avión de la Venezuelan Air Line y recorrió el ductomóvil que adhieren a las escalerillas de los aparatos en reposo, fue recibida por su abuelo.

—Luego de quince años fuera de mi país, estoy ansiosa por ver de nuevo a mis padres y hermanos —le comunicó al viejo, abrazándolo.

—Lo sé, porque estoy persuadido que tienes extraordinarios sentimientos —con voz casi apagada, enunció el hombre cuya lujosa y elegante vestimenta delataba su privilegiada posición social—. Por ello, te traje el Álbum Tabú de la familia: que contiene fotografías recientes de cada uno. Estamos felices por tu regreso.

—¿Álbum Tabú? ¿Qué ocultas en él?

—Ningún misterio, muchacha... No te inquietes.

Se instalaron en una de las mesas del restaurante del puerto aéreo y el anciano le extendió el libro de los recuerdos a Lucy. Lo tomó en sus manos, contenta. Cuando lo abrió, sólo halló ojos reales pegados en las plastificadas páginas. Perpleja y en actitud interrogativa, miró a su ascendiente y él pronunció:

—Mi querida y preferida nieta: ¿Creíste que nuestros parientes no me acompañaron a expresarte la bienvenida?

Alberto Jiménez Ure (Tía Juana, Venezuela, 13 de abril de 1952) es un escritor venezolano. Su obra literaria consta de más de treinta publicaciones en diversos géneros: novela, cuento, ensayo y poesía. En la Universidad de Los Andes, fue uno de los fundadores de la Oficina de Prensa Institucional, donde coordinó o supervisó varios medios de comunicación oficiales El Universitario, Informador ULA y dirigió la revista internacional de Arte y Literatura ALEPH universitaria. Junto al fallecido intelectual Carlos Contramaestre, participó en la redacción del Acta de Fundación del Consejo de Publicaciones de la citada casa de estudios superiores.

En diferentes diarios y revistas de Venezuela y el exterior, ha

publicado más de mil textos [artículos de opinión política y cultura, ensayos y reflexiones]. Fue corresponsal y asesor literario de varias revistas internacionales, entre las cuales Luz en Arte y Literatura (California, USA), Generación Abierta a la Cultura (Buenos Aires, Argentina), Nueva Generación (Buenos Aires, Argentina) y Piel de Leopardo (Buenos Aires, Argentina).

Nota biográfica completa.

La muerte de mamá

Nieves Jurado

Mamá se suicidó bien entrada la noche. Hacía frío. Nunca pensé que lo haría, a pesar de que siempre amenazó con hacerlo.

- Los verdaderos suicidas no avisan. Si alguien quiere quitarse la vida lo hace y punto-me comentaba la vecina en un intento de tranquilizarme. Pero se equivocó.

Juana, la vecina, creía saber muy bien de lo que hablaba, porque había sufrido esa experiencia. Su marido se había suicidado hacía unos siete años.

-Y quién lo hubiera imaginado – se lamentaba -. Con lo alegre que era. Nunca se quejó, nunca.

La verdad es que no recuerdo muy bien lo que ocurrió ese día porque yo era muy pequeña, debía de andar por los cinco años. De lo único que me acuerdo es de los gritos de dolor de la mujer. Se me metían en la cabeza y se me clavaban como agujas. Estuve toda la noche escondida debajo de las sábanas de mi cama llorando de dolor y de miedo.

Para hacerle compañía, empecé a pasarme algunas tardes a merendar con ella, y después, con la enfermedad de mamá, me tiraba casi todo el día en su casa. Mi madre siempre estaba acostada y, a veces, ni siquiera se levantaba para abrirme la puerta cuando regresaba del colegio, porque, según ella, no le quedaban fuerzas ni para respirar. A mí no me importaba, yo sabía que necesitaba descansar; además, me gustaba ir con Juana, porque me contaba historias fascinantes de su vida. Unas eran muy divertidas, tanto que me hacían reír hasta dolerme la barriga; sin embargo, otras me daban mucha pena. Como la historia de una guerra que hubo hace muchos años, cuando ella era una niña como yo. Entonces su voz temblaba al recordar el día que mataron a su padre y a su hermano. Yo

veía sus ojos ponerse brillantes como el cristal. Hacía un gran esfuerzo para que no se le escaparan la lagrimas, y aún no sé cómo lo conseguía.

Mamá siempre estaba triste. Una vez oí a alguien decir que cuando la tristeza es tan grande que te oprime el estómago y no te deja respirar, se llama depresión. Y ella debía estar muy enferma de depresión porque lloraba mucho, sobre todo por la noche, cuando el silencio le recordaba su dolor. Y bebía, siempre bebía. Algunas veces mezclaba la bebida con una pastillas que guardaba en el cajón de su mesita. Papá casi nunca estaba en casa, pero cuando venía discutían sin parar. Él se enfadaba mucho con ella, la humillaba y le decía que no servía para nada porque se estaba volviendo loca. Yo no soportaba que la insultara de aquella manera. Mi mamá no estaba loca, simplemente estaba enferma y sola, muy sola. Muchos días entraba de puntillas en su habitación, para no despertarla, y me tumbaba en la cama, a su lado. Le acariciaba el pelo y la cara. La tenía muy blanca, tanto que se distinguía perfectamente el camino que dibujaban las venas por sus mejillas. Entonces se despertaba y me sonreía.

- Hola cariño. ¿Cómo está mi princesa? – murmuraba sin apenas mover los labios finos y arrugados.

- Muy bien, mamá. ¿Y tú?.

- Cansada. Muy cansada.

Después cerraba los ojos y se volvía a dormir. Yo me quedaba junto a ella, oyendo su respiración. Era suave, apenas un ligero soplo de vida.

La noche de su muerte fue muy extraña. Yo tenía fiebre y la cabeza me latía como si una bomba en su interior fuera a estallar. Tuve muchas pesadillas y, no sé si fue en una de ellas, donde me pareció oír a mis padres discutir; pero no era posible, papá me dijo que se iba por una temporada. Me desperté de golpe, sudando. Mi pijama se me pegaba empapado a la piel y mi cuerpo tiritaba como el cachorro de mi amigo Fran. Empecé a llamar a mamá, pero no vino. La

llamé muchas veces, pero no acudió. Recuerdo que las lágrimas me salían sin control a causa de la rabia que sentía. Yo estaba con fiebre y mi madre era incapaz de acudir a mi llamada. La odié, y a mi padre también, porque él ni siquiera estaba en casa para cuidarme. Pero, de pronto, oí el estallido de un vaso al caer seguido de un golpe seco y fuerte contra el suelo. Me asusté mucho. No sabía si levantarme para ver qué había pasado o esconderme bajo las sábanas. Decidí levantarme. Me costó caminar porque mis pies apenas respondían y todo se movía a mi alrededor. Tenía la boca seca y la lengua parecía el doble de grande. Desde mi cuarto vi la puerta entreabierta de la habitación de mamá. Una pizca de luz se escapaba desde dentro, como si fuera el humo de un cigarro, tiñendo el aire de un ligero resplandor lechoso. Me acerqué lentamente. El pasillo se me hizo eterno y sus paredes parecían unirse como si quisieran impedirme el paso. Cuando llegué a su puerta, pegué la cara a la rendija que había abierta y miré dentro. Al principio, la intensa luz me golpeó en los ojos obligándome a cerrarlos. Al cabo de unos segundos, me asomé otro vez. Sólo alcanzaba a ver los pies descalzos de mi madre que estaba tumbada boca abajo en el suelo. No se movía. Respiré hondo y empujé la puerta con suavidad hasta abrirla del todo. Y, entonces, la vi, ahí, tirada como un montón de ropa sucia.

La escena parecía otra pesadilla fruto de la fiebre, pero no era así. Yo sabía que mi madre estaba muerta. No me atreví a tocarla. Me quedé en el umbral, rígida como una estatua, observando aquel cuerpo caído de forma ridícula. El pelo, lacio y desaliñado, se desparramaba alrededor de su cabeza; no recordaba que lo tuviera tan largo. El camisón celeste subía por sus piernas mostrando unos muslos secos y pálidos. ¡Qué delgada estaba! A su alrededor, decenas de pequeños cristales salpicaban el suelo. Estaban por todas partes. Un trozo más grande le atravesaba la mano derecha. Sentí náuseas y vomité más fuerte que nunca, como si lanzara un cubo de agua sucia.

Salí de la habitación y me senté en el suelo, despacio, dejándome caer poco a poco. Me encontraba muy mal. Encogí las piernas hacia mi pecho y me abracé a ellas. No sabía qué hacer, estaba confusa. En mi cabeza la imagen de mi madre tirada en el suelo daba vueltas sin parar y una pregunta, sólo una, surgía de mi garganta.

-¿por qué?, ¿por qué, mamá?, ¿por qué lo has hecho?

Algunas veces la impotencia te hace sentir cosas que no deberías y eso fue lo que me ocurrió. Desprecio. Sí, un gran desprecio hacia mi madre se apoderó de mí y me empujó a llorar durante horas.

No entendía nada, no podía decir nada, sólo me tapaba la cara con las manos y me compadecía. Mi madre me había traicionado, me abandonaba quitándose la vida y la odiaba por ello. Aunque, quizás, yo tuviera la culpa de todo. Sí, puede ser, porque la conocía mejor que nadie y no me di cuenta de lo realmente desesperada que estaba.

Aquella fue la última noche que pasé en casa y lo hice llorando en el suelo, hasta que el cansancio y la fiebre me hundieron en un sueño intranquilo.

El entierro de mamá fue rápido y con poca gente. A los suicidas se les entierra sin grandes lamentos. Papá no quería que yo asistiera, pero me empeñé. Era mi madre, debía ir. La pobre Juana lloraba sin parar. ¡Cuánto la echaba de menos!

Los días que siguieron pasaron muy deprisa y ajenos a mí. Juana le dijo a mi padre que podía quedarme en su casa.

-Al menos hasta que la niña se recupere de la terrible experiencia que ha sufrido - añadió preocupada.

Pero papá no quiso. Me llevó a otra casa, con otra mujer, una mujer desconocida y a la que aborrecí desde el primer momento.

Han pasado varios meses y todavía me despierto por las noches llorando. En mis pesadillas veo el cuerpo de mi madre cubierto de sangre tirado en el suelo, sus ojos me miran vacíos y su boca me habla sin voz.

-Habla más alto, mamá, no te oigo - le digo entre lágrimas, y entonces desaparece.
La amiga de papá dice que está harta de oírme gritar por las noches, que no le dejo dormir y que no está dispuesta a aguantar más esta situación. Quiere llevarme a un médico de la cabeza, pero mi padre piensa que sólo soy una niña y se me pasará con el tiempo. El tiempo, qué sabrá él. Es algo más, es dolor y el dolor no viaja tan rápido como el tiempo. El dolor se instala en el pecho impidiéndote respirar. Pero no creo que a mi padre le importe mucho si lloro o no, como tampoco le conmovía la angustia de mamá. Estoy segura de que ella sabía lo suyo con esa mujer, pero a él le traía sin cuidado. Ahora ya nada importa. Mi madre no está y él puede continuar con su vida, o al menos eso cree.
Dicen que al final cada uno tiene lo que se merece, y debe de ser verdad. La semana pasada vino la policía a casa y se llevó a papá. Entraron enseñando una orden de arresto y se lo llevaron esposado y cabizbajo bajo la mirada fría y distante de su amiga. Oí hablar de una investigación sobre la muerte de mi madre. Sospechan que no fue un suicidio. Al parecer, aquella noche papá sí estuvo en casa, no lo soñé. Cambió las pastillas de mamá por unas que la intoxicaron cuando las mezcló con el alcohol.
Cuántas preguntas se me amontonan en mi cabeza; cuántas preguntas y qué pocas respuestas. Me gustaría saber por qué papá lo hizo, por qué arrancó a mi madre de mi lado, pero nunca lo sabré.
Ahora vivo con Juana y espero que para siempre. Ella dice que poco a poco lo iré superando. No sé, tengo tantas cosas que olvidar...

Nieves Jurado Martínez es una escritora de Albacete nacida en 1967. De profesión Educadora ambiental. Ha realizado talleres de teatro, escritura creativa y poesía en la Universidad Popular de Albacete. Es socia fundadora del Club de escritura "La biblioteca" que organiza desde hace cuatro años el

Certamen de Microrrelatos “Sucedió en la feria”, único concurso literario sobre la Feria de Albacete.
En enero del 2007 fue finalista en el Certamen Literario “África cuenta”, convocado por el museo Guggenheim de Bilbao junto con la Escuela de Escritores de Madrid. En marzo del 2007 recibió el Primer premio en el III Certamen Femenino de Narrativa “Ciudad de Chinchilla”, en octubre del 2007 fue finalista en el XII concurso de Relatos Hiperbreves organizado por la Fundación de Derechos Civiles y en mayo del 2008 salió publicado en un libro recopilatorio titulado: “Páginas para la tolerancia”, en diciembre del 2007 recibió el segundo premio en el XIII Certamen de relatos breves AMUSYD.

Cuando era niño

Milton Ordoñez

Pensaba como niño (dice la Biblia). Ahora que soy grande, pienso como adulto, aunque algo de inmadurez aún persiste. Hasta hace poco, cuando iba a lugares donde tenían cuentos para niños, los leía y a veces me los llevaba a casa. Hoy en día, solo leo cosas muy complicadas que me gustan, como novelas y cuentos rusos o americanos, así como ciencia.

En estos días, estoy leyendo "THE ORIGIN OF THE UNIVERSE", de John D. Barrow. Les trataré de resumir uno de los detalles más impactantes que él concluye. Atención: El universo nació hace 15 mil millones de años. La fuerza de la explosión inicial se ha ralentizado pero continúa, y en su trayectoria ha sembrado galaxias y conjuntos de materia sometidos a una sutil gravedad de equilibrio. Pudieron haber ocurrido dos cosas: que la propulsión fuera baja y el universo se estancara, o un poco más alta y continuara en expansión, que es lo que en realidad sucede.

Esta velocidad está ligeramente por encima del nivel de parálisis, lo que le permite crecer mientras produce más espacio cósmico. Por lo tanto, la materia se condensa por gravedad y crea planetas, estrellas, galaxias y cúmulos de galaxias. Las estrellas nacen, envejecen, se vuelven super-novas y explotan, lanzando materiales como carbono, oxígeno, oro, hierro, zinc y otros que solo una estrella puede producir. Eventualmente, esos materiales se combinan en lugares donde alimentan la posibilidad de vida, como en la Tierra.

Lo verdaderamente curioso no es esto, sino que la posibilidad de vida se debe a una temperatura de grados Kelvin que, si fuera un poco más alta o baja, la vida sería imposible.

En términos numéricos, Barrow lo coloca en 10 elevado a la potencia 32 (un 1 seguido de 31 ceros) y es extremadamente

improbable que esto exista en otros lugares del cosmos. Esto se debe a que, aunque el espacio es ligeramente curvo, el punto que ocupamos lo protege de la desintegración y de la expansión absurda.

Hasta ahora, estamos solos y tal vez para siempre, aunque nunca de manera permanente (en el sentido de la familia, claro). En el río de la conciencia (que da nombre a otro libro que tengo, de Oliver Sacks), hemos creado otro universo tan sorprendente como el anterior. Está lleno de fantasmas, dioses, ángeles, poesía, amor y odio, así como nuestra creencia en que la muerte es el comienzo de otra dimensión donde seremos eternos. Esta cualidad sospechamos que ni siquiera el universo la posee.

Tres Jackelines en una sola pieza

-“Don’t touch me, unless you love me”.
Jalofonte

No quiero dormir. No puedo dormir. ¿Pero y cómo, si me acabo de despertar? Había una taza con agua ya casi para hervir. De pie, frente al microondas, Mathie Sroka tomó una cuchara para colocarle el café, cogió el pote del café y cuando lo abrió ¡no era café . . . ! Era jugo de tamarindo instantáneo.
¡Genial . . . ! –se dijo-, hemos sorprendido al cerebro con las manos sobre la masa, la masa vuelta un masacote . . . Imposible que lo pensemos todo; que todo cuanto hagamos sea verdaderamente pensado. El cerebro actúa en porciones, pequeños programas de instrucciones dadas . . . Pero a veces . . . a veces las sinapsis . . . , poco o nada de potasio en el cuerpo, hace que los terminales actúen de manera equívoca. En vez de fricción, saltos y tropezones.
Había media botella de Bacardí en el cajón . . . aunque temprano. A decir verdad, demasiado temprano. Había clase de biología a las 7 . . . “¡Había . . . !” Había trabajo a las 10, pero eran precisamente las 10. Clase de lógica a las 12 y matemáticas a las 5 y trabajo de nuevo a las 7.
Mathie Sroka preparó jugo en vez de café. Sacó la botella, se sirvió en la copa morada “I went all the way in Y2K, Barbados” –así decía la copa morada-. Dijo: “¡Por el cerebro y todas sus funciones fallidas!” Bebió. Pisó con el jugo de tamarindo y se acostó de nuevo a pensar. “Es una delicia pensar”. Pensar por ejemplo en Giselle . . .
Una oleada de calor se vino sobre el cuerpo de Sroka y su mente cayó en el vacío. Todo se volvió inexplicablemente incómodo, el cuarto se volvió una prisión. ¿Alguna manera de escapar? Ninguna. Esto se llama la eternidad. Podríamos irnos pero hay que pararse de aquí, tomar un baño primero y entonces salir. Sin embargo me niego, no me quiero bañar. No

hay nada en qué pensar y menos soñar. ¡Soñar. . . ! Si la noche entera he soñado y luego, dando vueltas en la cama, se han ido las horas soñando las porquerías más inútiles que pueda uno soñar. No quiero dormir. No puedo dormir. ¿Pero y cómo, si me acabo de despertar?

Pienso en un revólver. Alguien, en una película, echado temprano en la cama, mira el revólver de plata que tiene en su mano. Lo coloca en su sien. Hace calor. Es una hora para no estar en la cama. No tiene nada en qué pensar y eso lo agobia. No es infeliz. Pero el zigzag de las cosas, un mundo por ratos implacablemente veloz, y nada . . . Nada en especial; esta hora y este revólver tan cerca. Va a disparar en la sien . . . Pero todos saben, todos los espectadores, que no morirá. No se disparará porque apenas la película empieza y es este el actor que todos vienen a ver. Mas, nunca se sabe.

¡Va a disparar y se detiene!. Quiere ver la bala que perforará su osamenta. Saca la cartuchera y toma la bala. La mira. También, para colmo, saca un mapa del cerebro de su clase de biología y trata de bucear el destino de la bala suicida, el camino por recorrer y las zonas afectadas. Le resulta tan entretenido que ríe y deja lo del disparo para otro día. “La vida es así, como dice papá”.

Sroka abre la puerta del cuarto porque “algo hay que hacer, de lo contrario nos mataremos”. Entra una suave briza. Pone la emisora de la universidad. Se recuesta de nuevo y su espíritu renace. Pienso en Giselle . . .

Hace poco, en una clase donde Giselle ni siquiera estaba, la recordó tal y como la había visto la última vez. Olvidada de lo que el profesor decía, volteó a hablar con Sroka y se acomodó muy bien. Las piernas estiradas a un lado del pupitre, acodada perfectamente sobre el espaldar y la tabla. Hablaban de Platón y la apología de Sócrates: ¿A todas estas, cómo fue que murió él? Porque habla de su defensa, pero no de cómo murió – pregunta Giselle . . .

El salón está en un piso tres. La luz del mediodía entra por las

18 ventanas como una tranquila pero definitiva invasión radiofísica que llegase a las venas y termina arrasando los pensamientos. Todo es luz. Luz y Giselle con sus largas piernas de bluyín preguntando cómo era que había muerto el maestro de Platón. Pensó en otra película: "Un minuto con Giselle". Tenía 19 años. Su boca era como un botón de flor; botón todo por aflorar. Labio redondo arriba, labio redondo abajo. Dientes como un dibujo. Pelo amarillo marrón, corto, abundante y con gracia sobre un cuello lleno de gracia también. Alta. Maravillosamente grácil y siempre en sandalias. Pero lo más notorio eran sus ojos. Grandes y llenos de belleza y vivacidad. Se colocaba sus lentes y aquellos ojos expandían el espacio todo como dos bolas electrizantes y juguetonas.

El Bacardí se acabó. Mathie Sroka comió bistec con ensalada de oliva, arroz, y salió a caminar.

El día era un esplendor. La vida, después de todo, otra maravilla.

En un bar una gorda dormía con las patas sobre una silla. En otro las mujeres comían. En otro la música era calamitosa. En otro barrían. En otro también dormían.

Se comió un pincho de cerdo. "Algo de cerdo, de cuando en vez, no nos puede matar", dijo a la mujer. La mujer le dijo: "Yo lo como todos los días". Sroka le dijo: "Ah, así es como debe ser".

Volvió atrás. Creo que me iré a casa. Vio de nuevo a los que dormían, a los que barrían, a los que no oían, a los que también comían, a los que también dormían y vio una puerta cerrada: ERICK'S BAR, decía la puerta. Me llaman la atención estos bares cerrados, ninguna invitación para entrar y un cristal con cortina. Se decía Sroka que en ellos algo siempre pasaba.

Tocó el timbre y de seguidas el mecanismo eléctrico de la puerta roncó. Se trababa. Sroka empujaba pero la puerta se atascaba. Esperó. Alguien parecía abrir desde adentro sin poder. Tocó de nuevo. El mecanismo roncó. Todo se repitió de

la misma manera. Hasta que por fin. Un rostro amplio y negro, bello y sonriente, con dientes blancos como la leche, le dijo: ¡Hola, pasa adelante!

-¡Gracias!

No había nadie. Dos mujeres. La que abrió y una detrás de la barra, una barra de lado, al fondo del local. Antes, dos mesas de billar y un elefante grande de peluche gris junto a una pared. Una rokola y baños. Más allá, una entradita con guindarejos y luz morada en el interior. Sroka dejó que la mujer fuera adelante. Era cortica, sus chores también, pero el negro color de su cuerpo y aquella sonrisa lo enamoró. La vida le pareció más maravillosa que nunca. Fue donde el elefante. Lo examinó.

-¿Y ese elefante? –preguntó a la otra mujer, acomodándose suave sobre la barra en los últimos taburetes debajo de un enorme ventilador, calculando que allí, allí era el mejor lugar, porque ella vendría, se sentaría con él lejos de los demás, los que llegasen después. Aquel rincón para los dos.

La mujer corta, del otro lado, completamente de frente a Sroka, se echó también con suavidad sobre la barra y, sonreída y con despreocupación, contestó alzando los hombros: Jhm, un elefante . . . ¿Qué quieres tomar?

-Un Coors Light.

Fue. Vino con la lata envolviéndola con dedicación en una servilleta. La enrrolló dentro de la servilleta.

-¿Me brindas un trago? –preguntó Sroka a la mujer.

-Mi amor, lo que pidas . . .

Ambos se miraron de cerca y rieron. Sroka levantó la lata y bebió. La vida le pareció una auténtica maravilla. Dijo en voz alta: “Si la vida es así, que prosiga y se continúe”. La mujer volteó y rió feliz preparando su trago. Mahtie Sroka estiró un poquitín su cuerpo para mirarla de entero: magnífico . . ., dijo meneando la cabeza, todo protuberante.

Vino la mujer: “Brindemos por tu llegada”, –dijo.

-No –dijo Sroka poniéndose cerquita-, brindemos por ti, por tu

sonrisa bella y ese color maravilloso, por haber abierto la puerta tú.
Ella rió con pena, como encogiéndose, y chocaron de frente ambos recipientes, arrastrándolos con suavidad hacia el clink.
La otra volteaba. Arrinconada contra la registradora, se ocupaba en algo minucioso de lo que no lograba soltarse: números . . . Sroka había visto parte de su rostro pero quería ver el rostro completo. Le dijo, en un momento que la otra desapareció y quedaron solos, bar solo, una mujer en una registradora sola, un tipo con una lata solo, dos y media de la tarde, afuera un bullicio que no entraba, sólo imaginable. El rudo mundo allá, aquí nosotros, estas mesas de billar a media luz, esta cerveza . . .
-Ese elefante, ¿lo venden? –preguntó Mathie Sroka.
La mujer ni se movió. Sroka lo dijo más fuerte:
-El elefante que tienen ahí, ¿lo venden?
-No –dijo la oscura mujer de la caja sin moverse.
Sroka se fue un poco hacia ella y ella al fin volteó, más bien buscando algo.
-¿Y si hiciese un cheque en blanco? –insistió Sroka.
-Maldita se la madre . . . –dijo la mujer regresando a su registradora.
Vino la corta. Sroka le hiso un seña: ven y siéntate aquí. Ella tomó su trago y vino. Se hizo en otro taburete, junto a Sroka. Se acomodó bien. Era redondita y aquel color no terminaba de asimilarse a la mente de Sroka; no he visto algo así. Bebieron. Todo era perfecto.
-Dame algo para poner música –dijo ella.
-Lo que pidas, mi amor . . .
La mujer se levantó. Mathie Sroka, dándose media vuelta en el taburete, la siguió con la mirada. Ella le preguntó ¿qué quieres escuchar?
-Mi amor, yo escucho por ti. Pon lo que se te antoje –dijo Sroka meneando la cabeza como un incrédulo.
Ella buscaba y Mathie Sroka, ante semejante rabo voluminoso,

se levantó y fue allá. La sujetó suave por la cintura y los dos se dedicaron a seleccionar: dale pa'tras, vuelve pa'lante. Sigue. Páralo ahí.

La dueña del elefante y del bar la llamó. La mandó a comprar un almuerzo. Sroka esperó; todo en la vida aes cuestión de esperar . . . Cuando regresó, le dio otras órdenes más y al mismo tiempo preparaba unas bolsas . . . –de plástico, ese ruído amenazador de los pobres, su eterna compañía, bolsas plásticas hasta la muerte-: ¡se iba . . . !

-Llámame el taxi –le ordenó a Jackeline.

Llámale todos los taxis del mundo, se dijo Sroka.

Y quedaron solos.

Jackie puso un canto negro de tambores y empezó a levantar los brazos y mover la cintura frente a Mathie Sroka. Mathie Sroka, echado en el espaldar, sonreía con su trago entre manos y entonaba con los tambores "olee olá, olé olé olá . . ." Levantaba un brazo. Ella tocaba ese brazo; se tocaban ambos por las puntas de los dedos en alto. Esto pasa dos o tres veces en vida . . . Todo está escrito. Una noche, dentro de no mucho, estaremos juntos y Jackie bailará para mí en un cuarto feo de una calle seguramente fea –y tiros cercanos como los de ayer, tiros en la calle atrás de la casa; amaneciendo, a una hora rara-. Todo feo, menos nosotros. Seremos la gloria y me acordaré que la vida, con todo, es una maravilla que llueve como en los desiertos: siete años por medio –y una de esas veces podría ser por la puerta. ¡Conoces la puerta! Conozco varias. Me refiero al museo, la puerta del . . . Yo sé, el museo restaurado, la puerta que da a los muros de la ciudad vieja, la calle alta y abajo, al frente, el mar. Hay una palmera y el muro antiguo. Viento. La puerta es majestuosa, con lámparas coloniales, balaustres finos en la media ojiva arriba del marco, adoquines en el piso. Si salgo con alguien por esa puerta y miro a todas las distancias alcanzables, sé si ese alguien es alguien que amo para siempre. Lo sabré en el momento porque ella, igual que yo, algo distraída, mirará esas distancias y al saber que todo es

tan distante en nuestras mentes, lo percibiré. Porque eso es también lo que micras antes, micras después, habré sentido yo. Cero ideas, todo en el cuerpo; primero lo aloja el cuerpo, luego se esfuerza la mente. Giselle, ambos en la puerta, mirará a un lado y luego a otro –el viento vendría, la palma daría un chas- y pondría una mano sobre mi hombro, como alababa Cowfield de las novias verdaderas. Diría entonces, ¿a dónde vamos a ir?

Jackie entra en las piernas abiertas de Sroka. El la toca por la cintura y ella se contonea, da vueltas mirando al piso y mirando a Sroka. Ponen los labios cerca. Mathie Sroka la aprieta entre sus piernas y ahora se besan sin Jackie dejar de moverse. Se meten la lengua. Se abrazan. Se toman el uno al otro. Se sueltan y Jackie se aleja haciendo remolinos como convertida en trompo mientras Sroka le da a la barra remedando tambores. Suena la puerta.

-¡María! ¡Mira, él es Matio . . . ¡

-Soy su novio –dice Sroka.

-Y nos vamos a casar –dice Jackie.

-Vamos a tener cuatro hijos negritos y bonitos como Jackeline –dice Sroka sin de dejar los tambores.

Jackeline ríe.

-Matio, bríndale un trago a María, nosotras somos como hermanas –dice Jackie.

-¡María, mi amor, sírvete un trago y brindemos por la felicidad de los tres!

María entró a la barra, puso sus cosas en un rincón –cosas en bolsas como aquellas también- y se sirvió.

Brindaron.

-¿Conoces a Jackeline Onasis? –preguntó Sroka.

-¿Quién?

-Jackeline Kennedy, años 70 . . .

-No, mi amor, yo no la he visto.

-Ah, no importa mi amor, tú no tienes que ver nada ni tienes por qué saber un carajo. Yo te cuento la historia.

-Sí mi amor –dijo Jackie con cara de angustia, besando los labios de Sroka-, pero dame un traguito.
-Sírvete tres de una vez –dijo Sroka-. ¡La vida es así!, como dice mi profesor de historia. La historia es la historia pero esta vida ya tú sabes cómo es. Escucha.
Jackeline se sentó con su nuevo trago y Sroka contó cómo esa Jackeline, de secretaria, pasó a ser la esposa de un presidente exitoso y de cómo ambos se convirtieron en la pareja americana ideal: jóvenes, bellos, famosos, glamorosos. Jackeline Kennedy pasó, con su muy exquisito gusto o el de sus diseñadores, a regir la moda de todo un inmenso país y hasta de toda un época, con sus vestidos de corte sencillo y cuello redondito solapado. Pero había, como en toda historia principesca, ¡sombras en el porvenir! Los Kennedy eran gentes de destinos fatales. Este adorado esposo fue tiroteado en medio de su mandato y murió. El mundo entero lo lloró. Quedó un hijo, con idéntico nombre que el papá: John Kennedy Junior. Jackeline se casó al poco tiempo con Onasis, el hombre más rico del mundo, y así su leyenda quedó sellada para siempre. El pequeño John creció y con el tiempo fue el hombre más apetecido por las mujeres de Nueva York, donde vivía. No exactamente rico –ni tampoco muy intelignte-, pero a juzgar por ellas, el más bello del universo, sin quitar desde luego la importancia de ser un Kennedy, hijo además de aquellos dos . . . Y trotando un día por Central Park, donde hay que ir a trotar si se es persona de caché, y a buscar buscar la muerte también, conoció a otra Jackeline más –y así tenemos a tres, tres Jackelines en una sola pieza, de las que tú, por su puesto, eres la más hermosa, con esos cenos inmensos y ese color de pastel quemado-. Esta Jackeline se apellida Bisett, si más no recuerdo . . . Jackeline Bisset, una de las más deseadas mujeres por su belleza y su glamour. Se gustaron y ya tú sabes, una boda de bueyes, ¡de reyes! Pero a este Kennedy la fatalidad ligada al apellido –o a los genes, acotó Sroka levantando un dedo para remarcar mejor, genes amantes de

lo riesgoso-, le hiso su consabida coartada. No sabiendo pilotear muy bien, el muy loco, hijo de su madre, hijo de su padre, nieto de su abuelo y bisnieto de su bisabuelo, se fue en su avioneta para la boda de otros famosos en una isla por allá por el carajo viejo, con la singularidad de hacerlo empezando la noche, como si el día no fuese lo suficientemente largo para transportarse de un sitio a otro y hacer lo que de noche no se debería. ¡Y . . . ¡Y . . . Y!, como dice mi profesor de historia. ¡Y!, llevándose de paso a su bella esposa, adivina qué les pasó.

-¿A quién?

Sroka se pasó las manos por ambas cejas y luego por el pelo todo.

-A tu abuela –dijo.

-Mi abuela –dijo Jackie- también murió.

-Bueno, mi amor, todas las abuelas mueren tarde o temprano –dijo Mathie Sroka-. Dame una cerveza ahora sí.

-Y me das a mí para poner una canción.

-Lo que me pidas, no joda.

-Y un trago para María.

-María –dijo Sroka-, yo no soy rico. Tómese el último y ya, te sientas a ver televisión. Mira que se aprende más mirando la tele que bebiendo como un cochino.

-¡Oh, le dices a María que es un cochino!

-María, Mariíta, mi amor, mi cuñadita, no lo tomes a mal –explicó Sroka-, es que soy estudiante y debo cuidar mi dinero. Mira que si uno se casa, muchos gastos amerita una empresa de tal proporción.

María dijo algo . . .

-¿Qué dice María? –pregunta Sroka.

-Que los ricos son siempre así con los pobres. Ella cree que tienes dinero.

-Que crea lo que quiera –dice ahora Sroka a Jackie-. Me van a venir con esa mierda: los pobres y los ricos . . . –agrega quejándose. Jackie ríe. Parece haber entendido al menos eso y eso le produce mucha gracia a Mathie Sroka.

-Jackeline –dice-, te voy a regalar una cosa.
Jackeline tiene que lavar unos trastos antes de venir a sentarse con Sroka. Sroka piensa, no sabe por qué, “estas neuronas . . .”, en el ex jefe de una compañía donde trabajó hasta hace meses. Hacía de guardia en esa compañía y un día le dijeron “no podemos, así, seguir contando con tus servicios”. A Sroka le pareció bien y se fue. Hace dos semanas reclamó el seguro por desempleo y la tipa que lo entrevistaba llamó a la compañía para cotejar las versiones que existían de tal despido. A Mathie Sroka se le hiso una cosa de película que, pasado “tanto tiempo” el señor Cruz –palabra temida por todos los guardias-, retornase a escena y de esa manera: a través de un tercero, en una oficina del quinto infierno y sin verle la cara –aquellas ojeras que tenía y como una zona morado-turbio alrededor de los ojos-, Sroka aquí, la tipa allí, Cruz en el teléfono. Se dijo a sí mismo que no lo conseguirían. Cruz era un tipo inconseguible –aunque quién sabe, inconseguible quizá para los guardias-. Dieron otro número. La tipa marcó. Pasaron a una extensión. L cosa se demoró. Contestó una secretaria. Vino otra espera. ¿Aló, es usted del señor Cruz . . . ¿ Le habla fulana de tal, del Departamento del Trabajo. Sucede esto y esto y lo otro . . . . . Sroka no lo creía. Era él, Mr. Sacrosanto Cruz. ¿Se acordaría de su nombre, un tal Sroka . . . Sroki, Sruko? Se acordaba y perfectamente. Pero lo más sorprendente era –“y no sé qué coño de sorprendente puede tener”- que Sroka estaba ahí, callado, escuchando, o escuchando la mitad de tal conversación con su ex jefe, caído a la platea como un tomate venido de . . .
-Mi vida, ¿qué cosa es lo que me vas a regalar?
-Jackie se sienta, calculando primero que el voluminoso trasero caiga repartidamente sobre la tabla del angosto taburete. Su voz ha sido increíblemente dulce. Sroka respira llegándole el aire a los huesos. Circunspecto dice:
-Jackeline: ¿qué quieres que te regale?
-Algo que me haga recordarte siempre bello. Algo que

siempre, cuando lo vea, me traiga recuerdos bellos de ti.
Mathie Sroka se echa atrás para expeler a todas anchas una bocanada de cigarrillo que lo devuevle a Erick's Bar como un pelotazo de bola de spalding bateado y devuelto a la cabeza. El cerebro le da cuatro vueltas. Se toma el cerebro entre dos dedos.
-¿Qué te duele, mi amor? –dice Jackie.
-Tengo clase de matemáticas a las cinco . . . –dice Sroka-. No importa. Brindemos.

Se miran, brindan y se abrazan como dos melcochas aflojadas por el calor del sol y en el preciso instante en que la rockola dice "abrazaditos así al amanecer, cuando tú despiertes, cuando yo despierte . . . Abrazaditos así . . ."
-Abrazaditos así . . . –repitieron Jackie y Sroka- Tengo que decirte algo, algo importante.
-Dime lo que tú quieras –dijo Jackie sin dejar de cantar-, abrazaditos, abrazaditos . . .
-Limpias de una manera que me enloquece . . . Me enloqueces . . . –le dijo Sroka al oído-. Pones todo lo mejor que tienes, moviendo cada pieza de ti como una máquina delicada pero atenta y bien engranada. Nada se resiste al trapo que tus manos, húmedo, entra aquí, sale allí, continúa por allá . . .
-¡ABRAZADITOS , ABRAZADITOS . . . ! –siguió Jackeline sin soltarse de Sroka, levantando su cara al techo, doblando el volumen de la propia rokola.
Sroka La miraba. Se dijo que después de todo, la vida era una palangana de mierda salpicada de "pústulas radiantes, reflejos de un futuro . . . Sí. La puerta del museo recién restaurado. Una novia adolescente, alta y floja al caminar. Una rama delicada cuyas dudas sólo están en el ir y venir de la briza. Un rato a derecha, un rato a la izquierda. Mientras la briza pegue y este cuerpo brille con la luz . . ."
-Es más –dijo a Jackie-, si voy, si voy a la clase, una clase de matemáticas que tengo a las cinco, puede que hasta te lleve. Entrarías conmigo a ese salón que parece un anfiteatro de

miniatura. Te sentarías al lado. Todos dirían: ese Sroka, ¿de dónde habrá sacado esa preciosura? Porque, déjame decirte, soy bueno, bueno en matemáticas y, como dijo una amiga, "eres bueno para todo".

-¿Quién te dijo eso?

-. . . Qué.

La puerta sonó. Entró un gordo preguntando por Josefa. Eran las cuatro y doce. Josefa se había ido, quizá no volvería. Mañana. Pero mañana no sabremos ni dónde estamos, me dijo que viniera hoy. A qué horas. Ahorita, ahorita ue viniera porque iba a decirme yo no sé qué mierda. Algo del dinero. Dinero de quién. Eso es entre ella y yo. Pues hable con ella. ¿Pero cómo si no está? ¿Y qué quiere que nosotras hagamos, que la saquemos del inodoro? Dame una cerveza mientras espero. Le dije que no viene ya. Pero y entonces el dinero. Nosotras no sabemos nada de ningún dinero. Con más razón dame ahí una de esas verdes. La que toma el alcalde . . . Esa misma, pero ahora es para mí y no para ese cabrón. Pague primero, aquí se paga primero porque ya tenemos experiencia. No hay problema, yo tengo hasta para hacerme una estatua a mí mismo. Pues hágasela pero pague primero.

-Amigo –dijo Sroka-, esa estatua suya de qué sería, ¿de piedra o de metal?

-Toma –prosigió el gordo-, billetes de verdad, porque no ando con nada de mentira. Pago mi cerveza y pago hasta los calzones que el diablo dejó botados en Julia la Buena.

-Ahí me crié yo –dijo María, de ese sitio sale pura gente buena.

-Y de ahí salió mi abuela, que dios la tenga en el infierno, porque era más terca que palo de mangle negro.

-¡Ja Ja! –rien Jackie y María-, en el infierno se tuestan los que uno cree en el cielo.

-A mí –dice el gordo-, no me tuestan ni en la parrilla, soy más duro que un tostón pasa'o.

-Amigo –vuelve ahora Sroka-, esa estatua que usted se haría a si mismo –todos miran a Mathie Sroka y éste se traba por un

momento pero finalmente dice- . . . ¿qué diría en la leyenda esa estatua?
-¿La leyenda de Scott y Joselo? –dice el gorde mirando fijamente a Sroka.
Sroka se levanta en el tubo de abajo de la barra y explica para todos que, "señores: cada estatua, al pié, reza una especie de consigna de vida que el estatuado se hace escribir para la posteridad . . .
- . . .
-. . . ¡Algo por lo que tú quieres ser recordado por los siglos de los siglos! –agrega Mathie Sroka con un gran aspaviento de brazos.
El gordo se acerca muy ceremoniosamente a Sroka y le pone una mano en el hombro. Lo mira con fijeza. Es, en realidad, más gordo de lo que parecía (o parece desde aquí arriba); la cara, hinchada, más ancha que el mismo salón del bar. Todos miran. Sroka piensa en Giselle, en la puerta del museo recién restaurado y en la clase de matemáticas, una clase de matemáticas a las cinco, donde los pocos que quedaban se sentaban por allá y él por acá. Los supervivientes de la clase, de treinta quedaban seis y él era el segundo con mejores notas (y la otra era ayudante del contador de la universidad).
-Mi placa dirá: –dice el gordo botando un poco de saliva- "nací en mi propia tierra y no naceré en otro lugar".
Sroka se sienta. "¿Pero piensas nacer de nuevo? –dice-, hablas en futuro: naceré. . . ¿Piensas nacer otra vez?, ¿no te basta con una?"
El gordo saca un revólver y Jakeline grita. Le pasean el revólver a Sroka frente a las narices y Sroka, mudo y quieto como un conejo, piensa en . . . No hay nada en qué pensar y menos soñar. ¡Soñar. . . ! Si la noche entera he soñado y luego, dando vueltas en la cama, se han ido las horas soñando las porquerías más inútiles que pueda uno soñar. No quiero dormir. No puedo dormir. ¿Pero y cómo, si me acabo de despertar?
-Lo que pasa –dice el gordo sentándose- es que Josefa tiene

un puto enredo con las cuentas. Yo le he dicho cien mil veces que apunte bien las cosas, pero eso le entra por arriba y le sale igualito por abajo.

A las seis, faltando cinco minutos, Mathie Sroka salió de un bar de un supuesto llamado Erick, cuyo nombre estaba en la puerta frente a una plaza grande que de noche se llenaba de pordioseros jóvenes y viejos. Allí vivían. Debía Mathie Sroka doce dólares con algunos centavos y María Jackeline y María dijeron que confiaban en él. Iba por más dinero.

Se tiró un rato en la cama. Volvió a pensar en el suicidio. También en un apartamento con Jackie. En un futuro bello con Giselle. En un futuro sin alcohol. En un futuro lleno de alcohol. En la clase de Matemáticas 100, como se titulaba, en pleno progreso ahora, ¡ahora! Y en papá, que espera con excelente humor su pronta muerte. Me dijo: “No tengo problema en morir”. Allí, en su sala, rotando tranquilamente sobre su mecedora; mamá dando vueltas, poniendo una cosa por aquí, otra cosa por allá. Sabía de lo que se hablaba. Se hablaba de la muerte de papá. A mis ochenta y tanto, dos veces he estado en un hospital y más bien por falsas alarmas, decía papá. Bello papá. Lo atajé, porque a veces se extiende, con el discurso de Sócrates acerca de la muerte. Papá se interesó, y, cuando terminé, rió con magnífico humor. Total que todo este asunto no es otra cosa que, como acotara Ciorán, la única espera real por lo verdaderamente real: la muerte. Todo lo demás es un puro mar de palabras.

Sroka fue a la cocina. Se escuchaban las escalas de Herts que la hijastra solterona de la dueña de la casa practicaba al piano todas las tardes hacia las seis. Sroka sacó agua en un vaso y se arrimó al fregadero, detrás de la puerta aún sin cerrar de la nevera. Cuando volteó, le dio un empujó n a la puerta y vio un fantasma parado del lado de allá que le crispó todos los pelos.

-¡Rayos, qué cosa tan horrible es esta!

-¡Mathie!, ¡si eres tú . . .! –dijo el fantasma abriendo los brazos- ¡Feliz Navidad!

-Qué navidad ni qué ocho cuartos. ¡Me has asustado, maldito Jalofonte! –Jalofonte estaba descalzo y sin otra cosa que unos chores azules con flores rosadas grandes; el peloparecía un nido de palomas; la cara chupada, de tez marrón bronceado, hacía un increíble y escabroso juego con el resto del esqueleto que, como de costumbre, sonreía mostrando unos magníficos dientes que parecían de caballo.

-Mathie . . . –repitió Jalofonte subrayando la frase con vehemencia-, feliz navidad. ¿Dónde has estado metido?

-¿Dónde has estado metido tú? –preguntó Sroka a su vez-. Yo he estado metido en mi cuarto meditando sobre importantes asuntos. Tú sabes que soy un hombre de ideas trascendentes.

-Repíteme esa palabra –dijo Jalofonte acercándose a Sroka con un gran tufo. Sroka arrimó un pie adelante para mantener a Jalofonte, en lo posible, más o menos distante.

-Trascendente –explicó Mathie Sroka solemnizando con una mano-, es todo aquello que no pertenece a este mundo vano, pasajero y pestoso.

Jalofonte sonrió, mirando al piso y tomando a Sroka por un hombro. “Mathie, tú siempre con tus inventos . . .”, dijo con un tufo en el que se revolcaban olores de establo con otros relacionados a cloacas y ollas con comida putrefacta. Sroka quiso vomitar.

-Sabes, el domingo recé por ti y por todos ustedes –prosigió Jalofonte-, le pedí a dios: diosito bello, ayuda a los muchachos. Ayuda a mi esposa y a mamá, tú sabes que son buenas personas . . .

-Jalo . . . mírate y dime si no es tiempo ya de que vayas meditando un poco en otros asuntos. ¡Mira cómo tus piernas se tambalean, Jalo! ¡Mira tu pelo . . .!

-¿Qué tiene mi pelo?

-¡Tu cuarto! Mira ese cuarto, pronto se parecerá al de Misael, tan sucio, revolcado y vacío que . . .

-¡UN MOMEN-TO! -Vociferó Jalofonte casi yéndose de espaldas-. ¡Párame eso ahí! Misael era un tipo que no se

comportaba. Me gustó que se lo dijeras, ja ja –Rió. El aliento llegó al techo y Sroka lo rodeó para alejarse un tanto hacia el pasillo-. Mathie, pero recuerda, yo soy un hotelero y me gusta la limpieza. Mira, tengo líquido de limpiar allí . . . ¿quieres un poco? Tengo esponja, tengo líquido de limpiar también, ¿quieres un poco?

-No Jalo, no quise decir eso. Tú eres un tipo muy aseado . . .

-Acuérdate que yo soy un hotelero, estudié hotelería en Nueva York y fui gerente de actividades en el Caribe Hilton –dijo Jalofonte en tono duro y remarcando con un dedo en el aire.

-Jalo, pero tienes que lavarte un poco la cara y . . .

-¡No no no! ¡No permito que me llamen cochino!

-¡Jalo!, querido Jalo, sólo quise que te rieras un poco . . .

-¡Conmigo nadie bromea! –dijo un Jalofonte ahora sí completamente molesto, mientras Mathie Sroka lo seguía al cuarto. Sroka le puso una mano en el hombro- ¡Don't touch me! –dijo Jalofonte levantando ambos brazos volteado frente a su puerta-. ¡Don't touch me unless you love me!

Vino Carlos, arrastrando sus sandalias con apuro. Venía igual a la cocina pero antes se metió entre lo de Jalo y Mathie: "¡Jalo, baja la voz que doña Sucé . . . !

-¡A mi doña Sucé . . . ¡

-¡Epa, qué es lo que pasa allá abajo! –gritaron de las ventanas de arriba en el patio. . .

-Métete a tu cuarto, Jalo, y acuéstate –dicen juntos Sroka y Carlos.

Jalofonte se altera más todavía.

-¡Nadie puede decir nada de mi cuarto! ¡Y quítate de mi puerta, porque yo pago aquí y mi hogar es mi hogar! Mi hogar se respeta. De aquí para acá –dice marcando incisivamente con un pié, cogiéndose del marco- es mi hogar. De aquí para allá. . .

-¡Voy a bajar de inmediato! –gritan de nuevo- ¡Esto no es un bar, es una casa para huéspedes! Ya mismo hablo contigo, Jalofonte.

Carlo tomó un paquete de la nevera y se marchó. Mathie empezó a reírse. Se reía y decía, “todos ustedes parecen una comiquita de sábado en la mañana”. Jalofonte seguía con lo suyo:

-¡Tú puedes hacer lo que quieras, pero de aquí para acá nadie, escúchame bien, nadie tiene derecho a entrar porque este es mi hogar!

-Este no es tu hogar, Jalo, esto es una podrida cárcel que nos hemos ganado por ser tan idiotas.

Jalofonte da un portazo que resuena en todo el recinto. Mathie, con el vaso de agua todavía sin probar, se tira en el sofá. Jalofonte abre de nuevo con otro sonido espectacular. Las llaves en la reja suenan. Entra doña Sucé directo a la cocina. “! Tú, Mathie, y tú Jalofonte se me van de la residencia! No los quiero más aquí. Tú Jalofonte el próximo jueves y tú Mathie el próximo sábado. Ya se los he prevenido. Esto no es esto ni es lo otro y tacata tin tacata tan . . .” Jalofonte se devuelve al baño:

-¡A mí me lo pasa por escrito! –dice Jalofonte con voz rugiente.

-¿Qué quieres tú que te pase por escrito? –dice doñaSucé.

-¡A mí me lo pasa por escrito! –repite Jalofonte haciendo que su mano escriba en el aire. A Sroka le hace tanta gracia pensar que Jalofonte parece “un escriba salido del infierno” que lo agarra otro corto ataque de risa, allí, vaso en mano y en el sofá de la sala con doña Sucé alzada en humores frente a él-, número de registro, dirección y teléfono.

Y retorna Jalofonte tambaleante por el oscuro pasillo hacia su baño.

-Por papel con goma es que te puedo pasar yo si no te vas el viernes que ya te dije –dice Sucé con firmeza y sin alterarse; no miraba a Sroka para nada-. No quiero borrachones aquí se los he dicho ya dos veces. Así que ya saben.

Se va. Las escalas de Hertz se vuelven crispadas en la parte alta del piano.

Jalofonte vuelve. Llega hasta el umbral del pasillo, junto a la nevera. Mira como buscando a . . . Luego mira con gigantescas

cejas alzadas a Sroka y dice con voz de ultratumba “ese que toca el piano, chan chan chan, no puede ser otro que Mozart o Beethoven”. Y sube la voz casi en un grito, “¡Mozart o Beethoven!” Y retorna al baño rumorando y dando tumbos igual. La casa queda en silencio. Esta vez Jalofonte se aloja en el cerebro de Sroka como una sombra en pena . . . Un hombre marchando al ocaso. “Uno se cansa, Mathie, uno se cansa . . .”

Déjame pararme de aquí y . . . diablos, tengo algo para hacer y no me acuerdo qué es. Leí en alguna parte que si a la cuarta uno no recordaba era que . . . ¡Jackeline, oh sí! Erick’s Bar. ¿Quién será Erick?, apuesto a que nadie. Pudo ser Erick como pudo ser Victor como pudo ser Buoshua, mi profesor de matemáticas: Buoshua’s Bar . . . Tuvo una gasolinera, ¿por qué no podría tener un bar? “Sí, así es. Enseño matemáticas y tengo un bar pero nunca voy porque soy musulmán . . .” Así dice un cuento que conozco de Suketu Metha; el protagonista es de Vietnám, es musulmán y tiene un bar en la Gare du Nord de París. No bebe pero regenta un bar. ¿Y? Perfecto, uno puede darle veneno a la humanidad y orar al tiempo por el bien y la superación de todos. Nada tiene que ver con nada, como debe ser, como tiene que ser. Los hechos y cosas son todos independientes y cualquier relación entre ellos es sólo producto de aberradas imaginerías. O sea, el mundo no existe, quizás lo que exista sea un universo de ideas deambulantes como cometas en el espacio. Pero no hay relación entre ellas. Puedes decir: me caso mañana. Todos te creen. Y resulta que mañana están todos ahí y tú estás en tu trabajo. Finalmente, cuando te vean, dirán, ¿y no era ese día tu matrimonio? Cuál día, respondes tú, si este día es el único que reconozco por verdadero día . . . Bueno, esto está un poco cansón, buscaré ese dinero e iré a ese maldito bar porque no tengo otra puta cosa qué hacer esta noche, que ya comenzó y todo a la mierda ha ido a parar. Buena forma de pasar el día, son las siete y dale y no he hecho nada. Como si fuera tan importante hacer algo.

Mathie Sroka se tiró en la cama con la puerta cerrada. La

oscuridad fue total. También sintió hambre, “una almohada en la barriga”. ¿Y si durmiera de una vez? ¿Y si duermo y me doy cuenta que no me duermo, que nada sueño y estoy por lo tanto despierto, horriblemente despierto cuando pensaba que dormía?

Se paró de un tiro y encendió la lámpara. Fue por un poco de queso a la nevera. Bajo el microondas, un poco de Bacardí quedaba en una botellita de menor tamaño que aquella. En la papelera vió otras tres. En total, había botellas a diestra y siniestra, vacías y hasta con restos . . . Sentado en el piso se agarró la cabeza. Bebió un poco. Bebió todo lo que quedaba y tragó varios trozos de queso de palma. Se sintió bien. Más bien que un rey. Rugió en medio de su cuarto y se dijo que había que quemar el destino de este día asqueroso pero finalmente con una incandescencia de belleza sin igual. La vida puede ser así de fulgurante . . . de cuando en vez.

Entonces se escuchó un ruído ensordecedor en lo que debía ser la cocina . . . Uno solo. Definitivo y sordo a la vez. Luego una voz -la de Jalofonte . . . – rumorando algo intraducible. Luego gritos de las ventanas del patio: ¡qué fue lo que pasó ahí! ¡Qué fue lo que pasó ahí! El piano ya no se oía. Sroka pensó abrir la puerta de un tiro y enfrentar lo que fuese, era valiente. Una vez persiguió a un maldito ladrón con una roca –era una roca- corriendo por cuadras y cuadras para aplastarle la cabeza. Morir ya no significaba gran cosa, exepto ya no vivir. Podía ser un asalto en pleno medio de la casa, ya con uno caído . . . Abrió la puerta de un tiro y fue por otro pedazo de queso, “que bueno es tener una imaginación policíaca, podríamos escribir montones de novelones por el estilo”.

Por el camino se sentó sobre un carro. Una mujer recogía arroces junto a un canasto de basura y con gran delicia se los metía a la boca.

Llegó al bar.

-Apuesto a que pensaban que ya no venía –dijo Sroka pasando

por las mesas de billar del Erick's Bar.
-¡Mi amor!
-¡Mi amor!
-¿Nos casamos entonces?
-No, ya no. Lo pensé muy meditadamente y . . . no me parece buena idea.
-¿Por qué, mi amor, es feal la idea?
-Las ideas son todas bellas y por eso precisamente es que . . .
-Dime.
-Es que . . .
-Dime.
-¡Ah, lo había olvidado!: Un trago. Dos. Dos tragos y una escala de Hertz para volver a empezar. Vi un pájaro patas arriba peleándose con los cielos como en el reino aquel … El reino de . . .
-¿Tienes un reino?
-Déjame ver. Estee S. . .
-Dime, amor.
-El reino de Palomares.
-A ese tampoco lo conozco.
-Dame el trago y te cuento el cuento, el cuento de Palomares.
-Que tipo este tan cabrón. ¡Ta' bien!

Milton Ordoñez, escritor venezolano galardonado con el Premio Fundarte en 1991, es autor de una serie de obras literarias, incluyendo "En Todo Lugar" y "Absoluto", ambas publicadas por Editorial Memorias de Altagracia.

Cromosoma

Shabely Botello

—Dos
—¿Solo dos?
—Bella, ¿no estoy siendo clara?
—Sí, sí. Clarísima, como de costumbre.
—¿Sarcasmo otra vez? Pensé que habíamos superado esta parte de nuestra relación.
— Ruth, qué te puedo decir, sacas cosas de mí que no deben estar así, sueltas por la vida.
—Para eso me buscaste.
—Estoy considerarlo no hacerlo más.
—Pues ya me dirás cuando terminemos. No te distraigas. Dos características que te identifican en cada momento.
—¿Solo dos?
—¿Otra vez la pregunta?
—Esta vez es real.
—Sí, solo dos.
—¿No te parecen pocas?
—Las que necesito.
—Sangrienta y minúscula.
—¿Por qué?
—No sé, es lo primero que se me ocurrió.
—Si es lo primero que se te ocurrió, es lo primero que sentiste.
—Ya, claro.
—Minúscula, ¿crees que eres minúscula?
—Todos los días de mi vida son minúsculos.
—¿Cómo estas tan convencida de eso?
—Nadie me ve. Eres la persona que más tiempo pasa conmigo.
—¿Has intentado acercarte a las demás?
—¿Para qué?
—Puedes sentirte diferente. Que formas parte de algo.

—No lo sé, lo pensaré.
—Sangrienta. ¿Quién es sangrienta?
—Mi mente.
—¿Dirías que te gusta la sangre?
—No.
—Entonces.
—Me hace sentir vestida.
—Explícate
—Siento que la sangre me viste. Me llena, es algo que todos tenemos pero que nadie tiene de la misma forma.
—Por eso te cortas... ¿para vestirte?
—No, para verla.
—¿No te importa el daño que te causas?
—El daño es relativo. Si lo hago mi piel se daña, si no lo hago se daña mi mente.
—¿Cuándo fue la primera vez que te sentiste así?
—Con Pillín.
—Pillín. ¿Tu amigo?
—No, el cerdito.
—¿Cerdito?
—¿Te burlas de mí? Eso no es muy profesional.
—Perdóname, pero nada de esto es profesional.
—Habló la terapeuta.
—Pillín, ¿qué le pasó?
—Mi madre. Ella me lo había regalado y, de un día para otro, lo mató delante de mí. Yo lo quería mucho y ella, para justificarse, dijo que eso no les dolía.
—¿Y tú le creíste?
—Tenía 5 años. ¿Qué te puedo decir?
—Entonces.
—Comencé a matarlos junto a ella para venderlos en el pueblo. Me dijo que ellos estaban enfermos y que eso los hacía felices. Era lo único que hacíamos juntas. Los cortábamos y limpiábamos.
—¿Por eso la mataste? ¿Porque estaba sufriendo?

—Sí.
—¿Te arrepientes?
—Dicen que lo que hice no tiene perdón, pero era lo que ella quería.
—¿Qué era lo que quería?
—Dejar de sufrir. Moriría en pocos días de todas maneras.
—¿Qué sentiste al hacerlo?
—Que la estaba liberando.
—Ya me tengo que ir.
—Perfecto, nos vemos pronto. Adiós.
—Bella, espera. Antes de que regreses a tu celda… no me has respondido algo. ¿Te arrepientes?
—¿De qué?
—De haber matado a tu madre.
—¿Y tú? ¿Te arrepientes de no haber estado ahí para ninguna de las dos? Después de todo, también era madre tuya.

S. Botello (La Habana, 1996). Escritora. Desde muy pequeña, el arte —desde sus múltiples rostros y manifestaciones— llamó su atención: escribió poesía para las actividades escolares y participaba en concursos literarios.
Sus historias y poemas han sido publicadas en la plataforma Ipstori(2021), la Revista Mitos (2021) y en el Blog SicologiasinP (2020). Su obra "Alita de Cucaracha" forma parte del Proyecto Hilos de Sangre: reescribiendo a Lorca en la Cuba contemporánea, llevado a cabo por Elaine Vilar Madruga y la Consejería Cultural de la Embajada de España en Cuba (2021).
Es integrante del Laboratorio de Escrituras "Encrucijada", dirigido por Elaine Vilar Madruga, donde, además, fue ganadora de Primera Mención en el reciente concurso literario en la categoría de relato (2021). Ha asistido a diversos talleres literarios: Escritores Malditos, Desterrando mitos (2021); Taller ¨La poesía por los senderos del Psicoanálisis y la fotografía¨ de la Casa de la Poesía, en La Habana, y ha recibido clases en la Asociación Canaria de Cuba de la mano de la escritora Giselle Lucía (2021).

Discípula de Jung

Wafi Salih

Una brisa sopla entre las ruinas de esta ciudad. A la marcha de la escuela de letras, se le suman las demás facultades. Desde el rectorado todas las acciones son inútiles, las decisiones vienen del alto gobierno. Los estudiantes exigen designar un presupuesto acorde a las necesidades de la universidad.

Hace 20 años en medio de una acción revolucionaria recibí un disparo en el estómago, eso me impidió huir como el resto de mis camaradas. La policía me recogió llevándome a un hospital que quedaba relativamente cerca de la capital. Estuve varios días inconsciente, entre los sopores de la fiebre. Al despertar, mis brazos amoratados soportaban unas agujas, que servían para pasar los medicamentos, su lentitud producía un estado de ansiedad que solo calmaba el cálido sabor de su piel, en mi delirio. Mi nariz estaba conectada a una manguera de oxígeno, aunque lo que más me atormentaba era la sed alimentada por el dolor zigzagueante en toda la región hepática. Cada uno de mis átomos luchaba, mientras con un silencioso ritual me vestías y se regeneraban mis tejidos, en ti celebré mil vidas, sin necesidad de articular una palabra, pues mis palabras no traicionarían mis convicciones.

Metáfora del vuelo

«La esencia del pájaro no está en el vuelo, esto reduce el ser del pájaro a un sofisma, no es así de simple, poetas. Al hablar de su ser, de la esencia, debemos expandirnos en el universo que encierra su individualidad, en los detalles menudos y trascendentales, por ejemplo, en la topografía de su cuerpo, en ella, majestuosamente tallada, una figura altiva, pero esto a la vez, marca distintiva que niega la posibilidad de ver a todos los pájaros iguales. Cada biotipo abre las aspas donde la identidad encuentra el punto disyuntivo de la desemejanza. El vuelo iguala a todos los pájaros, afirmaría un altruista cuidador de especies en extinción, esa es una verdad absolutamente falsa. ¿Es que acaso hallan parecido entre la altura alcanzada por el cóndor y la estatura del vuelo de un colibrí?, ¿no varían entre el planeo perfecto del halcón y la torpeza de una lechuza ante el alba? La esencia del pájaro se adquiere en el vientre, igual, la esencia del poeta, porque un poeta, es un pájaro: una integralidad orgánica expresiva que compromete cada instante con el viento, pues allí su esencia en cada intento; eso lo hace unísono, distinguiéndolo de los demás poetas, separado del resto de los pájaros».

El poeta Federico Marín, en medio de los aplausos del auditorio, extrajo de su maletín un pequeño gorrión, lo introdujo en el bolsillo de su chaqueta, intercambió, entre sonrisas y aplausos, comentarios con su público, lentamente se acercó al balcón de la sala de conferencias, puso el ave en su boca, sacó su cabeza para sentir la brisa, agitó los brazos como si fueran alas, y sembró de diferencias el aire.

Wafi Salih (Trujillo, Venezuela, 5 de junio de 1965) es una escritora nacida en Venezuela de ascendencia libanesa. Escritora de: poesía, cuento, ensayo, dramaturgia y guiones para cine. Se le reconoce como maestra de la poesía breve en Venezuela, por la extensa exploración del género haiku, un género poético de origen japonés, (ensayos y narrativa). Ha sido traducida al inglés, árabe, francés, italiano, portugués y

polaco.

Magister en Literatura Latinoamericana, egresada de la Universidad de los Andes en proyecto doctoral en Historia, veinte libros publicados en los géneros antes mencionados. Mantuvo por siete años consecutivos el taller “José Antonio Ramos Sucre”, que contribuyó en la formación de artistas e investigadores venezolanos. Fundadora de las revistas literarias “El Farallón de los Naipes” y “Lápiz, Papel, y Creación”.

Un Momento de Tranquilidad

Pablo López Albadalejo

No es más que una sucesión de letras, llenar el blanco de un papel y ver que el pensamiento es lo suficientemente potente como para desperdiciar algunas hojas. No puede hacer daño pero; dicen que es antiecológico. Me lo dicen continuamente, tendría que usar papel reciclado, ese papel tan basto y ruín que estropea los trazos que doy con la pluma.

Yo es que como trabajo mucho y me siento cansado, a veces agradezco el aire acondicionado y sentarme y pensar en nada. Simplemente escuchar algo de música; no es perder el tiempo, mi poderoso cerebro necesita esos momentos de relax. Pero van y me sueltan que el aire acondicionado estropea la capa de ozono. Es que soy un desconsiderado.

Vale, déjame que piense algo... Mejor cojo el coche y me voy a la montaña a relajarme, pasear y todo eso. Me gusta especialmente el ruido que hace la vegetación al ser agitada por el viento. Pero hay algo más que vegetación... Hay letreros que prohíben coger piñas del suelo. Hay letreros que aconsejan limpieza, hay letreros que aconsejan no hacer ruido. Letreros que dicen que respete las plantas.

Y dan por hecho de que soy un criminal. Dan por hecho que no es mi montaña y que me dejan pasar porque a ellos les da la gana. ¿Por qué estropean mi montaña con letreros y avisos?. Soy un forastero en tierra extraña. Mi mente acumula toda la inmundicia humana para después forzar mi imaginación a que cada traba que me ponen es una bala que es lanzada rauda al cráneo de algún imbécil con mi certera puntería. Beso la bala que con una vida mísera y cobarde podría acabar. Vé bala preciosa, ve y mata y destruye al imbécil que nos jode la libertad. Mata al dueño de la montaña. Dulce y liberadora violencia, como te aprecio.

Me enciendo un cigarro a sabiendas que me podría encontrar con algún subnormal que me avise de que no tire la colilla. De que me la trague... Un jabalí ha causado alboroto entre la vegetación, y no sé porque me siento triunfal de haberlo sentido y en parte visto. No tiene precio. ¿Por qué quieren joder mi derecho a pasear tranquilo?. Que presuponen que les voy a joder su montaña... Es que no puede uno estar tranquilo. Antes que pegarle fuego a la montaña os cogería a todos concienciados ciudadanos y políticos y os metería en una olla de aceite hirviendo. Más que nada para que me dejeís tranquilo. No quiero saber de vosotros mientras estoy tranquilo. Deseo simplemente pasear, ignorar vuestra sucia existencia. No deseo ser contaminado por vuestros consejos ESTUPIDOS. ¿Y quién sino ha plantado estas torres eléctricas aquí en medio?.

Mearé en vuestra montaña, principalmente porque no creo que sea vuestra y daré sales minerales al suelo como lo hace cualquier animal. No jodaís más mis ratos de ocio. No queraís morir de los balazos que imagino y de vuestros gritos de dolor ante la piel que se separa del músculo por el calor del aceite que hierve. Porque no os haré caso. Como ahora.

Pablo López Albadalejo. Nacido en la barcelonesa Ripoll (1962), es autor de Tractatus pettiness, Semen Cristus, Sexo en el sistema solar, El árbol humano, 666, El amor que todo lo confunde, Rapa nui; clímax y declive de una paranoia, entre otros. Es una mente poderosa y perspicaz que disfruta al dinamitar los entresijos del submundo humano, al que considera, y no sin razón, un rebaño inerte dividido en torno a creencias ideológico-religiosas en desuso y proyectos de modernidad de un supuesto progreso intelectual que sólo buscan eternizar la idiotez. Website.

San Sebastián. Génesis

Roberto Garcés Marrero

Fui sacerdote de Cibeles. Era muy joven cuando en un éxtasis paroxístico, frenético, me hice estéril para fertilizar a la Fertilidad. Aún recuerdo el dolor, el tañir de címbalos y panderos, los gritos, mis alaridos que parecían salir de otra boca y ser escuchado por otros oídos, el olor a sangre. Pero, sobre todo, recuerdo con nitidez el miedo, ese terror masculino más característico y esa sensación de inmaterialidad que experimenté cuando vi alejarse a mis genitales en dirección a la Diosa.

A partir de entonces comencé a evitar a las personas. Al principio fue solo por la debilidad que me produjo la herida. Pero poco a poco pude ver cómo los otros no eran más que la encarnación de sus sexos, fálicos y vaginales carros de triunfo, máquinas que alimentaban, trasladaban y permitían actuar a sus genitales. Cada mano había estado cubierta de semen, cada boca de fluidos, cada torso de sudor postcoital. Incluso los niños no eran más que esperma solidificada e incubada cerca del calor de los excrementos. No podía reprimir mi horror ante cualquier roce: ningún agua lustral podía purificarme.

Por eso viví en una cueva, consagrado al culto de la Hécate ctónica. La Diosa oscura me exigió sacrificios cruentos, pero incapaz de tocar otro cuerpo, cada noche de luna nueva hacía una trampa y asaeteaba a distancia a los que caen en ella. Uno de ellos fue incluso santificado por un dios absurdo que promulga una inútil virginidad sin castración. Era un muchacho. Sus miembros rutilaban a la luz estelar, fosforeciendo como hecho de alabastro. Sus músculos

temblaban ante la penetración de cada flecha. La sangre corría a borbotones, oscurecida, como la eyaculación profusa de un semen negro. Algo en mí despertó entonces: una sed intensa desbordó cada uno de mis sentidos. Ahora estoy aquí, en este prostíbulo, con vestidos femeninos. Dicen que soy la mejor amante de la región. Los tejidos de las Parcas son extraños: matar a un santo me hizo puta.

Experimentum crucis

A Virgilio Piñera, inspirado en su René

Su avidez por ser penetrado era descomunal. De niño lloraba cuando los médicos decían que no era necesario inyectarlo. Un poco más grandecito le robaba los alfileres a una vecina costurera para clavárselos en los muslos. De adolescente se llenó de piercings, de aretes y no extrañó a sus conocidos cuando se le declaró el power bottom más famélico de la zona. A menudo sus amantes huían despavoridos ante la nueva Mesalina que se hacía penetrar por dos o tres vergas al unísono. Muchas veces por sus desmanes tuvo que ser intervenido quirúrgicamente. Lloraba entonces presa de un éxtasis sublime, envidia de cualquier místico.

Cuando lo conocí ya estaba sordo: sus oídos habían sido perforados por su obsesión autopenetrante. Hacía solo unos días había leído una noticia trascendental: los embalsamadores egipcios extraían por las fosas nasales el cerebro de las momias. Esta idea lo recorría en oleadas de voluptuosidad. Me suplicó que lo ayudara en su lenguaje casi inarticulado (¿qué cosas habrían sucedido en esa garganta?). El altruismo que me caracteriza me impidió negarme.

Para dilatarse, introdujo una vara de acero por su nariz, ayudándose con vigorosos movimientos circulares. Lancé mi pene en busca de aventuras por la oquedad sanguinolenta que dejó en su rostro. Segundos antes de morir me confesó entre estertores que cuando mi semen bañó su masa encefálica había comprendido por fin por qué dicen que el orgasmo es en un ochenta por ciento cerebral.

Roberto Garcés Marrero (San Juan de los Remedios, Cuba, 1984). Antropólogo, filósofo. Participa en el proyecto internacional Letras y Poesía. Escritos suyos han aparecido en revistas literarias como Primera Página, Nagari Magazine, El Narratorio, El coloquio de los perros, Herederos del Kaos, Incoherencias, Freibrújula, Letralia, Extrañas Noches y en blogs como El Claroscuro (Colombia). Actualmente reside en la

Ciudad de México.

La noche del tropiezo

Leopold Reinhard Resch

No puedo dormir esta noche, así que no tengo nada mejor que hacer que salir al bar de la esquina, a tomar un par de cervezas.

Las noches de Viena por lo general son frías e ingratas con los seres nocturnos, y ésta noche no es la excepción.

Camino por la acera sin pensar en nada, todo esta normal, como recuerdo con asco. Las criaturas de la noche, el despilfarro de erotismo barato y los vendedores de substancias, se codean con la autoridad, que lejos de intervenir, solo están pendientes de recibir su parte. Todo está igual. Nada cambia.

El bar está repleto de las caras de siempre:

El viejo Fritz, que enviudó hace diez años, y todavía viene a beber todos los días para olvidar a su querida Helga, que en paz descanse. Michael el vagabundo, que no teniendo dónde pasar la noche, siempre duerme en uno de los rincones o cuenta la historia de su patética existencias a cambio de un par de tragos.

En la mesa 4, cerca del calentador de vapor, está el doctor Mauser, que siendo medico forense es evitado por el resto de parroquianos.

Dos o tres desconocidos terminan de completar el cuadro de la decadencia urbana, con sus miradas perdidas en no sé que lejano planeta, lugares inexistentes de un universo de venenos bienvenidos.

Tras la pequeña barra se encuentra Brenda, la dueña del lugar, nos conoce a todos por nombre, para nosotros simplemente se llama "Madre".

--"Hola Leo, feliz noche buena, ¿Lo de siempre?"

--"Hola "Madre", feliz noche buena para ti también. Sí, una

cerveza con Korn."("Korn" es un aguardiente de grano o fruta, que suele acompañar a la cerveza en algunas partes de Austria)

Siempre me pregunta lo mismo con las mismas palabras, y siempre respondo lo mismo con las mismas palabras también. Por supuesto no es Navidad, estamos a mitad de Agosto, pero para "Madre" siempre es noche buena, probablemente para recordar a su hija, que murió de neumonía a los doce años, el 25 de Diciembre de 1965, a consecuencia del frío invernal que había pasado cuando ella y su madre escaparon de Alemania oriental saltando el muro de Berlín un mes antes. Sin recursos ni familiares durmieron en las calles de Berlín por varias semanas en pleno invierno. Luego de enterrar a su hija, emigró a Austria, donde consiguió una segunda oportunidad, otro esposo que la dejaría dos años mas tarde. Heredándole éste pequeño bar en los suburbios de Viena. . .

Encaro el local dando la espalda a la barra como siempre, con los codos apoyados en la misma, esperando que algo interesante suceda.

Noche a noche hacemos todos lo mismo, desde hace no sé cuantos años. Todos queremos lo mismo, todos esperamos que algo pase.

Lo más interesante que ha pasado últimamente, fue cuando murió Hans Krause, hace un par de semanas.

Llegó al bar bañado en sangre, tambaleándose, con una horrible expresión de pánico terminal, implorando ayuda con la mirada.

Tenía una impresionante herida en el cuello, que recorría la garganta desde debajo de la oreja izquierda hasta la derecha. De ella brotaba la sangre a borbotones ensuciándonos a todos con su tibio salpicar.

Unos segundos después se desplomó y cayó al suelo con un sonido seco y quedó boca abajo en el charco de su propio fluido vital.

Nunca dijo nada, ni produjo algún intento de ruido ni nada.

Murió allí, frente a nosotros, repugnante despojo para nuestros sádicos instintos de aburrimiento crónico.
No supimos nunca que le había pasado, ni porqué, y realmente a ninguno de nosotros le importó demasiado. Únicamente "Madre" lloró por un rato antes de llamar a las autoridades.
Por lo demás, desde que frecuento éste antro de soledad acompañada, nunca ha pasado nada de interés. Nadie habla con nadie, nadie dice nada, a excepción de Michael, el vagabundo, cuando tiene sed.
Tomo otro "Bier mit Korn, (cerveza con aguardiente), y me encamino de nuevo a mi cárcel personal. En el camino, Karen, la ramera de la cuadra, se me acerca y me pide lleve a casa.
¿Por qué no?, No pierdo nada y ella, si a éstas horas no tiene cliente, no tiene dónde pasar la noche. Son las tres de la mañana y calculo que la temperatura no excede ni los 5 o 6 grados Celsius.
Subimos a mi piso y nos preparo un trago, luego conversamos por un rato y nos desahogamos de nuestras tragedias personales, lloramos juntos, pues ambos vivimos sumergidos en la inmundicia humana de ésta ciudad de porquería.
Las substancias nos permiten sentirnos como seres humanos, y por un par de horas creamos la ilusión de estar vivos, de amarnos, de tener derecho a redención divina y humana.
Lloramos de nuevo en nuestros hombros y hasta podemos reírnos de los idiotas que estafamos a diario para poder sobrevivir.
Ella vendiendo su cuerpo golpeado por la heroína al placer carnal de los incapaces de hacer vida real, y yo empacando polvos de estrellas para las rameras y sus clientes para financiar mis propios vicios.
Hacemos el amor, sin intereses de por medio, ella para averiguar que se siente hacerlo por placer y no por dinero, y yo por sentir un cuerpo a mi lado que no me pide nada a cambio, ni fidelidad ni nada.

Nos despertamos en la mañana abrazados y confundidos por estar juntos. Volvemos a la realidad inclemente de nuestras verdaderas existencias destruidas por nosotros mismos.
Volvemos a ser la basura que nos da asco.
Ambos hemos caído en desgracia, ella puta, yo un vil traficante. Ni ella ni yo nos levantaremos nunca de la noche del tropiezo. . .

Leopold Reinhard Resch nacio en Weiz Austria, radicado desde temprana edad en Valencia-Venezuela. En la Noche del tropiezo nos enseña su caracter tragicómico, raras circunstancias de la vida que como una serie de etapas, de incursiones hace que aprendamos las lecciones necesarias para cumplir el propio destino, sin el juego de las mascaras, sin necesidad alguna de dejar huella en la cotidianidad, va del idealismo adolescente a la trágica realidad que tocan los personajes en la entrada del tiempo.

Tripolar

José Alberto Capaverde

.

Soy un tipo extraño, vesánico; me confieso partidario de la frenología. Además siempre he considerado un hombre "precursor" a Franz Joseph Gall, de la conducta humana, de sus múltiples funciones, y maravillosas problemáticas. Un "elegido" para buscar entre los "castillos de la ciencia", la escalera "escondida", que sin duda, nos llevará al conocimiento de la complicada mente. Aunque me gustaría añadir en este espacio que, Gall, tiene o presenta ciertos rasgos específicos (fácil de localizar) en su testa, que lo ponen como una evidente víctima de una terrible enfermedad mental. Y además presenta algunas protuberancias craneales, y las medidas topográficas de su cerebro (según un estudio realizado por el que escribe), son por mucho las de un ser enfermizo y mórbido. Estaba "bendecido" por un tipo de demencia, que hace "pensar" a quien la padece: que él es un ente sano y brillante e intelectual.

Las teorías "poéticas" de Jung, me siguen causando un interés desmedido. Hasta he considerado su trabajo más relacionado con la liturgia del arte, que con el conocimiento de la razón humana. Su veneración por la literatura budista y védica, es para él hasta una forma especial de religión, salvadora del "alma" personal y colectiva de Occidente. Es un buscador incansable (tenaz), que se sumerge en la aguas cristalinas ("sacrosantas") de Buda, Brahma, Vishnú, Kali, Rama, y demás, (corrientes orientales). Donde cree encontrar: una sanidad mental ("eterna"), llena de mantras, yoga, que puedan llevar al hombre si no a la "iluminación"; si cuando menos, a la "normalidad" psicológica.

E inclusive me considero un freudiano clásico, con todas las

ventajas o locuras que conlleve esta aseveración. El trabajo psicoanalista de nuestro estimado Sigmund, es en verdad la mejor "obra literaria" que jamás haya leído. Está escrita en una bella prosa críptica, simbólica, alegórica, que hace que cualquier ávido lector, llegue al clímax intelectual y estético al leer cualquiera de los libros del insigne "padre" de la psiquiatría moderna.

Desconfío de los nuevos teóricos del psicoanálisis, de sus métodos inconclusos, y hasta de su capacidad personal, para llevar a cabo semejante empresa. También señalaré que han perdido su alma "artística", y se ahogan en el mar del eclecticismo. La mayoría no se atreve o no puede realizar un trabajo "completo" o general de la psique, con los riesgos que esto implica. Seres amorfos que no se aventuran (o se comprometen) de forma seria y formal, a buscar otros caminos, otras vías, para rescatar la salud del "espíritu", "alma", que se encuentra atrapada en la celda de la sin razón.

Tengo una tendencia (agrado) clara y precisa por ciertas etapas específicas de la "maldita y/o bendita" antigüedad. Además me intereso (de sobremanera) por algunas circunstancias de los individuos, donde éstos, se encuentran atrapados en su mayoría... en el siguiente status: La locura funcional; y por una selecta minoría, que ha sido "iluminada", por eso que llaman la demencia, desvarío, delirio, y hasta han llegado a recurrir (para señalarlos) a la expresión cruel y despiadada: Vesania.

Yo soy un claro ejemplo de un desquiciado, muchos "estudiosos" de mi conducta me han diagnosticado con este título y algunos con epítetos de mayor "relevancia". Mis gustos son de un orden exquisito y hasta "espiritual". Nunca podré olvidar los cinturones de castidad ("objeto moral"); que algunos hombres utilizaban para dejar en buen resguardo a sus mujeres, para que no fuesen presa de los "abomínales" celos y la desconfianza. Individuos que tenían que partir a un viaje de negocios; o ser partícipes de alguna guerra necesaria

(inevitable); o realizar un “vuelo” psicológico, hacia el “país abstracto” de la preocupación marital, y convertirse en víctimas del amor desmedido, patológico. Aunque a mí me interesa como objeto de placer, me levanta las más bellas pasiones, y los sentimientos más mórbidos. Considero a estas damas “sometidas”: unas golfas involuntarias, que hacían maravillas con sus manos, con sus cálidas bocas, con sus eróticos anos, y con esos pechos henchidos del máximo placer... Lo que menos importaba era la famosa llave o los servicios del cerrajero. Todo era un ritual de sexualidad incomparable.

También hacen explotar mi cerebro “en estado de interdicción”, cuatro monjas de hermosura suprema, de piel extremadamente blanca, de ojos azules, y cuerpos perfectos. Recluidas en algún convento del Medievo: revolcándose en alguna celda austera, y de piadosa construcción material. Teniendo como testigo principal de sus inquietantes y encendidas pasiones a la madre superiora, la cual, espera con desesperación, ser convidada a semejante festín de placer desmedido y pleno. Mientras se escucha el sonido límpido de una campana llorona, y los repetidos cánticos y rezos que invaden el entorno “sagrado”... Y ¡ahh!, el olor exquisito del incienso místico; los cirios ardientes, donde las flamas muestran rostros de diversas formas y actitudes...

Me vuelve loco la vestimenta de la mujer antigua; siempre y cuando fuese guapa y de un cuerpo antojable y primoroso. Nos dejaban mucho a la imaginación y a la dominante pasión del hombre sexual. Vestidos largos, frondosos, de diversas telas, y algunos aditamentos para resaltar la belleza. En realidad era muy poco lo que podía mostrar al eterno enamorado o al vidente furtivo, pero... ellas (apasionadas por naturaleza) sabían como excitar a sus fieles admiradores, y lo más importante así mismas. Cuando el “calor se sube a la cabeza”, las féminas son expertas en las lides sexuales. No usan ropa interior, verbigracia: el reglamentario sostén, y el menos

encantador calzón, haciendo que la ropa del exterior, las acaricie todas; mientras sentadas, quizá leyendo una novela de amor, sus cuerpos vibran como un violín antiguo. El pretendiente llegaba a visitar a su "prometida", amante o amiga, y esperaba el momento oportuno, para levantarle ese vestido "incómodo", y poder ver en toda su plenitud el divino cuerpo ardiente de la mujer deseada. No existe mayor "objeto" de veneración que el cuerpo excitado, trémulo, palpitante, y lleno de pasión desmedida, hasta la locura, de la mujer en espera de un coito. Ella, es la iglesia, y el hombre el feligrés... Los sonidos de pasión de diez hembras en brama, son la mejor melodía que mis oídos jamás hayan escuchado.

En este momento que estoy hospedado (voluntariamente) en el manicomio de una ciudad, donde todo el día llueve tristeza, y el viento trae consigo un puñado del más cruel dolor... escribo estás líneas incoherentes, y oscuras, negras. Pero qué le vamos a hacer, si tan sólo soy un hombre de mediana edad, que padece de alucinaciones, y de cierto dolor psíquico. Tengo junto a mis huesos (de plata) a la psiquiatra, que desnuda y excitada, me dice: ¡Te amo! Una enfermera de nombre Nubia, que me está lamiendo el falo erecto, y exclama: ¡Me vuelves loca! La médica general (de algunos 26 años) que inquieta nos besa a todos los copartícipes de la sesión sexual, mientras aúlla: ¡Oh, oh! Tenemos vino francés, cigarros verdes, y una lluvia de "polvos cósmicos".

Yo estoy bien, perfecto, hasta sublime. Lo único que no recuerdo (ahora) es mi nombre, ni siquiera mi número de paciente... Todo vibra al compás del amor sexual. Y hasta las paredes blancas del lugar donde me encuentro, se abren de piernas, mostrando todo el esplendor de su vagina cálida. Todo huele a pasión a frenesí, el cual se impregna en mi piel, como una sanguijuela. Mis mujeres en estado de arrebato amatorio, despiden un aroma muy parecido al de Afrodita, cuando sale desnuda del embravecido mar, buscando mis brazos... Hasta la luna desnuda, presa de una fogosidad explosiva, se desprende

de su sitio habitual, y cae en la cama de mis enardecidos deseos. Hoy todo se mueve (en este momento) entre caderas perfectas, pechos rosáceos y de diversos tamaños, pieles de diferentes tonalidades y esencias, talles disímiles, piernas bien torneadas, glúteos de ensueño, clítoris en fuga, vulvas húmedas, labios carmesí, y lenguas serpenteantes.
Y ustedes, hombres normales, medianos, promedio, buenos ciudadanos, ¿cómo se encuentran?

José Alberto Capaverde, conocido como "El Seis", es un individuo sin nacionalidad definida, representando una figura universal. Actualmente se encuentra en México, pero podría estar en cualquier otro país, como España, Argentina, Francia o Alemania. Su formación óptima la ha adquirido en diversos lugares, tales como bares, cantinas, tabernas, panteones e incluso algunos manicomios. Además, ha encontrado una experiencia sublime entre las las mujeres. Ha estudiado Filosofía y Letras, y disfruta enormemente de la lluvia de whisky escocés.

El galope del caballo

Francisco J. Barata Bausach

He tenido que salir de casa antes de que vuelva mi novia, Irma. Si me ve como estoy ahora, con el mono que llevo encima, me corre a hostias hasta Nueva Caledonia del Sur, que no sé por donde está, pero debe estar muy lejos.

Me avisó, me dice "deja el jaco", le digo "yo controlo", me dice "eso dicen todos", le digo "solo quiero probarlo", me dice "no me jodas Paco". Y de probarlo, pase a consumirlo, pase a esconderme de Irma, pasé a gastarme mi mierda de sueldo y pasé a engancharme, todo ello sin darme tiempo a controlarlo. Ahora, desde ayer mismo, no me queda dinero y me está empezando, ¿empezando?, ¡joder, que tengo el mono!, in crescendo, estoy acojonado, me siento mal, muy mal. Tampoco me deben haber sentado muy bien unas pastillas que me he tomado, la tía que las vendía me avisó que las tomara con cuidado, que era para alucinar en colores, pero no tenía nada a mano y creo que de nuevo la he cagado.

He salido a la calle, en casa no podía aguantar. Me ha parecido ver que el cielo no estaba, ¿dónde se ha metido ese puto cabrón? Estoy sudando como un cerdo y me duele la cabeza con una ferocidad que asesina. Creo que está lloviendo porque estoy muy mojado..., me siento tan mojado. Quisiera quitarme de encima esta extraña pesadez que tengo en las piernas, me cuesta caminar, no sé qué pie debo poner el primero, casi me caigo, la gente me mira. ¿Hay gente mirándome? Me aterrorizo al ver acercarse al ser que limpiaba las calles; por escoba lleva un tridente en llamas y de su cubo de basura sobresalían miembros humanos sangrando, me asquea ver a un ser tan repugnante, una especie de "súcubo infernal con aspecto humanoide" que al cruzarse conmigo me mira con tizones en vez de ojos. Corro despavorido, gritando, asustando

a la gente con quien me cruzo de los aullidos que me surgen. Las piernas me fallan cada vez más, me hago un lio con ellas, parece que tengo tres, me caigo en el único charco que hay en toda la calle. Estoy muy sucio, tiznado por un liquido sucio y compruebo alucinado que son fluidos asquerosos surgidos de algún muerto desconocido.

Como puedo me pongo en pie, antes de levantarme, de rodillas aun, parezco un penitente o un mendigo pidiendo limosna. Veo venir hacia mí una mujer semidesnuda, con sus pechos ofrecidos con lujuria insultante, sus dientes son colmillos retorcidos y de su mano lleva una masa viscosa, casi sin patas, parece un niño, pero es un enano deforme, una masa purulenta con forma conoidal, que se arrastra dejando un asqueroso reguero de pus verde por donde pasa.

El terror que golpea mi mente sin compasión me hace levantar y corro, corro sin mirar atrás, corro porque esas visiones no pueden ser reales, pero tan reales las siento que me hacen huir con la mayor premura. Me parece ver una parada de autobús, no lo sé si lo veo o estoy soñando, aprovechando las puertas abiertas del autobús que allí está parado, o no lo está, no lo sé, subo de un brinco para huir de tantos fantasmas que de mi mente salen y que luego me persiguen.

La cabeza me duele, los sudores me empapan.

Subido en el autobús me embarga el desespero, todos los pasajeros allí sentados me miran horrorizados, aunque más horrorizado estoy yo, porque me miran con ojos vacios, de sus cuencas sin vida salen rayos de un esplendor macabro, intuyo, semidesnudo me creo, que están muertos y que al más allá va este puto bus. Una voz cuyo timbre es todo horror, sale de la boca del monstruo que conduce, “el billete, por favor”, suena como estruendo malvado. Yo no quiero billete para ir al más allá, pero insiste el muy rufián, saco unas monedas y se las lanzo, no sé si las coge, no sé si las lanzo, no sé nada, no sé si soy, quizás no soy y me arrincono en un rincón lejano para no

ver tanto horror reflejado en los ojos de esos monstruos.
No sé cuando me he bajado, ni donde lo hice, ni si lo hice, pero he debido hacerlo porque estoy en una calle desierta, sin fincas, rodeada de campos hueros de gentes y corro para evitar no sé el qué, pero sigo sudando y ese sudor me persigue convertido en pequeñas hidras de sangre sin cabeza, amenazantes. No sé cuanto he corrido escapando de esas cosas horripilantes, debe ser de noche porque cada vez veo peor y no queda luz, nada de luz o quizás me estoy quedando ciego.
Necesito un pico, pero no hay nadie, no tengo dinero, no sé donde estoy, no hay pico, ni tan siquiera una pala para cavar mi tumba.
Todo son ruinas envueltas de campos, desprovistos de todo, sin vida y hacia allí corro, porque también está lloviendo y no distingo el sudor que me empapa de la lluvia que recorre mi cuerpo. A cada momento se frena mi carrera por un fango que pretende engullirme, todos me odian, hasta el barro. Sé que no puede ser verdad, pero la verdad es que no sé lo que es verdad o es un sueño, esas putas pastillas, este puto mono y este puto yo que me está matando, cuando por fin llego a las ruinas y después entro.
En esta parte de las ruinas me sigo mojando, no hay techo, lo presiento porque me mojo, o es que mi sudor cada vez es más asfixiante, me ahoga su fetidez que debe ser la mía. Corro por entre las ruinas perseguido por mi sombra que ha cobrado vida, me amenaza gritando lo idiota que soy, “tu controlas”, “tu controlas”..., no para de repetirlo, tropiezo entre escombros, al caer una mierda de perro semiseca y asquerosa emponzoña mi cara. Con un pañuelo, tan mojado, que me empapa más el rostro, intento deshacerme de tanta mierda que ahora también, desde fuera de mi mente, me atormenta.
Sentada a mi lado me asusto al contemplar a mi sombra, inmisericorde, que repite, “tu controlas”, sin parar, repiqueteando en mis sesos arrepentidos por no poder

controlar mi ira, no por mi adicción, porque como sabe la sombra, mi mala sombra, yo controlo, si me pudiera meter un pico, lo demostraría y de este marasmo podría salir.

Ahora, mientras la mierda chorrea por mi camisa cayendo sobre los pantalones, estoy sentado en el barro, yo soy barro que se deshace, pero veo un rincón seco donde poder protegerme de mi sombra.

Me arrastro, primero de rodillas, repto después, así llegamos, porque la puta mala sombra me acompaña y se recuesta junto a mí en una esquina seca, intento apoyarme en la pared pero no me deshago de ella. Tengo la sensación de que me congelo, a la vez un calor por dentro me quema. Intento cerrar los ojos, intento salir de mi cuerpo, pero cuando lo intento mi sombra, arrogante y fría, la mala puta, me lo impide con malos modos, se comporta como mil zorras.

Como no puedo dejar a un lado mi cuerpo, intento cerrar los ojos, necesito descansar pero este puto mono me atenaza la garganta no puedo respirar y los ojos ni un momento puedo entornar, ahora me salen ripios, soy poeta, soy penoso, estoy tan fuera de mí, pero yo controlo, ¿no se lo creen?..., yo controlo.

¿Porqué habré abierto los ojos?, ¿para ver por las paredes descolgarse unas arañas verdosas? Con ojos de lujuria, gotas de un fluido verdoso de sus bocas dejan su rastro y se arrastran por la pared, me miran, son varias, muchas, cientos, miles y todas avanzan hacia mí. No puedo evitar mearme de miedo por el asco que me produce pensar que todas ellas encima me puedan cubrir y hambrientas, voraces, comiencen a deglutirme en vida. No puedo reprimir un grito de espanto, más parece un aullido de ultratumba y entonces, por otra puerta aparecen dos, no, tres sombras, parecen de seres humanos, o inhumanos, no lo sé, las gotas de sudor que empapan mis ojos me impiden distinguirlos. Oigo voces de ultratumba, hirientes, salir de sus bocas.

Mirad, hay un puto yonqui en ese rincón, vamos a divertirnos.

Las palabras me suenan lejanas pero las sombras se acercan, con brazos acabados en hierros redondos, parecen seres malignos, me dan escalofríos, no sé si es por ver esos monstruos que se hacen más grandes por momentos o por el puto mono, parece que tengo el mono, parece que no controlo nada, nada, nada. Las sombras se detienen frente a mí, son enormes, las arañas se retiran, quizás les tienen pavor. Yo también y tiemblo. Frio, miedo, pavor, mono..., yo controlo.

¡Tú, mierda!, danos todo lo que lleves encima y rapidito.

No tengo nada, necesito un pico, ¿lleváis jaco?

El hijo de puta nos pide caballo. Pues te lo vamos a dar y del bueno.

Se acercan más, con sus brazos metálicos comienzan a golpearme con saña, no paran, empiezo a sangrar por la cabeza, la sangre me ciega los ojos, noto un chasquido en el brazo con el que intentaba defenderme, intento levantarme y les chillo, "hijos de puta, cobardes". Solo consigo que me den más fuerte en la boca y me destrozan los dientes, caigo entre dolores, pero el mono no cesa, ahora me duele, a mi y al mono. Les oigo decir horrorizado, sumido en sufrimiento, con los ojos bañados en sangre:

Basilio, trae la gasolina que a este cabrón lo vamos a tostar como un cerdo.

Yo grito, "¡¡socorro, cabrones!!", sin dejar de recibir golpes, empiezo a notar la gasolina que empapa más todavía todo mi cuerpo. Intento levantarme otra vez, pero los golpes y el mono que ya está herido me lo impiden.

Siguen vaciando latas de líquido de un olor que me aturde, uno de ellos, ¡¡qué horror!! , saca una caja de cerillas, las enciende, me las tira.

El fuego prende mi ropa, primero siento calor, luego el fuego llega a mis carnes, se me desprende la piel, el pelo me arde y el dolor sobrepasa al mono, punzante, amargo, aullando con un dolor tan intenso que me enloquece.

Lo último que veo es a unos hijos de puta riendo mientras el

fuego me quema los ojos, el dolor es insoportable..., yo controlo..., yo control...yo contro..., yo contr..., yo cont..., yo con..., yo co..., yo c..., yo....

Francisco J. Barata Bausach, Puerto llano. Ciudad Real. Castilla La Mancha. 68 años. Economista, ahora jubilado, acostumbrado a escribir sobre temas profesionales. En mayo del 2014 comenzó a escribir relatos, desde entonces ha obtenido múltiples premios y menciones en diversos países.
Primeros Premios (Tres en EEUU, otro en Ecuador, dos en Venezuela, otro en Alemania, dos en Brasil, treinta y nueve en México, once en Colombia, tres en Bolivia, quince en Argentina, uno en Perú). Segundo premio (Uno en Uruguay, dos en Argentina y uno en México). Terceros Premios (Uno en USA, uno en Argentina). Cuartos Premios (Dos en USA, uno en Chile, uno en México, uno en Uruguay). Finalista (Cuatro en México, nueve en Argentina, uno en Colombia, otro en Ecuador y otro en Costa Rica). Seleccionados para diversas Antologías. (Siete en Uruguay, dos en Argentina, dos Costa Rica, otro en Israel y uno en Chile).

En el lugar equivocado

Adrián "fino" Sosa

La fiesta había terminado, mi rencor y yo éramos los únicos que permanecíamos despiertos. Por enésima vez me preguntaba que hacia en este lugar. Restos de papel picado, serpentinas y globos desinflados invadían el salón, el caos imperaba en los rincones más improbables. El piso estaba alfombrado por una masa chiclosa de restos de comida y líquidos sospechosos, los cuerpos anestesiados por los vapores de la fiesta yacían semidesnudos y desparramados, cubiertos de cotillón desmembrado. Durante toda la noche los invitados se habían entregado a un festejo sin freno como pocas veces en la vida, si a esto que vivíamos se le podía llamar vida. Este no era mi lugar así como tampoco el de muchos de los que ahora dormían. Para algunos esta fiesta era el final de todo, se había agotado la euforia y la esperanza. Para otros aun existía el dinero y todo lo que con el se pudiera comprar. Me despegue de la silla tambaleante, malhumorado, y adormecí mi sed bebiendo de una botella que se mantenía a medias. El primer trago me perforó el intestino acompasando mi odio revulsivo por correr esta vida de mierda siempre desde atrás.

El segundo me atravesó como un estilete recordándome el tormento diario del menosprecio. Decidí llenar el vacío con pequeñas venganzas, tal vez robar las billeteras más abultadas o desabotonar alguna blusa y lamer los pechos de esas mujeres resecas. Pero solo escupí en la boca de los despreciables y oriné sobre los implacables que dormían como angelitos. Soy un cerdo, lo sé, pero reí como hacía siglos que no reía. Después abrí la llave del gas y dejé que el olor nauseabundo invadiera el aire gastado, al tiempo que bailaba como un títere suspendido del techo esquivando cuerpos y los charcos del piso. Llegué hasta la puerta de salida, apuré el

último trago que quedaba en la botella y me volví un instante para fotografiar con la retina todo ese paisaje decadente. Odio los fósforos. Saqué del bolsillo un encendedor y estiré la mano ajustando el pulgar sobre el mecanismo del encendido. Soy un maldito, y los malditos no tenemos sentimientos, pero era innegable que estaba equivocado, la fiesta recién estaba por comenzar. Para no molestar, salí despacio y dejé la puerta abierta.

Adrián "fino" Sosa: Montevideano. Lector, melómano, "escribidor". Durante los años 80, coordinó y edito diversas revistas alternativas en forma independiente (Atrás de todo, Culos de botellas, Perro Andaluz) que divulgaban poesía, dibujos, arte callejero y música: el nervio latente bajo la aparente inactividad de esos años. Publicó de forma artesanal libros de distribución gratuita "El Grito", "Lobos en la Buhardilla", "Lo que quedó allá arriba " y " Cuadernos Mojados". Actualmente participa en el taller de creación literaria "La Tribu" que dirige y coordina Alberto Gallo, escritor y periodista cultural. Colabora en la revista literaria digital "La Atemporal". Ha publicado en coautoría el libro de relatos “El Gen de la Bestia.

Gozosos y sufrientes

David Crauley

Son dos mundos diferentes; uno sufre, otro goza dentro, muy dentro. Son dos mundos muy distintos como lo eres tú, aunque, en el fondo, créeme, no son tan diferentes. Se componen de cielos, nubes, escaparates y hasta de un montón de ceros y unos como cualquier otro mundo. Son dos mundos pequeños que se tocan y se aman, precisamente porque uno sufre y el otro goza. Y es necesario que uno sufra y el otro goce, porque así todo tiene un sentido para los que allí dentro sufren y para los que allí dentro gozan, que nunca gozan lo suficiente porque los sufrientes nunca sufren lo suficiente.

Ahora dirás que lo que te cuento de ningún modo es cierto y, sin embargo, es tan cierto como que

el dios de los sufrientes y los gozadores, el Gran Sufriente, murió en su cruz para poder amarlos a todos. Tú no estabas allí, pero esto sucedió una vez y para siempre en un mundo que es dos, aunque allí tres sean los monos que no quieren ver, ni oír, ni hablar. Porque todo eso daría mucho que pensar y, el que piensa, de ningún modo goza y el que no sabe gozar, tampoco sabe sufrir y qué terrible es, en un mundo de gozosos y sufrientes, ser un mono que ni goza ni sufre.

Dos mundos que desde el origen siempre fueron dos. Y que siempre serán dos por mucho que los maestros y los doctores, en las escuelas y en los televisores, enseñen que es uno y que allí todos gozan. No mienten, simplemente ignoran que les han enseñado mal, no han aprendido a contar. Dos son los mundos de los que te hablo; como dos son las caras de la moneda que los gobierna, como dos son las manos con las que se matan, como dos son los que sufren para que uno de ellos goce.

Gozar, sufrir, gozar de tanto sufrir, sufrir para gozar un poco

más, parece no tener sentido, pero es necesario que sepas que allí nada tiene sentido. Si lo observas de cerca verás que son dos mundos; uno está arriba, otro está abajo y, sin embargo, entre ellos afirman que tal distancia no existe, que todos ellos son una misma cosa. Sí, hermano, como puedes ver, allí nada tiene sentido; los torpes gobiernan, los pobres de espíritu predican, los necios enseñan lo que sea que allí tengan por cierto y veraz, y siempre tienen la razón aunque nadie se la conceda.

Gozosos y sufrientes, sufrientes y gozosos: ni quieren ni sabrían ser cualquier otra cosa. A menudo dicen los sufrientes que su virtud es el sacrificio y, a menudo, dicen los gozosos que precisamente su virtud es sacrificar y así todo está bien entre ellos que aman sus goces y sus dolores como el fantasma que ama las cadenas con las que atormenta.

No pienses eso, no se trata de ser dichoso o una mejor clase de primate, se trata de tener el don de sufrir sin ningún beneficio o el don de gozar sin remordimiento alguno: ese es su secreto. Algún día, al fin, se matarán entre ellos de una vez por todas y gozosos y sufrientes, por fin, serán aún más dichosos.

David Crauley. Autor nacido en la primavera del año 1976. Residente en Sevilla. Licenciado en Ciencias Políticas. Diseñador Gráfico de profesión en la actualidad. Ha autopublicado recientemente su primer conjunto de relatos cortos bajo el título En Guerra con la Realidad.

Cuatro letras

Jordi Tauler Vaillet

Muchas noches murieron entre humedad y ruido. Contando los minutos para volver a casa. Muchas noches fueron aburridas, insoportables. Y aun así caía en la trampa una y otra vez, como buscando la excepción que confirmara la regla.

Aquella noche prometía ser tan aburrida como todas las anteriores. Los mismos bares, las mismas bebidas, las mismas bromas, los mismos gestos... la misma gente. La rutina mortal de esa repetición que promete ser distinta y que desde el primer segundo ya no ofrece nada distinto.

Íbamos caminando de bar en bar, cada vez más saturados en alcoholes varios . Lo único que nos sostenía. Entre cervezas tibias y calimochos demasiado dulces. La noche avanzaba lenta en relojes llenos de humo y serrín.

Sonreía, deseando que llegara pronto ese momento feliz en el que todo el mundo decidía irse a casa. Podía irme antes, claro, pero eso suponía aguantar esa insoportable cantinela de "Venga, ¿tan pronto?", "Anda, una más y nos vamos", "¡Tío, no seas aburrido!". Ellos se lo estaban pasando bien, sin duda. Pensaban que yo también. Cada uno en su guerra particular. Arantxa, entre alcohol y música, en su eterna duda entre Jon y ¿un servidor?... Jon siempre corriendo detrás de Arantxa. Mientras Iñaki cada vez mas cercano al coma etílico iba a su aire con el vaso de lo que fuera en la mano y el cigarrillo en la otra, su mirada flotaba sin punto fijo. Había que estar atento, en cualquier momento iba a abrazarme con su grito de "Eh, Yago... de puta madre, eh, venga tío que esta noche pillamos todos". Solo pensarlo se me congelaba la sangre. El humo de los miles de cigarrillos, siempre, ese humo mezclado con calor y con olores que ya empiezan a derramar abandono. Esa soledad que me abrazaba, seduciéndome, queriendo bailar

conmigo en ese ínfimo bar subterráneo de música sin alma. Me dejaba arrastrar, a ratos, por el ritmo de esa música, sin ninguna pretensión. Solo cuerpo medio intoxicado. La derrota de Iñaki era ya evidente, tan ausente ya, incapaz de articular palabra, él tan rápido con el sarcasmo cuando no estaba sumergido en el alcohol. Y Jon con la mirada pegada en Arantxa, agarrándola con los ojos. Y ella siempre en su doble juego, pretendiendo que me incorporara a ese trio tan imperfecto en el que todos jugábamos sin saber nunca si estábamos en la defensa o en la delantera.

No, la noche ya no daba mas de si. Otro fracaso monumental. Aunque, ¿fracaso? ¿respecto a qué? Nunca pillábamos ni pintábamos nada. Éramos el cuarteto más ridículo que se podían encontrar en esa noche del norte. Por supuesto tendrían que acompañar a Iñaki a su casa o a urgencias, no seria la primera vez. Yo vivía en el otro lado de la ciudad. Pasada la vuelta del Castillo ellos tres irían por un lado y yo por el otro. Todo el terreno limpio para Jon y Arantxa que probablemente volvería a jugar la carta de la inocencia y el recato, calentando el hierro para luego llorar recordando aquel verano anterior tan triste. Y Jon, superado, volvería solo a casa más tarde. Insistirían para que fuera con ellos, seguro. No, otra vez no. Pero necesitaba tomar un poco de aire, soltarme de esta telaraña rancia de amistad y sexo encogido.

Les dije que salía un momento a respirar fuera, no se si enteraron demasiado. Fuera la noche era templada, primavera en el norte, pero una noche excepcionalmente agradable en la que no hacia falta abrigarse mucho. Con la cerveza en la mano, me apoyé en el capo de uno de los coches aparcados. El ruido del bar y el humo se alejaban rápido. No quería volver a entrar. Solo unos minutos más. Un poco de silencio, los oídos zumbando. Mirándome los pies, sin pretensión de nada, no vi acercarse por mi derecha la figura femenina.

- Hola.

- Hola -Me giro, a mi lado, una chica morena, de pelo corto,

rizado. Sonrisa agradable. Ojos muy azules. Jersey de marca azul marino y vaqueros de marca también.
- ¿Qué haces? Pareces aburrido, o ¿agobiado?
- No, bueno, un poco, más bien cansado del humo del tabaco y del ruido.
- Ya...¿Estás solo?
- No, mis amigos están dentro, en el bar.
- Ah, claro. Oye, me llamo Sara.
- Yo, Yago.
-Genial. Mis amigos están allá, vamos al Terminal ahora. Me encanta el Terminal. ¿Te gusta?
- Sí, he ido varias veces – la mentira era tremenda, odiaba profundamente el Terminal, el último bar en un recorrido tan establecido...
- ¿Te vienes?
-¿Al Terminal? Bueno, no sé... tendría que avisar a mis amigos... no sé. Y luego que haréis?
-Luego... depende... quizás ir a casa de alguien. Mis compañeras de piso se han ido este fin de semana. Tengo el piso para mí sola. Pensábamos tomar chocolate caliente. Churros no tenemos, pero si algunas galletas. Jajajaja... Venga apúntate. Te veo un poco mustio. Anímate.
- Suena muy bien. Oye espera, voy a decirles que me voy.
- Vale, te espero aquí. No me dejes plantada, ¿eh?
Sara... Sara... esos ojos. Entré en el bar corriendo, sin pensar. Fui donde ellos, la primera en verme fue Arantxa. Me saludó como si hiciera cuarenta años que no me hubiera visto. Me abrazó mientras noté la mirada de lobo de Jon en mi nuca. Le dije que tenía que irme, que estaba un poco mareado, que me iba a casa. Aguanté la breve cantinela... y salí corriendo.
Sara, me seguía esperando. Me agarró del brazo y nos fuimos calle abajo corriendo entre risas. Como si el mundo hubiera vuelto a empezar. Como si la noche pudiera ser alegre por una vez.
La noche saltó por los aires, entre carcajadas y bailes

imposibles. Las dos amigas ya demasiado borrachas decidieron retirarse. Sara seguía igual, energía pura. Quedábamos cuatro. Dos amigos de ella y nosotros dos. De repente, una propuesta indecente, ir a San Sebastián, ahora ya, llegar a desayunar. Los otros dos se batieron en retirada. Debían ser las cinco de la mañana. Tenían examen el miércoles y mucho que estudiar. Necesitaban dar un empujón a los apuntes. No me quedo claro si Sara estaba preocupada por el examen. “Venga vamos a Donostia. El coche de mi amiga, está aparcado fuera. Mi amiga no está. Se fue a Vitoria y ha dejado el coche aquí. No hay problema. Venga, nos tomamos el café en la playa. Venga, que sí. Total, ¿quién te espera? ¿un compañero de piso aburrido? Venga, vamos ya.”

Corriendo por la avenida solitaria, las cinco de la mañana. No notábamos ni aa humedad ni el frío. Solo corro. Agarrados de la mano, como si hubiera sido siempre así. Como si hubiéramos inventado el mundo en ese instante.

El coche, viejo, con los asientos medio rotos y quemados por cigarrillos en varios puntos. No importa. Conduje yo, ella decía que le entraba el sueño con la calefacción.

Eran casi las siete de la mañana. Andábamos por una ciudad dormida, agotada, donde otros borrachos, otros que eran los mismos, volvían a casa. Con el aliento quemado, con las miradas rojas. Y ahí nosotros, corriendo otra vez, hacia el mar, con una prisa infinita, con la primavera quemándonos los pulmones. Y ahí llegar, en una carrera ultima, hacia esa barandilla blanca, hacia ese mar que nos llamaba desde antes de entrar en el Terminal.

Ahí, por fin parados. La respiración rota. Mirando al mar. Sin prisa alguna, ya. El tiempo cayendo en picado en ese instante preciso. Los relojes inútiles, muertos.

Y ahí, parados, dijimos tonterías sobre el color del mar, del cielo, recordando ese mediterráneo que nos alumbró, más tonterías sobre la música, sobre la cara de su amiga, sobre el pesado de Roberto que quería ligar con ella en el Terminal. Y

ahí, parar. Ella me agarró de nuevo la mano. Se giró y me rompió por dentro con sus ojos azules.
- Gracias, Yago.
- ¿Por?
-Por seguirme. Necesitaba eso. Algo distinto. Una ruptura. Algo vivo.
-Yo... también.
-¿Si?
-Sí, lo necesitaba sin saberlo.
Luego, el café, los cruasanes mas bueno del mundo, el paseo, subir a Igueldo, medio adormilados en el coche, unos roces, unas caricias inexpertas, unos besos tímidos todavía.
Y reír, y besar y reír. Bajar a la ciudad, comer, las manos debajo del mantel, el juego que no cesaba. Necesitábamos una ducha como el aire que respirábamos pero no importaba. Luego volvimos a Pamplona, ella de nuevo dormida en el coche. Era la euforia. No hubo nunca nada igual a ese domingo en Donostia. Dejamos el coche en el mismo sitio. Me dijo que las ventanas del piso estaban iluminadas, sus compañeras habían vuelto. Nos despedimos ahí en el portal, con unos besos torpes que pretendían ser húmedos.
Pasaron días, las carreras fueron cada vez más pausadas. Noches juntos, de ropa que se pierde en el rincón de la habitación, de amaneceres extraños, de exploraciones inesperadas. También algunas formalidades y broncas sin recorrido. Amaneceres de miradas ausentes y lágrimas en esos ojos azules. Y escapadas juntos a San Sebastián. Y noches en pensiones baratas donde no se dormía. Luego vendría el sueño. Después de aquella noche que prometía ser aburrida. Pero antes de todo. Antes de saberlo todo, de vivirlo todo.
Hoy, en esta noche sin adjetivos, juego con mi copa de whisky, el color precioso, casi ámbar. En el reflejo de la luz sobre el hielo, el fulgor breve recordándome una vez más esos ojos azules, tus ojos, Sara. En esta noche, mientras suena, sin parar, sin descanso “The light she brings” en un bucle eterno. Hoy,

justo hoy, hace un año.

En esta noche, sin ti, en nuestras sabanas que todavía creo que huelen a ti; como un animal, acunado por un olor antiguo que se cuela por debajo de la almohada. En esta noche, sin tu cuerpo, pequeño y ágil. Sin tus ojos, Sara. Sin el mar en ellos. El mar ya no está. No puede estar. Solo es un líquido amorfo que se mueve sin ritmo, perdido en una nostalgia salada de besos que se han vuelto insoportables. Y yo tan patético en esta nostalgia enfermiza que he tejido con delicadeza y pasión.

Quiero volver a esa noche, volver a aburrirme con las bromas de Arantxa y Jon, con la mirada ciega de Iñaki. Y no salir del bar, no conocerte, no correr hacia el Terminal, no desayunar en San Sebastián, no besarte en Igueldo. Y amanecer, aburrido y cansado, el domingo con los apuntes de bioquímica sobre la mesa. Aburrido. Mejor eso, que esta ausencia de tus camisetas en el armario. Mejor eso que ver esos libros que te regalé que dejaste, con toda intención, tirados en la mesa del despacho. Mejor eso que el portazo y la cómoda vacía, el cajón abierto todavía al día siguiente. Mejor eso que ese sujetador viejo, abandonado en el cesto de la ropa blanca. Mejor eso que tus fotos en esa caja. Mejor eso que esa noche en que conduciendo enfadada, corriendo por esa carretera estrecha, no viste la curva. Mejor eso que tus ojos abiertos al infinito en esa insoportable madrugada. Mejor eso que el funeral al día siguiente donde todos me dieron el pésame sin saber que en esa noche de furia te fuiste corriendo, pisando el acelerador hacia la muerte.

Y, sin embargo, algo me dice que ese deseo también tuvo lugar, que en otro universo lo hice. Otro Yago dejó a Sara tirada fuera del bar y se refugió cobarde con Jon, Arantxa e Iñaki. En ese universo, ese Yago estudió sin descanso para el examen de bioquímica. Concentrando en los mecanismos de replicación del ADN pensó estar descifrando los secretos del universo. Mientras, en la misma ciudad, Sara lloraba pensando en el pesado de Roberto que había querido enrollarse con ella por

enésima vez. Lloraba, un poco, por ese imbécil de Yago que salió corriendo, casi asustado. Le había visto varias veces, en la biblioteca de arquitectura, paseando por el campus con otros colegas. Cuando le vio ahí apoyado en el capó del coche se tragó de golpe el resto del cubata y, por primera vez, en su vida le entró a un chico sin saber como lo hacía. Por un momento pensó que se iba a quedar con ella, que la iba a acompañar al siguiente bar. Pero se fue, con una triste excusa de un examen importante al cabo de unos días. En ese universo aquella noche fue radicalmente distinta.

¿Qué fue de Sara en ese universo? ¿Qué hice yo después? ¿Que hacen los Yagos y Saras posibles ahora, en esta madrugada? Estoy seguro que ese universo alternativo existe. Como existen otros miles de ellos para cada uno de los instantes no pensados en los que rompemos la baraja sin saber lo que estamos haciendo. Decisiones que nos rompen y en las que rompemos a otros. No somos inocentes, las decisiones las hemos forjado en historias de mentiras y relatos de medias verdades. De algún modo, los universos se comunican entre ellos. No es el destino, es un ajuste continuo, el ininterrumpido balance de entropías positivas y negativas que quieren anularse. Los ajustes se establecen pero también los podemos romper varias veces. En algunas ocasiones el juego se desplaza y un universo desaparece y con el la decisiones se reajustan en el resto. Si fuera el destino todos los universos terminar por desarrollar soluciones convergentes. No, eso no sucede. Solo es un juego de equilibrios y movimientos improbables.

El whisky me hace pensar demasiado en direcciones extrañas. Ya no sé lo que digo. Dejo la copa y me siento en el sofá. La música en bucle en el sistema de sonido. Mañana tocará ir al cementerio, con su madre, con su hermana. Nadie supo que Sara me dejó aquella noche. La versión oficial es que después de un día estresante decidió bajar a la playa, por esa maldita carretera, y pasear de noche por la playa. Solía hacerlo. No

había nada extraño en eso. Mañana será otro día insoportable de teatro y mentiras. Cierro los ojos, el sueño me vence.
Un ruido a cristales rotos en la cocina me despierta. Enciendo la luz y veo en el suelo el jarrón en el que Sara puso las rosas, en su primer cumpleaños juntos. Me dispongo a limpiar el cristal, cuando veo, fugaz, el rostro de Sara reflejado en uno de los cristales del jarrón. Es el reflejo de la foto colgada del viaje a Italia. Muevo la cabeza y el reflejo desaparece. Suena el móvil. No espero ninguna llamada. Miro la hora, son casi las dos de la mañana. El móvil sigue sonando, insistiendo. Vibra encima de la mesa del salón. Siento un escalofrío en el cuerpo. Me resisto a contestar esa llamada que no cesa. Voy al baño, abro el agua frío en el lavabo, me mojo la cara para convencerme que estoy despierto. El ruido del agua tapa el timbre del teléfono. Pero al salir del baño sigue sonando. Ando hacia el salón con intención de contestar de una vez por todas. Sea quien sea, es una broma muy pesada. Al acercarme el teléfono deja de sonar. Miro en llamadas pérdidas y esta última llamada no aparece. Agotado me voy a la cama, apago el teléfono móvil, no quiero que vuelva a sonar. Me cuesta dormir. Tomo una pastilla de Lexatín. Lentamente, hace efecto.
Me veo andando por una playa larga. Hay mucha gente. Sé que estoy soñando. No sitúo el lugar. De mi mano anda un niño pequeño, mi hijo. Tiene el pelo muy rubio. De repente el niño se suelta y empieza a correr por la playa hacia una mujer de pelo rubio. Su madre. Ella le abraza. Sonrío. Se les ve tan felices. Acelero el paso para juntarme a ellos. Cuando me acerco, la imagen de mi mujer se desenfoca, mi hijo también. Los dos son seres sin rostro que parecen reírse entre ellos, de algún modo me miran como preguntándome algo pero no les puedo entender, sus palabras suenan lejanas, amortiguadas. En ese instante, recibo un mensaje de texto en el móvil, noto la vibración en el bolsillo del pantalón. Me aparto un poco de ellos y leo el mensaje. Les digo que es algo de trabajo, que contesto rápido y ya. Me giro, de espaldas a ellos. El mensaje es

de ella, las cuatro letras de su nombre en la pantalla, diciéndome que la situación es insostenible y que ella no puede esperar más, que debo decidirme ya. Propone vernos esa noche para cenar, me puedo inventar algo del trabajo, una reunión inesperada. En el restaurante de siempre. Escuetamente le contesto que OK, que nos vemos allá a las nueve y media esta noche. Sobre el mar, estalla una tormenta violenta, todo el mundo corre. Les pierdo de vista. Todo es oscuro, sopla un viento violento. No veo nada. A lo lejos una mujer grita. Me llama. Intento acercarme a ella, el viento me lo impide. No hay nadie más ahora en la playa, solo las olas rompiendo con fuerza. Caen rayos sobre el mar, lejos. Llueve fuerte. La mujer me dice que le ayude, se ha caído y no puede andar. Llego donde ella, su rostro borroso en mitad del viento y la lluvia. Le ayudo a levantarse y con mucha dificultad nos refugiamos bajo las escaleras del paseo marítimo. Ella habla, no para de hablar. Su voz es familiar pero no puedo ver su cara. Sigue hablando. Dice que tiene que llegar a una cena importante, que su coche se ha estropeado, que el viento le arrancó el bolso y bajó a la playa a buscarlo. La tormenta está encima de nosotros ya. No podemos movernos. Mojados, helados de frío nos abrazamos, por instinto, buscando el calor del otro. Se ha hecho de noche. A lo lejos oigo que alguien me llama, una voz de mujer y otra de niño. La mujer abrazada a mí levanta la cara, me mira y me tapa los oídos. Me dice que no escuche, son solo ecos de otro mundo. No entiendo nada. Agarro sus manos para soltarlas de mis oídos. En ese instante un rayo cae muy cerca y con el resplandor veo por fin el rostro de la mujer abrazada a mi. Es Sara. Sonríe y con voz tranquila me dice, vamos a cenar. Otro rayo cae encima de una de las torres del paseo marítimo, el trueno es brutal, los oídos casi me estallan y noto un sonido metálico muy molesto...

Me despierto. El reloj de la mesilla marca las tres y veinte de la mañana. A su lado, el teléfono que dejé apagado vibra tocando la lámpara de la mesilla con un sónido metálico...

Y, antes de coger el móvil que está sonando sin cesar, sé que también ahora, en todos los universos posibles, están sonando otros móviles. En todas las pantallas de esos móviles, solo cuatro letras: “Sara”.

Jordi Tauler Vaillet (Girona, España, 1971). Doctor en Biología por la Universidad de Barcelona. Investigador en biología molecular del cáncer de pulmón en Bethesda (Maryland, EEUU) del 2001 al 2005 y, posteriormente, en Chicago (Illinois, EEUU) del 2005 al 2015. Actualmente residiendo en Oak Park (Illinois, EEUU). Interesado en literatura y filosofía.

Leia

José Luis Regojo

La ley de Murphy que a grandes rasgos se basa en el adagio «si algo puede salir mal, saldrá mal», siempre me acompañó desde pequeño. Una vez entré en la adolescencia, tuve la habilidad de combinarla, muy a mi pesar, con la ley de Finagle sobre la negatividad dinámica: «algo que pueda ir mal, irá mal en el peor momento posible». No se debía ser muy sagaz para saber que el futuro ante mí no prometía nada bueno.

Un día conocí a Leia y me olvidé de mi destino. Creí, iluso de mí, que podría engañarlo. Como no hay dos sin tres, a las dos leyes que me acompañaban desde mi nacimiento, se unió la aportada por la hacker que me robó el corazón, Leia: el Corolario de O'Toole a la Ley de Finagle. Según esta conocida ley entre los hackers, «la perversidad del universo tiende hacia el máximo». Ahí estaba yo, entremedio de tres leyes universales.

*

Estaba en la fiesta de cumpleaños de una amiga en un bar de moda, El Gravitón, con mesas de madera envejecida sin pulir, que parecían recicladas; unos cuantos palés de madera desperdigados por el local y una bicicleta colgada de la pared. No había dos sillas iguales, y el desvencijado sillón parecía rescatado de un contenedor. Todo ello le daba un toque vintage al local. Los camareros, por la forma de moverse y sus barbas, peinados imposibles, gorras y tatuajes se creían cool y te iban perdonando la vida mientras te servían. He de reconocer, por otra parte, que su ropa era bastante mejor y más cara que la mía.

Yo estaba de pie apoyado en una columna, observando al personal y escuchando conversaciones. Observar el entorno siempre me ha gustado; luego lo utilizo en mis relatos. El

Gravitón era tan hipster que en las charlas de la gente a mi alrededor aparecían palabras como natural, bio o ecológico. Toda la cerveza era artesanal y no tenían batidos, solo smoothies.

Mientras les miraba, se me ocurrió imaginar estar en una especie de zona Matrix. El nombre del bar tuvo algo que ver: un gravitón es una partícula transmisora de la interacción gravitatoria en muchos de los modelos de gravedad cuántica. Allí estaba dándole vueltas a mi Matrix, cuando una chica se acercó y me sacó de mi mundo.

—¡Hola!, ¿dónde estás? Aquí no, desde luego —comentó entre risas.

—No lo sé, ya me gustaría a mí saberlo. Cuando me encuentre, te avisaré —le dije.

No me proponía hacerlo, pero así quedaba bien con una chica simpática.

—Gracias —contestó—. Yo también me evado con facilidad. Y, en confianza —me dijo en voz baja—, me evado a otros mundos, a zonas francas de espacio y tiempo. No sé si me entiendes, una especie de universos paralelos.

Me quedé boquiabierto sin saber qué responder.

—¿Zonas francas, universos paralelos? —pregunté.

—Sí, zonas en las que me encuentro fuera de este mundo. Estoy, pero no estoy, no sé si me explico.

—Hola, soy Nox, ¿cómo me dijiste que te llamas? —le pregunté.

—No te lo dije —sonrió—. Me llamo Leia, como la princesa de La guerra de las galaxias.

—Bonito nombre e interesante película, también.

En ese momento, Leia me pareció fascinante. Desprendía un aroma especial. No sabía nada de ella, pero me auguraba un gran futuro con ella y sus zonas francas de espacio y tiempo.

—A mí me pasó lo mismo —le dije.

—¿Qué? —preguntó.

—Lo que me acabas de explicar de las zonas francas, la

diferencia es que yo llegué a vivir en una de ellas hasta poder salir. Viví en uno de esos universos paralelos, como yo los llamo, pero no lo puedo demostrar. Comprobé la existencia de múltiples universos paralelos.

Leia se rio.

—¡Qué divertido habría sido coincidir en la misma zona franca! ¿No te parece?

—No sé —dije incómodo.

—De haber sido la misma, no te habrías olvidado de mi nombre, ¿no crees? ¡Anda! ¡Cuéntame cómo fue tu experiencia en esos universos paralelos!

—Cada universo, cada zona franca tiene características únicas. Nacen e interaccionan a través de intercambios por casualidad, espontáneos, de partículas de energía.

La miré fijamente mientras hablábamos. No aparté la mirada de sus labios suaves y tersos. No la oía, pero leía y deseaba sus labios mientras repiqueteaba rítmicamente los dedos en mi copa.

—Sucedió después de cambiarme de piso. Yo vivía junto a la caserna de los bomberos y el ruido ambiental me ponía de los nervios. El cambio de ese entorno a uno más tranquilo en el centro de la ciudad aceleró mi visita a una zona franca, no te podría decir cuál —le expliqué.

—Esto se pone interesante. Sigue.

—Estaba trabajando en una antología de cuentos breves titulada Encuentros en la zona Matrix: relatos en esos mundos intangibles de universos paralelos. Hacía calor. Estaba tan concentrado con el tema de los universos múltiples y los agujeros negros que me olvidé de comer. Me dio un pequeño mareo y algo en mi mente se desconectó.

—¿Qué sentiste en ese momento? Yo he tenido percepciones parecidas, es muy interesante.

—Esa desconexión dejó de ser extraña porque yo estaba ahí, en la zona franca. No sabía si me estaba volviendo loco porque todo aquello que había imaginado y escrito, de repente estaba

ahí y yo en ese mundo. ¿Me entiendes?
—Sigue, sigue...
—Borré la idea de mi mente. No podía ser. Supuse que después de tanto rato escribiendo sobre universos paralelos se me había cruzado algún cable. Salí a la calle e intenté olvidarme del tema hasta el día siguiente. Desperté con la misma sensación y seguí escribiendo el cuento. Me había convertido en un personaje más de mis relatos, mi casa había dejado de serlo. Miré por la ventana y todo era diferente. Me asusté mucho porque fui consciente de que, poco a poco iba tomando forma la realidad intangible imaginada, no solo en mi mente, sino también a mi alrededor.
—¡Qué guay! ¿Me dejarás entrar en ese mundo, compartirlo contigo?
—Pero Leia, es imposible la existencia de dos mundos al mismo tiempo y tan distintos entre sí. Vivo en una bipolaridad que me enloquece. No sé qué contestarte.
—Pues dime que sí. Puedo ayudarte. He leído que el colapso de un agujero negro provoca la aparición de un nuevo universo. Existe la posibilidad de reproducción de un universo y mutación en nuevos universos, conocido como multiverso. Mira, tengo una idea mejor. ¡Vámonos de esta fiesta tan aburrida! ¡Vamos a tu casa! ¡Deja la copa y sígueme!
La proposición me pareció fantástica, sobre todo por los carnosos labios que me la proponían. Por otro lado, me daba miedo compartir mi otro mundo. Ella se dio cuenta de mis dudas. Se acercó a mí y me besó en los labios como si me hubiera leído la mente. Me cogió la copa de la mano y la dejó encima de un taburete. Me arrastró fuera del local. Una vez en la calle, sacó su móvil y reservó una moto. Fuimos andando un par de calles siguiendo las indicaciones del GPS de la aplicación.
—¿Y si tu mundo imaginario ha encontrado un espacio sideral donde ubicarse? ¿No te lo has planteado? —me preguntó—. El hecho de no haber ocurrido antes no quiere decir que no

pueda ocurrir ahora.
—No sé. A veces todo esto me supera. ¿Te refieres a que una masa cósmica casualmente pasara y hubiese captado la energía de mi imaginación en el momento en que me inventaba mi mundo?
—Sí, exactamente. Por eso absorbió tu energía y la plasmó en ese nuevo mundo en el que entraste mientras permaneces en este también.
Llegamos hasta donde estaba aparcada la moto. Nos pusimos los cascos y arrancó llevándome de paquete.
—Bien, ¿adónde vamos? —preguntó.
Le indiqué la dirección de mi casa. La agarré por la cintura y disfruté del aroma emanado de su cuello. Me sentí bien. El trayecto se me hizo corto. Aparcó, dejamos los cascos en el maletín de la moto. Se me acercó y me volvió a besar con una sonrisa.
—¿Por qué los relatos anteriores no se han vuelto realidad y solo ahora han empezado a hacerlo? —le pregunté.
—Pues por pura casualidad, como nuestro encuentro. Hemos de dejar margen a las casualidades.
Subimos en el ascensor hasta mi casa. Abrí la puerta y la invité a pasar. Fui a la nevera y saqué un par de cervezas. Nos sentamos en el sofá y nos volvimos a besar y acariciar con ardor. Recorrí su tostado cuerpo desde sus suaves pies hasta las negras trenzas, mis manos no cesaron de palpar su eléctrico cuerpo y la habitación se llenó con su delicado aroma. A pesar de ello, nuestras mentes volaban por otro mundo. Mientras nuestras manos se movían entremezclándose entre sí, nuestras mentes estaban ocupadas. Lo notamos y nos reímos. Los dos sabíamos el motivo.
—¿Y si te invito a mi mundo?, ¿te hago aparecer en él?, ¿te atreves, Leia?
—La filosofía de mi vida la resume aquella afirmación del escritor británico Clarke según la cual «la única manera de

descubrir los límites de lo posible es aventurarse un poco más allá, hacia lo imposible.» —contestó con determinación.
—Cierto, la conozco. Es la segunda de las tres leyes formuladas relacionadas con el avance científico. ¡Adelante, pues!
—Es lo que más deseo en estos momentos, si estoy contigo, claro —dijo con una sonrisa mientras me besaba—. ¿También seré yo una Leia real en él?
—No lo sé. ¿Probamos? Serás lo que también sea yo.
—Adelante, correré el riesgo si es contigo.
Tomé el ordenador y abrí el archivo del cuento. Releí los últimos párrafos para ponerme en situación. Ella estaba sentada a mi lado, en silencio. Me observaba. Me imaginé en una librería mirando los estantes de libros. Sin darme cuenta, tropecé con Leia frente a la estantería de poesía. Se le cayó el libro que tenía entre manos.
—Perdón —dije y me agaché a recogerlo del suelo—. Toma. Un buen libro. Es de mi poeta favorito.
—Gracias —contestó Leia—. El mío también.
La luna se detuvo en el cielo. Algo en mi mente se desconectó. Fui consciente de un ligero temblor en los brazos indicativo de que ya habíamos traspasado la frontera y abrí los ojos. Leia entró en mi mundo paralelo: apareció en él de repente. Estábamos los dos juntos. Notaba algo diferente y no sabía qué podía ser. Al principio, me resultó extraño caminar por esas calles con Leia a mi lado. Miraba toda mi creación sin que el mundo a mi alrededor supiera que yo había sido su creador, su Dios. Leia tampoco lo sabía.
—¿Cómo estás, Leia?
—Mal, ¿por qué me lo preguntas? Ya sabes que nada ha cambiado desde nuestra discusión.
—¿Qué dices? No me acuerdo, ¿de qué me hablas?
—Eso mismo. Nunca me escuchas cuando te hablo.
—Pero, Leia, hemos estado en una fiesta, viniste a mi casa y te invité a venir a mi mundo paralelo,...
—Y bebiste más de la cuenta. Y sigues de resaca inventándote

toda esta historia. Cada día estás más loco y te aguanto menos. Lo sabes, ¿verdad?

No me esperaba eso. Quedé en estado de shock. Mi mundo inventado estaba tomando las riendas de mi historia, incluso la recién llegada Leia había dejado de ser la amorosa Leia del primer mundo. La ausencia de su aroma natural es lo que me extrañó cuando la vi en este mundo junto a mí, no lo notaba. En ese momento, odié todo lo que había creado. Solo deseaba volver a mi piso original con ella, pero una resistencia desconocida hasta ese momento me lo impedía. No había forma. Intenté con todas mis fuerzas imaginar mi mundo real, incluso olerlo, el primero de los dos en los que vivía, pero no pude. Noté que se iba desvaneciendo.

—¿Qué llevas en la oreja? —le pregunté sorprendido.

—Pues el auricular que llevamos todos. Es obligatorio por ley y tú eres el único que te niegas a llevarlo. Acabarás mal, ya lo verás.

Yo no entendía nada. Me di cuenta de que realmente todo el mundo llevaba un pequeño auricular incrustado en el oído. Era un minúsculo receptor emisor de breves sonidos imperceptibles desde el exterior, pero que impedían a los cerebros tener la tranquilidad mínima para pensar por sí solos.

Estaba horrorizado. No entendía cómo mi creación había acabado así. No podía regresar, estaba atrapado en mi mundo inventado, en mi zona franca donde nadie me conocía. Amenazado por una multitud de vidas estrechas y privadas de aire a mi alrededor, resignadas y apagadas. Nadie expresaba en su rostro la menor contrariedad. Cada uno en la mediocridad de su destino social. Me sentí insignificante, como un grano de arena en el desierto. «Si dejaba de existir aquí, nadie me extrañaría» —pensé. Por otro lado, ¡qué grande es formar parte, por poco que sea, de este cosmos infinito!

Leia me odiaba y las personas a mi alrededor me creían loco cuando les explicaba que yo era su creador. Leia me creyó enfermo y me hizo recluir una temporada en un sanatorio.

«Debes volver a la realidad», me dijeron los médicos. Llegué a pensar en el suicidio, pero lo borré inmediatamente de mi mente. No era mi estilo. El ser humano es capaz de adaptarse a todo. Y yo no iba a ser una excepción. Fui a casa. Estaba solo. Leia me había abandonado. Volví a lo único que sabía hacer: leer y escribir relatos. Escrutaba el mundo exterior a través del sucio cristal del patio de luces, oía el mundo a mi alrededor por el rumor de idas y venidas, de voces, sonido de televisores: una soledad sonora. Apartado del mundo y encarcelado en esa celda de aislamiento, empecé a leer el relato Exilio de Edmond Hamilton. Ahí pude entrever una posibilidad de salir y volver a mi mundo real. Aprendí que la mutación de universos por la que había pasado implicaba también la existencia de universos más primitivos. Cuantos más agujeros negros, más evolucionado el universo. Desgraciadamente, el universo que estaba tan orgulloso de haber creado era simple y primitivo. Ahora pagaba mi inexperiencia viviendo en mi propia cárcel.

Semanas después, Leia vino a visitarme. Estaba preocupada por mi salud. Le expliqué lo que hacía, le hablé del peligro de los auriculares.

—¿No te das cuenta? —le dije— El ruido está por todas partes. No podemos concentrarnos. Sonidos permanentes que nos llevan a tener únicamente pensamientos insignificantes, sin continuidad, que no exigen ninguna atención y son exclusivamente de supervivencia. La sonorización a la que nos somete este mundo es un eufemismo para prohibirnos pensar, pero más eficaz: estamos tan contentos con ella, que la aplicamos a nuestro entorno sin que nos fuercen a ello.

Ella me siguió la corriente y me miró con cara de lástima.

—¿Has estado llorando? —le pregunté mirando como se enjugaba las lágrimas.

—Sí —contestó Leia.

—¿Por qué?

—Me olvidé. Tengo vagos recuerdos de nosotros que no entiendo.

—¿Cómo qué? —insistí con esperanza.
—No lo sé, estoy confundida.
—Intenta olvidar el presente —le dije.
—Es lo que hago siempre —contestó Leia.
—¡Fantástico!, es un primer paso —le contesté—. Ahora intenta cambiar el volumen de tu auricular.
Se echó las manos a la cabeza. Se tapó los oídos. Por el aspecto de su cara, algo le retumbó en la cabeza. Cambió su expresión y volvió al inicio de nuestra conversación.
—¿Ves?, bajas el volumen del auricular y saltan las alarmas. La evasión a tus propios pensamientos es imposible, sentir tus propias impresiones al margen de la comunidad es contrario a la legalidad; está todo el mundo atrapado sin posibilidad de conexión con ese mundo real que existe afuera, mudo. Parece como si todos estuvierais contentos de vivir en un mundo íntegramente preparado con ruido en todas partes y a todas horas para estar aislados de la verdadera realidad.
—¿Cómo conseguirás regresar a tu mundo real desde este otro mundo que has creado? —me preguntó incrédula sin hacer caso a mi comentario.
La miré invadido por una tristeza dura y cruel. Me observaba sin querer siquiera escucharme, tenía prisa, se notaba, y me hablaba por no callar. Mi tristeza a cada momento era más intensa, hasta el punto de que si pudiera salir de mi pecho inundaría el mundo entero.
—Cuando vuelvas a amarme, Leia, y yo a notar tu aroma natural y desear un beso de tus labios —respondí con un amargo suspiro.

José Luis Regojo (1958, Caracas, Venezuela), vive en Barcelona (España). Traductor de la obra de Gary Snyder al castellano y catalán en varias editoriales. Autor de diversos libros de gestión de entidades sin ánimo de lucro, artículos periodísticos en ‘Es Diari de Menorca’, el álbum ilustrado ‘Max y su sombra’ (Proteus, 2012), el poemario ‘Fronteras’ (Autografía, 2018), del libro ‘Recetas y relatos de un año bisiesto’ (Autografía, 2019) y

de la antología de relatos ‘Trece meses’ (Platero editorial, 2021). Director de la revista digital de poesía Poémame.

Cosas que pasan

Karina Androvich

Si un barrilete me rozara el pelo lo invitaría a mi casa, pero es de noche y estoy adentro. Mientras, saco fotos. Los ojos se tuercen y me llevan a mirar cosas que miro sin ver. Y cuando miro viendo, aunque no sepa qué estoy viendo, gatillo, porque me dejo llevar. Después elijo, edito, titulo, clasifico y muestro; comparto la experiencia como quien cuelga una malla mojada en la soga. A veces los ojos me llaman a otras cosas. El otro día estaban enojados, resentidos y fríos, me dejé. Creí que trabajaban sobre mi vulnerabilidad desbordante, que el frío quemaba lo caliente y se hacía espacio, piedra. Justo ahí sentí que se atrofiaban para siempre los músculos que permitían el acto de reír, pero me seguí dejando. Todo me daba igual, no sentía nada, si no hubiese sido por el resentimiento hubiese asegurado que tenía ojos de hombre. ¡Y era tan molesto!, al resentimiento me refiero. No hubiese podido presentarme ante nadie así. En ese momento tuve miedo de que ese hubiese sido mi verdadero rostro, miedo de tener que fingir eternamente una vida no resentida. Pero por suerte ese estado duró como una media hora, hasta que fui despabilada por el estacazo de un vampiro. Sin duda era un día inusual. Moría, pero no sólo eso, lo peor era que al morir se me revelaba mi ser vampiro nunca antes advertido y era obligada a nacer otra vez, pero en forma humana.

Es difícil hablar de esto, pero así fue. Nacía con la inermidad con la que nace cualquier bebé, pero con la lucidez exacta acerca del mundo perverso del que era parte y que me involucraba y en el que tenía que sobrevivir, al menos. El resentimiento volvía como una luz que crecía en intensidad lavándome de esa vulnerabilidad que se ve que no se condecía con esta exigencia de tener que sobrevivir así. ¿Habría jugado

a mi favor desde un principio? En fin, me dejaba, me convertía en nadie en perfecta concordancia con no esperar nada. Tenía que asumir un cuerpo polimorfo y ser otra entre vampiros que no saben que lo son, aunque yo tampoco supiese cómo ser nadie si es que supiese algo. Mientras, el corazón se vaciaba a la vez que ensanchaba su perímetro hasta coincidirlo con los bordes de piel.

Sentí a mi ser vampiro derrumbarse, caer como un castillo de cartas ante un movimiento brutal. El agujero que había dejado la estaca era lo único que conservaba en la carne recién estrenada. La inmortalidad quedaba atrás, rota. Nada podía salvarme. Las luces del ambiente emanaban un halo inaugural. Oía el silencio y a la vez los autos pasaban por la avenida haciendo ruido de mar. Estaba sucia, molesta e indefensa, pero un coraje amoral latía y me disponía a cualquier cosa. Lloraba de hambre sin lágrimas o, tal vez, por el amor de los vampiros: audaz, inflamable, accesible, terrible. Sin lágrimas. Como si los sentimientos fuesen las sombras de armarios viejos que se alejan sin saber si vuelven. Bienvenida al mundo, me dijo una voz, y fui a la cocina a hacerme una tarta.

Karina Androvich es egresada de la Escuela Nacional de Arte Dramático (ENAD-IUNA) Estudió en la escuela del actor-titiritero de Avellaneda, hizo danza teatro, canto, y diversos talles de entrenamiento actoral.

Como actriz fue dirigida en teatro por Carlos Rivas en Woysek, (ENAD), por Enrique Federman en Dobar Veche, (Ciclo solas y solos del Centro Cultural General San Martín, CIC, Escuela del relato de A. M. Bobo), por Martín Pavlovsky en Somos, (Templum), por Jorge Diez en La mujer de las ratas, (Tadrón), por Roberto Aguirre en Antígonas, linaje de hembras, (Teatro Argentino de la Plata, Sala Muiño del Centro Cultural General San Martín, 7° Fest. De la Víspera, Centro Cultural Del Sur), por Alejandro Polledo, en El rey, las damas y el peón, (El vitral), Adhelma Lago en Si algún día..., (Teatro del Sur) Julio Baccaro en Todo Lorca, (ENAD), Julia Calvo, Enrique Klentac, entre

otros.
Con Italo Cárcamo, Armando Andreoli y Marcelo Torrez realizó creaciones colectivas de títeres para adultos en Fray Mocho, Artempie y diversas instituciones y eventos habiendo sido seleccionado el espectáculo El viaje de Don Maiz en la Fiesta Nacional del Títere del Centro Cultural del Sur.
Como dramaturga estudió con Bernardo Cappa y Patricia Zangaro. En el 2005 recibió el Primer Premio del VI Concurso Nacional de Obras de Teatro del Instituto Nacional del Teatro por su obra Pileta Libre. También escribió Dobar Veche, Lilibeth, El despropósito, El paquetito, Hard Rouge y Comeré manzana. Además escribió numerosas obras infantiles que actuó y dirigió con su grupo Pisapisuela el cual fue nominado al premio Candil Kilmes y seleccionado en los festivales de teatro infantil de Necochea en el cual participó.
Dirigió sus obras Pileta Libre (Camarín de las musas, Tadrón) Lilibeth (La tertulia) Hard Rouge y Comeré manzana (Nuevo espacio Kultural)
Actualmente coordina el Nuevo espacio Kultural que fundó con su grupo teatral Artemisa y dicta talleres de teatro.

Conejo Negro

Federico Ambesi

He parido un conejo negro, con negros ojos y dueño del culo más sucio que jamás haya visto. Parece no dormir, pero reposa a pesar de que todo el cuerpo pulsa como un motor al que gobiernan pulgas y nervios por igual. De este animal me asombro cada día, pues el sol y su luz divina no doblegan su sombra. Nada lo hace reír, a excepción de mis derrotas mundanas, tan absurdas como yo. Y es cuando me rindo, que hablamos sobre sus meditaciones (dedica tardes enteras a la observación) De él aprendo, me ha enseñado todo lo que sé. Por designio de Brahma, es tan inmundo como un cerdo; tal vez un tirano se haya hecho carne en él, pues su corta vida no podría encerrar tanta grandilocuencia. Mas no se arrepiente; este orejudo es un perverso que ama la destrucción.

¿Has llorado hoy? —me dice— ¿Has llorado mucho?

Y mientras veo la sangre de mis manos, él se ríe. Entonces tengo ganas de matarlo; me imagino celebrando sus vísceras y callando por fin su arrogante murmullo. “El maestro debe morir”, me repito en estos raptos. De pronto comprendo lo imposible de mis deseos, pues él es todo lo que temo, lo que amo y quien soy. No me queda más que dejarlo ser y alimentarlo tanto como le sea necesario. De mi viene, hacia él voy y no pretendo ser un monstruo, sino dejarle florecer, dejarlo matar la flor y que vuelva cada vez que quiera.

—¿Has pensado hoy en matarme?— se burla.

Aprieto los labios tanto como los puños —llego a sangrar—. Me reservo para que pueda reír. Entonces repite —¿Has pensado en matarme hoy?— Y lanza una carcajada que me atraviesa, me contagia… lo celebro.

Federico Ambesi. Nacido en Buenos Aires en el año 1990,

actualmente ha publicado el libro “Mitología Urbana”, que recopila poesías y relatos cortos desde el 2013. Su próxima publicación, “Pulsión de muerte”, se estima que será lanzada el año próximo.

Plamear

Juan Benítez

Era una mañana tormentosa, como la de aquel día en que la gaviota decidió suicidarse. Claro que después mi padre le quitó magia al asunto. Me contó la verdadera razón porqué el ave se había precipitado contra la escollera.

—Las gaviotas adultas van perdiendo la visión de tanto zambullirse en el agua de mar. Entonces, cuando van en vuelo y divisan un tenue reflejo, creen que es un pez y se tiran en picada contra el brillo de las rocas —me enseñó con su lógica implacable.

O sea, que mi gaviota había muerto absurdamente por un accidente producido por su decadencia; cuando yo había imaginado una historia con un amor contrariado y misterioso. Como si mi gaviota fuera otra Alfonsina y este vasto mar su escondite definitivo.

Salir a caminar en días tempestuosos de temporada baja me fascinaba. Las playas lucen desiertas. Se escucha el tronar de las olas en el rompiente. Se percibe el viento azotando matas y gallardetes abandonados en lejanos veranos. Los paradores solitarios, con sus sillas, mesas y sombrillas amontonadas, las terrazas con sus silencios excesivos. Se podía recorrer el pedregal para leer los mensajes de otros tiempos grabados en sus rocas:

"Carlos y Clarita 23 de febrero de 1949”

—“¿Qué habrá sido del amor de Carlos y Clarita?”

Tal vez se hubieran casado desafiando el maleficio de los amores de verano.

Quizá alguno de sus nietos topara con aquel perpetuo recado de amor mientras correteaba inocente un estío cualquiera.

No sería sencillo imaginar por aquella época que en algún momento se puede perder el bronceado, la belleza y la

juventud. La vida y el amor parecen eternos. Por lo menos hasta el fin de las vacaciones.

Entré al mesón. El piso y el mobiliario tenían una espesa capa de polvo y olvido. En las esquinas del techo había telarañas, sentía que hacía décadas que estaba cerrado. Me detuve a mirar por el ventanal el mar embravecido. Las olas se alzaban en una pared compacta de color verde oscuro y al caer la espuma llegaba casi hasta la entrada de la posta. Yo no le temía. Jamás le había temido.

Ni siquiera aquella tarde.

Aún en los momentos más difíciles, como cuando quedé atrapado por una corriente de la bajamar, tuve el convencimiento que nada malo podía pasar. Que de algún lugar del abismo un ejército de tritones y sirenas vendrían en mi auxilio. Que me mostrarían un camino de caracolas y coral. Que el faro, más allá del puerto, me alumbraría la senda de regreso.

Salí al porche con su piso de madera inundado. La lluvia arreciaba, la playa invitaba a una caminata.

—"Caminar por la playa bajo la lluvia es un rito íntimo y sagrado; casi como acariciar un apacible vientre desnudo..."

Descendí por los peldaños que se perdían en la arena y la resaca. Caminé hacía las olas. El horizonte era de un gris borroso, en la lejanía los nubarrones resplandecían de tanto en tanto por el fulgor de los relámpagos.

No había aprensión ni incertidumbre en mí.

Tenía la misma paz que experimentaba al bucear. Sé que en el azul profundo del mar se siente algo parecido a la protección del útero materno; silencio y armonía.

Una ola me atravesó.

No temía. Ya jamás temí.

Conocía la ruta. Las nereidas, tiempo atrás, me habían guiado entre las penumbras a un sendero iluminado por erizos y medusas iridiscentes que se perdía detrás de un manto de algas. Lejos de pescadores y gaviotas.

Es un buen sitio para reposar.
Hasta que de nuevo suba incontenible la marea de nostalgias.

Ricardo Juan Benítez

Buenos Aires, Argentina, 28/11/1956. Escritor, poeta y crítico cinematográfico. Publica con asiduidad en diferentes revistas digitales (Herederos del Caos, Almiar Margen Cero, Resonancias Org., Mis Poetas Contemporáneos de Gustavo Tisocco, Revista Axxón). Algunos de sus cuentos premiados: Pleamar (1er puesto, Letras Kiltras de México D.F.) Los visitantes de Marte (Mención de Honor, Premio Andrómeda de Ficción Especulativa 2009). Varios de sus relatos se encuentran en Proyecto Scherezade (Departamento de lenguas extranjeras de la Universidad de Manitoba, Winnipeg, Canadá).

La otra noche de los sueños

Alex Armega

Convertido en un muñeco corría descalzo por el jardín que era una selva. Mi tamaño se había reducido al de un soldado de plomo. El sueño se tornó pesadilla cuando vi venir a nuestro gato. Me oculté detrás de una margarita. Parecía un león o una pantera, caminaba con gatuno sigilo, como si temiera despertar al hombre que lo sueña.

Nadie recuerda muy bien lo que le sucede en un sueño. Lo inventaré de nuevo: si en el sueño el jardín era una selva, y el gato un león o una pantera, la paloma parecía un pavo americano cebado para el día de acción de gracias. A prudente distancia, para no espantarla, nuestro gato escondió la cola y bajó el lomo. Agazapado como un tigre esperó el momento adecuado. El ave buscaba semillas para echarse al buche dando pasitos cortos sobre la hierba o la sabana. Temeroso de lo que vendría, para protegerme mejor, abandoné mi escondite y me subí al carro de bomberos con el que juega mi hijo de seis años. Cerré las puertas y subí las ventanillas.

Saltó un segundo antes de que la paloma tomara vuelo. Fue un ataque certero y salvaje. La inmovilizó bajo sus garras y la mordió duro en el cuello. La sangre caliente, la noche tropical, despertaban su instinto animal dormido en la vigilia. Con la repulsiva ferocidad de una hiena manchada empezó a comérsela, sin importarle comerse también las plumas. Entre los testigos había árboles, insectos y amapolas dormidas, pero nadie hacía nada. Conmovido por aquel horror grité con todas mis fuerzas, pero mi grito no se escuchó. Mí boca no era una boca, estaba dibujada. Nada pude hacer para espantar al gato y salvar a la paloma, mis piernas y mis brazos dormían en España, alucinado no más ver como se la engullía. Tuve miedo, quise encender el motor, largarme de allí, pero en el

caprichoso guion del sueño el carro de bomberos no tenía llaves, o mí niño se las había llevado.
No recuerdo más. Desperté sobresaltado con el sudor de la pesadilla todavía en la frente. Bebí un vaso con agua sin respirar y seguí durmiendo de un tirón hasta las seis de la mañana, hora habitual en la que despierto a mi cuerpo para ir al baño. Abrí la boca, bostecé, me lave los dientes..., no tuve necesidad de mirarme en el espejo para cerciorarme de que no había ningún muñeco, de que seguía siendo aquel buen hombre de siempre, delgado, liberal y tolerante. Era un domingo por la mañana. En pantuflas, con la bata puesta y una taza de café en la mano, abrí la puerta dispuesto a desayunar frente al mismo jardín por donde reducido y descalzo había corrido en sueños. Para mi sorpresa una paloma muerta, de tamaño considerable -no estoy hablando de una torcaza, tal vez de una montera- se hallaba aplastada, reventada, sangrienta, sin ojos y tres plumas sobre el felpudo de la entrada.
El corazón se me disparó. Tembleque, algo de café salpicó la escena del crimen. El gato cabrón no estaba en ninguna parte, había dejado en la puerta del amo el cadáver de su víctima a manera de ofrenda, los felinos domésticos acostumbran hacerlo. Dando por sentado que se la habría zampado en la otra noche de los sueños, indolente fui en busca de una escoba. Controlando las arcadas terminé de limpiar con un estropajo las últimas manchas de sangre. Los restos de la paloma muerta fueron a parar a la basura. Me quité los guantes y los dejé sobre la mesa.

Alex Armega. Nacido en Bahía Blanca, Argentina 1963. Licenciado en Psicología. Obras publicadas: “La mansión de los altos estudios”, “Entre la lluvia y el fuego”, “El diablo en Marsella”, “Tres relatos y medio”, todas editadas por Blurb Inc.

De donde viene su rostro

Sebastián Trujillo

La madre había cerrado los ojos. Como intentando hallar abrigo en la fugacidad de algún sueño. Después abrió los párpados y gritó. Estridente, el eco, retumbó en el pasillo del hospital. El ascensor subía. Ella decidió bajar en espiral, pisando a tientas los peldaños de la escalera. Afuera apretujó su cráneo. Y el sereno, similar a gotas de fuego en el crepúsculo, la bañó en una lagrima infinita.

Tonos pasteles teñían el ambiente. El niño giraba en el carrusel de la feria. Pero un ataque intimo le fulminó el corazón. Los caballos transmitían sinfonías inocentes. La melodía provocaba danzas de fantasías en un jardín de esculturas de hierba, flores y gigantes de caramelos.

La ambulancia, quemando los neumáticos en el asfalto, lo sacaba a toda velocidad. Atrás quedaba el ruido de las campanas, un cubo de hielo, labios derramando saliva, la suerte.

Entregada a los últimos días de la vejez, la mujer apoyaba el rostro en la ventana. Su forma conservaba el aspecto de la ceniza. Una hermosa pirotecnia estalló en el horizonte. Las luces, chispeando colores, brillaron en sus pupilas. Ella dio media vuelta en el asiento de ruedas. El cielo, manchado de humo, penetró la estancia. Y el espacio pareció cargarse con visiones de un sueño imposible, de otro mundo.

Agarró un pincel por primera vez. Lo empapó de tempera y, deslizándolo en el lienzo, retrató las facciones de un artista infantil, adolescente, vetusto. Suspiró tras el milagro. Al final durmió. Cuando llegó el alba las estrellas resplandecían junto al sol. Nubes de polvo flotaban alrededor de las ruedas. Y ella había desaparecido para siempre. Las cortinas, sin embargo, no paraban de agitarse por una brisa mágica. Dos aves

reposaron en el marco de la ventana. Venían de un lugar mojado. Porque, intercambiando picotazos, sus plumas salpicaron burbujas de agua plateada. Luego cantaron y, extendiendo las alas, volaron, alto, hacia la luz.

Sebastián Trujillo. Comunicador social y periodista colombiano residente en Berlín, Alemania

El ausente

Gabriel Valdovinos Vázquez

El reloj checador marca las 7:53 p.m. en la tarjeta de Raúl, y observa que curiosamente la entrada se registró a las 7:53 a.m. de ese mismo día.

Doce horas intensas dedicadas a aquel trabajo cuyos ingresos lo obligan siempre a recurrir a las tarjetas de crédito, financiamientos hipotecarios, comerciales y demás recursos para alcanzar a solventar las necesidades básicas de su familia.

Con estas cavilaciones y haciendo un repaso de las obligaciones y pagos pendientes por cubrir, conduce a toda prisa entre las atestadas avenidas de la ciudad, en aquella noche que parece haber convocado a todos a salir en sus vehículos y hace aún más complicado el retorno a su hogar.

Se detiene en un centro comercial con el fin de conseguir algunos encargos que le hizo Alma, su esposa y algunos detalles para sus hijos: Rafa, introvertido joven de 17 años; Lucy, arrogante y rebelde quinceañera; y Rommy, mimada y berrinchuda niña de 8 años.

Cabizbajo, mientras camina del estacionamiento a la tienda, trata de recordar en qué momento pasó a ser prácticamente un extraño y convertirse en un invisible fantasma en su familia. Rafa lo ve con enfado, lo trata con indiferencia y evade su cercanía. Lucy, con actitud retadora, parece empeñada en hacer todo lo contrario a las pocas reglas que han pretendido imponerle y amenaza siempre con marcharse de la casa ante la más mínima molestia.

A Rommy siente que la pierde un poco más cada día, influenciada por los desplantes de sus hermanos y las continuas disputas con su esposa por sencillos temas domésticos que, ante la poca disposición para corregirlos, han ido escalando a niveles catastróficos.

La algarabía de un grupo que festeja en un antro de aquella plaza llama su atención y descubre entre ellos a Glenda y Javier, compañeros de su trabajo que desde temprana hora abandonaron sus labores con el consentimiento de su jefe.

Raúl tuvo que cubrir las actividades no realizadas por ellos y a eso se debe que su horario laboral se haya prolongado, como continuamente ocurre. Contrariado con ese incidente, se apresura a realizar sus compras y retoma las calles y avenidas.

El tiempo transcurre y repentinamente se ve atrapado en un atasco vehicular ocasionado por algún accidente. Con resignación enciende la radio para aligerar un poco la obligada espera y tratar de acallar las angustias y preocupaciones que golpetean en su cabeza.

Si al menos hubiera alguna forma de conversar tranquilamente con Alma, recobrar la confianza y la unidad, ella podría ayudar a suavizar la tensa relación con los muchachos. Pero la queja siempre es la misma, y la actitud de culparse es mutua.

Ante la presión de los gastos, Alma ha tenido que buscar un empleo, lo que ha abierto aún más la brecha y las heridas al seno de aquella familia.

Trabajar, cubrir gastos, discutir con su esposa, perder el cariño, el afecto, el respeto y el lazo familiar, se ha vuelto un ciclo por demás cansado y frustrante.

Lejos han quedado los momentos de los juegos, las sonrisas, los abrazos, las esperanzas, los proyectos, las ilusiones. Todo eso ha cedido el espacio a las presiones, las ausencias, las exigencias, las amenazas, las culpas...

A vuelta de rueda ha logrado llegar a un estacionamiento cercano a la colonia en que vive, por lo que decide dejar ahí su auto y caminar unas cuantas calles cargando los pocos paquetes que hace algunas horas ha comprado.

Ya en todas las casas se alcanzan a escuchar los festejos de Noche Buena. Música, cantos, piñatas, juegos y festejos por todas partes. Cada quien celebrando a su manera.

Después de recorrer varias cuadras, se detiene a descansar cerca de una ventana por donde alcanza a escuchar el sencillo festejo que se lleva a cabo al interior de esa casa.

En ese momento empiezan a sonar las doce campanadas que marcan la cuenta regresiva para el momento culmen de aquella noche.

En la soledad de aquella calle oscura, Raúl empieza a beber sorbo a sorbo las hieles de los últimos meses, lamentando que bien pudieron ser mieles, con un poco de esfuerzo para establecer prioridades y jerarquizar necesidades.

Y a cada campanada tragaba una a una las hojas del almanaque con todos los esfuerzos omitidos y las decisiones postergadas, que fueron la sentencia de muerte de tantos momentos felices en aquella familia.

Un llanto conocido para él se escucha a través de esa ventana, al tiempo que el sonido de la doceava campanada le hace reconocer que está frente a su casa, que la silla vacía a él le pertenece, que aquellos jóvenes le echan de menos y hoy Rommy llora por la inesperada y eterna ausencia de su padre.

Gabriel Valdovinos Vázquez. Colima, MÉXICO. 1970. Autor de los libros Jubileo, Destellos, Desafíos y Naufragios. Colabora en diversas revistas de España, EUA, México, Perú, Colombia y Argentina. Escribe narraciones cortas, sobre temas sencillos y cotidianos. Pretende llevar al lector, a través de la magia de las palabras, a paraísos maravillosos ubicados en nuestro entorno o en nuestros recuerdos y habitado por seres extraordinarios con los que convivimos todos los días.

Pájaros de metal

Juan Luis Henares

Desde pequeño tenía la costumbre: al escuchar el sonido de los motores, partía raudo al patio para verlos volar. Corría apasionado casi sin ropa desde su cama, o cubierto con la toalla si estaba en la ducha. A menudo se mojaba bajo la lluvia y, en días de sol, hacía visera con sus manos y se cubría de los rayos que le molestaban e impedían observar sus piruetas.

Al principio los hizo en papel; luego con cartón mejoró sus modelos. Pronto su padre le fabricó uno en madera que pasó a ser su juguete preferido; estas máquinas voladoras que deseaba algún día pilotar, eran su vida y soñaba —dormido o despierto— con ellas.

Un atardecer de abril al oír los motores marchó a la calle; volaba toda una escuadrilla, mas algo era diferente: no llevaban en su cola el habitual lila, rojo y amarillo, sino que portaban cruces negras bajo sus alas. La gente del pueblo corría sin rumbo, se escuchaban gritos y explosiones; su madre salió de la casa e intentó detenerlo.

—Vuelve aquí hijo mío —le suplicó.

De repente un objeto cayó del cielo, proveniente de sus amados pájaros de metal, y despedazó el cuerpo de la mujer. La vio envuelta en un ardiente río de sangre, observó los aparatos que victoriosos se alejaban de Guernica y entró aturdido a la casa.

En su habitación, entre lágrimas, destrozó su avión de madera contra la pared.

Juan Luis Henares nació en 1963 en Paraná, República Argentina. Profesor en Ciencias Sociales. En 2004 obtuvo el Primer Premio en el Concurso de Ensayos Memoria y Dictadura. Sus cuentos han sido publicados en antologías,

revistas y webs de Argentina, México, Uruguay, Venezuela, Colombia, Guatemala, Chile, Perú, Cuba, España, Alemania, Canadá y Estados Unidos. En 2018 fue editado su primer libro: Lápiz clandestino. Actualmente prepara el segundo.

Esperándola

Miguel Ángel Acquesta

> Había aprendido que lo malo no era la espera, sino las cosas que imaginas mientras esperas. "La Reina del Sur" (2002), Arturo Pérez-Reverte

Núñez, Capital Federal. Invierno de 1981

El tañido del reloj en el estudio me sobresaltó. Ya son las nueve de la noche. Se me hizo tarde. A las nueve y cuarto viene Ella y Yo debería estar, como siempre, allí esperándola, un ratito antes, por las dudas. El día se me hizo interminable hoy, nunca llegaba la noche para tenerla. Voy a ponerme el sobretodo nuevo. Está haciendo mucho frío. Mejor dejo la luz encendida, total enseguida estaré de vuelta con Ella. Dos vueltas de llave por las dudas y ¡afuera!

En verdad hace más frío del que creía. Es una noche como para esperarla en casa. Pero yo no lo puedo hacer. Será la costumbre de tanto tiempo. O, tal vez, esa hermosa y extraña sensación de recibirla primero, cada noche, en la esquina, cuando recién llega. No lo sé con certeza, pero no puedo dejar de ir. Algo me impulsa y me guía hasta la parada de Cabildo e Ibera. Camino por Campos Salles rumbo a la avenida, estoy a tres cuadras, es cuestión de caminar ligero para entrar un poco en calor. Aunque pensándolo bien, cuando voy a buscarla siempre camino ligero. Que linda quedó Cabildo con la nueva iluminación y el asfalto. Aunque cuando tenía las plazoletas en el medio también era linda. Sólo faltan dos cuadras, un apuroncito más y ya estaré en Ibera. El Bingo como siempre lleno de gente, pese a la competencia de la agencia hípica en el viejo Cine Elite. El juego no afloja. Las nueve y cinco, falta todavía un rato. Siempre me pasa lo mismo, creo que voy a llegar tarde, que Ella llegará primero, me angustio y finalmente arribo antes. Pero no tengo remedio para eso. Qué

mejor que fumar un poco para acortar la espera. Los Jockey Club siempre están, listos para hacer compañía. Hoy esperan en el bolsillo interior del sobretodo, tomo uno, saco los fósforos carterita del bolsillo externo, una raspadita y listo...humo, un poco amargo pero necesario. No vendría mal guarecerse en la entrada de la mueblería. La avenida Cabildo, al ser ancha y libre de edificios se transforma en una ruta del viento sur, helado. No sea cosa que me resfríe esperándola, si bien Ella lo vale. Esta mueblería es un santuario al mal gusto. Sin embargo, hace más de diez años subsiste en esa esquina. Desde que cerraron el bar. Es una pena, antes era lindo esperarla tomando un cafecito y después quedarnos, con Ella en la mesa un rato. El tránsito ya va disminuyendo, pero se hace más rápido, con el semáforo descompuesto se complica cruzar la Avenida a esta hora. Siempre recuerdo al Gordo Luis, con su sánguche de salame y queso a medio comer saliendo del bar para ver el cuerpo de una señora atropellada por un coche justamente en esa esquina. Éramos adolescentes y los demás nos quedamos congelados en la mesa, no dejó de impresionarnos que al Gordo le interesara ir a ver un cadáver desparramado en el asfalto mientras seguía mordiendo su sánguche. Hace rato que no veo a ninguno de los que frecuentábamos el bar en esa época. Tampoco los extraño. Pese al frío mucha gente camina por la Avenida, protegiéndose del viento, especialmente en esta esquina donde generalmente se embolsa. Allá viene el vehículo. No...a ver...No, es igualito, pero es otro. Ya son las nueve y cuarto y no llega. ¡Qué raro!, ¿le habrá pasado algo? Nunca se retrasa. Dios quiera que no. Mejor pienso en otra cosa para no preocuparme más de la cuenta. Aunque ya estoy un poco nervioso. Me tomaría medio Lexotanil, pero no traje. ¿Qué dirá hoy?.

¿Pero cómo puede tardar tanto?. No tengo que pensar en Ella. Sin embargo, siempre es puntual. Algún otro semáforo descompuesto o un embotellamiento inesperado la demoró. Ya otras veces, aunque raras, se atrasó, en especial cuando

pasa algo grave o por algún lío en el centro. Esos retrasos siempre me produjeron esta angustia que ahora me acelera la respiración y los latidos cardíacos y aparece el vago temor que siento ahora. El miedo de que Ella no venga hoy y tenga que afrontar la noche solo. Sin su compañía. El temor a que se repita la historia de Cristina. La esperé en vano durante tanto tiempo en ese bar, donde justamente una tarde a finales de febrero me dijo que lo nuestro no iba más. Esa tarde, para mí, nació la tristeza que no tiene fin. Tal vez a miles les pasa lo mismo. ¡Aunque no! ¡Eso no¡ Igual no. Nadie vive como Yo esos momentos con Ella. Nadie la valora tanto. Nadie la espera de este modo, con este nudo en la garganta y el corazón a los saltos. Con ansiedad febril por ser el primero en recibirla. Para tenerla en mis manos antes que nadie. Pero... ¿y si no viniera? No, mejor ni pensar en eso. Sería terrible. Yo iría a buscarla en otro lado, en cualquier lugar. Pero ya no sería lo mismo que cuando Ella llega acá. A Ibera y Cabildo. A la esquina del adiós definitivo de Cristina. Sería como si Ella también me fallara, me abandonara. Como Cristina, Como todos. Pero vendrá...no debo desesperarme.

¡Ahí viene! Ahora sí. Esta vez es Ella. Allí veo el cartel claramente. ¡Qué velocidad, se ve que es una Chevrolet! Ya quedó todo atrás, la angustia, el temor, el sobresalto, una profunda alegría penetra en el cuerpo y me cobija. Como la del primer día que la tuve. Todavía percibo su aroma cuando la tuve en mis manos aquella noche. Estaba en el departamento de la prima de Alicia por la zona del Cid Campeador y recuerdo que se enojaron porque dejé de prestarles atención por Ella. Voy a correr a la vereda de enfrente para recibirla y llevarla hasta casa agarrándola muy fuerte. Dejo pasar a este loco que viene haciendo picadas contra nadie por la Avenida. Hace rato que no corro, el pucho me tiene mal. Estoy jadeando, pero ya estoy junto a Ella. Ahí está...

“Don Jorge la Rosa por favor”.

La Rosa, forma familiar de llamar, en el ambiente del

turf argentino, a la revista de pronósticos Palermo Rosa.

Miguel Ángel Acquesta. Nacido el 2 de junio de 1949 en Núñez. Licenciado en Psicología. Desarrolló carrera en los ámbitos judicial y universitario. Publicó numerosos artículos científicos y siete libros sobre Psicología del Desarrollo. Varios cuentos formaron parte de revistas literarias y antologías. Obtuvo menciones y premios en concursos literarios. Becario del Fondo Nacional de las Artes en Letras en 2018, produjo “Luces en la oscuridad. A 21 años de la masacre de Ramallo” - inédita. Acaba de publicar el libro de cuentos “Relatos Urbanos” Editorial Vanadis. 2021.

Saltar juntos

Juan Carlos Vásquez

Inna traía aparejada una comprensión extra mundanal que no tenía nada en común con las mentes terrenales. Al desahogarse salió de los torvos riscos, de los espacios que separan a las nebulosas de la línea del abismo. Su rostro sombrío era hermoso y lleno de sabiduría, y sus refulgentes e intensos ojos de una rara pigmentación, eran en extremo penetrantes. Amorosa y serena; parecía estar lista para proponer algo. Mientras pensaba la quería, mirándola, tocándola, oliéndola. Lanzaba frases de amor y le imploraba pruebas de perpetuidad.

Inna al levantarse fue al armario y estiró unas sogas en silencio para sorprenderme, y se puso manos a la obra; tomó el extremo e hizo dos curvas formando una especie de «S». Dejando una línea firme, larga, luego tomó el extremo superior y lo puso debajo de todo, de modo que la S apoyara encima de una línea firme y dio siete vueltas. Mientras armaba el escenario levantó la mirada y me vio a los ojos. Me pidió que después de tanto calmáramos los rencores. En el balcón, sobre la variedad de rosas que nos circundaban coincidimos en nuestra preferencia por el sueño del pintor, destacando el hermoso paisaje de múltiples montañas y pinos. Inna fue enterneciéndose mientras que sujetaba las dos sogas en la reja del balcón.

Tenía algo en la cabeza que le daba vueltas, era un acto y para semejante acto no quería estar sola. No pasó mucho tiempo antes de que sucumbiera a su curiosidad, abriera la caja y liberara, de ese modo, todos sus deseos (desconocidos hasta entonces). Consideraba así que era el instante correcto para ahorcarse. Aunque al principio tuve dudas, racionalicé mi respuesta y acepté. El que yo accediera comprobó lo que

imaginaba y estalló de alegría. Supuso que sería lo mejor para ambos, además la casa, decía, estaba bellísima para una conclusión de nudo de horca. Acercándonos metimos la cabeza y lo rodamos hasta apretarlo un poco. El aire soplaba y la cortina se deslizaba oponiéndose periódicamente entre ambos.

—¡Gracias, Inna! —le dije esperando para acatar la orden. Nos haríamos visibles a los transeúntes. Pero la consternación que todos esperarían en nuestros rostros, no existiría.

El amor que habíamos sentido desde el primer encuentro soportaría toda aquella asfixia mecánica. Inna siempre estuvo convencida de la absoluta insignificancia de nuestros entornos. Toda las noches me preguntaba cómo sería la sensación de caer, de tan alto, y con la conciencia de ser vulnerables. Ella tenía modos de ser desconocidos, creaciones diferentes capaces de señalar lo siniestro que encarna el horror sobrenatural y pulverizarlo. Inna estaba absorta cuando describía su maravilla. Evocaba, quería que yo lo percibiera tal como ella lo hacía, me invitaba a cerrar los ojos y me sujetaba de las manos idealizándolo.

El árbol de la felicidad

Altos, curvos, extremadamente frondosos y verdes, de grandes y simétricas coronas, con formas de paraguas, mientras más los miraba más le apetecía hacerlo.

Antes de cerrar la ventana se cruzó con el reloj: las diez y cuarto de la mañana. Piensa en su destino y se imagina entubado, pálido, rodeado de enfermeras. Una mujer lo tranquiliza: no es grave. En un primer momento la excitación le impide experimentar optimismo. Prefiere levantarse, recordando lo que Inna le enseñó. Fue al armario, sacó unas sogas y las estiró en silencio, y se puso manos a la obra: tomó el extremo e hizo dos curvas formando una especie de «S». Dejando una línea firme, larga, luego tomó el extremo superior y lo puso debajo de todo, de modo que la S apoyara encima de una línea firme y dio siete vueltas. Si funcionó con Inna, con él también funcionaría. El mismo ejercicio, el mismo resultado, perfecto, estaba hecho.

Con la soga en la mano marchó al bosque y confrontó los aromas de la fauna; salvia, la santónica, manzanilla borde, piperela, el espliego o el hipérico, vio un jabalí y un zorro, saltó un riachuelo para contemplar desde lo alto la cúpula y la campanilla de la catedral sobresaliendo entre las casas.

Era de tarde (era otoño y había un montón de hojas rojizas), levantó la vista para ver pasar dos pájaros que iban hacia el oeste, sonrió y comenzó a estudiar cada árbol; la altura y fortaleza de sus ramas, la ubicación que los distanciaba de las carreteras o lugares habitados, «y al estar tan cerca esta vez» se enamoró de uno. Inna había preferido la ciudad, en el último instante él prefirió el campo. Ató la soga al árbol después de subirse, introdujo su cabeza y corrió el nudo apretando un poco, la fuerza la ejercería la tracción de su propio peso al quedar suspendido. En primera o tercera persona las variedades estaban condicionadas por la situación del nudo. Dudó en que quizá una corbata, manga de camisa hubiese incidido en el aspecto del surco, pero ya era tarde, todo era una

variedad, también pudo haber utilizado de soporte una viga, ventana, reja, pero escogió la rama de un árbol.
Inna desarrolló una apariencia cianótica o pálida, que terminó convirtiéndose en azul. Para imitarla él necesitaría que el lado correspondiente al nudo resultara menos comprimido, por lo cual, aunque las yugulares resultaran obturadas, pudieran quedar permeables las vertebrales. Para juntarse con Inna y cumplir con su promesa, se alzó de puntillas y salto.

Juan Carlos Vásquez, Valencia, Venezuela. Ha participado en volúmenes colectivos y antologías en México, Chile, Perú, Estados Unidos, y España. Formó parte del grupo cultural Spanic Attack (Nueva York, 2004); The Hall (Miami, 2001) y del proyecto literario y artístico Mirages from an Unreal World by Laura Orvieto, Author house (New Jersey, 2010). Es autor del libro de relatos Pedazos de familia (Ediciones Estival, colección Salamandra 2000); Vulnerables (Amazon Media EU S.à r.l... Ed. Filatel 2022; "Ward's Island: El costado oscuro de Nueva York", historia autobiográfica (2001-2006); Colapso. Poesía reunida (1999-2022); Reflexiones nocturnas y otras consideraciones. Obtuvo distinciones en los Concursos de poesía pro lingüístico y multimedia Premio Nosside (Calabria, Italia), ediciones 2005 y 2006. Finalista del concurso de microrrelato «Guka» Buenos Aires, 2018. Fue seleccionado para formar parte de la Antología The World's Greatest Letters 2021. Bilingual Anthology English - Spanish. Ha colaborado en distintas publicaciones tanto impresas como virtuales: Barcelona Review, Babab, Canibaal, Casa Bukowski, Diario La Razón, Diario El Impulso, El coloquio de los perros, entre otras.
Vásquez se trasladó a la Florida en 1999. Desde entonces ha vivido en Tampa Bay, San Francisco, Nueva York y otras ciudades de Estados Unidos y España. Actualmente reside entre Alicante y Barcelona. Website.

Yo soy el bosque

Ludim Cervantes

A los jóvenes de mi edad, de catorce años, les salen granos o espinillas en la cara, no ramas o brotes de flores. Las venas no son extensiones de tallos verdes de los cuales nacen hojas. Brotes diminutos y finos recién nacidos de mi propia piel.

Al verme en el espejo, comienzo a creer que soy más parecido a un Ent enano que a un ser humano. Mi piel no ha cambiado de color, aunque los lunares comienzan a parecerse más a semillas ovaladas, como almendras o nueces.

Se hace tarde para la escuela. Mi madre me lo advierte desde la sala. Su voz suena tranquila pero nerviosa. El Miedo y la desesperación me invade. No quiero que ella se enteré. Ya padece ansiedad gracias a mi inestabilidad emocional por culpa del acoso que sufro en la escuela. Preocuparla me hace sentir más ansioso y desesperado. Saque unas tijeras del cajón de mi escritorio. Necesitaba deshacerme principalmente de las hojas que nacen de mi cara, por lo menos un momento. El resto se podría cubrir con el uniforme. Pensar en la cara de horror que pondrá mi madre si descubre que su hijo tiene una mutación. Desesperado, tome entre mis dientes la toalla aún húmeda después del baño. Aprete fuerte al primer corte. Dolía como si cortase una extremidad de mi cuerpo. Arranque los pequeños tallos que salían de mis poros. Los vi caer y marchitarse al mismo tiempo que tocaron el suelo. Extrañamente no brotó sangre, si no una especie de savia blanca que no era pegajosa. Olía a romero. Con un pañuelo desechable limpie los residuos. El ardor se hizo cada vez más fuerte, como si hubiera dejado caer alcohol sobre las heridas. La marca que quedo en mis mejillas, fue la de una espinilla reventada.

Mi madre volvió a llamar desde el comedor. Salí rápidamente,

tomé la bolsa con el almuerzo. No me atreví a mirarla, temía que notara el nuevo color de mis ojos, verde agua. No me despedí de ella como suelo hacerlo y escape. Hui de mi propia casa. Como si fuera un peligro. Como si hiciera algo malo.

Corrí escaleras abajo del edificio antes que creciera otro tallo o me viera algún vecino.

A las siete cuarenta de la mañana no había personas en la unidad habitacional. Debajo de mi uniforme, comencé a sentir entre mi carne y la piel, punzadas dolorosas. Mis venas dolían como cuando hay un mal intento de una inyección.

A cada paso que daba mis pies pesaban, como si algo tirara de ellos hacia abajo; lo que me impedía avanzar. Note una rama serpentear dentro de mi pie, provocándome cosquillas hasta que consiguió abrir mi piel y atravesar mi zapato. Me detuve al notar que no iba a poder asistir a la escuela. Aterrado observe la raíz asomándose por la suela gruesa. ¿Cómo era posible que una rama tan delgada tuviera la suficiente fuerza para destrozar un zapato? Era de color café oscuro, como las ramitas de los árboles. Ahora se movía en dirección al concreto. Golpeó un par de veces. Quería traspasarlo y enterrarse.

Brinque para no terminar enraizado a la mitad de la avenida. Arranqué la rama sin pensar en el dolor. Grave error. Fue como si me hubiera roto un hueso y grite. Grite como si hubiera tenido un accidente porque así es como dolía. Una mujer se asomó por la ventana de un departamento y me miró asustada, vio que cojeaba, debió pensar que me caí y que estaba mejor de lo que me escuché. Luego cerró las cortinas.

Tuve dificultades para caminar, mi pie tenía una gran herida y al moverlo, se acalambraba toda la pierna. Rogaba porque nadie quisiera ayudarme. Pasar desapercibido como siempre. Existir sin ser notado, sin interrumpir la trayectoria de la vida de los demás. Después de todo, ser invisible debía tener sus ventajas ahora.

Las punzadas en mis pecas hicieron que me detuviera cerca de un poste de luz. Agitado y temeroso, me escondí al ver un

auto pasar. Podía sentir como se abrían y germinaban brotes color rosa de cada una de las pecas. Para colmo, los mechones de mi cabello se deslizaron hacia abajo y al mismo tiempo se transformaron en hojas verde oscuro. Como las de un árbol.

Me paralice. Tiré mi mochila al suelo. Comencé a arrancar de nuevo las ramas, flores, pétalos y tallos recién nacidos de mi cara. Las ramas que nacían de mis brazos y piernas eran tan fuertes que conseguían rasgar mi ropa. Me deshice del saco para poder arrancar mejor los pedazos de madera y las hojitas de mis brazos. Estaba tan desesperado que olvide estar a la mitad de la calle. Sólo quería que parara el dolor y la angustia. Que dejaran de crecer ramas de mi cuerpo.

Me estaba convirtiendo en un árbol.

Las ramitas picaban bajo mi piel, como inyecciones inversas. Eran como esas larvas de mosca que anidan en la carne y con el tiempo buscan un hueco por donde escapar, sólo que a las ramas no les importaba atravesarme las entrañas y surgir, como lo hacen bajo la tierra.

El poste ya no era un lugar seguro, camine a la pared más cercana que daba a un callejón. Intente respirar profundo como me enseñó la psicóloga durante mis terapias para tratar mi ansiedad. Intente pensar en cosas más alegres para despejar mi mente, quizá eso detuviera mi dolor o la transformación. Luego de unos minutos, nada de eso funcionó. No despareció el sufrimiento y mucho menos los troncos que abrían mi columna vertebral. Ya no pude ocultar el dolor, era desagarrado. Los discos de la columna estaban tomando otra forma y probablemente otra textura. Mi carne se abría y la piel se estiraba como si tiraran de ella. Mis gritos llamaron la atención de un par de vecinos de las casas aledañas que se asomaron. Uno preguntó si estaba bien, otra señora dijo algo de llamar a una ambulancia.

Ya no sabía que era más espantoso, que ellos me vieran o saber que de mi espalda estaba naciendo una rama gigantesca con flores rosas. Una vez salió el primer tronco que

no era tan largo ni ancho, pude entender que mis huesos ya no estaban construidos de calcio y hierro, si no de duramen y médula vegetal. Madera.

Mi llanto no era agua, era savia viscosa, con un perfume delicioso que sólo se encuentra entre las hierbas cercanas a las playas. Como el romero y el sahumerio que mi mamá tenía en su balcón.

Mi vista se borró por momentos y entre esos, divise una silueta que se acercaba despacio. No distinguí quien era, hasta que tallé mis ojos, pero fue un grave error, mi vista se hizo opaca.

— ¿Qué haces? — reconocí la voz, era Carlos.

Asistimos juntos al jardín de niños hasta la secundaria y rogaba porque no coincidiéramos en la misma preparatoria. Era fastidioso y encontró en mí una diversión enfermiza que sólo tienen los niños maliciosos. No perdía oportunidad para molestar o insultarme. Él era el culpable de que yo fuera a terapia y mi mamá subiera de peso por preocuparse por mí.

Mi mala suerte no podía ser más enfática. Sus ojos de zorro me miraban con asombro y asco. Eso era muy común en él, pero esta vez estaba más sorprendido.

— ¿Qué te pasa? — su voz fue hueca y áspera. Su pregunta escondía una burla paralela. — Das miedo...

Quería que se fuera, que me dejara solo. Aunque no podía reaccionar, la vergüenza y el miedo me paralizaron. Con la mirada aún borrosa, note que su mano se acercaba. Todos los días me amenazaba o me golpeaba. Asumí que sería igual. Así que intente protegerme. Por instinto cotidiano y supervivencia me cubrirme la cabeza.

Intentó arrancar una de mis ramas. Escuché su risa burlona y confiada. Contempló mi desgracia y lo disfrutó. Él siempre me llamaba raro o fenómeno. Sin embargo, esta vez sus palabras tuvieron un efecto distinto en mí. Porque ahora eran reales. Siempre dijo la verdad sobre mí. Como si él supiera desde antes que me pasaría o en el peor de los casos. Fue Carlos quien provocó todo esto. ¿Cómo? ¿Quién sabe? Carlos es malo,

tiene ojos de zorro y las niñas de la escuela dicen que es hijo del diablo porque no tiene piedad por nada y por nadie.
Así que no tuve otra opción, iba a decirles a todos. No quería que se burlaran de mí.
No hubo golpes, no hubo tirón de cabellos. Tampoco escuché su voz.
De mi mano extendida, la cual evitaba que él se acercara, salió un troncó, como otra extremidad. Fue como un disparo, una lanza... atravesó el pecho de Carlos.
No supe bien que sucedió en esos segundos que fueron como una ráfaga de viento. Levanté la mirada buscando a Carlos. Misteriosamente tampoco hubo sangre. Su piel se erosionó, secándose por completo. Su cuerpo se fosilizó junto con el troncó. Dejando a Carlos abandonado en la calle como un adorno.
No supe que hacer. Lo observe anonadado y quebrándome en llanto. La confusión quedó marcada su rostro, era espantosa. Aunque era más aterrador vivo que en ese estado de fosilización.
Bajo los pies del cuerpo de Carlos, emergió la maleza y enredaderas, mismas que trepaban por sus piernas hasta cubrirlo como una pieza de jardín abandonado. Como las estatuas viejas en casas vacías, en parques embrujados. Carlos adornaría por siempre la calle que daba a nuestras casas.
Una mujer que salía de su casa, gritó al ver la escena. Su gritó fue una alarma vecinal que hizo que los demás se asomaran de los departamentos, salieran de sus casas. Que los automovilistas se detuvieran.
A pesar de la cojera de mi pie, pude moverme y escapar. El caos tras de mí se hizo más fuerte, probablemente ya era una multitud de vecinos. Pretendí avanzar lo más rápido que pude. El caos no se esfumaba, no quise mirar atrás, estaba seguro que ellos me seguían. Cruce dos calles hasta llegar a un parque. Fue el sitio más seguro que encontré en ese momento. Ya no había a donde ir. Estaba condenado. A donde

quiera que fuera sería una prisión. La gente me entregaría a la policía por lo que le hice a Carlos, mi mamá se enfermaría al verme en la cárcel.

Porque mate a un compañero de clases.

A nadie le iba a interesar lo que padecía. Dejaba de ser humano. Mi cuerpo dolía, incluso mis manos ya no me respondían porque mis dedos se estaban convirtiendo en ramificaciones.

Una vez pise el pasto, la paz inundó mi cuerpo de forma misteriosa. Desapareció el dolor, la mente guardó silencio. Fue como si llegase a casa y descansar después de un día difícil. Di un gran suspiro. El sol de la mañana era tan pacífico, como si curase todas las enfermedades de mi alma. Lo miré por primera vez. Escuché los gritos de algunas personas, los vi correr alrededor y llamar a la policía. Observe su desesperación. Una mujer paso frente a mí, recargó su mano en la corteza dura y filosa de mi piel. Luego siguió buscándome.

El viento sopló sereno a las ocho de la mañana. Algunos pájaros reposaron sobre mí. Su cantó alivió mi mente hasta ya no me importó nada. Desde esa vista pude ver mi casa, la silueta sin vida de Carlos y las bonitas flores que colgaban de mis ramas.

Ludim Cervantes. Bruja y escritora con TDAH. Nacida en Ciudad de México. Lic. en Desarrollo Comunitario en UNADM, especialista en proyectos sociales y género. Su primer espacio de publicación fue en la Revista Goliardos en el 2008 dentro de la Antología de Zoombies. Posteriormente formó parte del equipo editorial de la Revista Migala ganadora del premio “Jóvenes Creadores” del FONCA de México. A partir de entonces ha publicado de manera independiente en diversas revistas. Entre ellas Guardagujas suplemento de la Jornada en Aguascalientes, Descensor en Zacatecas, entrevistas para Verso Destierro y Por escrito. Recientemente en Anestesia (2019).

¿Locos o cuerdos?

Rita Morrigan

Cerca de donde vivo hay una ciudad grande. Allí vive una mujer que todo el mundo dice que está loca. No sé mucho de ella. Tendrá unos sesenta años y pasa el día caminando de un lado a otro. Arrastra un carro de supermercado repleto de cosas, vestida con toda la ropa que posee.

El otro día quedé con una amiga que vive frente a la playa. Llamé a su casa pero, como todavía no había llegado, me senté a esperarla en un banco. Entonces vi a la anciana acercarse por el paseo marítimo. Se detuvo frente a mí y me miró. “Estás en mi banco”, me dijo. Me pilló desprevenida. “Lo siento”, respondí levantándome. Se sentó y me observó durante unos segundos. “Puedes sentarte, que no muerdo”. Comprobé que en la casa de mi amiga todavía no había señales de ella.

“¿Quieres ver una cosa?”, preguntó la anciana. Asintiendo me acomodé a su lado. Introdujo la mano entre la multitud de capas de ropa y sacó una especie de catalejo. Me lo tendió, y yo miré a través de la lente. Sorprendida giré aquel cacharro; una explosión de colores y formas surgieron ante mí. No era un catalejo, sino un caleidoscopio. Después de un rato se lo devolví sonriendo. Lo volvió a guardar y se marchó. Cuando ya estaba lejos se giró. “¿Por qué no podremos volar?”, me gritó. Me encogí de hombros, y ella continuó su camino.

Se lo conté a mi amiga mientras preparaba café. Ella me miró y le restó importancia con un gesto de la mano. “Está loca”

Os lo cuento porque en el fondo, algo me dice que está más cuerda que todos nosotros.

Historia de una foto

Mi mejor amiga y yo dábamos un paseo hasta nuestro faro. Ella se marchaba lejos al día siguiente, y quería llevarse unas fotos del lugar para cuando la asaltase la morriña. Cuesta despedirse de los sitios por los que ha transcurrido parte de nuestro camino.

Hacía algunos días, mientras un grupo de amigas conversábamos frente a una humeante taza de café, ella me preguntó: “Quisiera saber adónde vas cuando te quedas así”. La miré extrañada “Así, ¿cómo?”. “Es como una especie de trance; tu cuerpo sigue con nosotros, pero tu mente está volando muy lejos”. “No lo sé”, respondí.

Justo después de disparar la cámara me tocó el brazo. “¿Quieres irte ya?”, dije sorprendida, girándome hacia ella. Hacía poco que habíamos llegado (o, por lo menos, a mí me parecía poco). Negó con la cabeza y me mostró la pantalla de la cámara. Era mi perfil. Apoyada en la barandilla del faro, el viento del norte me revolvía el pelo mientras miraba al horizonte con mi eterna aura melancólica, la cual acarreo ya con la misma resignación que cualquier otro rasgo genético.

“A esto me refería el otro día, ¿qué piensas cuando estás así?”, preguntó, antes de añadir con una sonrisa. “¿En la necesidad de que el bien prevalezca sobre el mal y la importancia de los finales felices, o quizás en lo que pasa después de que el príncipe mata al dragón y comienza a vivir con la princesa, mientras ambos son devorados por la rutina…?”. La escuché pacientemente enumerar con ironía los argumentos de nuestras últimas charlas. Suspirando, negué con la cabeza. “No, en realidad pensaba en tus nuevos horizontes. En toda la suerte que te deseo. Y en lo mucho que te vamos a echar de menos” La ironía de su sonrisa fue sustituida por ternura, y el brillo de las lágrimas licuó su mirada. Entonces me abrazó “Yo también os voy a echar mucho de menos”.

Permanecimos abrazadas durante algunos minutos más, tiempo suficiente para que el sol tocara la línea del horizonte y

comenzara el ocaso. Nuestro faro se encendió de repente, proyectando su potente luz y alejando la inminente oscuridad. Las dos miramos hacia arriba y sonreímos. Decidimos volver al pueblo y el brillante resplandor iluminó nuestro camino de regreso.
“Aquel era un buen presagio, un magnífico presagio”. En eso pensaba, mientras regresábamos a casa.

Rita Morrigan nació en un pueblecito costero del norte de la provincia española de Lugo llamado Vilachá, en el municipio de Xove. El paisaje verde y escarpado, además de un clima brumoso, la ayudaron a conformar un carácter introspectivo y un tanto melancólico a veces. Desde niña, creció rodeada de cuentos y de los personajes fantásticos propios de su cultura gallega (fantasmas, trasnos (duendes), ninfas, hadas...). Todo esto alimentó su imaginación, ya de por sí bien nutrida. Como hija única, sus juegos infantiles fueron un poco solitarios, pero esto desarrolló en ella un fuerte sentido de la observación. Así, desde la adolescencia, empezó a mostrar interés por los factores que influían en el comportamiento de las personas (los factores externos a ellas y cómo éstos modificaban sus conductas). Esto la llevó a licenciarse en Sociología en la Universidad de A Coruña. Y una vez finalizados sus estudios, centró su atención en los cambios que se habían producido en Galicia en los últimos treinta años. Así, perdió un poco de vista su amor por los cuentos, para sumergirse de lleno en la investigación antropológica. Y publicó dos trabajos etnográficos; el primero en 2006 titulado "A festa no Aire.", y el segundo en 2010 "De Sol a Sol". Con todo (ya nos ha dicho que es observadora), aprendió que uno de los factores que más afectan y transforman al ser humano es, sin duda, el amor. Y después de haberlo conocido, enfrentado y rendida a este poderoso sentimiento, ha decidido escribir sobre él. Espera y desea con todo su corazón que sus sueños se proyecten en nuestras mentes y nos hagan felices, tanto como ella lo es escribiéndolos.

El origen del universo

Carlos Almira Picazo

Pocas horas antes de recibir el Premio Nóbel del Física, el profesor Yuri Orlov, de la Academia de Ciencias de la URSS, fue hallado muerto en su habitación del hotel Selma Laguerlof de Estocolmo. Se había suicidado. Junto al cuerpo, como en una película policíaca, muy cerca de un charquito de sangre, había una carta. Algo más lejos estaba la pistola.

El Juez decretó el secreto de sumario, pero el escándalo ha traspasado las fronteras. Nadie fuera de un círculo de media docena de personas ha tenido acceso aún a la carta, pero su contenido, deformado, exagerado si se quiere, circula ya. La Agencia Frans Press y la Agencia Reúter han adelantado alguna información de fuente fidedigna.

Por otra parte, la vida del doctor Orlov, un perfecto desconocido fuera del ámbito científico, no esconde aparentemente ningún misterio: nacido en Moscú en 1891; de familia depurada por la Revolución y posteriormente rehabilitada; miembro del Partido desde 1919; doctor en Astrofísica por la Universidad de Leningrado, en 1924; movilizado como reservista con el grado de capitán en 1941; condecorado por su participación en la defensa de Stalingrado, donde estuvo a punto de perder la vida; miembro de la Academia de Física de Moscú en 1957, y de la Academia de Ciencias de la URSS en 1961; Premio Nóbel de este año por sus teorías sobre el origen del Universo.

Después de la guerra estuvo internado casi un año. Superado el bache, en un lapso de dos años desarrolló su teoría fundamental de “las Burbujas”. Los años siguientes se limitó a completarla matemáticamente. El círculo de Kruschev se fija en él, y salta de la oscura Universidad de Odessa a una cátedra en Moscú, y posteriormente a las Academias antes

mencionadas.
No se le conocen otros desarreglos en su vida. Completamente entregado a su trabajo, no se casó ni tuvo aventuras de mayor importancia. De su extensa familia, sólo le quedaba una tía con la que vivía solo, cerca de Moscú. No bebía ni se drogaba, ni participaba, que se sepa, en actividades ni grupos anti soviéticos.
Las autoridades soviéticas, por cierto, ya han reclamado su cuerpo y, a falta de éste, han celebrado sus funerales con honores de Estado en Moscú. También han solicitado la carta al gobierno sueco. Por su parte, la Fundación Nóbel ha decidido mantenerle el Premio a título póstumo y ha suspendido todas sus celebraciones en señal de luto.
Quienes lo han tratado en los últimos años coinciden en describirlo como un hombre alegre, incluso jovial, aunque algo quisquilloso, y muy celoso y reservado con sus cosas. Su aspecto físico parece abonar esta impresión: más bien bajo, grueso, de facciones rotundas pero armoniosas. Con voz de contralto.
La clase de hombre a la que uno no se imagina enemigos.
La razón por la que le han dado el Nóbel son sus teorías sobre el origen del Universo. A las demostraciones matemáticas ha añadido incluso una experiencia real con partículas de agua. Aunque los detalles sólo son accesibles a especialistas, la teoría es relativamente sencilla y puede resumirse así:
antes de formarse, el Universo estaba compuesto de “vacío”, es decir, de un tipo de energía que ya no existe, y de la que salió la materia, la energía y la luz que nosotros conocemos; este vacío se caracterizaba por una extraordinaria inestabilidad, al igual que el agua que, en determinadas circunstancias, permanece aún líquida por debajo de los cero grados centígrados; en el caso del agua, basta que un niño toque levemente su superficie, cuando está en tal estado de sobrefusión, para que inmediatamente todo un lago se congele; fue precisamente la observación de este hecho

común lo que llevó al profesor Orlov a formular su teoría sobre el origen del Universo.

Hechas las primeras investigaciones, el juez ha remitido a su homólogo del Tribunal Supremo en Moscú el caso, cadáver y carta han viajado a aquel país y han desaparecido tras el telón de acero. La explicación oficial es: suicidio, posiblemente causado por una fuerte depresión nerviosa.

No obstante se ha sabido que la pistola era su antigua arma de capitán, y que la carta, al parecer breve y esclarecedora, llevaba ya redactada desde los días inmediatos al fin de la guerra, es decir ¡unos veinte años! La fecha viene a coincidir con la estancia de Orlov en la clínica de reposo de Odessa entre 1945 y 1946, de la que hemos hablado.

Ningún medio hasta la fecha ha puesto en duda la versión oficial. Se han deslizado aquí y allá algunas elucubraciones, se ha hablado mucho del profesor Orlov como científico, y eso es todo.

Eso era todo hasta que ayer, paseando por los puestos de viejo del Sena, encontré un tomito titulado: "Hazañas de la resistencia en Stalingrado". Me había olvidado del asunto. Cuando llegué al siguiente párrafo, sentado en un embarcadero ya casi a oscuras:

"la noche del veintitrés de octubre de 1944 nuestro capitán se decidió, al fin. No quedaba una casa en pie en toda la aldea. Las avanzadillas de Von Paulus nos hostigaban día y noche, intentaban desesperadamente escapar antes del nuevo invierno. Esa noche nuestro capitán, Yuri Orlov, miembro del Partido, nos ordenó cruzar el río y quemar todo lo que no pudiésemos llevar encima.

En cuanto caballos y hombres agitaron el agua, borrosos entre la oscuridad y la nieve, el río se congeló apresándolos como un cepo. El capitán se salvó al ir a caballo. Yo era el último rezagado en la orilla. Huí para no ser declarado desertor y fusilado aquella misma noche.

Los alemanes debieron quedarse estupefactos ante aquella

comitiva congelada en medio del río…”
La casualidad me había llevado a aquel libro y a aquel sitio. La casualidad llevó al capitán Orlov al río que lo volvería loco y que le inspiraría su más famosa teoría científica.

Carlos Almira Picazo: Nació el 31 de mayo de 1965 en Castellón de la Plana, España. Doctor en Historia por la Universidad de Granada. Autor de una novela en papel: Jesuá, ed. Entrelíneas, Madrid, 2005; de un ensayo en papel: ¡Viva España! El nacionalismo fundacional del régimen de Franco (1939-43), Editorial Comares, Granada, 1997; de una novela en formato digital: Todo es Noche, Prometeus mdq, abril 2007; y de un centenar de cuentos y ensayos, publicados en revistas como Adamar, Axxon, Ed. Badosa, Destiempos, El Coloquio de los Perros, Cañasanta, Diezdedos, Remolinos, Magazine Siglo XXI, El Fantasma de la Glorieta, Revestidos, Tiempos Futuros, Quaderns Digitals, Literae Internacional,Ariadna, Fábula, Cuadernos del Minotauro, etcétera.

El domador

J.R. Spinoza

El circo de los hermanos Silva era famoso por su espectáculo de leones, en el cuál las bestias mostraban su destreza brincando aros de fuego y caminando sobre dos patas. Recorrían la República Mexicana de norte a sur. Ulises Silva tenía más de veinte años siendo el domador del circo. Yo me escabullía detrás de las gradas para verle ensayar. Si tuviera que escoger cual de sus prácticas me impresionó más, sería la siguiente:

Bajó las rejas de seguridad. Colocó el candado. Guardó la llave en el bolsillo de la camisa. La carpa estaba desierta. Le gustaba ensayar en la madrugada. Había indicado a los tramoyistas que pegaran la jaula de leones bajo la pista antes de que se fueran a dormir.

Tomó el látigo y se aproximó a la jaula. Cuando llegaba un nuevo felino se debía domesticar junto a los otros antes de presentarlo en una función. Con los cachorros era sencillo, pero el león que habían traído ya era un adulto.

Abrió la escotilla y retiró el candado a la jaula. Ningún león salió. Acercó su cubeta de premios, más de sesenta cuadros de bisteck crudo. Lanzó un latigazo al suelo.

—¡Mane! —gritó. La leona más vieja salió de la jaula, subió por la rampa y se formó en una línea imaginaria. Arrojó un pedazo de carne que la bestia atrapó en el aire. La fiera dio un giro y se sentó.

—¡Kuwe! —un león de tres metros de largo salió de la jaula. Rugió. El domador dio otro latigazo al suelo. El felino bajó la cabeza y se formó junto a su compañera. Después de recibir su premio, se sentó.

Los siguientes dos leones eran mellizos. Ashanti y Duma. Hembra y macho respectivamente. Eran obedientes, debido a

que fueron criados desde pequeños.

—¡Madaki! —algo raro pasaba con el león nuevo. El domador se asomó a la jaula y de ella salió un hombre desnudo. Subió por la rampa, tenía la piel morena y los ojos leoninos.

—Dame las llaves —dijo el hombre, cuyas manos parecían garras.

El domador suspiró y negó con la cabeza.

—Tendré que hablar con Kraven, es el tercer nahual este mes.

Tomó la cubeta de premios y le arrojó su contenido al hombre, llenándolo de sangre y carne cruda. Este dio un paso hacia atrás, desorientado.

—Hora de comer.

Se escucharon varios rugidos. Cuando el nuevo reaccionó, ya tenía a las cuatro bestias sobre él.

J. R. SPINOZA H. Matamoros, Tamaulipas, México (1990). Escritor y profesor mexicano. Becario del PECDA (emisión 23), en la categoría de Jóvenes Creadores por novela. Miembro del Consejo Editorial de la revista Delatripa: Narrativa y algo más. Asiste al Taller de Apreciación y Creación Literaria del Instituto Regional de Bellas Artes de Matamoros. Imparte el Taller para jóvenes Alquimia de Palabras. Libros Publicados: El regreso de los dioses, la batalla de Folkvangr (Caligrama, 2019). El demiurgo y otros cuentos fantásticos (Kaus, 2020).

Perseguidos

Moisés Cárdenas

Caminé por un pueblo donde las casas estaban envejecidas, las tejas rotas, las calles agrietadas, los postes de luz caídos, la basura esparcida; todo estaba corroído. Miré por todos lados y no vi señales de vida, el lugar era fantasmal. Absorto ante la situación, traté de buscar a alguien, que me explicara dónde me encontraba.

Estuve por el sitio durante un rato, pero luego fui sorprendido cuando escuché un bullicio, mi corazón latió con fuerza, de modo que miré hacia los lados, y de pronto apareció un gentío que bajaban por una cuesta. Entonces me corrí hacia un lado, porque la gente pasó frenética. Las personas batían airadas escobas, machetes, rastrillos y palos.

Los seguí hasta que llegaron hacia la plaza principal del pueblo. La multitud se dispersó por el lugar, mientras algunos jóvenes se dirigieron al monumento del prócer Antonio Ponte. Los muchachos agitaron enojados palos y machetes, la estatua brotó unas lágrimas; los chicos lloraron frente al fundador de la patria.

Asombrado por lo ocurrido, me fui de la plaza. Crucé la calle y me dirigí hacia una panadería que estaba enfrente. Ingresé para tomar algo, pero para mi sorpresa, el negocio estaba casi vacío. Solo había un par de panes en el mostrador, y unas cuantas latas de refresco de malta de la marca Polo, en un refrigerador destartalado.

En el local había una chica con cara melancólica, al verme me dijo con voz entrecortada:

—Señor, no hay nada de pan.

—Lástima que panis ha sido arrebatado de nuestras manos —contesté de forma pausada mientras ella me miraba de forma extraña.

Pedí una lata de refresco de malta, le di varios billetes, le dije que se quedara con el cambio. Salí de aquel melancólico negocio, me paré en la vereda y me tomé rápido la bebida. En eso se me acercó un mendigo, y me pidió plata. Introduje mi mano en el bolsillo derecho de mi jean, saqué un par de billetes con el rostro de Antonio Ponte, y se los entregué al moribundo.

—¡Esta moneda es una porquería! No tiene nada de valor — expresó el hombre de forma colérica, me miró con desprecio y lanzó los billetes al piso.

En el momento que tiró la plata, sonó mi celular, lo extraje rápido del bolsillo del pantalón, revisé el móvil y leí el siguiente mensaje:

«Hijo soy tu madre. Ven pronto a casa, avísame cuando estés por llegar para abrir la puerta. Hay disturbios en las calles». Después de leer el mensaje, le respondí:

«Voy yendo para allá, cuídate mucho, te quiero mamá». Guardé el teléfono, el sujeto me miró con ansias de robarme el aparato. Entonces crucé la calle y contemplé a varias señoras que estaban rabiosas enfrente de un negocio. El local tenía las puertas cerradas y colgaba un aviso que decía: NO HAY MÁS COMIDA.

Las mujeres pateaban de manera muy molestas la puerta de la tienda, detrás de ellas estaban varios jóvenes con banderas del país. Las damas golpearon fuertemente la puerta del negocio, hasta que ingresaron. En la plaza la gente clamaba por comida, el ambiente se puso tenso. Entonces caminé una cuadra para irme del lugar, pero me detuve cuando escuché unos gritos desgarradores, miré hacia atrás, los alaridos procedían de la plaza. Un chico pasó rápido por mi lado, miré de un lado a otro, observé que la gente corría asustada. Mi piel se crispó.

Vi un auto estacionado en la calle, y me escondí detrás. Escuché fuertes detonaciones, luego siguieron gritos. Levanté la mirada, y vi un contingente de hombres vestidos de verde,

que cargaban escopetas. Sus ojos brillaron, soltaron risas malvadas, alistaron los fusiles y dispararon a la multitud.

Moisés Cárdenas, nació en San Cristóbal, Estado Táchira, Venezuela, el 27 de julio de 1981. Poeta, escritor, profesor y licenciado en Educación Mención Castellano y Literatura. Egresado de la ULA-Táchira. Ha publicado en antologías de Venezuela, Argentina, España, Italia y Estados Unidos. Entre sus obras:
Poemario En el jardín de tu cuerpo, Venezuela, 2021. Novela de género testimonial, Los ojos de un exilio, Editorial Avant, Barcelona, España, 2020. Publicación digital, Obra poética y narrativa, Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, volumen 208, BAT. San Cristóbal, Venezuela, 2018. Poemario infantil Mis primeros poemas, Ediciones Ecoval, Córdoba, Argentina, 2015. Poemario Poemas a la Intemperie. Editorial Symbólicus, Córdoba, Argentina, 2013. Poemario Duerme Sulam, Venezuela, 2007. Poemario El silencio en su propio olvido, Caracas, Venezuela, 2008.

Contaminada

Jacqueline Campos

La tía Carlota, soñó con un mundo donde las cosas eran de papel de revistas y periódico como los que se imprimían y vendían en su juventud, antes del internet. En su sueño, las personas eran de cartón de cereal decoradas con tatuajes vistosos de incontables palabras sin sentido e imágenes confusas. Se sintió como Carlota, en el país del papel notificante -¿Qué sueño tan extraño?- pensó al despertar con sabor a papel de baño en la boca. Acostada en la cama, inició su manía matinal: Revisar la aplicación del Facebook. Al minuto cinco, se sintió mareada, mientras veía la pantalla del teléfono móvil, pero continuó navegando por los muros virtuales. El estomagó le indicó que estaba asqueada, cosa rara para ella que solía gozar de una salud envidiable para sus cincuenta y más años. Se apartó de la pantalla y trató de respirar con estilo, recordando las indicaciones del yogui que seguía en el canal Viva Bonito, y quizás, debido a las respiraciones profundas o por dejar de ver las publicaciones, se sintió mejor; por lo que a los pocos minutos volvieron sus ojos a la aplicación que le notificó que cumplía 10 años de amistad con ciertas personas que nunca conoció. Su dedo pulgar como con vida propia, se movió para leer que: X se siente festiva: por el cumpleaños tres de su gato Félix, Y se siente divertida: en zumba por zoom, Z se siente estupendo: comiendo tacos de tripas, A se siente harta: del encierro y el Covid, B se siente enamorada: de sus nuevos cosméticos, C se siente: indecisa entre elegir los zapatos amarillos mostaza o los amarillos limón y D está orgulloso: del crecimiento de sus nalgas...El asco, le subió súbitamente a la garganta junto con la primera sustancia vomitiva acidificada, apenas tuvo tiempo de apartar el teléfono y correr al baño para postrarse ante el santo inodoro

-¿Podría estar embarazada a los 51? o ¿Tengo un virus?-pensó la tía Carlota, agotada por el esfuerzo vomitivo.

Después de múltiples arcadas secas, regresó con la cara pálida a la cama, pero más tranquila por la ausencia de mareos y, como limaduras de hierro al imán; retomó los dedos a los muros del Facebook para ver más imágenes como: La fotografía de un esposo sin gracia y con grasa en la peor pose sonriendo, el uñero del dedo gordo inflamado con esmalte naranja fluorescente, un anciano pidiendo limosna con un cartel que decía "Como me vez te verás", el presidente riendo como el Guasón después de vencer a Batman, el microcuento absurdo de un ama de casa que juaga a ser escritora, unas manos en posición de oración con la frase "Oremos por vacunas", gatitos en dos patas con faldas de tul rosa, la manualidad escolar sin gracia de un niño, una multitud de mujeres con el torso desnudo en protesta contra la real academia de la lengua española exigiendo que le llamen senas a los senos... Carlota continuaba viendo caer las imágenes como el agua de cascadas sin control y miró: Los verdes terrenos de cultivos con surcos perfectos como el fondo de la foto donde el punto central, era la pareja recién casados con sonrisas falsas de oreja a oreja y 30 niñas usadas como pajes con vestidos azul pastel, todos delante de una extravagante limusina Hummer color amarillo mírame mucho. La tía Carlota pensó -¿A dónde habrán mandado los suegros a los cientos de jornaleros recolectores de fresas para no arruinar la grandiosa foto, si los rancheros son conocidos por avaros en el Valle?

Tres segundos después, su dedo se movió para llegar a las siguientes imágenes: Alerta Ámber para una niña de 11 años desaparecida en el ejido cuando fue a la tortillería, la Nena luciendo su tercera liposucción y nuevos senos de vacaciones en Miami, un joven desconocido en situación de calle tirado en un callejón rodeado de ratas, una paloma con una rosa en las patitas que bendice a todos los vacunados, una perra y sus

peritos con sarna abandonados en el terreno aledaño a la iglesia del pueblo que se usa de basurero sin que a los municipales le importe, un par de cráneos y osamentas roídas encontrados en un matorral cercano a la telesecundaria No. 007...Nuevamente el asco creció en las vísceras de la tía Carlota, con un dolor agudo en el centro del estómago que le hizo correr al baño...y nuevamente las arcadas y el ¡Asco! ¡Asco! ¡Asco! Seguido de un vómito intenso...Dejó el teléfono y se quedó en la cama hasta el mediodía sintiendo intensos escalofríos en la piel, contó los días y pensó si podría estar embarazada del plomero o el jardinero, o tal vez, era el inicio de la menopausia o una nueva cepa del coronavirus.

El resto del día y después de una prueba casera de embarazó, concluyo que era la exposición al Facebook lo que causaban el asco y los mareos hasta provocarle el vómito incontrolable, porque al intentar entretenerse con la aplicación los síntomas le atacaban inmediatamente. Me llamó desconsolada para contarme lo ocurrido y su ansiedad se incrementó al pensar - ¿Cómo podría vivir de ahora en adelante sin saber sobre: Los nuevos vestiditos del gato, la rutina para nalgas de moda, las alertas Ámber del cada día, las fotos de la luna de miel a la isla secreta del Chapo de los recién casados, la salud del dedo gordo y su nuevo esmalte?...Mientras pensaba en esto, más ansiosa se sentía, no podía visualizar un futuro sin saber de la vida de los otros conocidos-desconocidos y de ¿Cómo se sienten cada día: X, Y, A,B,C? y hasta poca agraciada y vulgar Z.

La tía Carlota no dudo, en hacer una cita urgente en el Instituto de psiquiatría de Baja California, en la cosmopolita Tijuana. Esa noche tomo pastillas para dormir sin soñar. Al día siguiente conduciría siete horas en busca del consultorio del Dr. Paz. Ella prefería vivir medicada de forma permanente con fármacos psicotrópicos, que le quitarán los síntomas del asco asociado a las redes sociales; que perder la amistad del Facebook cultivada con manía por 15 años. La tía Carlota no se imaginaba siendo alguien ignorante de las modas y memes, y

mucho menos excluida de la aplicación.
Ella se negaba rotundamente a la insoportable idea de ser sólo ella, sin la banalidad.

El pozo del mago

Magali dejó la escuela de la aldea a los 10 años, porque la maestra les dijo a sus padres que jamás aprendería a leer. Esto hizo que la niña pasara mucho tiempo en el patio ayudando a su madre a dar de comer a las gallinas, pollitos y pavos. Su animal preferido era un gato negro, que un día apareció en el patío para adueñarse del lugar; aquel gato era huraño y sólo se dejaba acariciar por la niña. Para ella, el felino hacía trucos de magia, porque solía aparecer y desaparecer sorpresivamente con alguna lagartija, cigarra o mariposa entre los dientes, dejándola intrigada. Magali creía que el gato era un mago con secretos, lo llamo: Mago. Cuando sus abuelos la veía alejarse hacía los límites del patio persiguiendo al Mago, le advertía "Niña, nunca sigas al gato cuando se vaya al monte, porque ahí está el pozo del diablo que trae desgracias y mala suerte. Una niña jamás va sola al monte." Y ella obedecía.

Cuando llegó el día más caluroso del año, los aldeanos cayeron adormecidos por el calor sofocante; cada uno se refugió en hamacas bajo las sombras de paja de sus techos. La aldea permaneció en silencio, incluso los perros y gatos dormían; pero Magali se quedó abstraída mirando fijamente algún punto del monte que parecía llamarla. Sobre su rostro moreno corrían el sudor como lágrimas saladas, parecía respirar por la boca y dormir con los ojos abiertos, mientras el Mago intentaba cazar a una ardilla y esto, llamó la atención de la niña que caminó descalza siguiendo al gato negro que se internaba en los límites del patio.

Nadie vio a la niña alejarse, porque todos dormían como crisálidas en capullos colgantes tejidos con hilos de algodón para olvidar la sofocante tarde; mientras tanto, el índice de calor de 50 grados y castigaba a los albañiles empapados de sudor que trabajaban en la capital. Entre ellos y cercano a la insolación estaba Miguel el padre de la niña, que colocaba bloques de concreto. Miguel de pie sobre un andamio a tres metros de altura, no puedo prever el sorpresivo mareo con la

aceleración del corazón que le hizo caer y convulsionar sobre la tierra; cuando esto ocurría, a 70 kilómetros de distancia su hija estaba en el monte sufriendo el ataque grandes avispas guitarrillas de cuerpos rojizos y aguijones amenazantes, a unos pasos del pozo. Era la primera vez que le picaban avispas a la niña y la reacción toxica le causó complicaciones y también, era la primera ocasión que desobedecía. Sus gritos al sentir los múltiples aguijones en los brazos y rostro, arrebataron a los aldeanos de la siesta y apresurados algunos vecinos auxiliaron a la niña antes de que perdiera la consciencia. La llevaron con su madre, mientras alguien corrió en busca del curandero. Cuando Magali recibía ungüentos herbales para aliviar la infamación y la fiebre en su casa; su mamá recibió la trágica noticia que llegaba de la ciudad a sus oídos y que le hizo expulsar un desgarrador alarido al enterarse de su prematura viudez.

Tres días estuvo Magali presa entre sueños y pesadillas donde las víboras escupían fuego y quemaban el monte, hasta consumir la paja y maderas de su casa. Deliraba con avispas, cigarras y mariposas negras revoloteando alrededor del Mago que caminaba sin temor sobre la periferia del pozo empedrado; de pronto sus visiones se obscurecía por una nube densa que amenazaba con truenos y centellas...Cuando la niña volvía por minutos a la lucidez, le daban de tomar brebajes con hojas de chaya, raíces y epazote que le provocaban náuseas, mientras una mano le ponía trapos húmedos sobre la frente.

La inflamación del rostro le impidió ver, la temperatura se apodero de su cuerpo por 72 horas, se creyó ciega. En esos días de convalecencia escuchó al Mago, lo sentía sobre su pecho ronroneado y murmurando “Te quedarás ciega, miau, pero yo me quedaré, miau”...Magali a veces lo oía, maullando con insistencia debajo de la hamaca donde ella ardía en fiebre con el cuerpo sediento, acalorado y sudoroso; después lo escuchaba trepar por la ventana para desaparecer en la

obscuridad. Veía imágenes del gato negro caminando con una ardilla ensangrentada en las fauces para ofrecerla al dueño del pozo... Durante tres noches oyó grillar a los grillos y el zumbido abrumador de cientos de cigarras que parecían gritarle “Niña ciega, crip, ciega, crip, ciega, crip”... A Magali le aterraban la interminable mezcla de sonidos de llantos, lamentos y murmullos calamitosos de personas, animales e insectos que no podía ver y que parecían provenir de las paredes; concluyó que los lamentos eran la entrada del purgatorio o quizás, del infierno- ¡Estoy muerta o pronto moriré y vendrá por mí el diablo, porque vi el pozo!- Pensó la niña repetidas veces con angustia y en soledad.

Magali olvidada por todos, febril, débil, con la garganta cerrada para las palabras y con los párpados clausurados, nunca supo que velaban a su padre detrás de la pared continua. Ahí, ardían velas alrededor del modesto ataúd y alrededor de este, las mujeres y los hombres de cuerpos morenos mezclaban sudor con lágrimas entre lamentos mortuorios; parecían como cigarras tristes que después de emerger de la tierra presienten la proximidad de la muerte tras crecer y aparearse.

Jacqueline Campos. Baja California. México.
Psicóloga, promotora cultural, mediadora de lectura y locutora de radio comunitaria indigenista en San Quintín, Municipio de San Quintín, Baja California. México.

Los pequeños mares

Claude Nogueras

La Propietaria del pequeño mar tiene mis ojos, quizás una copia más acertada de mi cabello, tal vez una silueta mejorada de mi cuerpo. A simple vista, solo nos diferencia la sonrisa. A su edad, mis dientes eran un poco más uniformes. La observo y me pregunto por qué al pequeño mar no lo sostienen mis manos. ¡Ah, sí! Porque ahora me atrae la extensión del océano y me exijo no conformarme con menos. Porque ahora pienso en la importancia de la inconformidad.

La Propietaria descansa sus tobillos, luego sus rodillas, después sus brazos; de la orilla en lo adelante parece no necesitar ni el más mínimo trazo de horizonte. Siempre dice que la playa no es su lugar, que solo viene por la arena y la posibilidad que le brinda de levantar castillos. Sus castillos sin murallas, que terminan rotos de impaciencia. Se las ha agenciado para traer un pote de vidrio, reciclado de una mermelada de manzana que en algún momento devoró su hambre púber. Se las ha arreglado para llenarlo de arena y agua y demostrar que un pequeño mar puede fundarse en cualquier parte.

—Eso se pudre —le digo y frunce el ceño como si necesitara confirmarlo.

Los pequeños mares se pudren, ¿cierto? No sé por qué lo he dicho.

Ha detectado la duda en mi afirmación; la aflicción en sus cejas desaparece. No le parezco creíble.

—Propietaria —me encolerizo con disimulo y señalo una marca de sombrilla sobre la arena— si cavas lo suficiente y haces de ese hueco una elongación de tu brazo, descubrirás la humedad del agua. Entonces dejarás de necesitar el mar por completo.

—Ya lo sé —me lanza su respuesta adolescente y

predeterminada.

—¿Y por qué no lo haces? —aprovecho la rebelión de su ego.

Mi pecho se sacude. Mi respiración se entrecorta. Mis dedos laten.

Medita y decide abandonar su propiedad con el objetivo de enfrentar el nuevo desafío. Olvida el pote de vidrio sobre una silla de playa. Me apresuro a sostenerlo, lo reclamo, lo aseguro entre mis palmas; pero no logro cambiarle el nombre. El cristal guarda a trasluz el reflejo de unos dientes desordenados.

"No importa, conservo lo inmenso", pensé entonces.

Pero más tarde, aquel día, el oleaje se enfureció. La bandera roja prohibió pasar de la orilla. Sucede con los grandes mares. Siempre se retiran y dejan solo un rastro de espuma.

Claude Nogueras, (1998, Cuba). De profesión Licenciada en Turismo, y vinculada desde niña al arte de la escritura. Mención en el concurso Parnaso Estudiantil del Festival Internacional de Poesía de La Habana (2016). Ganadora en el género cuento del concurso "Por los caminos de Guane. Entre mariposas y colores", del Instituto Cubano del Libro. Las revistas Oopart, Poetómanos y Collhibrí, así como la "Antología de cuentos infantiles Pequeños Gigantes", conformada por la escritora Andreyna Herrera y auspiciada por la Red de Escritores y Escénicas Potosí-Bolivia, han contado con sus colaboraciones narrativas y teatrales. Miembro del curso de escritura creativa "Laboratorio de Escritura: Encrucijada" dirigido por la autora cubana Elaine Vilar Madruga. Merecedora del I Premio Laboratorio de Escritura: Encrucijada 2021, en las categorías Narrativa y Proyecto Literario.

Su voz, tu voz

Eduardo Omar Honey

Dile a la niña que no puede salir mientras eso espera allá afuera. Tómala de la mano, mírale a los ojos y trata de sonreír. Aún es temprano, así que la luz del sol que se cuela entre las nubes tormentosas disipará cualquier espectro. Trata que deje el refugio debajo de la cama, no es conveniente que esté allí. Aún si la luz entrara con todo su esplendor hay rincones en penumbra donde las sombras se arrastran. Bien sabes que cualquier claroscuro puede incubar legiones difíciles de eliminar por más que pretendas.

¡Ya la tienes! Abrázala, ella teme que su mamá no vuelva. Tuvo que salir temprano a buscar alimento. Tú casi no lo lograste ayer. La herida en la pierna aún supura esa sangre negra como ya te ha pasado. Es hedionda, difícil de limpiar y la inflamación apenas empieza a bajar, Si, no hay más medicamentos para el dolor. Muérdete la lengua, roe tus labios pero no demuestres que te quema hasta la médula. Concéntrate mejor en la niña, coméntale al oído que te sientes mejor, que no estás molesto porque no para de llorar, que su madre regresará antes del ocaso.

Deja de temblar mientras la sostienes en tus brazos, finge mucha más fuerza y dignidad que en la última semana. Ayer no te quedó más opción que salir, no querías, no era conveniente como antes tampoco lo fue. Los que sobreviven en este edificio están heridos, limitados físicamente o locos. La mayoría de los ancianos del asilo fueron abandonados desde antes de la caída. Siguen vivos tras todo este tiempo sin la mínima esperanza de ver de nuevo a quienes los abandonaron, menos a que sean rescatados.

¿Te acuerdas? La madre te platicó que era una de las cuidadoras, que a veces traía a la nena al trabajo como sucedió

cuando la sombra cayó en el mundo. Desde entonces se quedaron, la mamá laborando para justificar el que tuvieran refugio. Su hija intentando ser una esperanza ante tantos ocasos en ciernes. El tiempo decapitó esperanzas, así que la chiquilla visitó cada vez menos a los ancianos. No se sentía cómoda entre tanto lloro y angustia además de atestiguar alguna muerte ocasional.

Tú viste cómo los de menor edad o los más fuertes se fueron turnando las salidas cuando la comida o el agua hacían falta. Muchos nunca volvieron. Algunos regresaron heridos, arrastrándose con vituallas y oscuras noticias de lo que se mueve allá afuera. Uno que otro se devolvió por azar, perdido en mudas locuras. Con cada retorno, tu aversión a salir y arriesgarte se reforzaba así que cualquier excusa fue válida. La de mayor peso, sin que dudaras, era hacerte la víctima que no superaba su pasado.

Tú propiciaste lo que finalmente sucedió. Ayer sólo quedaban dos personas capaces de ir y retornar: la madre o tú. Ya no había más espacio para la cobardía así que te ofreciste de voluntario. Si no lo hacías, los pocos que estaban en sus cabales harían lo posible para expulsarte o, quizás, volverte comida. Sabías cómo te señalaban porque habías esquivado una y otra vez el salir. Eso si, la maledicencia creció cuando ese anciano de 70 años regresó con bolsas de pan enmohecido y una herida mortal en su costado. Era el único que quedaba y cumplió la promesa no escrita de cuidar entre todos a la madre y a su hija.

Inmerso en terror, te calzaste las botas que llegaron contigo tiempo atrás. Aún están marcadas con las manchas marrones que no has querido limpiar. Tomaste una mochila desgastada y algunas bolsas raídas. Antes de abrir la puerta que da al sendero de la calle de atrás, te atreviste a mirar a los que te veían partir. Una buena excusa se te estaba ocurriendo. Sin embargo, un escalofrío te recorrió cuando te diste cuenta de que todos los que habían regresado maltrechos te miraban

con un odio silente.
Así que no tuviste de otra más que abrir la puerta, suspirar y salir. Avanzaste rápido por el sendero y doblaste a la izquierda. Llevabas en la mano el borroneado diagrama que había hecho el anciano con la marca del lugar donde encontró el pan verde. No era lejos, unas ocho cuadras, así que aceleraste el paso. Algo más adelante te lo topaste de nuevo.
Miéntele a la niña, afírmale que no lo has visto. No, mejor dile que no existe, que lo que dicen los demás no es cierto. Sólo ella no te ha perdido la fe. Así es como debe verte y apreciarte, como alguien seguro. Sabes que le puedes dar lo que ha sido y le será arrebatado. Ni se te ocurra comentar que tras tu regreso sabías que hoy saldrías por segunda ocasión. El peso de arriesgarte una vez más se volvió intolerable, por eso fingiste que la herida no te dejaba caminar.
No le digas que ayer no habías avanzado más de dos cuadras cuando escuchaste el gorgoteo tan peculiar que eso hace. Como una boca que se abre enorme, escurriendo ignotas mucosidades que traga a la par que busca un bocado y maldice su falta. Nunca has olvidado ese sonido desde que la crisis te pescó en el otro lugar, la oficina de donde huiste. Estaba una zona mucho más concurrida, llenas de paredes que hacían reverberar el ruido de los que se arrastraban por calles, escaleras y pasillos. Te has repetido que los valientes mueren primero así que estuviste oculto, encerrado y quieto aunque se deslizaban fuera de tu escondiste. Según tú, no los has visto.
Con el temor de regresar con las manos vacías, te aproximaste lentamente a la esquina, querías verlo. Decían en el otro lugar que quien lo mirara de frente sería capaz de liberarse del yugo de las cosas que germinan en la sombra, que perdería el miedo y andaría por el mundo como si fuera el ayer. Con eso en mente, aún con el corazón desbocado, asumiste que si lograbas ojearlo no sólo serías libre, sino sería tu redención ante los que se alojan en el asilo. Quizás pudiera dejar de

despreciarte la madre de la niña que sostienes en tus temblorosos brazos. Incluso pudiera llegar a amarte como has sido y eres.

Sólo que no ocurrió lo que esperabas. Claro que nunca le contarás eso a la pequeña como tampoco le narraste cómo fue tu escape del otro lugar. Ni a ella ni a nadie más. Muy por dentro quieres que retorne con bien la madre. Es la única persona de tu edad con la que puedes pretender una vida, un atisbo de normalidad en un mundo muerto. Cuantimás en un albergue con gente mayor destrozada. Sólo tienes que demostrarle que te preocupa su hija, que sabes cuidarla y que esta ya te aceptó. Si, un recuerdo suspira sobre alguien más en el antes, pero se esfuma rápido dejando un tufo sobre el proteger y cuidar hasta el final.

Es mejor dejar de lado esas memorias. Trata de no retornar a ese momento donde volvió a morir tu redención ante el hecho de que siempre serás el mismo. Te topaste con eso pero la aprehensión ganó al final, el clamor interno que ha sido tu carga en el infierno del antes y del ahora. Te repites que las piernas decidieron, que tú no lo hiciste. Ellas se echaron a correr sin fijarse en la mata de ortigas que se cruzó en la huida. Tropezaste y caíste sobre los restos de metal de algo que quizás fue una moto tiempo atrás. Un pedazo rasgó tu pantalón y te hirió. El dolor te hizo parir gritos que sólo silenciaste cuando, al darte cuenta que callaba el que gorgotea, que estaba al pendiente de ti. Volteaste para ver la esquina. Tu pelo se erizó cuando una sombra, trémula y silenciosa, se alargaba y se doblaba para buscarte. Era una oscuridad sobre el suelo y nada más. Lograste ponerte de pie y lanzarte en una desaforada carrera a trompicones.

La pierna te falló cerca del asilo. Fue un disfrute el ver cómo no te quedó más que arrastrarte al refugio donde sólo abrieron la puerta sin ayudarte a entrar. Mientras la madre te curaba contaste a todos que habías enfrentado a eso, que lo heriste y, mientras yacía moribundo, retornaste herido. Afirmaste que

eso estaba débil allá afuera, quizás muerto y que es seguro salir. Igual como en el otro lugar, callaste la verdad ante todos. No había opción o podría terminar como la última vez y estarías sin alimento, techo y compañía. Perderías a la mujer.

Intentas excusarte de nuevo que tampoco fue tu culpa esa otra ocasión, sino del destino. Mejor levántate de donde estás sentado y carga a la niña, avanza por la habitación rumbo a la ventana, asómate y menciona que por allí, por la calle al sur, su mamá vendrá. Abrázala, reconfórtala, bebe de sus lágrimas, sórbelas de su rostro. ¡Detente!

¿Notas eso? ¿Alcanzas a verlo donde se cruzan las calles a la izquierda? Si, fíjate bien pero no dejes lo note quien acunas, no quieres sembrarle esperanzas infundadas. Abrázala contra tu pecho con fuerza mientras controlas tu respiración. No intentes huir como acostumbras mientras no estés seguro de que la sombra que se acerca y camina a contraluz, sea eso que has visto y que ha platicado contigo en más de una ocasión. Pero actúa con lentitud, no pierdas tiempo intentando recordar lo que dijo en ese primer encuentro allá en tu escondite tiempos atrás. Menos lo que repitió ayer cuando dobló la esquina. Ahora no es el momento, antes tienes cosas que hacer.

Aprieta con más fuerza a la niña contra ti, no dejes que gire su cabecita y aprecie lo que se acerca al edificio. Contén tu grito que ya está aquí, que se salve quien pueda porque bien sabes que siempre es inútil. No dejes de presionar el rostro de ella contra tu pecho, no importa que se agite mucho, espera a que se duerma, a que se aquiete. Cálmala y aprende eso de ella. En cuanto esté lánguida, entonces sí, con tranquilidad deposítala en su cama.

Podrás entonces ir de cuarto en cuarto avisando en silencio que ya llegó, que está aquí y ayudar a que cada uno acalle sus angustias y se olviden de todo. Igual lo hiciste en el otro lugar, ¿o no? Empieza con los que están más fuertes, ya atenderás a los demás cuando soluciones a esos. En cuanto puedas, baja y

recibe a la madre que se acerca desde el cruce de las calles del sur. Invítala ahora que recuerdas lo que gorgoteamos hambrientos mientras te acunaba en tu escondite, soy su voz como tu voz.

Eduardo Omar Honey

(México, 1969) Ing. en sistemas. Participante desde los 90s en talleres literarios bajo la guía de diversos escritores. Publica constantemente en plaquettes, revistas físicas, virtuales e internet. Textos suyos fueron primer lugar (Teresa Magazine 2020, Nyctelios 6ª. Ed.) o finalistas (Supraversum 2021, Novum 2021, XVIII Certamen Internacional de Microcuento Fantástico miNatura 2020, 1er. Concurso de Cuento Breve Plétora Editorial 2020, Mención de Honor del Jurado, Quequén 2020). Ha sido seleccionado para participar en diversas antologías. Imparte talleres de escritura para la Tertulia de Ciencia Ficción de la CDMX. Pertenece a la generación 2020-2021 de Soconusco Emergente. Prepara su primera novela.

Bestias tropicales tomando el sol

Mario Flores

La primera de la izquierda es Alejandra Segundo, de diecisiete años. Alumna del colegio Santa Catalina de Bolonia de Tartagal. Embarazada de seis meses. Expulsada. El diario El Tribuno le dedica unas dos columnas diarias la primera semana de septiembre de 2005. A su derecha, en el medio de la foto, está Lucrecia Solís, también de diecisiete años. Su compañera de banco. Entre las dos sostienen una pancarta hecha con cartulina y fibras. En la imagen no se alcanza a leer la consigna. La tercera de la foto es Anahí Mancilla, periodista local. La foto fue tomada por un Motorola V3 Black. Fue el primer celular que tuve. El lugar es la intersección de las calles Güemes y 9 de julio, enfrente del colegio: los alumnos habían cortado la calle voluntariamente cuando se hizo pública la decisión de las monjas de echar del colegio a la alumna embarazada, para salvaguardar la buena imagen. Las primeras dos, Alejandra y Lucrecia, desaparecen en octubre del mismo año y no se vuelve a saber de ellas. Durante meses los postes de luz y paredes de Tartagal son empapelados con sus fotos. Sus respectivas familias desfilan en los canales de televisión y radios pidiendo información, compasión, justicia. La tercera, Anahí Mancilla, aparece muerta en la quebrada de Cuña Muerta en enero de 2006, el Día de Reyes. La encuentran con la palabra PUTA hecha con filo en la frente y el micrófono de trabajo insertado en la vagina. El diario El Tribuno no vuelve a publicar notas sobre el caso. Los alumnos que se habían manifestado reciben severas amonestaciones y sus padres les imploran renunciar al pedido de justicia: las cuotas aumentan y no pueden arriesgarse a perder el lugar. A mí me roban el Motorola V3 Black a la salida de un boliche, en el paseo público de Tartagal, en febrero de 2006. Allí se perdió la foto y todo

registro de aquel primer germen de revolución.

* * *

En las paredes del cementerio municipal se extienden los grafitis: MUERTE A LA YUTA, LOS BUSCA PESAN, LOS GUACHOS, V8 NO MURIÓ. Del otro lado los nichos atestados empiezan a mostrar signos de derrumbe. Los vecinos reclaman por el mal olor, el peligro de los adolescentes que se meten a robar las placas de bronce y el expendio de droga que funciona a pocos metros en una grutita de San La Muerte. La Chola, le dicen a la que vende. A veces intercambia papeles por cd's o algún par de zapatillas: tiene un hijo de ocho años que vende garrapiñadas en la plaza y que sufre mucho unas viejas alpargatas. Cualquier ayuda sirve. Sabe que la gente le tiene miedo a los muertos, por eso vende ahí, donde nadie la molesta: los pibes del barrio 9 de Julio y Belgrano la conocen. En su hombro izquierdo tiene tatuada una libélula y en la nalga derecha la guadaña de San La Muerte. Es devota y tiene códigos: no saca su arma si no es estrictamente necesario. Marquitos me la presenta un domingo. Es el año 2006, Argentina acaba de quedar eliminada del mundial. Ella me saluda con un beso ruidoso y me pone la mano en la entrepierna. Lindo tu amigo, le dice a Marquitos. Saca dos bolsas y arma líneas en un plato sucio de vidrio que tiene a mano. Lo apoya en la cerámica de la grutita y me dice que dale, que está todo bien. Me agacho para aspirar y cuando levanto un poco la mirada, me encuentro con esos huecos negros en el cráneo cubierto por una túnica negra, alumbrado por cuatro o cinco velitas rojas a la mitad. Esto es lo mejor de Tartagal, dice La Chola. Esto es lo mejor.

* * *

Dos perros se batallan una deliciosa bolsa de basura en medio de la madrugada. El barrio 365 está oscuro: con una gomera rompen las luces de sodio y se forman pequeñas e intermitentes zonas de oscuridad en cada cuadra. La semana anterior cuatro viviendas fueron desvalijadas durante la noche.

Las familias disfrutaban tomando cerveza y sacándose fotos con los gorros de las comparsas en el Corso Color 2011. Los perros, como alarmas tracción a sangre, ladraron cuanto pudieron hasta recibir un solo puñal en el cogote. Se llevaron plasmas, equipos de audio, computadoras, cubertería. Pero lo peor fueron los destrozos: ropa interior femenina desperdigada por doquier, muebles incendiados, vidrios rotos, y una imagen de la Virgen de la
Peña bañada en semen y orina. Carnaval siniestro, titularon en el noticiero local al episodio. Ahora nadie sale de casa, instalaron alambres con púas en las rejas y hay quienes contrataron servicios de seguridad privada. Los patrulleros, cuando alcanzan a ver a algún sospechoso corriendo, no lo persiguen si se va para el lado de la comunidad de los tobas. Es una zona vedada, saben que ahí es la batalla o la muerte. Es territorio de Zé Pequenho. Nadie quiere hacerse el héroe. Es mejor dejar que la gente y sus respectivos villanos se aniquilen entre sí.

* * *

Bajo de un Flechabús en la terminal de Tartagal un martes de enero a las tres de la tarde. La temperatura es de 42 grados. Débora me espera ahí, con una sonrisa cansada y vaporosa. Parece un espejismo. El chico que baja mi valija de la bodega del colectivo no debe tener más de doce años. Tiene una pipa de aluminio entre los labios, hace esfuerzo para bajar el equipaje y no quiere que se le caiga. Todo antes que perder la mercancía, pienso. Le doy cinco pesos y miro los billetes que tiene en la mano, arrugados, hechos un bollo. Debe tener para tres o cuatro dosis más. El piso de las plataformas hierve y levanta un asfixiante vapor. Ya bajo techo, Débora me abraza y me dice que me ha extrañado, que cómo me fue, que qué le traje. Ganas de no irme más, le respondo, hundido en sus ojos que zumban como insectos de luz. Camino a casa, recorro con la vista los pequeños paisajes de esta ciudad de fiebre permanente: las aguas podridas que se estancan en las

avenidas, los cráteres lunares de la ruta, las bestias salvajes del trópico tomando el sol. Y todas las cosas que nunca duermen de este lado del mundo, incendiándose
para siempre.
**

“Bestias tropicales tomando sol” fue incluido originalmente en Necrópolis, libro ganador del Concurso Literario Provincial en categoría cuento de la Secretaría de Cultura de Salta (2018), y publicado por el Fondo Editorial de Salta (2019) y será reeditado en 2022 por Editorial Nudista (Córdoba, ARG).

Mario Flores (Tartagal, Salta - ARG, 1990) es escritor, DJ de música electrónica y becario del Fondo Nacional de las Artes. Participó en la residencia ENCIENDE de la Bienal de Arte Joven (2017) y en el 13° Festival Internacional de Poesía de Buenos Aires (2018). Publicó la novela Hikaru (Editorial Nudista, 2018), el libro de cuentos Necrópolis (Fondo Editorial de Salta, 2019) y el volumen Tu fuerza primitiva (poesía 2015-2021, publicado por Gerania Editora en 2021).

El cliente asiduo del bar

Mirza Patricia Mendoza

Iluminado por las bombillas luminiscentes que adornan la barra, medito sobre lo patético que es estar solo ahí. Soy un tipo desaliñado, con una vida de mierda. Aunque nunca me interesó saber sobre él, inicio conversación con el barman para matar el tiempo.

—¿Cómo te llamas?—. Le digo porque no sé cómo romper el hielo. Me ignora. Tomo un sorbo de mi trago y desvío la vista. Las personas entran y salen contentas. Pongo un billete en el tablero y tomo mi chaqueta con cuidado.

—Marco, me llamo Marco—me sorprende el barman al contestar la pregunta minutos después de haberla formulado.

—Oh Marco, igual que yo—digo incrédulo—sería irónico que te apellides Balcázar.

—Me apellido Balcázar ¿Por qué sería irónico?

—¿En serio? ¡Lo dije porque yo me apellido Balcázar!

—Estimado cliente, seguro usted ha preguntado por mi nombre a alguien y quiere hacerme una broma. Por favor, estoy trabajando y no puedo mantener este tipo de conversaciones.

Guardo silencio. Lo miro por un rato. Él va de aquí para allá. Recibe dinero, sirve cocteles y cervezas, recorre por completo la barra.

“Así que te llamas Marco Balcázar, entonces existimos dos Marco Balcázar por estos lares”, pienso. Salgo y afuera hace frío. Supongo que debo estar borracho aunque apenas haya tomado. Retorno al bar y busco con la mirada al cantinero, quiero hablar con él sobre la coincidencia de nuestros nombres. No está. Atisbo al grupo de amigos que cada fin de semana ríen sonoramente.

—¡Marco!—escucho desde el fondo del establecimiento. Volteo

y un desconocido me llama con la mano. De curioso me acerco. Me alcanza un mandil—¿Qué haces fuera de tu lugar de trabajo?—refunfuña.

—¡Usted está loco!, yo soy un cliente asiduo del bar. No trabajo aquí.

—ja, ja, ja, ja. Estás muy gracioso, apúrate que te esperan.

Doy media vuelta rumbo a la salida, no haré caso a un orate. En la puerta, los vigilantes que me saludaban al entrar y salir, ahora me cierran el paso. Me levantan el peso. Siento sus brazos apretando los míos. No tengo escapatoria. Acepto la lógica retorcida de que lo mejor es recibir el mandil e ir a la barra. Sirvo los gin and tonics, las margaritas y cuanto coctel me piden. Estoy como poseso preparando las bebidas que no hice antes en mi vida. Ningún cliente se queja, sin embargo me observan con miradas inquisidoras.

“Marco Balcázar, ¿Qué estás haciendo? ¡Reacciona!”, me digo.

Tiro las copas y vasos. Las botellas carísimas las hago volar por el lugar. No me importa nada, ni los grandulones centinelas. Armo escándalo. El pulcro lugar queda hecho un desastre, los clientes contagiados por el fragor de mi batalla personal pelean entre ellos. ¡Una hecatombe! Aprovecho la confusión y salgo a la calle que está desierta. Las luces de los faroles dañan mis ojos. Camino hasta que me duelen los pies. Estoy mareado y creo que perderé el conocimiento.

De un sobresalto despierto, estoy tirado en el piso y los rayos del sol queman mi piel.

—Mira. Pobre hombre, tomó hasta desmayarse—dice una señora a su acompañante, muy cerca de mí.

—¿¡Cómo es posible que haya tomado hasta quedar en esta deplorable condición!?—contesta la otra.

—Mejor vámonos—escucho mientras se van cuchicheando.

Me incorporo. No reconozco mis ropas. Ni los zapatos que llevo puestos ni mis manos. Una sombra me cubre de los rayos del sol, es otro hombre que se acerca a mí. Soy yo, reconozco mi cara. Él se reconoce en mí. Ahoga un grito y emprende la fuga.

Corre lo más rápido que mis antiguas piernas se lo permiten.
—¡Marco Balcázar!—grito mientras lo veo alejarse. Estoy con resaca y la cabeza aún me da vueltas.
Meto las manos en los bolsillos y saco una billetera, dentro hay una carta de despedida. Aquel barman pretendía suicidarse pronto. El cambio de cuerpos podría ser una nueva oportunidad para ambos. No lo sé aún. Me incorporo con dificultad y voy hacia mi casa o hacia la suya.

Mirza Patricia Mendoza Cerna (Lima – 1985) Cuentista. Participa con sus cuentos en: 4 Narradores Independientes (Editorial Libre e Independiente – 2020), Relatos de Pandemia (Editorial La Rata Esquizofrénica – 2020), Última Estación (Ángeles del Papel Editores– 2020). Autora del e-book: El curriculum de una ludópata (Editorial Libre e Independiente – 2020). Es parte de la muestra de cuentos peruanos de terror: Tenebra (Torre de Papel Ediciones -Tercera edición —2021) Conforma la antología de cuentos Presbítero Eternos Residentes (Ángeles del Papel Editores – 2021) Participa en la Antología Sombras fúnebres (Ediciones Vicio Perpetuo Vico perfecto – 2021). Es compiladora de la antología ERROR 404: Vínculo no encontrado (Editorial Libre e Independiente – 2021). Autora del libro Tenebrismo (Sexta Fórmula —2021).

La vida de nuestras marionetas

Pilar Rezzano

Me encantaría describir la casa, pero van a pensar que la estoy inventando; tiene una sombrilla verde clavada en el pasto y una cabra que se come lo que planta el abuelo. Las paredes son de madera, las trajeron de Bélgica en un barco. La armaron unos hombres con trajes especiales para no tener que desinfectarla una vez terminada. Dicen que el taladro de la madera, es un bicho que podría afectarla, y eso no es cosa fácil de solucionar.

Adentro la casa es un teatro donde somos actores y espectadores. Cuando vienen los primos traen sus marionetas, incluso los grandes, aunque hayan estudiado en la universidad. Yo no voy a ir a la universidad, prefiero quedarme como soy y no tener que viajar en colectivo. Por eso, vivo en la casa de las marionetas, donde el ruido que hacen las ojotas y el zumbido de los abejorros me advierten que el miedo siempre es poco.

En el jardín se me escapa un barrilete, quiero correr para alcanzarlo, pero me encuentro con el tío Juan, que me avisa que está por empezar la función: el primo de la cama de al lado pregunta por mí. En la familia todos tenemos nuestra marioneta y hablamos entre nosotros con ellas; yo lo llamo a mi primo por su nombre, Ernesto, pero no se levanta. Está siempre acostado en una de las camas, tiene la piel como de cera. El tío cierra las cortinas del cuarto hasta lograr el punto justo de penumbra, ni luz ni sombra, apenas la claridad del día para que sea todo el tiempo, el tiempo de la siesta. Cuando llueve no jugamos. Necesitamos luz natural para estas cosas, la luz eléctrica, la vibración de las lamparitas lo asusta a Ernesto, dice, porque las marionetas son más sensibles que nosotros, por eso las operamos con luz suave y les quitamos la ropa

despacito, y algunas partes se limpian con la lengua como los cerebros con una cucaracha adentro.
Eso también me lo enseñó el tío: un hombre tuvo la desgracia de que se le metiera una cucaracha por la oreja mientras dormía y le llegó caminando hasta el cerebro. Entonces los médicos le cortaron un pedacito del cráneo (que es duro y por eso tuvieron que usar unas máquinas) y, como donde estaba alojada la cucaracha era peligroso para el hombre, no se podía tocar con una pinza, una doctora se la sacó con la lengua; por suerte la cucaracha ya estaba muerta. Eso no es lo que le pasó a Ernesto, es algo parecido. A él, me dijo el tío, le pasó en la panza de la mamá; y ahora, aunque su boca no se mueva, lo único que dice es mi nombre, hace una mueca que yo entiendo, y me pone contenta.
Cuando me mira con su ojo, el único con el que ve, la forma en que lo hace su ser encapuchado y con alambres, viene de una obra pornográfica que preparan con los más grandes. Tío Juan inventa el juego a medida que sucede, lo levanta a Ernesto con hilos para que cuelgue sobre mí: “Agarrala de acá suavecito, así, llevale la pielcita hacia arriba. Hacia adelante y hacia atrás”. Le gusta ver que a su hijo se le para el pito.
Todos en la familia tenemos nuestra marioneta, menos el tío Juan y Ernesto, pero, a decir verdad, no es así: el tío Juan lo tiene a Ernesto, y Ernesto lo maneja al tío Juan.

Pilar Rezzano. Nacida en Buenos Aires Argentina, ahora vivo en Quequén, una ciudad de mar de la provincia de Buenos Aires. Pinto, dibujo y escribo; además trabajo como restauradora en un museo hermoso de fauna marina que está en el Puerto de Quequén, uno de los más grandes del país. He publicado un libro de poesías llamado Del perezoso andar y escribí dos novelas aún inéditas.

Un jour, un amour

Alberto Quero

A Claudio, quien –al fin-
parece haberme contado una historia verídica

Estabas cansada cuando te sentaste en aquel solitario banco. Habías pasado toda la mañana recorriendo la Cité; estuviste, entre otros sitios, en el quai de Montebello, donde compraste un librito sucio, escrito por un poeta desconocido, a un buquinista cualquiera (Vamos, no mientas: admite que sólo lo hiciste para no sentirte avergonzada con tus compañeros de tour; aún hoy, tantos años después no has aprendido a hablar francés y crees que puedes resolverlo todo con el puñado de frases inglesas que te sabes. No, no exageres: tú no dominas el inglés... te das a entender, sí, pero nada más) y después, más perdida que otra cosa, te separaste del grupo y fuiste a parar ahí, a la plaza del Vert Galant. Viste el reloj; era casi mediodía.

¡Ah, París, París! La Ciudad Luz, Lutecia, el centro de la Galia... pensaste en Julio César, en Carlomagno, en Hugo Capeto, en San Luis IX y en Enrique II.

Pensaste en el Cardenal Richelieu, en Luis XIV y por supuesto en la Revolución. Y tú ahí, en esa ciudad gigantesca, histórica, mucho más antigua que tu Caracas. Sí, la misma por donde pasaron Descartes y Pascal, Víctor Hugo y Baudelaire, Mallarmé y Rimbaud, Verlaine y Sthendal, Sartre y Camus; la del mayo francés y la Sorbona... Te sentiste pequeñita ante tanta majestuosidad, te sentiste minúscula, microscópica. Tanto, que ni siquiera notaste cuando él se sentó a tu lado sonriente, esperando que repitieras aquella frase que, aun sin saber qué significaba, tanto le había atraído. (“El amor será obsesivo o no será” dijiste casi sin darte cuenta).

No era un truco; verdaderamente él desconocía el nombre de la lengua en la que habías pronunciado, convencida, tu

definitiva sentencia, suponía, en todo caso, que se trataba de un idioma romance: un idioma romance en boca de una latina (un romance, tu boca) pero ignoraba cuál era. Al menos tenía la seguridad de que no era francés; no porque supiera hablarlo: (él estaba tan extraviado como tú) sino que fue la inexistencia de acento lo que le hizo deducir que ambos compartían la condición de extranjeros.

–Spanish… –le respondiste, aún un poco confundida- it is Spanish.

Te temblaban las manos. Tal vez a causa de lo vertiginoso del encuentro, por la rápida y quizá excesivamente somera presentación personal o por la hora que era. Aunque más probablemente debido al aire extraño y exótico que rodeaba a aquel tipo que acababas de conocer (¡Oh, prodigio inexplicable!: súbitamente dejaste de sentirte cansada)

Fueron horas conversando. Y no te acuerdas de qué, es decir, no detalladamente: hablaron de ti, de él (fue entonces cuando te dijo que era árabe) Hablaron de ambos, de la ciudad, del mundo (¡Ése era el momento! ¿Por qué no le preguntaste más?) Caminaron lentamente, ahí en la plaza. Te dijo que le parecía muy curioso el que ustedes dos, siendo extranjeros no supieran hablar francés y tuvieran que comunicarse en inglés. (Aún había cosas que preguntar, cosas importantes) Sonreíste, no sabías qué decir. Siguieron caminando.

Hablaron de tantas cosas, de tantas… dejaste que él llevara la conversación, que te llevara a ti. (Y tampoco entonces, acuérdate) No querías saber qué estabas haciendo. Y menos qué harías después.

Algo había en él: su conversación, su voz… quién sabe. Algo, algo que te atraía, que te gustaba. Y te dejaste envolver por esa ambigua incertidumbre. Quizá no era solamente él sino también la situación: los alrededores, el contorno, esa fugacidad que presentías, esa posibilidad de lo efímero (Y claro, por primera vez en tu vida no te estabas ahogando en un vaso de agua: querías actuar hacia delante, sin pensar en las

consecuencias) Tras la trigésima vuelta al Vert Galant, se fueron... te fuiste con él.
Visitaron los Campos Elíseos, Notre Dame, la Plaza de la Concordia, subieron a la Torre Eiffel (tú por segunda vez, ya habías estado ahí con el tour) Cerca de Montmartre te dio hambre y comieron algo por ahí (Y todavía sentías que había inquietudes por resolver)
En Père Lachaise estuvieron más tiempo del que recuerdas. Vieron las tumbas de tantos famosos; los celos que sentiste cuando él te pidió quedarse a solas frente a la de Isadora Duncan (y después frente a la de Sarah Bernhardt) se esfumaron cuando te dijo que había sentido un profundo escalofrío frente al sepulcro de Chopin; le dijiste que a ti te pasó igual cuando viste el de Bizet y que Carmen era tu ópera favorita ("L'amour est enfant bohème / il n'a jamais, jamais connu de loi") Se tomaron de las manos mientras caminaban por el Bois de Boulogne. (Ése hubiera sido un buen momento para disipar todas tus dudas) Una vez mñas te dejaste llevar.
Hiciste el amor con él. Sabías que todo iba a terminar en eso, que no iba a pasar de allí (Y eso fue lo que más te gustó...) estabas consciente de todo. Pero en aquel momento no pensabas en eso. Ni en nada, las horas no avanzaban, el tiempo ya no era perecedero, dejaba de ser huidizo, todo se detenía, todo cambiaba, incluso él: en aquel momento ambas a Mahoma, a Gilgamesh, a Avicena, a Aníbal que había bajado de su elefante sólo para ir por ti. Él era, al mismo tiempo, Caracas y el imprecisable lugar del Cercano Oriente en el que había nacido. (No, no es que no te acuerdas: nunca se lo preguntaste) era Estambul la que te besaba, cada una de sus calles, sus mezquitas, sus edificios... era toda Constantinopla, todo Bizancio. A la vez te acostaste con La Meca, con El Cairo y con Bagdad, estuviste con Cartago, con Beirut, con Pérgamo, con Luxor, con Tebas; te rozaba Damasco, Nínive, Mileto y Tel Aviv ¿O era Ankara? Qué importa.
Qué importa si fuiste otomana, persa o cretense, qué importa

si fuiste babilonia, egipcia, yemenita o fenicia, o tal vez hitita, caldea o asiria... qué importa: al final la media luna sobre el Nilo.

No querías despertarte. Ya no lo sentías a tu lado, adivinabas que se había ido. Eso impreciso, que parecía un sueño, una película o simplemente un lugar común en cualquier novela. Aquella aventura (aunque te empeñes en decir que fue un breve pero intenso amor-a-primera-vista sabes bien que no fue sino eso: una aventura que tuviste el último día de tus vacaciones en París), había terminado. Miraste el reloj. A esa hora él debía estar volviendo a su ciudad, a su vida; a esa hora su vuelo debía estar saliendo. Y el tuyo iba a hacer lo mismo menos de una hora después, así que te convenía apresurarte.

Miraste las nubes, las veías correr a través de la ventanilla del avión. Atrás quedaba Francia, a tras quedaba París y el Vert Galant... atrás quedaba él. Se separaron tan rápidamente como se habían encontrado; sin despedidas, sin palabras. Sin inglés

Ni siquiera le preguntaste por qué había ido hasta allá; estabas segura de que no había sido un viaje de placer (¿O sí? No te enfades... sí lo fue: en cierta medida sólo eso fue) Él no iba únicamente a hacer turismo; pero sabes eso porque lo dedujiste de su conversación: por algo te decía que al fin tenía un poco de tiempo libre (¿Libre de qué, de quién?) Pero bueno...

Volviste a sentarte. (Nada ya todo se terminó) Una vez más pensaste en que parecía una película; se te antojaba que ese tipo de situaciones sólo se producían en la ficción: o mejor: no se producían. Nunca.

Quisiste echarle la culpa a él. Pero no pudiste. (Hubiera sido injusto, además) Buscaste razones, motivos, algo que te dijera por qué. (Quizá porque no eres una francesa llamada, digamos... Anne-Marie, porque no eres una femme fatale ni una cabaretera del Moulin Rouge –y, de paso, Tampoco él es Toulouse-Lautrec- sino que eres simplemente una chica contemporánea común, que pasa desapercibida en cualquier

estación del Metro... el de aquí o el de allá: quizá sólo gracias a ti se parezcan Bobigny y Agua Salud. Sea como sea, lo único que te queda por hacer es abrir los ojos y ver que la plaza en la que estás hora no es el Vert Galant sino la de Altamira, que el obelisco que tienes frente a ti no es la Torre Eiffel, que el río que atraviesa la ciudad en la que estás no es el Sena, porque esto no es París: es el Guaire y estás en Caracas) Suspiraste, trataste de pensar en otra cosa. Y tampoco pudiste. (Se terminó porque sí, porque se tenía que terminar. Bueno, si quieres creer que fue por cobardía tuya, hazlo... es muy posible que así sea: te pudiste haber ido con él ¿no?) sólo fue un affaire –te dijiste- algo que tuviste el último día de tus vacaciones en Europa... y que ahora sí (para variar) te estás ahogando en un vaso de agua.

Recordaste otra vez. Pensaste en lo extraña que es la vida. (Claro: la vida es la vida; no es un film, no es una novela... ni siquiera es un cuento corto escrito por un ocioso estudiante de Letras –que jamás ha estado en París- durante los días de una larguísima huelga universitaria con la que jamás estuvo de acuerdo... Eso es todo: la vida es la vida. C'est la vie!) Viste el librito en francés; sonreíste. Diste unas vueltas.

Te sentaste otra vez. Seguías estando cansada.

Alberto Quero. Nació en Maracaibo, Venezuela. Narrador y poeta. Es Licenciado en Letras, Magister en Literatura Venezolana y Doctor en Ciencias Humanas por la Universidad del Zulia. Ha publicado seis cuentarios, dos poemarios y numerosos artículos en el campo de la semiótica y de la narratología.

Ha obtenido varios premios literarios y sus textos aparecen en varias antologías a nivel nacional e internacional.

Es corresponsal literario para Latinoamérica en CKCU FM 93.1 en Ottawa, Canadá

Giuseppe Adami, 57

Caroline Cruz

Doña María es el ser humano más tierno que he conocido. Lo que siento es tremenda gratitud por haberme encontrado con ella y por la influencia que dejó en mi vida, aunque su participación haya sido muy fugaz. Yo tenía alrededor de siete años cuando nos vimos por última vez y me acuerdo de muchos detalles de aquel encuentro, ya que se trataba del funeral de su yerno. A esa edad es así; uno no decide quién se queda o quién se va de su vida y la necesidad de cambiarnos de casa algunas veces en el transcurso de la niñez me desregaló algunas despedidas antes de antes de tiempo y amistades partidas por la mitad. No fue distinto con aquella tranquila señora; una María más entre tantas.

Paradójicamente, aquella mujer afectuosa y de habla mansa estaba casada con Don Aulerindo quien era un viejo gruñón y, posiblemente, la persona más cascarrabias en la historia de la humanidad. Autoritario. Machista. Religioso y estricto con los designios que creía haber recibido directamente de Dios. Aurelindo no hablaba mucho y cuando lo hacía era siempre con otros hombres. A las mujeres, aquellas que no podía evitar, reservaba solamente desdén. Nos consideraba una clase inferior de humanos, independiente de nuestras edades: éramos todas incapaces de ejecutar la más simple de las acciones con eficacia. No nos percibía autónomas o dignas de subjetividad: estábamos todas condenadas a la eterna objetificación. Hombres como Don Aulerindo cargaban la convicción de que salimos de sus costillas para cumplir solamente un rol decorativo en este mundo. A nosotras solo nos resta la esperanza que dicha clase de hombre ya esté en extinción.

La ironía reside en el hecho de que de esta unión no resultó

“ningún hijo varón”, como solía decir él al quejarse, pero sí SEIS hijas.

Los niños, a modo general, recibíamos un trato aún más agresivo. Siempre ríspido, con mucho rechazo y sin ninguna gana de tenernos cerca. “No me gusta que cafumben en mi vaso!”, gritaba. Yo ni siquiera sabía el significado de “cafumbar” para ser sincera. “Les dije un millón de veces que no me gusta cuando cafumban en mis vasos!” y golpeaba la mesa con sus manos pesadas, haciendo tanto ruido que me daban ganas de hacer pipi.

En mi cabeza, Don Aulerindo era el hombre más viejo del mundo. La piel arrugada denunciaba décadas. Muchas. El humor era de quien llevaba siglos en este mundo. Reclamaba por todo, todo el tiempo, y se enojaba por cualquier cosa. Me hacía cuestionar: ¿Don Aulerindo era solamente un viejo más ceñudo que el resto o todos nosotros seríamos como él en la vejez?

Siempre me resultó muy curioso cómo este matrimonio funcionaba. Ella, aparentemente, no parecía tener permiso para dar opiniones y no ponía resistencia ante los tratos secos y, muchas veces, duros. Una noche cualquiera, en una de esas conversaciones de adultos en las cuales los niños siempre paran la oreja, escuché a Aulerindo contar a mi padre cómo había conocido Doña Maria y le explicaba, sin ningún atisbo de culpa, cómo el casamiento se concretizó: “fui allá y le eché el lazo”, fueron las palabras que salieron de su boca y me hicieron cuestionar la naturaleza de mi realidad... ¿habré escuchado bien?

María era una niña de tan solo 13 años cuando el hombre llegó a la hacienda donde vivía y negoció algo con su padre. Don Aulerindo había enviudado recientemente y necesitaba una nueva mujer que pudiera hacerse cargo de sus hijos, casa y del hombre que él era. La niña, que no era nada tonta, arrancó. Salió corriendo porque no quería casarse a los 13 años, menos aún con un hombre tan mayor que ella. Él, 23 años más ágil, se

montó en su caballo, agarró un trozo de cuerda y le echó un lazo.

Descreyente de su trágico destino, María nunca más se rebeló o intentó huir. En un nivel profundo de disociación conformada, se volvió en aquel ser casi inmaculado.

Salieron del sertón de Bahia para formar otra familia en la periferia de São Paulo en los años 90. Allá armaron un mercado pequeño donde se vendía de todo. Panes y volatines compartían el local con gas y aceite de cocina. De un lado organizaron los dulces, las especias y abarrotes diversos. Del otro, productos de limpieza que vendían en botellas de plástico, encendedores y una cantidad absurda de papel. Era el escenario perfecto para un incendio que podía quemar todo el barrio, pero, paradójicamente, el lugar tenía una armonía caótica. De esta forma se ganaban el pan para criar a las hijas. Compraron un terreno y construyeron la casa donde vivían, más otras dos en la parte de atrás del patio. Una de las casas, mis padres arriendaron. La otra estaba ocupada por una de las hijas de la pareja, Carmen Lúcia, junto a su marido, Tío Pelado, que murió al principio de este texto, y sus dos hijos, Letícia y Leo. De manera algo extraña, pero bella a la vez, ellos se volvieron algo parecido a una extensión de nuestra familia. Existía un cuidado general. En la periferia es así, nos cuidamos entre todos para compensar la falta de estructura estatal. Nos cuidamos entre todos para evitar la violencia policial.

Letícia y Leonardo eran los dos pequeños y solo bastaron un par de meses para que desarrolláramos una relación muy cercana con ambos. Un intenso sentimiento de hermandad surgió porque la niñez es campo fértil para las amistades y fue fácil conectarnos. Los juegos de repente se tornaban altamente peligrosos y, de la nada, aquellos cuatro demonios simplemente abrazaban el caos. Me gusta decir que coqueteábamos con la muerte, con la inocencia de quien no la conocía. Sin pensar mucho en las consecuencias de nuestras acciones porque, al final, si sumáramos la edad de todos, no

llegaríamos a los 15 años. En una ocasión, por ejemplo, mi hermana Bruna probó el filo de las tijeras de Mickey que recién había ganado... en la nariz de Leonardo. Tan pronto la sangre empezó a salir, ella me miró y pidió: “Trae confort, ¡por favor!” como si con papel pudiéramos coser la nariz del pobre niño de de nuevo. En otras ocasiones, ocupábamos los neumáticos de la bici como... condimento.

Colocábamos el objeto de modo que las ruedas apuntaran hacia el cielo. Hacíamos girar el neumático con la seguridad de alguien que está haciendo mierda, y mientras este giraba rápidamente, raspábamos las palomitas de maíz hasta que estuvieran lo suficientemente sucias para entonces... comerlas.

La familia sufrió un duro golpe con la rápida y repentina muerte del Tío Pelado. Marido, padre, yerno, y la persona más querida del barrio. El loco era tan querido que se hicieron homenajes en su memoria durante todo aquel año. Hasta hoy no sé cuál era su verdadero nombre y tampoco conozco el origen de su apodo “pelado”, ya que ostentaba un pelo afro bellísimo.

Las verdaderas circunstancias de su muerte igual las ignoro. Algunos sostienen que tuvo un choque térmico mientras entraba en el Billings después de haber comido mucho asado bajo el sol. Otros afirman que se ahogó, aunque supiera nadar. Sea como sea, la noticia de su muerte no tardó mucho en ser difundida y en cuestión de media hora, toda la gente ya sabía lo que había pasado y un luto generalizado se propagó. El día se tornó gris. La mujer del fallecido no hacía más que llorar... parecía dolerle tanto que se quedó completamente incapaz de poner en palabras lo que sentía. El llanto inundó los espacios vacíos y las exigencias sociales se volvieron necesidades superficiales delante de un lamento que necesitaba ser drenado; copioso y desordenado como se siente cuando la muerte nos hace una visita no anunciada.

Leo, el hijo menor, muy chico, por momentos parecía entender el estado de angustia colectiva, pero seguía protegido por el

manto de la inocencia e ignorancia que solo la poca edad nos da. Letícia, la mayor, de la misma edad que yo, no lloraba. Podía, pero no lo hizo. Quedó callada durante todo el funeral. Entendía que nunca más vería su padre y lo aceptó.

- Mira Caro...– me mostró su mano donde se podía ver un dibujo – dibujé a mi padre. – pintaba las partes que se habían borrado por el sudor de su mano - Nunca más voy a lavar mis manos y papá va a estar conmigo para siempre...

No supe qué contestar. Quedamos las dos en silencio, dos niñas que recién habían empezado sus vidas, intentado procesar y entender la muerte con una seriedad que no nos representaba en absoluto.

El golpe más duro pareció sufrirlo el viejo. No escondía las lágrimas...

- La muerte es así... ¡Nada que hacer! – estaba mal, como si nunca hubiera visto a alguien morir antes. - Nada que hacer! Está siempre cafumbando en nuestro cuello - un llanto profundo, de esos que salen de un lugar vacío en el pecho - Cafumba, cafumba, cafumba y un día te ataca por la espalda!

Un grupo de señoras empezó a cantar, pero la voz grave de Don Aulerindo interrumpió el coro y el empezó a decir garabatos al fallecido:

- ¡Maldito! Vas a pagarme por todo...- Parecía borracho, pero él no tomaba, Dios no lo permitía. Verbalizó su resentimiento del embarazo de la hija en su adolescencia, la ausencia de trabajo formal y hasta dijo cosas sobre el local donde decidieron comprar una casa.

- ¡Yo sabía que tu no valías nada! Nunca serviste de nada...- Los demás compartían un silencio incómodo y solo se escuchaba la voz de Don Aulerindo. La viuda empezó a gritar aún más. Tío Pelado se vía triste; no lograba levantarse y defenderse de las palabras tan crueles que se aprovechaban de su sistema nervioso inexistente. Fue entonces cuando percibí que la muerte nada tiene que ver con el muerto.

- ¡Desgraciado! – dijo una otra vez apuntando al ataúd.

Pensaba alcanzar un nivel aún más terrible de enojo. Justo cuando iba a gritar otra ofensa, fue interrumpido:
- LERINDO! – exclamó Doña María mientras se acercaba al marido con una mirada amenazadora – ¡Basta! ¡Basta, hombre! ¡Basta! – Su voz era distinta – Mira a tus nietos que recién perdieron a su padre, si no lo haces por respeto a tu propia hija, ¡hazlo por ellos y deja de espectáculo!
El llanto cesó y hasta Tío Pelado, aunque estático y helado, reaccionó sonriendo ante la voz de la señora que tardó años en salir, pero que al final lo hizo decidida y agotada. La frase navegó por la pequeña sala, tocó las paredes y volvió subiendo por la espina dorsal de Aulerindo, quien susurró que lo sentía y se fue. Doña María siguió sus pasos. Nunca más nos vimos después de aquel día, pero me gusta imaginar que Seu Aulerindo, milagrosamente, dejó de gritar a los pequeños que cafumbaban en sus vasos y con la gente en su entorno y desde entonces, quien pone las reglas del juego es ella.

Caroline Cruz es una escritora brasileña de 33 años asentada en Santiago de Chile desde hace ya ocho. La mayoría de sus escritos son del tipo autobiográfico, pero, de vez en cuando, se permite jugar a retratar la vida ajena; escenas que ha vivido en carne propia o de las que ha sido testigo directa y que le brindan inspiración para escribir sus reflexiones. Caroline reconoce que es la escritura quien la ha salvado, en innumerables ocasiones, de la intoxicación —por cuanto siente a veces vomitar palabras— y de variados sentimientos que la harían enfermar si para sí los guardase. Además de servirle la escritura como medio para luchar contra la profunda cosificación, esta ha sido para Caroline un alero que la protege principalmente de la soledad, pues, cuando escribe, dice sentirse infinitamente acompañada.

Más allá de la razón

Alberto Juárez Vivas

Aquellas ganas de escribir, aquel deseo insoportable por ser un gran escritor, surgió en sus años universitarios cuando dos de sus más íntimos amigos desaparecieron de una forma inexplicable, y al cabo de unos meses los encontraron hechos cadáveres. Y eso que solo fueron reconocidos por el anillo de graduación que ambos andaban. Noches enteras y sistemáticas se las pasaba tratando de asir y ordenar sus ideas, con el único objetivo de ser un denunciante más, de los literatos anónimos, que a través de sus escritos literarios reclamaban el derecho a la vida, el derecho a una sociedad justa.

Sus primeros escritos le brotaron de manera espontánea, pero con la misma rapidez que salía a la luz, los destruía. Se encerraba en su habitación, con todo el esmero posible, y entre hojas y hojas revueltas de tacitas con café cada tres horas y un cenicero repleto de colillas de cigarros, daba rienda suelta a su pluma sin descanso, pero el resultado era siempre el mismo: destruir lo que escribía. En realidad, lo que plasmaba en el papel eran esbozos, simples esbozos carentes de toda realidad literaria. Aquella obsesión crecía peligrosamente, a tal punto que el roce con su familia lo aisló por completo. Una idea enfermiza lo separaba del todo. En su habitación se sentía más libre. Una lámpara blanca, una cama desordenada y un escritorio con hojas sueltas y lápices y libros eran el único mundo que lo contemplaban y lo compadecían. Aquella atmósfera era pesada, ambigua y repugnante.

Cierto día desayunándose con un café negro bien cargado, y fumándose un cigarrillo, encontró en un rincón de sus pensamientos la tranquilidad de su búsqueda. Escribiré un libro como nadie escribió jamás. Eso es… un libro, pensó tan

seguro de sí mismo que una sonrisa anormal y estúpida asomo irremediablemente a sus labios. Sacó del ropero las remas de papel que desde hacía tiempo tenía guardadas, una caja de lapiceros y los puso al borde del escritorio. Inició así un ritual sin precedente, atrapando cada idea, cada concepto con el único deseo sustancioso de escribir sin parar. Para aquel hombre no existía mundo exterior y el esfuerzo que empleaba para tal fin, lo había privado hasta del alimento. Sentado con la mirada clavada en el papel y la mano en un movimiento constante, había olvidado hasta de asearse, que la habitación desprendía un olor a desechos como si se tratara de desperdicios de comida, mezclados con el aceite rancio de latas de sardinas. Al cabo de dos meses, una madrugada en que se lavaba la cara (esa se había convertido en la manera de limpiarse un poco) se miró en el espejo el rostro y el cuerpo cubierto por miles de letras escritas con tinta negra, era como un abecedario escrito cientos de veces. Se asustó y sin embargo, pensando que podría tratarse del agotamiento, retornó tranquilamente a su faena interminable. Cuatro meses se desvanecieron como una burbuja, y en aquel sitio de locura y tedio, sobre el escritorio de madera, miles de hojas escritas parecían moverse como si se apoderaran de vida propia, mientras aquel hombre parecía perderla… su rostro casi cadavérico, debido al desvelo y la falta de alimento, daba la impresión de haber sido sacado de una película de terror. Se había convertido en un despojo humano.

—Casi lo logro, oh sí, casi lo logro –gritó una noche cuando se disponía a darse un descanso. Y fue al día siguiente frente al mismo espejo, observó que en vez de cabello tenía cientos de lápices parados, solo lápices tenía en la cabeza. Y pensando que se trataba de una alucinación, se arrancó un lápiz, sintiendo un dolor agudo, entonces no tuvo dudas, sobre su rostro corrió tinta, en virtud de sangre. Se observó unos minutos más, embobado y entupido, alzó los hombros con indiferencia, restándole importancia a lo ocurrido, y se dirigió

de nuevo a su habitación a encerrarse para siempre.

El tiempo siguió succionándolo todo, con ese odio razonablemente repartido. El invierno agotó su linaje, humedeciéndolo todo y alborotó los olores de los alrededores a tal grado, que más de un transeúnte se cubría la nariz con un pañuelo.

Cuando los vecinos del lugar comenzaron a sentir un olor a mortuorio que provenía de la casa, crearon diversas especulaciones, unos pensaban que se trataba de alguna rata muerta, otros que se había roto algún tubo de las aguas negras. Lo cierto es que luego de una breve reunión, los vecinos decidieron averiguar lo que sucedía. Tocaron suavemente la puerta de la casa con el puño de la mano. —Hola, ¿hay alguien ahí? Después de casi una hora sin recibir respuesta, forzaron la puerta con un tubo de hierro. Penetraron al lugar. Se encontraron con un desastre inconcebible. La suciedad del polvo cubría todos los rincones. Los muebles de la casa, las vitrinas y las paredes estaban cubiertos de telarañas. En el lavaplatos había muchas tazas con residuos de café invadidas de cucarachas. —Esto es extraño –dijo alguien. —Da la impresión que aquí no vive nadie desde hace meses –terminó balbuceante sus palabras, y casi a punto de vomitar preguntaba: —Y ese olor tan terrible, ¿de dónde viene?

Se dispersaron por toda la casa, buscando la procedencia de aquel aroma tan pestífero, hasta que uno de ellos, al abrir la puerta que conducía a la habitación, tapándose la nariz, llamó a gritos a sus demás compañeros. Todos se acercaron corriendo y al llegar, el asombro de sus rostros, de misterio y confusión. En el lugar encontraron un escritorio repleto de papeles, ropa tirada en el suelo, colillas de cigarrillos también regadas por todo el lugar, pero no había nadie, excepto algo que los dejó boquiabiertos, con las pupilas dilatadas, por aquella impresión que jamás olvidarían: sobre la cama yacía un libro gigante aproximadamente de seis pies de largo,

reposando, soltando aquel olor como si se tratara de un muerto.

Alberto Juárez Vivas, (1964. León, Nicaragua) poeta, escritor, promotor cultural y fundador del grupo Espjo (Escritores y poetas jóvenes de la ciudad de León), creador, director y fundador del programa cultural en radio y televisión «Noche Inolvidable». Promotor de la lectura y la escritura creativa. Integró el equipo de escritores de Acic para la implementación de la metodología Leo, comento, imagino y creo en asocio con VISION MUNDIAL. Libros: INFIERNO CLANDESTINO (editorial universitaria 2012) SOMBRAS DE LA GUADAÑA (Tres novelas cortas, editorial PENSAR 2017), YUREN Y OTROS CUENTOS (Narrativa infantil), HORA QUEBRADA (Poesia). Su obra se contempla en dos antologías del grupo espjo realizadas por la editorial universitaria, en 18 voces de la narrativa contemporánea nicaragüense, Revista HILO AZUL. Ha publicado en revistas y periódicos nacionales e internacionales y brindado conferencias y charlas motivacionales de lectura y escritura creativa en instituciones educativas del país, así como recitales a nivel nacional e internacional. Su obra INFIERNO CLANDESTINO fue motivo de ponencia en la universidad de Colorado, PONENCIA ECOLOGICA EN LA POESIA CONTEMPORANEA NICARAGUENSE.

¡Arrivederci Roma!

Rodrigo Miguel Quintero

Las cosas cotidianas tienen magia. Están ahí, a punto de sucederse y estallar. Ese día tocaba limpiar la casa y salir en auto a la ciudad. Con mi mujer siempre buscábamos el tacho de basura más cercano. Por lo general, eran de todo menos cercanos.

- ¡Gordi subí y poné en marcha el auto! - decía Cecilia con su entusiasmo tan de ella.

Salíamos a duras penas. El espacio de entrada era minúsculo y siempre sobresalía un costado del auto, luego se estrolaba brusco contra el suelo haciendo ruido.

En esa época paseábamos mucho por la ciudad. La “basura” era una regia excusa. Íbamos por los mejores barrios, disfrutábamos el hecho de tener el clásico horizonte de un centímetro tan cerca. Podíamos admirar ese horario en que las ciudades no despiertan, luces a medio prendidas del día anterior, el motor rugiendo entre cuadras y veredas desiertas. La temperatura en invierno requiere llevar algo más de ropa encima. La calefacción del auto siempre al palo. ¡El encanto de los pueblos andinos!

El único basurero que teníamos a mano era el del basurero municipal. Los demás siempre estaban repletos y asquerosos. Daba cosa hasta verlos de lejos. Teníamos que ir a la verdulería de “Don Pocho”, comprar frutillas y berries de estación. La carnicería era paso obligado. Nada trascendente se cocina si no fuiste antes a la carnicería. Lo mejor siempre quedaba para después.

Era un lindo pueblo, la vida por acá es tranquila (a veces demasiado). El frío curte pero no mata, dicen. Seguimos tramo. Es raro como se ve el auto y el paisaje en movimiento. El

perfecto ocurrir y transcurrir de las cosas. Lugares que aparecen, siguen su marcha, se van y otros vienen. Empieza a pesar muy fuerte la rutina de vivir... bueno, de sobrevivir.
-¡Llegamos gordito elegí una y dale con todo! - me susurraba Cecilia con su mirada grande y sus ojitos azules muy brillantes.
- ¡Siento la adrenalina! ¡Ahhhh!
- Pedí un deseo antes - me dice.
Extiendo, presiono, pienso un minuto y luego lo concreto. Dicen ahora que los pensamientos crean la realidad. Hoy es el código Da Vinci, antes era Buda. Ahora, soy yo, en este pueblo del sur argentino, en ese hastío helado de invierno. Cierro los ojos, materializo y bum... arrojo la primera botella vacía de vino del domingo pasado. Ese domingo tan especial porque vino a verme mi hermano que vive en CABA después de tres largos años y una pandemia.
La botella se estrella con furia entre la pared de una vieja construcción. Una vieja planta recicladora de papel. Saltan los vidrios y el culo de la botella cae sentado.
-¡Bien gordito se va hacer realidad tu deseo! - dice con una felicidad inocente.
Sonrío. Ella me sonríe. Afuera empezó la fresca. Se te congela el alma. Mi aliento se vuelve humo. Nos miramos un minuto. Subimos al auto. No digo nada. Ella tampoco. Arranca y seguimos andando mientras la carretera desaparece, la planta recicladora se aleja y nosotros también.

Rodrigo Miguel Quintero. Traductor, profesor de inglés, poeta y narrador. Vive en Patagonia argentina. Finalista de “Mundo literario 2004”, disertante en “II encuentro de poetas latinoamericanos”, 1° premio municipal por “La máquina de sueños” (novela), premio Honorable Consejo Deliberante (poesía) y mención honorífica del Centro Gallego (guión), finalista del concurso cuento breve "Las sombras del amor y la muerte 2021" otorgado por el Centro Hispanoamericano de Fomento de la Literatura, entre otros. Coordina y dirige talleres de lectura y escritura online.

Un cuento fantástico

Montserrat López Alsina

Cuando Elena dictaba su curso de Literatura Fantástica, a medio semestre le gustaba mandar a sus estudiantes a escribir un cuento. De esta manera era fácil darse cuenta quién estaba entendiendo en qué consistía el género. Le daba especial placer leer los cuentos de los buenos estudiantes, pues casi invariablemente también resultaban bastante entretenidos.

Aunque era extremadamente tarde, quiso leer un par de cuentos antes de acostarse. Los habían entregado el día anterior, pero ella no había tenido tiempo ni de mirarlos. Seleccionó de entre el montón el cuento de un estudiante particularmente bueno, Fausto Pérez. El cuento se titulaba "Un cuento de fantástico", le molestó un poco la falta de originalidad he hizo una nota mental de mencionar la importancia de los títulos la siguiente clase. Para mayor sorpresa de Elena el cuento era extremadamente breve, dos párrafos a lo mucho. El cuento hablaba sobre un muchacho que al salir de una clase en la universidad se iba con sus compañeros a la playa, entraron a nadar en el mar y él se ahogó. El cuento no tenía nada de fantástico. Lo volvió a leer. Tampoco era muy interesante ni despertaba en ella ninguna emoción. Lo leyó por tercera vez. Nada. Estaba sorprendida, Fausto era excelente alumno y parecía no solo entender sino además realmente disfrutar la clase. Podría haber apostado que el cuento de Fausto Pérez sería el mejor de todos.

Empezó a escribir al pie del cuento: "Este cuento no pertenece al género fantástico. Debes procurar causar un escalofrío, una emoción fuerte, una reacción de sorpresa e incredulidad en el lector" se quedó pensando cómo seguir. El celular que estaba junto a la pila de cuentos sonó y Elena contestó

inmediatamente, temiendo una mala noticia por la hora de la llamada.

—¿Aló, Elena? —Era una de sus amigas del yoga, Alejandra. No se habían visto en dos meses.

—Ale, ¿qué pasó?

—Elena, perdón por llamarte a esta hora. Mi cuñado Juan Carlos falleció... —Se le quebró la voz.

—¿Qué? ¡no! Qué pena, ¿estás bien? ¿tu esposo está bien? — Elena se sintió un poco tonta pero no sabía qué decir. Ella no conocía a los cuñados de Alejandra, sabía que tenía dos y eran bastante jóvenes, pero no sabía ni sus nombres. Sintió un segundo de pena por su amiga que debía afrontar esta situación y al parecer no sabía cómo, que la llamaba a ella que no tenía nada que ver con el asunto.

—No. Imagínate como estamos. Muy golpeados y sorprendidos. Me tocó la horrible tarea de avisar a las personas. Además, te llamo porque Juan Carlos era tu estudiante en la universidad. Estaba tomando tu curso de Literatura, ese sobre las historias fantásticas.

Un escalofrío y un mal presentimiento se apoderaron de Elena. Ya sabía quién era. Juan Mena. Resulta que se llamaba Juan Carlos. El chico callado que se sentaba con Fausto Pérez, su alumno estrella. Alejandra seguía hablando:

—Fue muy extraño, parece que hoy salieron de la universidad y como es viernes deciden irse de viaje a la playa, así sin avisar ni llevar maleta ni nada. Y llegan directo a meterse en el mar y había aguaje y... se ahogó... ¿me estás escuchando?

Elena no la escuchaba, con las sienes latiendo y la boca seca, sus ojos trataban de enfocar las palabras del comentario que había empezado a escribir en el cuento de Fausto Pérez.

Montserrat López Alsina nació en New Orleans y creció en Riobamba, Ecuador. Ha dedicado buena parte de su vida profesional a la literatura. Obtuvo un B.A. de The George Washington University en Literatura Anglosajona y un M.A. de University of Florida en Literatura Hispana. Posteriormente

obtuvo el título de Máster en Libros y Literatura Infantil y Juvenil de la Universidad Autónoma de Barcelona. Actualmente cursa el Máster en Narrativa de la Escuela de Escritores de Madrid.

¡Ay, virgencita!

Luna del Castillo

¿Dónde estoy?, ¿por qué lo veo todo negro? No puedo abrir la boca, ni los ojos, menos que menos siento las piernas o mis brazos. En estos momentos lo único que me funciona es el oído, el olfato y el tacto, parezco una ciego muda al mismo tiempo, no hay peor manera de saber lo que padece un discapacitado. Todo indica que mis ojos y mi boca están cocidos y para rematar un pequeño hilo de sangre cae por mi cachete. Me duele la cabeza y me arden las heridas, ¿quién fue?, ¿qué pasó?. Ahora eso es lo que menos importa, debo ver la manera de salir de este problemón y luego le meteré un piñazo al cabrón que me hizo esto. Respiro, no hay nada a mí alrededor, como si un agujero negro me hubiera jalado hacia lo más profundo de sus entrañas.

Primer escenario

Oigo el siseo de una serpiente, el rugido de un león y a lo lejos las réplicas de un mono, no se mucho de animales, las clases de biología no son mi fuerte y el profesor es un reverendo pesao, pero espero, por la Caridad del Cobre, que no sea un gorila. ¿Qué es peor, morir envenenada, aplastada o comida y digerida por un gato?, ninguna me cuadra, aunque a fin de cuentas el ganador será el primero que llegue a su presa.

Una brisa, como esas que a veces llegan sentada en el patio de mi casa, me refresca la mollera; ¡no!, si mi pelo es largo, ni Rapunzel me hace nada (como dice mamá).

¿Dónde está?, ¿por qué lo cortaron? y más importante aún, ¿quién lo hizo?. Ahora entiendo a la profe de Español cuando nadie le responde en las clases, esto es frustrante. Quisiera llorar, pero me voy a lastimar las costuras, ojalá papá estuviera aquí para pedirle ayuda.

Segundo escenario

¿Y ahora qué?, el oleaje del mar me sorprende, luego de unos minutos que parecieron días. En medio del océano no hay otra opción que ahogarme o peor aún... no quiero ni pensarlo. El sol me da en la cara y cierro más los párpados. De pronto, golpean mi oreja derecha, por Dios, lo que temía, un tiburón. ¡Ay, virgen santísima!.

Tercer escenario

—¡Ah!— el grito de una mujer, el ruido de motores y pasos en la acera. Estoy en la ciudad, ojalá alguien se apiade de mí, ¡gracias virgencita, gracias, si salgo de esta te juro que te cortaré tres girasoles y los llevaré a un río para encomendártelos!. Después de un rato siguen los sonidos y ni una palabra. Me vuelve a doler la cabeza y una pequeña lágrima se escapa.

Cuarto escenario

Una sierra resuena en mi oído, con un leve susurro —Fabio.

¡Qué!, no, no, no....

Claro, no pudo haber sido otro que él, no hay otra persona con suficientes motivos para hacerme algo como esto. En la escuela, la heladería, con mis amigos, en el portal de mi casa, hasta en el teléfono cuando me llama y escribe insistentemente. En todas partes lo encuentro y siempre con lo mismo.

—¿Qué te cuesta?.

—Buenas son las ganas que tengo de sacarte.

—No, no, no y no, no quiero salir contigo, no quiero estar contigo. Qué parte todavía no entiende, no me gusta, ni antes, ni ahora, ni nunca, de qué manera voy a decírselo. Es increíble lo que hacen por un poco de atención.

Dicen que cuando estás cerca de la muerte la vida te pasa frente a los ojos como una película, el primer recuerdo que me viene a la mente es una discusión con mis padres antes de ir al pre, quizás debí disculparme con ellos o aunque sea llamarlos y preguntarles por su día. Mi mejor amiga, con ella si la cagué, desde el Cabo de San Antonio hasta la punta de Maisí, su novio

le pegó unos tarros que se enteró toda la escuela y si le hubiera avisado con tiempo, tal vez fuera distinto. Mis abuelos, hace tiempo que no los visito, siempre trato de buscar un hueco, pero se me olvida o lo dejo para otro día, ahora mismo quisiera un pedacito del flan de mi abue.

—Es para endulzarte la vida mi niña.

Tantas cosas y tan poco tiempo. En este minuto el lugar donde vivo no me parece tan malo, extrañaría sus calles rotas. Extrañaría el griterío matutino, con los últimos chismes, de una casa a la otra. Extrañaría al vendedor de las galletas saladas con sabor a mantequilla y su voz grabada, tan alto que molesta la tranquilidad del barrio, pero más aún extrañaría ir con mis panas a la heladería de la esquina.

Un apretón me saca de mis pensamientos y de la nada, sin previo aviso, abro los ojos llenos de lágrimas y la nariz con mocos. La profe se preocupa, algunos compañeros se ríen y la de al lado quiere acompañarme al baño. Del nerviosismo salgo del aula y me voy corriendo a mi casa, cierro la puerta del cuarto y lloro. Más tarde mis padres entran, fatigados, me abrazan e intento decirles que les amo y me perdonen por mis contestas. Paso un rato por casa de mis abuelos y devoro un buen trozo de pudín.

—No sé por qué, pero pensé que vendrías.

Mi abuela siempre con sus presentimientos. En casa de mi amiga nos reconciliamos y fuimos a tomar helado. Hablamos y la puerta de la entrada se abre, casi por instinto veo quién entra, tan calmado, Fabio. Los pelos se me erizan y mi corazón retumba igual que una locomotora, me mira, pide un barquillo, me observa de reojo, coge su pedido y se va sin voltear atrás.

—¡Hey!— chasquea los dedos —¿a dónde te fuiste?.

—¡Qué!.

—Te estoy hablando hace rato y no me haces caso, estás de madre.

Melissa Barrios Lorenzo, utiliza el seudónimo de Luna del Castillo. Reside en La Habana, Cuba. Cursa el último año de

Ciencias de la Información, en la Facultad de Comunicación de la Universidad de la Habana (UH). Ha participado en concursos de literatura, principalmente en la categoría de cuento, relato y microrrelatos, tanto a nivel nacional como a nivel internacional.

Maleza

Guillermo Martínez

Hace tiempo vivía con una chica en la ciudad. En aquella época yo aún no trabajaba, me dedicaba a jugar a las cartas y a salir por ahí, trataba de disfrutar la vida. Residíamos en un piso alquilado por ella, cerca de la playa. En general, la mayoría de nuestros vicios eran pagados por su tarjeta de crédito. A mí no me importaba, sabía que era atractivo y me aprovechaba de eso. Ella era unos años mayor que yo, así que estaba encantada con el aire fresco que le insuflaba a su existencia. Aunque no todo eran alegrías. Cuando algo no le gustaba y se ponía de mal humor, cosa que podía suceder a menudo, yo simplemente cogía el coche con la excusa de ir a buscar trabajo y desaparecía de la ciudad. Me encantaba conducir ese viejo trasto. Estaba equipado con un equipo de música un poco retro. Tenía una colección de discos de lo noventa que ponía a todo volumen. Nirvana, Pixies, Sonic Youth, cosas de ese palo. Iba hacia alguna playa y me sentaba a la sombra de un árbol a leer y a fumar o buscaba un bar de pueblo en el que tomar unas cervezas.

Uno de esos días en que a mi novia se le cruzaron los cables, se me ocurrió conducir por la carretera del campo de golf. Era casi imposible cruzarse con alguien y las vistas en el mirador eran geniales. Me puse a cambiar un CD, dejé de mirar la calzada por un segundo. Entonces noté un ruido, algo había impactado con el coche. Aparqué a la orilla y me bajé temblando. Al lado del quitamiedos un ciclista yacía en el suelo. Estaba inmóvil, su cuello mantenía una torsión imposible. Me puse nervioso. Traté de pensar qué podía hacer. Tenía miedo de que llegara alguien y me hicieran culpable de todo. El tipo había muerto a causa del golpe, pero no había sangre ni ningún otro resto por el suelo. Cogí la bicicleta y la

tiré por la orilla de la carretera. Había muchos metros de caída que iban a dar a un frondoso matorral y a una arboleda que formaba un pequeño bosque. Luego hice lo mismo con el cuerpo. El ciclista aún estaba caliente y empapado en sudor. Al menos llevaba unas gafas de sol que tapaban sus ojos. Después de lanzar al tipo eché un vistazo. La maleza se había tragado todo como si fueran arenas movedizas.

Tuve que seguir conduciendo hasta la cima, pues no había manera de dar vuelta antes. Arriba había un todo terreno y una pareja que se daba carantoñas en un banco. Ni siquiera me bajé. Esperé un minuto agarrado al volante hasta que tuve fuerzas para maniobrar y salir de allí. Cuando pasé por el lugar del accidente comencé a temblar y no paré hasta llegar a la ciudad.

Dejé el coche lejos de casa y fui caminando mientras no paraba de fumar. Miraba en todas direcciones, pero la verdad es que nadie me seguía. Era mi cabeza, jugándome una mala pasada. Casi todas las cosas malas están en nuestra cabeza. Los problemas, quiero decir. Al entrar en el piso vi a mi novia. Estaba tirada en el sofá. Fumaba algo de mandanga mientras veía una serie de Netflix. Puso una cara rara al verme.

-Cariño, ¿estás bien? Parece que hayas visto a un fantasma.

-Estoy algo mareado. Voy a darme una ducha.

Me desnudé en el baño y abrí el grifo. Froté mi cuerpo con una pastilla de jabón hasta hacerla desaparecer por completo. Como si eso fuera a borrar lo ocurrido. Volví al salón sin vestirme y me senté con mi chica a fumar.

-¿Qué tal las entrevistas de trabajo? ¿Ha habido suerte?

-Ha ido como la mierda.

Tenía la impresión de que si me miraba a los ojos se enteraría de todo. De que vería toda la secuencia del accidente. Así que solo se me ocurrió desnudarla y hacer el amor con ella allí mismo. Era la solución que tenía cada vez que no me interesaba escuchar lo que ella decía. Me sorprende que pudiera, dado lo hecho polvo que estaba.

Al día siguiente llevé el coche a un taller de las afueras. El golpe con el ciclista había sido lo bastante sutil como para no dejar una gran marca. Me arreglaron el rasponazo. Quedó tan bien que me animé. También les pedí que lo pintaran de otro color. El tipo se disculpó, era algo que no podían hacer en el día. Temí que me vieran actuar de forma nerviosa así que me fui. Volví a aparcar lejos del piso. De camino compré unas botellas de vino y algo de verdura y carne picada. Preparé un plato de pasta para cenar que encantó a mi novia y después nos acostamos borrachos como cubas.

Los días siguientes me dediqué a mirar la prensa exhaustivamente. Como escusa, le dije a mi chica que estaba buscando información para una inversión. Leía las páginas de sucesos, las noticias regionales y también miraba en los buscadores de internet. Me reía imaginando lo que pensaría alguien que leyera mi historial de Google. Las últimas palabras buscadas eran ciclista, accidente o campo de golf. Resultaba muy delatador.

Y sin embargo nadie parecía tener información sobre un tipo en bici desparecido, no buscaban el cuerpo ni se había generado inquietud al respecto. Era como si aquello nunca hubiera ocurrido. Yo mismo llegué a pensar que todo había sido un mal sueño.

Unos días después fui al casino a participar en un torneo de póker. Sabía que tenía posibilidades de ganar. Aguanté las primeras manos y todo hacía presagiar una gran jornada, sin embargo me eliminaron antes de llegar a la mesa final. Me lie en un mano a mano con un ruso que jugaba con gorra y gafas de sol. Pensé que era un primo que faroleaba y que le que podría ganar con mis dobles parejas. Lo cierto es que la cagué. Aún me costaba mantener los nervios en su sitio. Ahogué mi rabia en los bares de Cimadevilla entre copas y polvos blancos. Volví a casa a la hora que dan esos programas de cotilleos en la televisión. Mi chica estaba tumbada en el sofá con un peta. Le di un beso en su boca con aroma a tabaco y me dispuse a

pegarme una ducha, cuando sus palabras me interrumpieron.
-Es terrible lo que le ha pasado a esta chica. Terrible.
-¿Cómo?
-La pobre está sola en la ciudad, sin amigos ni familia. Su novio ha desaparecido. Salió a dar una vuelta en bici y ya nunca volvió a casa.
Miré la pantalla con atención. La cara de aquella mujer, su desesperación. Pedía ayuda a cualquiera que tuviera alguna pista. Pusieron una foto del ciclista, era un muchacho extranjero unos años más joven que yo. Y lo peor era que la chica estaba embarazada.
Aquella noche me volví a emborrachar. Estuve en los bares del puerto buscando camorra. Forcé una pelea con un tipo que no quería problemas y después dejé que me zurrara. Al volver a casa sangraba por la nariz y tenía un ojo amoratado. Mi novia estaba muy enfadada por todo el dinero que había despilfarrado. Esperé a que acabara de reñirme y romper cosas. Estaba deseando irme a dormir.
Me enteré por la prensa de que la novia del ciclista trabajaba en una cafetería de estilo retro que había por el centro. Se llamaba Pétalos. Estaba decorada como en las películas. Gramola, mobiliario de color rojo y baldosas negras y blancas. Fue fácil dar con el lugar. Un día me armé de valor, entré y esperé a que ella me atendiera. En la solapa ponía su nombre, Molly. Tomé un café y un bollo de canela y estuve allí un par de horas.
Empecé a ir todas las tardes, no sé por qué lo hacía. Creo que me obsesioné. Solo entraba si veía que ella estaba trabajando. Siempre pedía lo mismo, llegó un momento en que no tenía que decir nada, directamente me lo servía. Trataba de sacarle conversación sobre temas banales. La chica se veía triste y muchas veces tenía la mirada perdida. Aunque no era guapa al modo de las chicas de las revistas, había algo en ella que llamaba la atención. Quizás fuera su fragilidad. También empezaba a crecerle la barriga, pero alguien que no la

conociera podía pensar que simplemente había engordado. Al acabar esas visitas pasaba por un supermercado que había de camino a casa. Compraba unas latas de cerveza y una botella pequeña de algún licor, y me pasaba las noches fumando y bebiendo.

Mi novia empezó a cansarse de que no saliéramos de fiesta ni a hacer cosas juntos. Se apuntó a un club de atletismo y empezó a correr todos los días. Compraba fruta y verdura y hacía zumos de color verde que olían fatal. Incluso dejó de fumar porros.

Una tarde que estaba en el Pétalos tomando ese horrible café, llamaron a la chica por teléfono. Contestó y se echó a llorar. En ese momento había pocos clientes y Molly no tenía más compañeras en el bar. No sabía que hacer. Me levanté y fui hacia ella.

-¿Estás bien?

La chica lloraba y se tocaba la barriga. Negaba con la cabeza.

-Han encontrado a mi novio.

Me abrazó tan fuerte como pudo. Sentí como me ruborizada. Llamó por teléfono y al poco apareció la encargada. Molly tenía que ir a identificar el cadáver, pero no quería ir sola. Nadie podía acompañarla en ese momento. No era de la ciudad, su familia vivía muy lejos y ninguna compañera estaba disponible. Me ofrecí a ir con ella. Las chicas me conocían de verme tomar café. En los últimos tiempos me había convertido en un buen cliente del Pétalos. Un tipo tranquilo que pasaba las tardes allí, sin levantar la voz ni llamar la atención. Parecía de fiar.

La acompañé a la morgue. Fue una sensación rara llevarla precisamente en aquel coche. Puse un disco de Rem. Los policías fueron muy amables con ella. Entró con un oficial vestido de paisano y salió muy traumatizada. El cadáver estaba en avanzado estado de descomposición. Le dijeron que su novio tuvo una caída en la carretera del faro. Había salido despedido por encima del quitamiedos y el golpe le rompió el

cuello. Un accidente. Unos maderistas encontraron el cadáver por casualidad. Sentí un gran alivio al escuchar aquello, no contemplaban ninguna otra posibilidad.

Luego la llevé a su casa. Vivía en un pequeño piso del centro. Estaba desordenado. La chica se tumbó en la cama. Estuve ojeando las cosas del ciclista y las fotos de la pareja que había por ahí. Debían de ser novios desde la adolescencia. Luego fregué los cacharros de la cocina, barrí el salón y limpié un poco el polvo. También recogí la ropa sucia que había esparcida por la casa y puse la lavadora. Cuando se levantó aún tenía jaqueca. Me preguntó si me importaba pasar la noche con ella. Se sentía sola, no me pude negar.

Salí a hacer una pequeña compra que pagué con la tarjeta de mi novia. Preparé una ensalada para cenar, cosa que hicimos en silencio. Luego estuvimos en el sofá con la tele puesta, la chica apoyó la cabeza en mis piernas y se durmió. Me pasé la noche despierto, pensando en lo absurdo de esa situación.

Al día siguiente me dio las gracias cien veces. Apuntamos los teléfonos y nos despedimos. Volví al piso temiendo la reacción de mi pareja. No le dije que iba a pasar la noche fuera y había puesto el móvil en modo avión. Nada más entrar en la casa noté algo raro. Se había llevado todas sus pertenencias. Ropa, productos de higiene personal, incluso la Play Station. Había una nota encima de la mesa de la cocina donde decía que podía quedarme hasta fin de mes porque ya estaba pagado. Luego sería cosa mía seguir abonando el alquiler o irme de allí.

Conseguí unas cajas donde fui guardando mis cosas. No quería dejarlo todo para última hora. O buscaba un trabajo de verdad o volvía a casa de mis viejos con el rabo entre las piernas. Mientras tanto iba todos los días a ver a Molly. En la cafetería le dieron unas merecidas vacaciones. Empecé a ayudarla con lo que podía. Íbamos a la playa a pasear por la arena, le hacía la compra e incluso la acompañaba al médico. Era algo perturbador, y lo paliaba bebiendo a escondidas.

Acabé llevando mis cosas a su piso como solución temporal y

empecé a dormir en el sofá. Hacíamos una especie de vida de pareja en todos los aspectos menos el sexual. Ella necesitaba a alguien en quien apoyarse en esa fase del embarazo y yo necesitaba hacer algo con toda esa culpabilidad. Antes de que acabaran sus vacaciones le pedí que me acompañara a ver a mis padres. Iba a tratar de que me soltaran pasta, y pensé que lo mejor sería ir acompañado por una tía preñada. Hicimos las dos horas de viaje en silencio, escuchando música.

Cuando llegamos a la enorme finca se quedó maravillada. Aparcamos delante del chalet. Mi madre me cubrió de besos. Casi le dio un infarto al ver a Molly embarazada. Le conté la historia, cosa que cambió su semblante. Incluso ablandó a mi padre, que hasta entonces seguía obstinado en no hablarme. Después de comer dimos un paseo el viejo y yo. Sacó unos cigarros y nos sentamos a la sombra de un árbol. En seguida entendí que se había hecho una idea distorsionada de la situación. Era algo que me podía beneficiar, así que no dije nada.

-Pensé que vendrías a pedir dinero para seguir con tus vicios. Pero veo que has cambiado. Lo que estás haciendo, encargándote de esta chica y actuando de manera responsable, no sé, me ha hecho pensar.

-No es necesario que diga nada sobre eso, padre.

-Quiero que me escuches. He invertido dinero en unas propiedades. Necesito a alguien de confianza para que gestione las ventas por mi. Creo que eres la persona adecuada.

Nos dimos la mano y fumamos en silencio.

Molly dejó su trabajo y nos fuimos a vivir a un bonito piso que tenía vistas al puerto. Yo me iba a trabajar por las mañanas. Aunque era muy aburrido, el trabajo era sencillo y ganaba mucho dinero. En realidad la parte complicada ya estaba hecha. Por las tardes íbamos a pasear con alguna de sus ex compañeras y bebíamos infusiones o refrescos sin azúcar.

Todo el mundo estaba orgulloso de mí. Mi familia, mi nueva pareja, mis nuevos amigos. Todos menos yo. Sabía que todo

estaba cimentado en una horrible mentira. Una mentira cuya naturaleza hacía que me consumiera por dentro, que tenía a todos lobotomizados y les hacía ver lo que deseaban, y solo esperaba que cuando naciera el bebé tuviera las fuerzas necesarias para seguir mintiendo.

Guillermo Martínez nació en Madrid, en 1983. Cursó estudios en la Universidad de Oviedo, la cual abandonó antes de licenciarse. Ha publicado sus relatos en antologías de concursos, como el Antonio Trueba, el concurso de la Biblioteca de Almería o el certamen internacional Cuando Puedas. También se pueden leer sus relatos en las revistas digitales Almiar, El Coloquio de los Perros o El Caminante.

Yo soy el escritor

Víctor C. Drax

Yo soy el escritor. Construyo gente falsa para que sea querida, odiada, despreciada, amada y amigas de gente real. Observo a la vida a mi alrededor, cómo suenan las cosas, cómo se mueve la gente, cómo se habla, cómo se piensa, cómo se actúa, porque eso me permitirá retratar mejor al mundo real en mis historias. Antes, escribía historias de terror. Ahora escribo de lo que sea. La literatura da para todo. Es la mentira que nos permite llegar a la verdad.

La gente en mi casa me pregunta por qué paso tanto tiempo escribiendo. Por qué no me puedo levantar para ir a comer. Por qué tengo tiempo para escribir y no para otras cosas, "más importantes". A dónde pienso que voy a llegar con esto. Los escritores mueren pobres. No eres drogadicto, homosexual ni delincuente, ¿de qué vas a escribir?

Asiento. Lo que tú digas. Aún si te explico, no lo vas a entender. Salgo a la calle con un libro en la mano. Leo en el autobús, en el metro, en el carro de mi amigo, en la sala de mi casa, durante el almuerzo y la cena, en las salas de espera, caminando a tiendas, en las colas para pagar servicios. Conocidos se me acercan a hablarme de libros que ya leí y de películas... basadas en libros que ya leí (y que nadie sabía que eran libros en un principio). Compro libros nuevos por Internet, en grupos de a cuatro y cinco. A veces, me atrapa el estilo de alguien nuevo y me sorprendo detallando los elementos de la prosa, como un mecánico observando el motor de un vehículo que desearía haber diseñado él.

Conozco al Microsoft Word mejor que a la cocina de mi casa. Cuando me quedé sin computadora, escribí a mano y, cuando gasté los bolígrafos y las yemas de los dedos me dolían, consideré comprar una máquina de escribir.

De vez en cuando me pregunta alguien si “eres tú el de las historias”.

Sí, soy yo.

“Me gustó mucho como manejaste la trama y el ambiente tenía un no sé qué buenísimo, pero… ¿por qué el bueno se murió al final? ¿No te parece que termina en una onda demasiado pesimista?”

Es terror. Se supone que debe ser pesimista.

“No necesariamente. Puede parecer que el malo va a ganar al final y, en ese momento, algo salva al bueno. Reza, consigue una pistola o algo”.

Ese final jodería la historia. Es estúpido.

“Es que no creo que deba terminar así. Habiendo tantas cosas buenas en el mundo, ¿por qué escribes de estas?”

Me encojo de hombros. ¿Por qué te gusta la pepsi más que la coca-cola? ¿Por qué te gusta el cine de comedia más que el de acción? Pues así funciona. No es como si tuviese mucha elección en el asunto.

Estoy en reuniones bohemias con gente “artística” y todos hablan del simbolismo de Drácula. Todos son poetas y novelistas, todos conocen a Nietzsche y a Byron. No beben cerveza, sino vino. Desprecian a los best-sellers porque prostituyen a las letras.

“¿Y tú qué piensas del simbolismo?” me preguntan.

Me hago el guevón.

“Víctor. ¿Qué piensas del simbolismo en Drácula?”

Me parece que es la sublimación de los deseos sexuales reprimidos de Stoker. Consciente o inconscientemente, es una herramienta.

“¿Una herramienta? No, el libro se trata del control de la sexualidad victoriana. ¿No te habías dado cuenta?”

Creí que el libro se trataba de un vampiro valaco que viaja a Londres y de la lucha de un grupo de mortales por repelerlo. ¿Qué sé yo?

No leo críticas muy en serio. Si quiero hacerme una opinión de

algo, lo leo por mí mismo. Me irritan las paredes estomacales los “intelectuales” que se sentirían mejor si La Tapadera fuese una tesis doctoral de Derecho Tributario, en vez de las luchas de un joven abogado por salirse del lío en que se metió con la mafia.

Soy el equivalente literario del guitarrista que aprendió a tocar el instrumento, tocándolo.

Te podría decir que escribo porque suelo estar solo, o porque siempre me ha gustado leer o porque me permite poner fantasías en papel y entretener a alguien con ellas, pero esa no sería toda la verdad. Escribo porque si no pudiese hacerlo, sería un sujeto infeliz, neurótico y probablemente alcohólico.

Me registro en páginas de Internet, sacándome promoción porque la mayor meta de mi vida es publicar y vender lo suficiente como para vivir de ello, haciendo lo que más me gusta hacer, en vez de tener un trabajo de verdad.

Me voy a dormir y la cabeza me queda dando vueltas sobre personajes, tramas, eventos que creo que sucederán en mis cuentos y novelas, rememorando lo ya escrito, rediseñando escenas. A veces lo hago cuando la gente me habla y cuando escucho conferencias.

Hace un año empecé a sufrir de dolores agudos de cabeza y ante el prospecto de tener un tumor cerebral, fui al médico. Llevaba por dentro la esperanza de que me dijeran que era la vista y así poder unirme al club de los escritores cegatos. No tuve suerte, era sólo jaquecas.

No me gustan las reuniones de grupos literarios ni los clubs de lectura, donde todo el mundo se ve “bohemio” y si nunca has escrito un poema eres una vergüenza nacional. Si tú eres un escritor atormentado, solitario y miserable, yo también lo soy. No necesitamos conversar de eso.

Estuve en un curso de escritura creativa donde la poesía era el género candente. En mi maletín tenía el original medio terminado de una novela sobre una niña en un hospital psiquiátrico y no lo saqué porque la narrativa, aquí, es

demasiado vulgar, demasiado terrenal. Se levanta un compañero y lee un poema que parece ser sobre las rosas en invierno y termina siendo, sin conexión, sobre la guerra de Vietnam y la película de Ben Affleck con Jennifer López.

“Esto es pura mierda”, digo en voz alta sin darme cuenta y ahora todos me miran.

“¿Quieres compartir algo con el grupo?” me pregunta el profesor.

No entiendo. De verdad, no entiendo. Todos aquí hablan más de escribir que lo que escriben. ¿Qué coño tiene que ver la física cuántica con el café que ese pana se tomó esta mañana? Aquí hay más de uno que entró a ser leído, no a mejorar, no a leer, no a progresar. Todos aquí quieren ser estrellitas, quieren ser mezclas de Anne Rice con Dan Brown. ¿Dónde está la voz y el estilo personal?

Para hacer un cuento largo, corto, tuve que abandonar el curso.

No encajo entre los bohemios. Odio a los intelectuales. No soy drogadicto, ni homosexual, ni delincuente. No fumo. No tengo defectos en la vista. No escribo poesía. No bebo café.

Pero yo soy el escritor.

Víctor C. Drax. Escritor venezolano (Caracas, 1986). Abogado egresado de la Universidad Santa María (USM). Textos suyos han sido publicados en diversos blogs literarios, como Hombre Muerto Caminando y Letras a Litros, este último formado a partir del Primer Rally Metropolitano de Escritores, en el que obtuvo mención de honor. También ha publicado en el fanzine de terror Necronomicón y en la revista literaria Herederos del Kaos.

La burbuja de cristal

Lucía Scosceria de Cañellas

Yo tenía una burbuja de cristal, era chiquita y estaba en un lugar desconocido. A veces estaba sola, bueno, casi siempre, así que pensé en encontrar a alguien que estuviese ahí conmigo para compartir pensamientos, emociones, risas y lágrimas.

Pensé que no sería difícil, sólo necesitaba dos cosas. Que yo amara a esa persona y que ella me amase a mí. Pero con el correr del tiempo me di cuenta que ese alguien especial no existía. Para olvidar tanta soledad ocupé los espacios vacíos que había adentro con palabras, dibujos, pinturas, y a veces, con algunas canciones.

Pero un día algo pasó. Conocí a alguien. Me miró con ojos tiernos, sonrió con timidez, pidió un beso y dijo “te quiero”. El milagro había ocurrido. Ya no estaba sola. Mi burbuja de cristal nos escondía de todos en su interior y ahí no nos podían lastimar. Y éramos muy felices. Nos convertimos juntos en arquitectos, magos, médicos y poetas, vestimos las paredes de sueños imposibles y mirábamos arrobados cuando alguno de ellos se volvía realidad, con una sonrisa y un beso mágico la antigua tristeza se desvanecía como rocío ante la caricia del sol. Los besos y abrazos curaron todas las heridas y los mimos tapizaron el techo y el piso del lugar. Ahí estábamos seguros.

Un día nos acercamos a un sueño nuevo, inventado hacía unas horas, y como era más pequeño que otros, había dejado un lugar libre en la pared transparente.

—Mira— dije mostrando hacia la ventana.

Y vimos un bosque muy verde que se extendía por muchos kilómetros. Y la maldita curiosidad se metió en mi corazón y quise salir de la burbuja de cristal y lo invité a ir conmigo.

—Si quieres que vaya, iré, pero tengo miedo.

Yo también temía, pero la curiosidad era tanta que le dije:
—A tu lado no tengo miedo a nada. Vayamos a ver qué hay más allá de nuestra burbuja.
Me sentía con la fuerza que da el amor, que no se ve, pero es poderosa.
—Vamos—dijo, aunque un dejo de duda le quebró la voz.
Abrimos la puerta con mucho cuidado, la dejamos con la clave secreta lista para introducirnos un día después y salimos al exterior. El camino verde se fue poniendo de un tono muy oscuro hasta que la luz se cambió de golpe por una penumbra tétrica.
—Tengo miedo— dijo él.
—No debes temer. Si nos queremos nada podrá pasarnos— Yo sentía que podía defenderlo con todas mis fuerzas, hasta con mi vida, de lo que fuere.
El más tenebroso pantano se abrió a nuestros ojos y adivinaba seres oscuros que nos acechaban detrás de los árboles secos y lúgubres. Un águila de hermoso plumaje apareció de la nada. Sus ojos eran verdes y resplandecían en la oscuridad de la noche como dos esmeraldas.
—Ven conmigo —dijo—te mostraré un lugar lleno de cosas nuevas. Sé que ahí serás feliz. Deja que ella siga su camino Sin ti.
Yo esperaba oír su negación, decirle que no podía dejarme sola, pero no dijo nada. Entonces el águila montó en cólera ante la indecisión y graznó con furia.
—¿Por qué no vienes? Nadie me hace un desaire, tú te lo pierdes— y alzó vuelo con un sonido espeluznante.
La oscuridad se hizo de nuevo en el corazón del bosque. Ya no deseaba estar ahí. Añoraba la seguridad de mi refugio. Pero habíamos programado el regreso para el día siguiente así que debíamos pasar ahí la noche. Buscamos un lugar donde dormir. A tientas tomamos hojas y ramas de los árboles y formamos un nido. Cansados nos acostamos abrazados. Cuando estaba a punto de dormirme, apareció una ardilla y se

puso a saltar a nuestro lado. Tenía una rara luz que nos permitía verla. Era simpática y nos dijo que vivía en el bosque y que estaba contenta con nuestra presencia. Que sabía muchos juegos y que nos los enseñaría. El miedo se fue y entonces jugamos los tres. Ella hablaba, reía, era tan ocurrente. Pero un sueño extraño volvía los párpados muy pesados y ya no quería jugar. Quedé dormida, cuando desperté la ardilla estaba en brazos de mi amigo. Él parecía contento. Al rato, sentí que miles de hilos me tiraban hacia el bosque. Quería gritarle, que me defendiera, que me llevaban lejos de él, pero la voz se negaba a salir de la garganta. ¿Quiénes estiraban de los hilos? No veía a nadie. Olía un aroma pegajoso, escuchaba un deslizar de pies, como si un centenar de seres invisibles corrieran sobre el pasto húmedo y alguna que otra risa apagada. Después tuve la sensación que estaba sola. Como antes. Abrí los ojos y sentí el dolor en el pecho. No tenía heridas. Entonces supe que ella había regresado. Se metió en su antiguo hogar, sin pedir permiso, al ver que él se había ido. Ahí se acomodó para quedarse por mucho tiempo. Mi antigua amiga, la tristeza.

Lo llamé varias veces.

—Aquí estoy—dijo emergiendo detrás del tronco de un árbol gigante

El bosque se veía ominoso con la luz del amanecer.

—¿Por qué me dejaste sola? ¿Por qué? ¿Por qué no me defendiste?

—No supe qué hacer— respondió.

Nos tomamos de la mano. Caminamos y caminamos hasta que llegamos a la burbuja. Parecía más pequeña. Y así era. Por más que tratamos, sólo yo podía entrar. No había lugar para él. Pero yo no quería estar sola ahí. Presa de la desesperación, me arrojé contra la burbuja, hasta que la sangre de la cabeza se mezcló con la prístina luz que emergía de los vidrios trasparentes y se oyó un terrible sonido producido por el temblor de las paredes. El ruido se repitió una y otra vez con

diversos matices, hasta que la burbuja cambió, se onduló y las paredes aumentaron de tamaño. Eso me alegró porque ahora él cabría ahí de nuevo.
Entonces, me limpié la sangre que se resbalaba por la frente y le abrí la puerta.

Lucía Scosceria, 1954, Finale Ligure (Savona, Italia) - Noviembre 2008, Paraguay. Desde pequeña vivió en Paraguay donde realizó sus estudios primarios, secundarios y universitarios. Fue maestra, Licenciada en Pedagogía y Filosofía y Abogada. Creó la revista deportiva "Orión" en su ciudad, Encarnación. En septiembre de 1993 publica su primer novela en Ediciones Von Bargen, Asunción, Paraguay; al año siguiente la novela Amelia, Editorial El Mercurio; en 1996 la colección de cuentos Para contar en días de lluvia. De ella dice el escritor y dramaturgo paraguayo Mario Halley Mora: "Este libro contiene relatos fluidos, que hacen de su lectura un placer, tanto por el manejo esquemáticamente agradable del relato, como por la logicidad del argumento de cada cuento -aunque rocen con lo sobrenatural- y la maestría de los diálogos". En 1998, la misma editorial publica Decisiones, colección de cuentos. Gabino Ruíz Díaz Torales, Rudy Torga, Director del departamento de Cultura Popular de Paraguay, dice: "El más firme testimonio de la literatura de Encarnación en nuestros días". En el año 2000 edito Sobredosis de cuentos. Lucía Scosceria dejó muchos libros, más de veinte: tres novelas, cuatro poemarios, tres antologías (poesía y cuentos de su Itapúa) y una docena de libros de cuentos.

Miedo a los alacranes

Everardo Gómez

Mi abuela me advirtió sobre regresar a ese lugar. Me miró con rigor, cuestionante, aguardando la respuesta a una pregunta que no fue pronunciada en ese momento pero que conozco de memoria. ¿Entendido? ¿Entendido? ¿Entendido? Asentí, naturalmente, con ríspidos movimientos de cabeza.

Uno se doblega ante la experiencia ajena de los años. Todo razonamiento propio se ve cuestionado al encontrarse con los pensamientos de una cabeza fría como la nieve. No levantes piedras, me dijo. Yo mordí mi lengua y no respondí nada. Me acerqué a mi abuela, que desde su viaje silla me observó dar pasos. Le di un beso en la mejilla. Buenas noches, mijo, me dijo, yo le dije hasta mañana.

Al salir de su casa pensé en las necesidades de mi memoria, necesidades que a ella no la aquejan. Pero a mí, pero a mí. Había tratado de cubrirlas muchas veces yendo a ese lugar, sin experimentar la culpa que surge del engaño. Ella no lo entendería. Quiere proteger debajo de sus nahuas al niño que ya no soy. Yo me niego; de hecho, me dispongo a ir.

Aquí estoy.

Cuan diferente es la entrada al pueblo que yo conocí, con tendejones de palma en ambos costados de la calle, donde hombres descalzos, con pantalones cortos y sin camisa, acostados sobre hamacas coloridas y con un machete siempre cerca, esperaban clientes que compraran sus cocos recién cortados. Farmacias con paredes de vidrio custodian ahora el umbral a un pasado repleto de diferencias, de años, de colores, de formas, incertidumbres. Ya no hay tendejones, ya no hay cocos, ni hamacas ni machetes, ni hombres sin camisa. Solo hombres y mujeres en batas blancas a la espera de hombres y mujeres que llegan a buscar remedio a sus dolencias, o el

auxilio que se las evita.

Avanzo por la calle empedrada, la misma que recorrí innumerables veces durante mi infancia. No recuerdo si alguna vez lo hice descalzo, pero recuerdo que las paredes de las pequeñas casitas se alzaban apenas unos metros desde el suelo, y se cubrían la cabeza con pañoletas de barro rojo, tal como ahora, solo que han cambiado el color de las paredes. Soy consciente de los cambios de los espacios en el tiempo, y de los cambios que provoca la gente en esos espacios de tiempo y los espacios. De la inevitabilidad. Siguen siendo las mismas casas, y yo no siento, sin embargo, ser parte de esto, quizá nunca lo fui. Los mismos objetos dispuestos del mismo modo, entre los que me sigo sintiendo un extranjero, diferente, sin embargo, al extranjero que fui, al extranjero de seis años que llegó para pasar otros tantos en este lugar distante de todo lo que conocía, con casas pequeñas, con tejas, con calor sofocante y lluvias torrenciales que nunca lo aplacaban, donde me estaba prohibido andar descalzo por miedo a los alacranes. No. Nunca anduve descalzo. Yo no pertenezco a aquí.

El bochorno crece entre más me acerco al centro, pero mis pies siguen estando fríos. Recorro la calle principal, la única calle empedrada. Me detengo frente a la casa que antes era blanca. Ahora es color naranja y se integra como las otras casas al ambiente azul que las circunda. Era mi casa. Era mi casa aquí.

Repaso detalladamente los espacios exteriores, las tejas rojas, la enorme puerta de madera, las 4 ventanas con sus pequeños pórticos, donde mi madre se sentaba a tejer o a bordar, hasta que un toro la corneó por la espalda perforándole el pulmón, arrancándole el último suspiro y dejando un riachuelo de sangre que nació de su boca y se encharcó en el piso de la recámara en el que yo estaba sentado y que nunca sentí tan frío como el frío que siento ahora que piso descalzo, y miro la calle empedrada y veo la casa desde fuera, cerrada, y las ventanas protegidas por barrotes de acero que mi padre

mandó poner para calmar sus culpas por otros accidentes que no pasaban todavía y no pasaron nunca. Mi madre quedó tirada. El toro siguió de largo.

Voy. Camino hacia la plaza rodeada de portales, pequeña, sin ningún elemento singular que la diferencie de otras plazas pequeñas, más allá del hecho de haber presenciado el asesinato de un toro asesino. Aquí mis abuelos pasaban las tardes sentados en las bancas más viejas que ellos, comiendo raspados de arrallanes o nanches, y la señora del puesto se despedía diciendo hasta mañana, como todos aquí se despiden por las noches. La última visita la hicieron el día que enterramos a mi madre. Una semana después decidieron llevarme con ellos, alejándome de este sitio y evitándome volver. Ahora puedo hacerlo por mí mismo.

Y vuelvo.

Vuelvo a la entrada del pueblo por la calle principal hasta la carretera que va libre a Manzanillo, donde mi padre fue arrollado mientras cruzaba, ebrio. Le habían levantado una cruz que ya no existe, que yo nunca vi, de la que no recuerdo nada más que el lugar en el que dicen que estaba y sobre el que hoy han apilado piedras que convirtieron en moteles.

Estoy aquí, imposibilitado para ver lo que hay debajo, pero mis ojos no necesitan verlo. Lo sé, lo sé. Mi abuela solo ha intentado proteger al niño que ya no soy, al que obligó a olvidar, creyendo que el olvido es la muerte sin violencia. El aplastamiento a la memoria, su muerte por asfixia.

El aire fresco de la noche se cuela por la ventana de mi cuarto cuyas paredes son color naranja, del mismo color naranja que la casa en la que yo no estoy, la casa que está en la pantalla de la computadora, la casa en la que estuve alguna vez. En esta ciudad no hay alacranes y acostumbro andar descalzo por mi casa de puertas abiertas. En esta ciudad está mi casa, mi abuela y Dani, a quien descubro mirándome desde la puerta. Respiro profundamente. Cierro la ventana de la computadora y el pueblo desaparece. Me levanto y con los pies helados me

acerco a ella que me mira, sonriente. Ponte zapatos, me dice, te vas a enfermar.

Everardo Gómez (1984, Yahualica de González Gallo, Jalisco, México). Ganador del Premio nacional de narrativa Elena Poniatowska 2014. Colaborador en varias revistas literarias tanto nacionales como internacionales. Actualmente labora como docente de preparatoria.

Desde mi ventana

Edinson Martínez

El recuerdo es el perfume del alma
George Sand

Si la vida es un sueño. Un prolongado y repetido sueño al que nos convertimos una vez conocida la vida. Puede que ahora, tal vez sólo seamos uno de ellos... ¿Cómo podríamos saber si acaso no lo somos?... ¿Qué nos hace decir lo que realmente somos? No hay manera de saberlo.

–Tío... ¿qué ves?

– Las nubes y las montañas, ¡qué grandes son!

– ...Y tú, ¿qué ves...?

– ¡Levántame para ver... no alcanzo!

– ¡Sí, es cierto! ¡Ven para cargarte!

Un frío suave y familiar, en compañía del sonido que sólo un río en su correr perenne puede hacer: acarició mi cara a través de una también familiar ventana. Me trae a los ojos un tiempo húmedo de olor a vegetación virgen. Es obvio que todo ahora ha cambiado, tanto como he sentido yo el paso del tiempo. Siento nostalgia, aun de aquellos días poco gratos. De la serenidad que tantas veces me conquistaba mirando la inmensidad de las montañas y las nubes confundidas. Ahora, como nunca antes, aprecio la frescura del verde extendido que nos invade sin condiciones. Tomar distancia en el tiempo nos hace ver los detalles que siempre, habiendo estado ahí, eran imperceptibles a nuestras rutinas que tenían otras atenciones.

–Vámonos, tío, hay mucho polvo aquí. ¿Cómo se llama este sitio?

–¡Un depósito! Caminemos hasta el limonero. ¡Qué leal ha sido!...

Son maduros sus tallos ahora, y generosa como siempre su carga. Si sus hojas hablaran, ¡qué no dirían de nuestra

intimidad precoz! Me rendí ante esos ojos imberbes de color extraño que recién llegaban al colegio junto con otros tantos como yo.

–¡Ah, limonero!...

–Es lindo el limonero, tío, ¿cuántos años tendrá?

–Muchos. No... no. En verdad, los suficientes para conocernos bien. Seguramente siempre ha estado aquí. Como yo, que nunca he terminado de irme y ahora tú que siempre vendrás.

Era la tercera de los hijos de una pareja de españoles recién llegados al pueblo. De Zaragoza venía quién sabe por cuáles razones. Recuerdo bien las veces que me apartaba de mis clases rutinarias para meterme embelesado en el mapa de España. Comencé a enamorarme fantaseando del otro lado del mundo con los lugares remotos de la geografía española. Fue mi primer amor; amor de sonrisa nerviosa, de imaginación. En secreto, me imaginaba besando sus ojos apartando unos anteojos de cristales transparentes que, a mi corazón le decían lo hermoso que le sentaban. Justo en el limonero me atreví a besarla una mañana antes de hacer filas. ¡Qué osadía tan grande! No sé de dónde tuve valor para hacerlo. Lo cierto es que, aún a pesar de los años, a este tiempo todavía me provoca risa. No deja de darme el recuerdo de aquella mañana un cierto frío entre el pecho y el estómago. ¿Qué será de ella?... ¿Me recordará?

–Tío, ¿en qué piensas?

–En la vida... en la vida. En las tantas veces que frente a este limonero le hemos hablado. Y las tantas en que el mismo nos habrá escuchado sin poder hacer otra cosa que acompañarnos. Desde luego que todo ha cambiado, aunque siga siendo al final el mismo sitio con los mismos recuerdos de siempre. ¿Estaremos aquí, ahora, como antes estuvimos? ¿Será todo esto un sueño en el que siempre hemos estado? Si la vida es como una película, que no importando las veces que la veamos siempre será ella misma: ¿concluiremos acaso que siempre estaremos dentro del mismo espacio, y

simultáneamente en todos los lugares? ¿Estaremos como ahora viéndonos siempre en los mismos lugares a la vez?
–Tío, estoy cansada. ¡Vámonos!
–Ahora mismo...Camina.
Un día como éste viajó el hombre a la luna. Justo, tal vez, cuando Ramiro, el loco del pueblo, pasaba frente al colegio en su habitual caminata sin rumbo fijo. Afanado perseguía a la luna a quien acusaba de quitarle quién sabe qué cosa. Era entretenido verlo pelear sin sentido, con sus pensamientos disparatados se alejaba de un extremo a otro de las calles a medio alumbrar, alborotando a la misma impasible luna que ahora el hombre conquistaba como a un continente lejano. Para nosotros, los muchachos del colegio, era nuestra diversión de tempranas horas de la noche. La fuente de curiosidad natural de nuestra edad, junto a su manía lunática, nos dedicábamos a mirar y descifrar la eterna desnudez de la luna con su cara siempre sonriente.
–Tío, ¿tú viviste aquí?
–Sí, hace mucho tiempo... En realidad, creo que aún sigo viviendo.
–¿Por qué?
–No sé si me entenderás. Pero creo que siempre permanecemos en los mismos lugares una vez que hemos estado en ellos. Siempre estamos donde hemos estado... Lo que tal vez nunca sepamos es si sólo somos parte de un sueño que al azar y como actores de él figuramos como una realidad... O es que sencillamente la vida misma, lo que conocemos como ella, no es otra cosa que el sueño mismo. En ese caso, siempre somos un sueño...
–¡No entiendo nada!
–No importa. Sólo son cosas mías. Terminemos de salir del colegio... ¡Qué cosas digo...! ¡De la panadería!
Ya el año en que estudiamos las cosas no estaban muy bien para el colegio. La matrícula cada año había venido disminuyendo. Era el comienzo del periodo de descenso de la

educación de internados tan en boga en los años cincuenta y parte de los sesenta. No tenía mucho futuro como negocio. No sobrevivió al año siguiente. En su lugar se instaló una flamante panadería en el área de las aulas. La parte posterior que alguna vez sirvió de dormitorios se convirtió en un gran depósito. El resto de las instalaciones más o menos conservan las mismas características. Hasta los colores gris y blanco se han conservado en todas las paredes. La puerta metálica que separa la calle del colegio aún se mantiene intacta... ¡Cuánto costaba franquearla para ganar la calle a escondidas! Compartíamos todos los mismos miedos al salir.

La parte superior de la construcción, que era a la vez techo, y un desvencijado escenario que alguna vez tuvo su tiempo de gloria, de noche, cuando pegaba la nostalgia servía de lugar de juegos a nuestra imaginación para contener el vuelo del pensamiento al hogar lejano. Me parecía un lugar misterioso. A cielo abierto podíamos tener a nuestro antojo todas las estrellas y la oscuridad infinita del espacio. En algunas noches de invierno, sin saber cómo ni de dónde, aparecía una suave neblina que nos premiaba con su abrazo anónimo para hacerle juego al ruidoso correr del río montaña abajo.

Cada mañana de los domingos era obligada la asistencia a misa. De flux azul caminábamos una distancia que aún me sigue pareciendo inmensa para llegar a la iglesia. Víctor, una especie de guía y cuidador de toda la muchachera, que en realidad hacía más de confidente de nuestras pillerías infantiles, caminaba media hora antes por toda la habitación que ocupábamos, para ejercitar sus pies que no terminaban por acostumbrarse a usar zapatos. Era el encargado, a falta del propio director, de llevarnos en fila larga y azul por toda la calle. Tenía siempre la cara roja, como picada por abejas. Nunca tenía mal humor. Alguna vez me mostró un carné del partido comunista, casi como en secreto, cuando el presidente Leoni visitó el pueblo para inaugurar la recién construida iglesia.

II

–Ana María… ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo estás?… ¡Dame un abrazo!

–Muy bien, tío. Tú también te ves muy bien.

–De verdad que estaba ansioso por verte. Ya pensaba que no vendrías a visitarme. Hace tiempo que esperaba verte. ¡Cuánto tiempo ha pasado! ¡Ya eres toda una mujer!

–¡No digas eso…! Siempre te recuerdo con tus historias, especialmente, con aquella en que visitamos tu colegio.

–¡Aún seguimos visitándolo!

–No, sólo fuimos una vez, sólo de paso. ¿Recuerdas?

–Aún lo visitamos, sobrina, aún lo visitamos…

–No, tío. Sólo fuimos en una oportunidad. Hace en verdad mucho tiempo… ¿Cuánto? ¿Quince años?

-Más o menos ese tiempo. Pero aún seguimos visitándolo. No porque las olas del mar que siempre van y vienen, deja de ser el mismo mar. Ahora mismo podríamos ir si quisiéramos. No importa cuánta distancia exista. Cuánto tiempo transcurra. Una vez que vivimos nos convertimos en sueño. Para vivir sólo hace falta soñar, y los sueños no tienen tiempo ni distancia…

Noche tras noche, en esta ventana, antes de dormir, se perdían nuestras miradas sobre la ciudad encendida que desde lejos nos parecía pequeña, como de juguete, a la que apenas conocíamos. Las noches eran frías y calladas para invitar a la imaginación.

Entre las ocho y nueve de la noche, entraba en el extenso dormitorio, el director del colegio, su misión habitual a estas horas del día, era obligar al sueño rebelde de la niñez a rendirse hasta la nueva jornada.

–¡A dormir, muchachos! –repetía en cada ocasión– ¡Se acabó la fiesta! ¡Mañana hay que madrugar, muchachos!

Continuaba por la habitación larga y más bien angosta que nos servía de dormitorio colectivo. En él, de día, la luz del sol llenaba todo su espacio; como de noche la de las estrellas

–Nada hay más difícil, sobrina, que obligar al sueño en los

niños.
–Ciertamente… ¿Por qué lo dices?
–Por nada. Sólo pensaba…
–Sabes, Ana María, la luz de muchas de las estrellas viaja millones de años para llegar hasta nosotros. Muchas ya no existen, su luz es huérfana y continúa viajando. Como nosotros, las personas, una vez que vivimos nos convertimos en sueño para viajar eternamente.
–Nunca me he detenido a pensar en eso de las estrellas. De hecho, no logro explicarme cómo puede suceder algo así.
–Ana María… ¿Cuánto tiempo hemos vivido y cuánto hemos sido sueño?
–No sé, ¿quién podría saberlo, sí en efecto es así? Me inclino a pensar que somos reales. De verdad… Como estamos aquí ahora. No somos un sueño. Puedo sentirlo como tú sientes ahora que sentados uno junto al otro conversamos sobre la vida como un sueño. Un sueño es un sueño y nada más que eso.
Desde aquí el correr de todos los ríos es similar, con sus curvas y saltos como potro salvaje, con su prisa inevitable, alegre, irrespetuosa y ruidosa. Con sus historias escondidas y perdidas entre el rocío y las montañas. ¿Serán igual de azul las aguas de El Ebro? Seguramente. Sin embargo, eso no es posible saberlo desde un mapa. Desde la imaginación, cada cosa se pone en el lugar que queramos. La Carrasca y El Lentisco, desde mi ventana, se entrelazan con el bambú abundante que bordea el río montaña abajo. En Las Bardenas y Los Monegros la neblina se esconde entre los bambúes largos y alborotados. Todo es posible sin darnos cuenta desde aquí. Hasta la Basílica de Nuestra Señora del Pilar puede ocupar en segundos el lugar de la iglesia de San Rafael Arcángel.
El origen morisco se delataba en sus ojos tras los cristales. Grandes y de color extraño, entre avellana y miel que hablaban por su cuenta. Alegre y bullosa, arrastrando eses me parecía eléctrica. Se cruzaron nuestras vidas un instante, por el simple

azar de las cosas, en el colegio, como con cada uno de los cuales nos topamos en nuestras vivencias impacientes de la niñez.

–Quién dice que no somos reales. ¡Claro que lo somos! ¿Alguna vez le has preguntado a todos cuantos tú ves en tus sueños si existen o no, si son reales o no?

–No, tío, claro que no son reales como nosotros. No existen sino en mis sueños, como en los tuyos. Todos a quienes vemos en sueños sólo viven en ellos. Pero aquí entre nosotros no existen. No están...

–Muy bien, ¡¿qué te hace decir que ellos no piensan lo mismo sobre nosotros?!

Desde la esquina del colegio, en una casa toda blanca con flores y albahacas que perfumaban su alrededor, nos llegaban abrazadas al viento las notas de la aprendiz de piano que a muchos nos desvalijaba el corazón. Se nos iba el sol más temprano en las tardes de los lunes y miércoles cuando sentaban a Mercedes frente a su piano. Descifrando melodías a distancia, con la caricia de ellas que a través del viento nos llegaban se nos iban las tardes. No había lugar para ninguna otra cosa. El ocio convertido en acordes deslizaba nuestra imaginación por horas. Cobijaba los pensamientos en la pianista compañera de clases.

–¿Sabes, sobrina? No tenemos manera de saber lo que realmente somos. Tal vez somos una especie de actores rebeldes de un sueño cualquiera. Que por momentos se atreve a mirarse, tocarse y pensar que es el dueño del sueño. A veces, sobrina, tengo la impresión de no ser real. De no existir. De conversar contigo sólo por la terquedad de quien me ha estado soñando...

–¡No pienses eso!, mejor hablemos de otras cosas...

–¡No!, espera un momento. Creo, además, que sólo quien se pregunta sobre sí es quien no puede demostrar lo que es. Que es real, en todo caso, como tú dices. La realidad no se demuestra. Es ella y nada más. Entonces, ¡tú eres de verdad y

yo soy una ficción... un sueño! Como la luz de las estrellas que viaja sin que haya estrellas. Alguna vez tuvo una de verdad...
–¡Por favor, tío!, no insistamos más en esto. Ya es suficiente. Luego tendremos tiempo para hablar sobre el tema. Ahora tengo que irme. No quisiera dejarte, pero debo irme. Hasta luego, tío. ¡Dame un beso!

III

En el mes de julio suelen ocurrir cosas curiosas. Tan curiosas como los exámenes finales del año escolar. ¡¿De quién habrá sido la idea de hacer finales como si todo siempre tuviera un final?!

De ida por vuelta no regresó nunca más el padre de Mercedes. Sin razones aparentes y tampoco explicaciones nunca se supo de él. Todos en el colegio comentamos su partida sin regreso. Sencillamente se evaporó. Imaginamos toda clase de cosas. La de mayor fuerza consistía en presumirlo un agente secreto que en misión especial estaba asignado a una investigación. Con los días, la rutina se fue comiendo la desaparición y con ella los comentarios. Cada quien se hizo su propia versión y construyó su verdad. Los niños, como los adultos, hacemos con frecuencia nuestras verdades de la imaginación... Tal vez su padre nunca existió realmente. Entre los años sesenta y ocho y sesenta y nueve ocurrían cosas como éstas. El mundo entero era una curiosidad. Se fugaban las muchachas del pueblo al despuntar la medianoche para dar comentario a todos de las impaciencias del amor. Se mataba en otros lugares a quienes sólo querían que negros y blancos fueran igual de humanos. Conquistaba el hombre a la luna con más facilidad que los españoles a la América... ¿A quién pertenece ahora la luna, sus encantos y sus riquezas? ¿A la humanidad que siempre ha soñado con ella o a quienes han osado conquistarla?...

El agua de la madrugada se contagiaba del frío que sólo los brincos debajo de la ducha podían espantar. Tres, cuatro, cinco a la vez con la algarabía de las nuevas energías entrábamos a la ducha colectiva para desafiar el agua y con ella un nuevo

día. Cualquier cosa sirve para jugar siendo niño. La pastilla de jabón que salta para cualquier lado, su espuma blanca y abundante que se estira de cualquier forma. Las gotas del agua fría y la fuerza del chorro que terminaban de correr el sueño aún pegado a los ojos. Las toallas enrolladas como látigos improvisados y sorpresivos que en medio del alboroto a más de uno sacaban las primeras lágrimas del día.

En las filas, impacientes y ordenadas para entrar a clases, cualquier tema servía de base a una conversación seria, seguida entre dientes mientras el himno nacional se empeñaba en suspenderla. Siempre hay de qué hablar en una fila de colegio.

Las mañanas eran verdes. Un verde pálido que al tomar fuerza el día se confundía con el gris de las nubes, dando lugar a todas las tonalidades posibles de esa pareja espontánea de colores. Ningún día se parecía a otro. No sólo sus tonos, olores y sonidos eran distintos. Entre niños cada día es diferente del otro. La rutina simplemente no existe. A Mercedes no había manera de no mirarla. De reojo, en las filas se llevaba las miradas que no podían mentir.

Un italiano viejo y chiquito, estrafalario y gritón, que siempre usaba las mismas medias en unos zapatos que probablemente vinieron con él de Europa, dos días por semana dictaba sus clases de piano a Mercedes. Desde la esquina del colegio le veíamos llegar siempre apurado, como queriéndose comer el día. De un carro plateado, pequeño como un zapato de bebé gigante, se bajaba hiperquinético con un genio terrible que hacía juego con una voz ronca que nadie se imaginaba salía de esa estatura. Junto con los acordes, escuchábamos los dedos que tecleaban una y otra vez la nota indebida y con ellos los gritos de la impaciencia que obligaban a corregir.

Siempre era un reto salir del colegio. Caminar montaña abajo para llegar hasta el río, mirar de cerca su fuerza indetenible e imperturbable. Meter los pies en el agua fría que desde lejos

imaginábamos. Y luego correr de regreso para saltar escurridizos la pared del colegio sin levantar sospechas. Cada ocasión invitaba a la otra y así fueron muchas. El tiempo se nos hacía más corto con cada oportunidad y así se fue extendiendo. Hasta que una tarde de fin de semana, del otro lado de la pared, al mismo tiempo que saltábamos, todo el colegio se enteraba de nuestra recurrente aventura. El director y su mujer ya nos esperaban en dirección para pedirnos cuentas. Era una oficina con el piso de mosaico en tonos amarillo y marrón. Con un escritorio y una Biblia de ribetes dorados y muy adornada, de esas con las que se garantiza la entrada sin escalas al paraíso. Un ventilador de techo con sus aspas que de vez en cuando daban vueltas. Sólo en ocasiones muy especiales se entraba a tal recinto. Por muy buenas razones o por los peores motivos. Según era el caso, por muy malas razones. Ciertamente era peligroso abusar de una aventura como ésta. Los adultos tienen una dimensión del peligro que de niño no se comprende. Nunca se piensa en ello. No se pensaba en las loras, una especie curiosa de culebras de color verde que se disimula entre la vegetación. De boca finita y coqueta, roja, como delicadamente pintada de labial provocativo. Tampoco, se pensaba en cualquier otra cosa que perturbara nuestras intenciones de llegar al río y regresar sin que se nos sorprendiera.

De la reprimenda junto con un par de cachetadas no nos quedaron ganas de volver. Después de todo, ya no había muchos secretos por descubrir montaña abajo. De todos, Jerez, el más ordenado y mejor estudiante, y a su vez el que con mayor facilidad lloraba, se horrorizaba de sólo pensar el momento cuando su padre se enterara. Fue el último en llegar al colegio, a finales de octubre. Con una maleta grande, en dos tonos de color marrón. Pasó la primera noche sentado sobre ella y abrazado con incontenible llanto a la columna principal de la habitación. No había nada que lo calmara. Entre sollozos se quedó dormido culminando la madrugada. En un par de

días, era el mejor estudiante de sexto grado y el peor deportista. No conocimos nunca una lágrima de él. No obstante su facilidad para llorar. Tenía un defecto congénito en los lacrimales. No producía lágrimas... quienes lo conocíamos sabíamos cuando lloraba de verdad porque se le ponían rojas las ojeras y se le atragantaban las palabras.

IV

–Tío, ¿qué ves?

–Las nubes y las montañas. ¡Con cuánta calma se mueven las nubes!

Casi parece que siempre fueran las mismas, como repitiendo al infinito las figuras que solo ellas saben hacer. Las montañas, inmensas y calladas, se arropan con ellas, como sábanas de algodón gigantes que no respetan distancias... ¿Estaremos aquí ahora? No hay manera de saberlo.

–Esta ventana es muy grande, tío, ¿se puede ver todo desde aquí?

–Desde un sueño se puede ver todo cuanto queramos. Ayer es hoy y mañana es ayer, porque el tiempo no existe, así exista noche, y también día. Desde una ventana, el mundo, sin darse cuenta, lo tenemos también a nuestro antojo.

–¡Levántame, tío, que no alcanzo a ver!

–¡Ah, caramba! ¡Tienes razón, ven para cargarte! Mira qué grande es todo. Parece una pintura gigante, como una obra de arte inmensa. No falta ningún detalle en ella, y hasta nosotros estamos incluidos. También, otra ventana o muchas otras ventanas. Desde cada una de ellas se nos puede ver de la misma manera como ahora nosotros lo hacemos. ¡¿Qué nos hace decir lo que realmente somos?!

–Tío, ¿cómo se llama este sitio? Hay mucho polvo por todas partes...

–Es un depósito, un almacén para guardar cosas. El polvo que parece talco es harina de trigo de los sacos. Es el depósito de la panadería. Sin embargo, para mí sigue siendo un dormitorio. Mira cómo es de grande. Toda la luz que necesita entra por la

ventana. Siempre ha sido así. De niño se ve más grande. Se despierta uno como en el medio de un patio...
De lejos se escucha el río, igual que todas las veces, nunca se detiene y tampoco deja de hablarnos. No tiene descanso y menos fatiga. Las montañas, las nubes, el río tienen la certeza que le regateamos a la vida. ¿Estaremos aquí ahora?...
–Vámonos, tío, hay mucho polvo.
–Sí, vamos, caminemos hasta el limonero. Todavía sigue allí. Vive despacio para no acabarse nunca. Para seguir viéndonos entrar y salir en cada sueño, siempre en cada ocasión, como la primera vez. ¿Me recordará Mercedes? Fue un azar como cualquier otro sueño que nos hayamos conocido. Una fortuita ocasión durante aquella mañana de las filas del colegio.
–¿Sabes, Ana María? No tenemos manera de saber lo que realmente somos. Cada sueño es una historia larga y al azar en la que somos sus personajes. Los invitados de cada ocasión con un libreto por descubrir. Cada sueño es la vida y en cada ventana hay un sueño que mira a otro, sin darse cuenta que ambos lo son. ¡Vámonos, sobrina, tenemos mucho que andar!

Edinson Martínez. Economista, escritor y radiodifusor. Autor de las novelas Vidas paralelas y Las horas perdidas.

Sol de los venados

Mario Andrés Arcos Guerrero

El firmamento se oscurece cuando La Abuela me hace una mueca y un gesto con los labios para indicarme allá lejos: — la última luz del día, es el sol de los venados—. Entonces me imagino animales que saltan asustados en el monte para esconderse más allá de la noche. Es la última luz del día la que veo a lo lejos caer sobre las casitas de ladrillo a través de la ventana en el cuarto de mi abuela. Cuando pongo la mano sobre su frente la vida se apaga opacando la vitrescencia de sus ojos; al verla, escribo sobre un papel sin haberlo pronunciado hasta ahora: — Es el sol de los muertos—. Mi abuela viaja desde el cementerio hacia las galaxias. Los músculos tumefactos son comida; los huesos se convierten pronto en templo para los gusanos de luz. La memoria se aglutina en recuerdos que luego se disuelven en una proliferación de imágenes que huyen y se desconectan. Y devorados, los hijos de Saturno empiezan a morir.

Fotografías

Como aves; los ojos hienden la hermosa vista en un vuelo superficial. Lentamente descienden sobre las curvaturas del cuello, anidando entre la concavidad de los hombros, la clavícula.

Son ojos inútiles que intentan aliviar la leve opresión de una tira textil sobre la adorable piel. Se enredan y bajan reptantes hacia los antebrazos, acarician y se vivifican sobre las manos y florecen sobre las yemas de los dedos, húmedos largos, delgados.

Los ojos inútiles abrazan la blancura del vientre y luego ascienden para hundirse entre una eternidad de olas negras, abundantes; únicamente para caer de nuevo y llover sobre las flores ¡hermosas!

Hay otros ojos que ahora están ennegrecidos y otras veces ojos, como alas de mariposas, ojos como ojos "muchacha ojos de papel", adorados, dibujables que se cierran y se entreabren y hieren la vista con luz.

Cargados de sagrada obscenidad pensamientos lúbricos se tornan tiernos a veces; luminosos, siempre. Los sentidos se hunden en lo más hondo de olas de tinieblas ondulantes. Entornados, los ojos blancos, indican el deleite de imaginar el aroma y la piel, la clavícula, el peso y la densidad de los sagrados montes; las llanuras, los valles y esas apófisis que sobresalen para reverenciar a los dioses.

Desencuentros

Después de siete meses escribe Katherine. Es un e-mail en el que solo pone:

— Lo extraño.

Después de tener sexo cada fin de semana lo dejamos hasta ahí. Frente a la ventana hablamos del pequeño triángulo amoroso ridículo, miserable. Me fastidia su sarcasmo salido del Disney Chanel. Juego a darle siempre la razón a hacerme un poco más tonto de lo que soy en realidad. Cuando llega la hora de frentear el asunto a ella no le gusta el tema porque le complica la vida porque nadie quiere renunciar a su pequeña porción de poder porque la hacía quedar mal. Quien sabe. Porque le hace sentir la desgracia de ser humanamente vulnerable. Aun así, me gusta atravesar la ciudad para llegar a su apartamento cerca del Portal 80. Llevar cerveza y cigarros para escuchar música mientras vemos por la ventana formarse figuras en las nubes por la noche y luego; la incandescencia de su sexo blanco. Nube blanca hecha de deseo y de espanto en la que quiero entremeterme una y otra vez hasta lograr disolverme en esa humedad hecha de luminosidad. Para hundirme hacia lo profundo hasta lo más hondo de su blancura. Para ser bendecido setenta veces siete por su carne. Para convertirme en un devoto de su sagrada obscenidad. Iluminado por la pureza de su lujuria. Envuelto en el aroma salado de su sexo. Flor voraz que devora, cada uno de mis dardos de fuego. La primera vez que la veo la encuentro en la estación de la 45. Es de noche. Desde el otro lado del andén veo como su cabello negro contrasta con su piel. Cuando la abrazo para saludarla esa piel con aroma a coco y avena me absorben en una nube blanca con labios de rojo carmesí.

Mario Andrés Arcos Guerrero. Maestro en artes visuales. Colombia. Interesado en la relación entre arte y literatura
ha publicado ensayo y narrativa en: Hoja Negra. Julio. 2021. Periódico Poético hostal literario en Tecpan Edición No. 6. (México). 2021. Fanzine Kozmonauta Vol. 12. (México). 2021. Sus

propuestas plásticas han sido expuestas en galerías virtuales y publicaciones culturales. Exposición de Salieris de Van Gogh "De Película" Julio 2021. Expositor Bogografo Distrito Cultural No. 3. Ciudad.

Habla Gloria

Rolando Revagliatti

En bombacha, hace flexiones en la barra (un metro y setenta y siete centímetros de muy buena madera) engrampada en la pared lila. Hoy es viernes feriado nacional y nuestra kinesióloga no trabaja ni concurre al seminario de post-grado. Pudo haber ido a un pic-nic con gente del hospital, en Virreyes. No se suspendía por lluvia y garúa desde el amanecer. Pudo haber presenciado el ensayo de "Los Húsares" en el Centro Dramático Buenos Aires. Hoy es viernes y Ernesto no apareció a las diez de la mañana, feriado el día completo desaprovechándose. Hace flexiones con ímpetu admirable. Nuestra tromba se llama Gloria y desde el martes el zócalo de frente a la puerta del baño, ha quedado salpicado con gotas de su sangre menstrual. ¡Gozó tanto con Ernesto durante las escandalosas cuatro horas en que la sangre parecía no importar!... Había sido desnudada a manotazos, todo convenido, sólo "por las malas". La alfombrita añil también quedó manchada. La primera embestida incluyó a esa alfombra. Fantástico fue cuando él le rescató bucalmente el clítoris con tamaña dulzura. Si no recordaba mal, Ernesto fue el único que tras merodear en la zona en esas condiciones, además se instaló. ¡La pucha! Así le gustaba a Gloria, la ráfaga del Cono Sur. Será por tanta emoción y gratitud que otro "clinch", meduloso y vehemente, culminó con la felatio más exhaustiva de su trayectoria, tolerando con naturalidad aquel precioso semen en su boca. Lo escupió en el inodoro, un par de buches con la pasta dental y retornó a Ernesto. El prometía "redactar un poema que le haga justicia a tus labios". Labios. Todos reparaban en sus labios. Tomaron whisky en la cama (él, con hielo) antes de renovar el frenesí. Ella encima de él acababa como una locomotora, el vapor (de la locomotora) los

aureolaba, lo estaba haciendo bolsa al flaco, ¡ay! si se pudiera circular con este pedazo hirviente, con este irredento entre las piernas, así aferradas las tetas, insistentes y malévolas las yemas de bibliotecario hundiéndome los febricitantes pezones, pensaba huija pero no lo exclamaba, y Ernesto sucumbió en la cumbre, aunque siguieron, había con qué, un rato.

Concluye la sesión de flexiones, al tiempo que un largo tema del Gato Barbieri, del que abundan pequeñas láminas y pósters en su bulín, aun en los armaritos de la cocina. Suena el teléfono, baja el volumen del equipo, se arroja al tubo. Oye y especifica:

- Habla Gloria.

Su prima tienta: hay dos tipos bárbaros y a uno de ellos la prima se lo quiere presentar. Gloria se juega por Ernesto, renuncia, se abstiene de conocer hombres nuevos por ahora, que no le enturbien el sortilegio del martes, ya sin menstruación lo aguarda, si no fue a las diez será a las veinte, pero será, será, ella lo sabe, gracias, que los disfrutes y chau.

A todo Gato otra vez, fundas y cubiertas de discos por aquí y por allá y los auriculares sobre un bafle. También Beatles y Rolling Stones y Kiss. And Joe Cocker and James Taylor and Bee Gees. Discos en las estanterías junto a los libros de la profesión, apuntes y agendas de los últimos años y un retrato de Gloria adolescente, óptima potra incabalgada. Tiempos de resaltar las pestañas y pronunciar el escote para fastidio de su papá (atemorizado): toda esta potra, digo, esta hija para mi; digo, no es para mí: es mi hija. Tiempos de vigilar la expansión de las pantorrillas, la tersura del abdomen, la consistencia de los muslos. Tiempos de evaluar apetencias a la salida del Normal, de dejar con las ganas, tiempos de acalorada soledad. Nunca hacía frío en su alma. En otro retrato, Gloria miraría a cámara, inmarcesible, mordisqueándole una oreja a un felino bicolor. Y en otro, en una toma posterior, una Gloria baqueteada durante su tránsito por la facultad: orgías al paso

con compañeros o auxiliares de cátedra.
El teléfono, sobre una mesita rodante conseguida en Emaús, al lado de la cama de una plaza, de caña, descuarejingada, con la almohada sin funda, suena.
-Habla Gloria.
...al muchacho supuestamente bárbaro. Y lo cita para el lunes. Cuenta los chinches que en la pared coral sujetan su espléndido vestido bahiano, cual si fuera un tapiz. De su estadía en San Pablo viene memorando con insidiosa frecuencia los dólares que se agenciara sin proponérselo, devenidos de una desleída cogida con un hotelero. Recién en vuelo al norte descubrió en el estuche de cosméticos los billetes que le posibilitaron alquilar automóvil, comer langosta a la Termidor y adquirir alguna pilcha cara. Posponía encarar ese episodio, maremágnum de sensaciones displacenteras al principio, en su análisis.
Al dorso de una tarjeta de su depiladora, asienta con un marcador: "Estoy Lavándome El Pelo". La incrusta en la mirilla de la puerta del departamento. Lava su violenta cabellera con champú de huevo en la pileta del lavadero. Se enjuaga, se seca, y se mira en el espejo circular y estropeado que aprisiona un fierrito sobre la pileta. Retira la tarjeta de la mirilla. La guarda en una cigarrera. Teclea en plena siesta, a doble espacio en papel tamaño oficio y con dos copias, la versión nunca se sabe si definitiva de "La Demanda de Atención Kinésica en un Instituto de Día Geriátrico", que urdiera con Carmelita Pizzurno, terapista ocupacional. La presentarán en el congreso de paramédicos de la ciudad de Córdova. Irá con Carmela. Ernesto examinará la versión por si hubiera incorrecciones de estilo. Estilo el suyo de mecanógrafa. Mucha Pitman, varias Academias Orbe, pero ataca el maquinón con fogosidad digna de causas menos preciosistas. La Underwood negra salió a prueba de Glorias desmañadas. El escritorio en la que está, herencia de un abuelo abogado y ex-senador, ya temblequea.

Rodolfo Mederos se desgrana desde un casette que Gloria grabara en vivo, cuando ella llama a casa de Ernesto:
-Habla Gloria.
El llamado lo atiende el amigo de Ernesto, a quien ella conociera también el martes. No había llegado, le dice; él creía que Ernesto estaría con ella. Escueto y amable.
Come en la cocina un racimo exuberante de uvas rosadas: una mordida y glup, una mordida y glup. Efectúa insignificantes enmiendas en el trabajo de investigación. Larguito. Y no meramente descriptivo. Ernesto se olvidó los Parisiennes. Enciende con el Magiclic una hornalla y con la hornalla un cigarrillo. De la mesa de luz extrae el pote (dado vuelta) de quitaesmalte Miss Blue, el quitacutículas, dos limas y un neceser de plástico rosa Dior. Introduce el meñique de la mano izquierda en la abertura de la inflamable esponjita y gira el pote. Y así con los siguientes nueve largos dedos. Lava sus manos con agua fría y sin jabón. Se seca. Empuja las cutículas con el aplicador del quitacutículas y las recorta amorosamente con el alicate. Da forma a las uñas con la lima de acero y luego con la de esmeril, y además, suprime los rebordes. Se lava ahora las manos con agua tibia y jabón La Toja. Esmalta sus uñas, agita las manos y sopla.
Abraza a la almohada, transversal en el lecho, durante media hora se permite el desfile de buenos mozos y ... ¿ qué hace en la pasarela el amigo de Ernesto? Errabunda, considera: La ranura del pote me mambea, me deja... ¿ así serán las de las muñecas inflables?... Y luego: No lavé los corpiños, ni el toallón, ni el vaquero, ni cosí la blusa. Y hasta yo me doy cuenta de que el placard está hecho un quilombo. Ernesto no llama. Ya me veo a la medianoche: lavar, coser, ordenar y meta sublimar. Y se nos queda dormida la que sueña con teléfonos tornasoles afirmados al cielorraso:
-Habla Gloria.
Susurra: -Habla Gloria.
Canturrea: -Habla Gloriaaa....

Grita: -¡Habla Gloria!
Ni aunque vocifere. Verdes ojos abiertos. Ha ido demasiado lejos. Transida saca, saca, saca pullóveres, camisolas, medias, pañuelos de seda, saca del placard bolsas de plástico y de celofán, remeras, un mantón de Manila, cinturones, cuatro polleras y dos túnicas saca y apila, perchas, carteras en el piso, y la dormidera se va, se va, viene lo tangible, con humor ya que no con pasión, música, falta música.
Percibe la inefabilidad melodiosa del timbre del departamento, oprimido varias veces. Apremiada, Gloria se entera de que Ernesto llegó. Abre la puerta, ríen y se le cuelga haciendo pinzas con las piernas. Festeja, besándolo. El patea la puerta, la cierra y traslada a Gloria, la pasea, la acaricia, la zarandea. Todo es confuso y divertido y ella no inquiere ni reprocha. Son las veinte.

Rolando Revagliatti nació el 14 de abril de 1945 en Buenos Aires (ciudad en la que reside), la Argentina. Publicó en soporte papel un volumen que reúne su dramaturgia, dos con cuentos, relatos y microficciones y quince poemarios, además de otros cuatro poemarios sólo en soporte digital. En esta condición se hallan los Tomos I, II, III y IV de “Documentales. Entrevistas a escritores argentinos”. Todos sus libros cuentan con ediciones electrónicas disponibles en el website.

Verdad

Sebastián Abdala

Verdad: algunas cosas no cambian. Yo creí ser una de ellas. La afección simple de una circunstancia puso mis huesos en un plano finito, determinado. Verdad: creo que nunca quise estar vivo.Vivo, en verdad, para demostrar que tengo resistencia a prueba de vida. Vivo, es verdad, para jugar con límites, menospreciando todo lo humano que forma parte de estos ojos llagados que miran las letras desaparecer. Verdad: algunas cosas cambian cuando se transforman, cuando ciertos procesos descomponen universos que brillaron en la noche. Verdad. Yo soy parte de esos cambios. Esta mañana continué caminando en el frío de una calle, entendiendo la definición de "Soledad": incluso el viento te esquiva, se abre a tu paso, omite tu contorno, para no ennegrecer sus blancos filos de hielo.Verdad: no soy otra cosa más que un mero haz de carne, que la va de gurú con conocimiento en tantra, y comprende, tarde, que perder en serio es perder la vida.Verdad. Las imágenes siguen cayendo en mi mente a una velocidad indefinible; verdad, nada hay cercano a mí que pueda entender tanto, como el dolor que significa haber herido a quien te amaba.Dolor. Indescriptible dolor. No tolerancia ante las ganas de ya no ser más que pérdida debajo de la tierra.Ya no más peinar tus cabellos.Ya no más beber de tu boca.Verdad: estoy cambiando. La oscuridad, maravillosamente, me da miedo. Oigo las voces lóbregas amenazando a mi memoria, a mi mente. Tienen su lengua en mi pecho, me hablan en sangre por la mañana, cuando el sol roza mi cara, y me trae el recuerdo de tus ojos iluminando todo.Verdad. Siempre estuviste allí; y yo también estuve... como ausencia.Verdad. El frío me abrigaba de recordarte. Ya no existo como junta cadáveres. Ya no quedan pasos por

dar.Verdad. Algunos dicen que sólo la muerte no tiene solución.Verdad. Yo creo que la vida tampoco si se carece de sentido.Verdad. Quiero sembrarme en vos por siempre. Repetirme y sentir que vale la pena, esta vez, caminar lejos de la oscuridad, esta oscuridad que tanto te ha herido.Verdad. Tristeza. Sólo tristeza me queda; y maldigo no tener una foto tuya. Verdad: he mentido, nunca valí un gramo del respirar de tu espíritu.

Notas

"Puños de ira descargué contra el viento,
para herir al destino y tenerte de vuelta.
Encendí la casa, rito de despedida
y saber, en los ojos, que era el último beso."
Pequeña Orquesta Reincidente - Bonito

Estuve ebrio, creo que por eso no puedo reconocer la simplicidad de las cosas pasando a mi lado, como una nube perdida que llena de vida un campo donde los pasos no tienen retorno. Y me pregunto a cada rato, en la noche, si estos temblores que llegan por la mañana a mis manos, que resecan mi piel, desaparecerán algún día. O se convertirán en algo más de lo cotidianamente sombrío.

De tanto ser el que desaparece en la nada, de tanto disecar alas de mariposas en mis paredes y discutir con las sombras, no quise ver que podría haber significado algo diferente a letras amargas.

Y ahora que los ecos se enhebran en mis ojos, como clavos de un ataúd de pino macizo, macilento y frío, entiendo que mi historia la vengo construyendo con "nunca", sabiendo que los "siempre" son fundamento de futuros recuerdos que suelen no ocurrir.

Tal vez las copas que he bebido de más en estos años no fueron tan brillantes como esas luces de neón. Luces que estallaron en la madrugada, llenando de oscuridad la calle. Y quise que cada una de esas piedras que cortaron el aire negro para vengarte de mí, pudieran hacer algún ruido que te sacara esa mirada triste, dolida.

Y mis lágrimas, que embriagaron tantas sábanas, no encontraron lugar para esconderse de la vergüenza que produce una voz reseca y angustiada, en el medio de las vías, cantando quién sabe qué estribillo con aires de Mantra... Mantra... veo el vaso medio lleno, porque verlo medio vacío me pone aun más triste...

Y luego despertar con un tren que te pasa a un metro, o colgando bufandas de un puente, o en un banco de plaza, es como no despertar: es seguir discutiendo con voces internas que la pena y la tristeza empujan a vengarse de uno mismo. Y que tus lágrimas calladas se acercaron a olvidar las frases que improvisé en un escenario, en busca de resarcir tantos errores.
Gestos de borracho, otro idiota que dice “Lo siento, lo siento tanto, lo siento mucho”, y el eco de esas palabras da vergüenza, porque se ahoga en el primer vaso que nunca será el último. Y cómo dejar de pedir perdón, si la noche es la que me tiene tomado, la que me asfixia en bares que nunca cierran.
Los poemas de amor se perdieron en cuadernos que no puedo abrir, porque me crujen en el alma. ¿Por qué no pude amar cuando fui amado?
Nutrí un hermoso jardín de aves de cristal, ¿sabés? Donde vos fuiste mi estatua más delicada. Y una por una, una a una, las fui destrozando, o empeñando, cuando no había un trago que me hiciera olvidar los ojos claros de un bebé que ya no respiraría. O el llanto de una mujer que decía ser mi madre, mientras me levantaban del suelo envuelto en sangre.
Entre ruinas significa nada si desde las cenizas no puedo encontrar las formas de un cuerpo que todavía, por algún extraño motivo, puede apaciguarme y dejarme dormir.

Sebatián Abdala nació en Buenos Aires, en 1976. Ha sido editor y redactor de revistas independientes desde los 18 años, trabajó como director artístico en radio, y formó parte de los varios movimientos empecinados en difundir arte y cultura por internet desde el año 1999.
Dirigió, tambiién, el movimiento alternativo de arte “Círculo Raskolnikov”. Estudió literatura con Mario Goloboff, Horacio Salas y Marcelo Dimarco. En 2006 se radicó en Sevilla, publicó cuentos en distintas revistas españolas de literatura, trabajó como editor de revistas de poesía en Madrid y en 2012 publica su primer libro “La Cólera del Resucitado”. Luego, en 2014, “Las

Vanidades del Polvo” y en 2018 “Los propietarios del miedo. Su estilo en la escritura es ácido e irreverente, lo que hace de sus obras un entretenimiento diferente. Actualmente da cursos de creación literaria y orientación a la lectura latinoamericana.

Ser inmigrante

Alina Kummerfeldt

Ser inmigrante significa tener un corazón doble, un corazón dividido en dos o un corazón multiplicado. La mente construye un limbo, cuando una está en el país de origen, hace falta emigrar y cuando una es extranjera, hace falta el color de los alimentos, las iniciales formas de la tierra, la melodía de los modismos, las especias, el eterno horizonte del volcán y de la gente que creció junto a su fuego.

La familia como la identidad, se hace nómada. Una, deja de tener un hogar permanente, va asimilando al espíritu andarino, y va encarnado al Loco. Lo próximo, lo vecino, lo colectivo se hace intimo. Las fronteras y los limites empiezan a parecer imaginarios. Somos este caos completo que venimos intentando fragmentar hace siglos. Clasificar maniáticamente, en status, gamas, idiomas, en concepciones sobre la pareja y la familia, religiones, categorías, mapas y relojes. Pero no somos distintos al resto, de “la naturaleza”. Somos la misma carta 14 y 19, la Torre y el Sol.

Tenemos el mismo ciclo vital de las plantas, afectados por las fases de la luna, compartimos cicatrices con la historia, hemos respondido a los maullidos felinos y ellos han aprendido a respondernos, porque hemos sido creados por el hilo infinito que nos une, sea cual sea su nombre. No somos familias o novios o amigos o compatriotas. No somos géneros, ni pertenencias, ni estados, ni colores. Somos red, textura, trenza, tejido. Somos palabras más infinitas de las que creemos ser, somos palabras aún no inventadas, palabras que no caben en palabras.

Lo imagino como una tela holográfica, depende de la luz y de la sombra, un ángulo distinto de su belleza. La fuerza del arcoíris es su integralidad de tonos, la fusión de todas sus

partes. Lo concibo como a la anarquía relacional, como se procura dejar de pertenecer a alguien o a algo, como se deja de buscar la utilidad del macro o el micro ser. Como se empieza a amar a una persona, a un animal, a un país, a un planeta, en el intercambio que resulta cada oportunidad. Así empiezo a reconocerme en este propio elemento, ser agua y soltar, a confrontar el apego, a desenredarlo, a transformarlo, para ser la sincronía entre los ciclos de las escamas y de las ideas.

Empieza a resonar el ahora, uno sin tanta nostalgia, uno más pleno. Porque sujeta a individuos, a cosas, a espacios o tiempos, el camino deja de ser guiado por la propia pulsión, se hace estático, y en lo inmóvil no hay nada transformador. Iba a escribir un agradecimiento por los mensajes, las presencias, los regalos de cumpleaños, pero surgió una antesala. Porque esto del cumpleaños es más como una excusa para reconfirmar este sentimiento de red, y para agradecer cada hallazgo que he tenido con cada unx de ustedes.

Porque cada cruce, en su dualidad, ha sido una marca, un viaje, un aprendizaje, un estiramiento, un túnel, una exploración, una escalera, un puente, una señal. Agradezco esos encuentros, agradezco la libertad, el compromiso, el juego, agradezco el amor, que es un respiro en medio de todo el ruido.

Alina Kummerfeldt existe bajo la constelación de Escorpio y el nahual maya Aq'ab'al. Nació en Guatemala, el país en donde se dice que la primavera es tan eterna como sanguínea. Desde hace cinco años, llegó a Argentina por razones cursis, "Querido y remoto muchacho", una carta de Sábato la trajo. Se quedó en Buenos Aires por improvisación cotidiana y azares menos públicos.

Habiendo ya escapado con éxito menguado de universidades , tiene estudios en diversas materias abstractas, en Youtube, talleres y academias. Desde peluquería, comunicación y periodismo, Nietzsche y coctelería, artes plásticas y escritura

narrativa.
Con gracia y desgracia, publicó dos libros de poesía, apareció en varias antologías y ha escrito para algunas revistas. Fue cofundadora del grupo de poesía "Vandevaneantes" y participa en el "Colectivo de Poetas, por la memoria, la verdad y la justicia. Poesía ya!"
Se dedica a entretejer las creaciones, a hacer corte y color en distintos lienzos, entre estos, cabelleras, garabatos y palabras. Website.

He sido buena madre

Magdalena Páez Amador

—He sido buena madre— Me digo y acepto la mugre. Vuelvo a restregar, fetidez y desinfectante hacia el agujero. Desagües por donde te vas junto al orine, donde reaparece la música que te detiene en la blasfemia de un plato vacío. —He sido buena madre— Enciendo un cigarro y el aire se enrarece, recibo las monedas. Por el ventanillo entra la noche al círculo dantesco. El ventanillo es un desagüe a ultranza, vía de escape. Mis clientes son flashazos, aquí siempre son flashazos, salvo los rostros amarillos por los que les permites orinar sus cervezas. Hay una luz especial en cada moneda afanada por mis dedos. Una premonición que no entiendo, una similitud, una cadena, mi propio martillo de romper las piedras, heroínas que nunca fui. – He sido buena madre—Mi piel puesta a secar después de las moscas y el alcohol. Después de las operaciones, después del semen, después de la menopausia, los sofocos, la osteoporosis. —He sido buena madre—Aprieto la escoba, antes que por el ventanillo los recuerdos lleguen.

Magdalena Páez Amador. Casa de cultura Elizardo Báez Perico 1967. Licenciada en Defectologia. Habilitación para especialista de literatura.
-Participante evento Cien Poetas por Virgilio Piñera. Julio 2012.
-Finalista concurso Milanés pequeño. Agosto. 2017
-Finalista concurso Milanés pequeño. Agosto. 2018
-Mencion Poesía concurso María Villar Buceta. 2018
-Mencion concurso de poesía Manuel Navarro Luna. Septiembre. 2019
-Mencion concurso nacional de poesía Varadero Amor. Febrero 2019
-Premio Victoria de Girón Poesía. Abril. 2019

-Finalista concurso Milanés pequeño. Agosto. 2019
1eraMencion concurso nacional de poesía Varadero Amor. Febrero 2020
-Premio colateral de la Asociación Cubana de Comunicadores Sociales. Febrero 2020.
-Mencion cuento adulto Fray Candil. Cárdenas. Marzo 2020
-Premio compartido poesía Fray Candil. Cárdenas. Marzo 2020.